



UNO MÁS UNO

SON TRES

TRILOGÍA CÁSTATE CONMIGO III

Delfina Farías

Título: TRILOGÍA CÁSTATE CONMIGO.

Uno más uno son tres-libro 3

©Delfina Farías.

1ª Edición: Diciembre 2016.

Todos los derechos reservados.

Diseño de Portada y maquetación: ©China Yanly's Design.



UNO MÁS UNO

SON TRES

TRILOGÍA CÁSTATE CONMIGO III

Delfina Farias

Título: TRILOGÍA CÁSTATE
CONMIGO.

Uno más uno son tres-libro 3

©Delfina Farías.

1ª Edición: Diciembre 2016.

Todos los derechos reservados.

Diseño de Portada y maquetación:
©China Yanly's Design.

Info: chinayanlydesign@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la

imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está

permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Como toda historia, esta llega a su fin...

Sus protagonistas vivirán una intensa historia de amor,

con emociones a flor de piel, con peleas, celos y conflictos; amarán, sufrirán y llorarán,

¿lograrán superar todas las dificultades?
Con hijos ya grandes y varios problemas que

resolver, los tres protagonistas lucharán para sobrevivir.

¿A quién elegirá Sofi para pasar el resto de su vida?

A Davy un brasilero cabrón, celoso y arrogante o a Manu,

un banquero bello y sensual.

¿A quién elegirían las ATREVIDAS?

AGRADECIMIENTOS:

A Dios, al Universo y a mi Virgen.

A todos los que hicieron posible que este sueño se hiciera realidad, a mi familia por su

paciencia, a Ceci y China y a mis tres ángeles que siempre están

Maria, Rodolfo y Elvira.

Y todas las ATREVIDAS.

Contents

AGRADECIMIENTOS:

CAPITULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29



CAPITULO 1

—No quiero que me pidas más la camioneta, en quince días has destruido tu auto dos

veces, un mes entero sin salir, me cansé, no te voy a cubrir más con tu padre —lo miro de reajo mientras manejo la nueva camioneta que mis hombres me han comprado.

«Dios mío, amo a este pendejo». Hace lo mismo que hacía de niño, baja la

cabeza y

calla, lo que me pone más furiosa aún,
ya tiene diecisiete años, un metro
ochenta, es más alto

que yo y es el espejo de su padre,
hermoso y arrogante, sus lindos ojos
grises miran al frente,

lo vuelvo a observar sin poder creer que
este muchachito es el mismo que años
atrás decía

ser mi novio.

—¿Bruno, me escuchaste o le hablo a la
pared? —mientras grito, golpeo con
bronca

mis manos contra el volante.

—Ya te escuché Sofía.

Ni me mira, Sofía, dice, jamás me llama mamá, me dan ganas de matarlo, lo vuelvo a

mirar.

—¿Vos viste cómo le dejaste la cara a ese pobre chico?, contestame. —grito, estoy

hecha una loca.

—Solo me defendí, la profesora no estaba ahí para explicarte lo que realmente pasó—

responde muy suelto de cuerpo.

—¿Escuchaste lo que me dijo?, una vez más y te echan, te recuerdo que ya te echaron

de dos escuelas, me vas a volver loca, ¿qué voy a hacer contigo? —hablo sola, como la loca

que soy, lo observo de reojo y el señor, ¿Qué hace? está mandando mensajes, la sangre se me

sube a la cabeza le manoteo el celular y se lo saco guardándomelo en la cartera, me va a contestar y calla.

Mi hijo va a terminar por enloquecerme,

es la viva imagen de Davy, cabrón,
peleador,

arrogante y endiabladamente bello.

Llegamos a casa. Antes de bajar le grito,
él me mira.

—Es la última vez que te cubro, la
próxima que me llamen te vas a trabajar
a la empresa, pero no atrás de un
escritorio, sino a lavar los pisos. —él
abre su boca y ladea la

cabeza sonriéndome y ya lo perdono
otra vez. «Dios cómo gasto saliva al
pedo» —pienso.

—Tú no le harías eso a tu hijo —me
desafía, mientras bajamos me abraza

llenándome

de besos la mejilla —Perdóname Sofía,
es la última vez. —pronuncia en mi
oído, sus palabras como siempre me
pueden, sabe que ya está perdonado.

—No me provoques más, portate bien,
ya no sos un niño. —observo cómo mira
sobre

mi hombro, vio al padre, su cara
cambia, me doy vuelta suavemente, ahí
está mi loco brasilero, lo miro y le
regalo mi mejor sonrisa, Bruno me
agarra de la cintura y agachándose
me susurra.

—Por favor, Sofia no le digas nada que me mata —suplica nervioso en mi oído.

Miro a mi amor, se encuentra parado a metros de nosotros, en la puerta de mi casa, sus piernas abiertas, con las manos en los bolsillos, con su traje negro, camisa celeste y su metro noventa en todo su esplendor. «Dios mío es el mismo bombón», pienso, pero con diez

años más. Nos acercamos despacio, pero mi loco solo tiene ojos para el hijo, al que mira queriéndolo matar, conozco esa mirada asesina, ¡oh sí, que la conozco! como soy una kamikaze me paro frente a él, Bruno lo mira con temor y se queda parado a su lado. Vuelvo a

observara mi loco implorándole con mis ojos que lo deje entrar. Davy lo mira y adivina mi

súplica.

—Ve a tu habitación, no quiero que salgas, cuando regrese hablaremos—

Bruno

obedece y entra sin chistar.

—¿Qué te dijeron en la escuela? —me pregunta sin dejar de observarme, ya sabe lo

que pasó.

—No pasó nada, una discusión —

respondo sin darle importancia, sé que no me cree,

me mira de costado. Saca sus grandes manos de los bolsillos, me apunta con el dedo, yo me

corro hacia atrás, Dios como me calienta cuando se enoja, le sonrío.

—¿Porqué me mientes? Y no te rías, me llamaron de la escuela, marcó en la cara a un

compañero, ¿te crees que al cubrirlo le haces bien? —está furioso.

Me pongo en punta de pies y mis brazos buscan su cuello, lo beso suavemente en

los

labios, sus largas pestañas bajan suavemente y sus hermosos ojos se cierran, toma mi cintura

y con la otra mano mi nuca, sus labios buscan los míos y me besa. Sus labios devoran los míos y como siempre, su lengua busca la mía saludándola, no importa dónde estemos, al besarnos, nos olvidamos del mundo.

—Davy, démosle otra oportunidad, me prometió que iba a portarse bien —digo sobre

sus labios, mientras mis manos traviesas entran dentro de su camisa y acarician su

espalda provocándolo.

—Después hablamos, entra ya, que estoy ardiendo, se me hace tarde, y no lo dejes

salir. Ve que tus hijas se están peleando.

—pongo mis ojos en blanco, él sonrío.

—Entra —repite, evitando sonreír —
contigo también voy hablar y que no
salga ese

pendejo —me levanta la barbilla, me
vuelve a besar sin dejar de mirarme —
Estoy enojado lo

sabes ¿no? —pregunta, bajo mis dedos y
le acaricio el bulto con la palma de mi
mano, cierra

nuevamente los ojos y me muerde el labio inferior

—No hagas eso, me vas a volver más loco, te amo, entra ya —me acaricia la cola y se

va sonriendo.

Entro, Jesús, María y José, el descontrol es total, mis hijas van a terminar con la poca

cordura que me queda. Emily le grita a boca de jarro a Lucía, porque le rompió una hoja de

un libro, Emily es toda paz y amor, abanderada, le encanta la literatura, lee

todo lo que encuentra, toca la guitarra y jamás protesta; es una criatura muy buena y dulce, pero Lucía, la

madre que me parió, liera y peleadora como Bruno, practica boxeo y no le gusta estudiar, son

dos extremos completamente distintos que chocan continuamente. Abro mis ojos al verlas, Joaquín está en medio de ellas estirando sus grandes brazos separándolas, no puedo creer la

boca sucia que tiene Lucía, las miro.

—¡Basta! —grito, me miran, Emily baja la cabeza y calla, pero Lucía sigue gritando

como una marrana, se aproxima y me enfrenta, abro mi boca sin poder creer cómo esta niña

se comporta, a mí de loca no me va a ganar —pienso, la apunto con el dedo y la hago retroceder, mis ojos se la comen viva.

—Te dije que te calles y punto —le grito.

Las hago sentar en los taburetes de la cocina, me siento entre ellas y escucho lo que

tienen para decirme, por supuesto, Lucía tapa a la hermana, sin dejar que se exprese. Después

de media hora hablándoles, hago que se pidan perdón. Mientras se dirigen a sus dormitorios,

las observo, mis nenas, son lo más lindo que he visto, sus cabellos son del color del oro, lacios y largos hasta sus cinturas, una con ojos verdes y la otra, grises, sé que en unos años

más, mis hombres van a alucinar cuando quieran ir a bailar, este es su castigo Dios me ha escuchado, jajá.

Luego voy a ver a mi ángel, al genio de mis hijos, a Joaquín, él se la pasa estudiando,

como dio libre dos años, que le faltaban

en la secundaria, ya está preparando los exámenes

para entrar en la facultad. Tiene buen carácter y siempre está atento a todo, con sus quince años, casi dieciséis, es más maduro que Bruno, inteligente como el padre, mide un metro setenta como yo, y el soberbio porte del padre. Siempre pensé, que al ser el más mimoso, que

iba a ser el más débil, pero me ha demostrado que me he equivocado. Él nunca pide nada, mi

gallego les da una mensualidad para sus gastos, a él siempre le sobra dinero y a Bruno nunca

le alcanza, hasta en eso se identifica con el padre, tiene un absoluto control de su vida y por

supuesto a mi gallego se le cae la baba.

Cuando me voy a duchar entra en la cocina, una de las empleadas y me anuncia.

—Señora se rompió el lavarropas —me cuenta con miedo.

—¡Bingo! —exclamo, —No te hagas problema, ahora llamo al gallego, dale el

almuerzo a los chicos, que ya dejó preparado Ramona, los hombres no

vienen y yo no voy a

almorzar.

Entro en el dormitorio, me desnudo y me doy una ducha. Cuando me estoy poniendo

un vestido, siento unos gritos, elevo mi mirada al cielo y suspiro, salgo secándome el pelo.

Emily y Joaquín le gritan a Bruno que baje la música porque están estudiando. Subo a sus habitaciones, el gallego hizo de mi casa una fortaleza, todo el piso de arriba es de mis hijos, y también cuenta con una habitación de servicio, gimnasio, sala de estudios y de juegos y

todas

las cámaras de seguridad que se cansó de poner.

—Por favor, ¿puedes bajar la música?, ¡tus hermanos están estudiando! —le grito, él

abre la puerta poniéndome su bella cara de culo como el padre y la baja antes que cierre, le

pido que baje a almorzar.

—Que me traigan el almuerzo al dormitorio —responde, lo miro incrédula, «¿está

loco?, ¿qué le pasa a este chico?»

—Haceme el favor de venir a sentarte a la mesa, ya —le grito, —¿este pendejo se cree

que tiene sirvientas?, lo acribillo con losojos y va directo a la mesa.

Me quedo sentada con ellos mientras almuerzan, después, cada uno se va a sus

dormitorios, pellizco un poco de pollo mientras mi mente va recordando mi vida, Nunca pensé que iba a estar con dos hombres y menos tener cuatro hijos a los que adoro, mi vida es

una película.

Sonríosola, recordando nuestros juegos,
pensando en mis hombres, aunque tienen

diez años más y algunas canas, se
desviven por complacerme en todo, sé
que nuestros juegos

siguen siendo lo que más nos gusta,
seguimos desgarrándonos la piel en cada
encuentro, solo

que ahora tenemos que buscar el tiempo
y a veces el lugar, pero la lujuria y el
morbo siguen

intactos, como antes. Ya no es todas las
noches, no se puede, pero nosotros nos
hacemos el

tiempo.

Pienso en mis suegros que están lejos.
Viven hablando por teléfono con mis
hijos

varones, ellos los aman, y después de
esos días que pasaron en la isla, años
atrás cuando eran

niños, van dos veces al año y pasan con
sus abuelos algunas semanas. La nana
tiene noventa y

pico, espera con ansiedad la llegada de
sus bisnietos a los que les prepara las
comidas típicas

de la isla, los tres los malcrían y lloran

cuando llega el momento de despedirse.
Yo los llamo

día por medio y con Ana conversamos
horas, me cuenta que mi suegro nos
extraña, pero allá

está tranquilo, sigue con sus negocios en
la isla y para los cumpleaños y fiestas
vienen a mi

casa y la pasamos todos juntos.

Marisa y Frank siempre están con
nosotros, con el gallego y Davy son muy
unidos,

igual Marisa conmigo y Mía es una
criatura hermosa, tiene dieciocho años,

ya está en la facultad y le va muy bien. También está Candy la hija de Alex y Miriam, tiene la misma edad

de Mía y estudian juntas, es una buena niña.

Los cuatros primos se llevan muy bien, tienen los mismos amigos y cuando todos se

juntan, por supuesto en mi casa, son más de veinte; cuando eso sucede, mis hombres y yo nos

vamos a la casa del gallego que está al lado de la nuestra y Marisa se lleva las niñas a su casa.

Nosotros volvemos a ser solo tres por unas horas, nos metemos en la pileta y hacemos lo que

más nos gusta, amarnos, sin medida, ni control.

El sueño de mi suegro y de mis hombres, es que los cuatro primos manejen en un futuro, la empresa de publicidad y el banco.

Mi amiga Carmen sigue sola, aunque de vez en cuando tiene alguna alegría, no tiene

suerte en el amor, más de una vez me ha confesado entre copas, que el gran amor

de su vida

es Manu, yo la escucho y como la quiero mucho, no emito opinión y evito la discusión.

Después de rogarles a mis hombres para que la empleen en la empresa, cansados de

escucharme, hace años que trabaja en ellay de paso, me tiene al tanto de lo que hace mi loco,

porque sé que el zorro pierde el pelo, pero no las mañas, aunque últimamente con el trabajo

de la empresa y sus hijos, no le alcanza

el tiempo para nada más, o eso es lo que quiero creer.

Mi cuñado Alex es otro cantar, hace años que no pisa la empresa, solo espera que

llegue fin de mes para cobrar su parte en la misma, más de una vez discute con Davy, quiere

cobrar lo mismo que ellos sin ir a trabajar, con Manu lo tenemos que sujetar para que no se

peleen. Sabemos que la relación con Miriamno es de lo mejor y pasa días sin ir a ver a su hija, es una oveja descarriada, mi suegro no quiere hablar

de él y deja todo en manos de Manu, que es quien que lleva las cuentas de la familia. Recuerdo como si fuera hoy, cuando

Falcao padre los reunió a los cuatro en el despacho de Manu en mi casa y les dijo:

—Me voy a retirar, de ahora en más el que va a llevar todos los negocios de la familia, va a ser el gallego, a él tienen que obedecer, y solo él tiene la última palabra, en todo

—la cara de Alex fue un poema, mi suegro le clavo la mirada.

—¿Algo que objetar? —preguntó mirándolos, los ojos de mi cuñado destilaban rabia

y envidia y los ojos de los hermanos se posaron en él, por supuesto, nadie contestó, se pasaron toda la tarde firmando papeles, cuando todos salieron abrazaron a Manu, menos él y

sin quererlo, mi gallego, se ganó un enemigo más.

Cuando mi suegro se marchó a la isla, Alex apareció en la empresa diciendo que

quería su parte de todos los negocios y que no iba a trabajar más en la empresa.

Como era de

suponer, Davy se lo quiso comer crudo y tuvo que intervenir Frank para que no llegaran a las

manos, y cuando Manu llegó de una reunión y Alex le exigió lo mismo, la discusión comenzó otra vez.

—¿Estás loco, qué mierda te pasa? —si bien los cuatro hermanos miden un metro

noventa, Manu esfiel hijo de su padre, destila autoridad por los cuatro costados, puede llegar

a ser feroz cuando de negocios se trata, implacable y temible, se adelantó unos

pasos y lo hizo retroceder en solo un segundo.

—Quiero lo que me corresponde por derecho —gritaba, sin mirarlo.

—¿De qué hablas? Tu padre aún no ha muerto imbécil, eres un bueno para nada, ¿en

qué lo vas a gastar, en putas, en juego?, idiota —Manu ya fuera de control lo tenía agarrado

del cuello, Frank intervino y a la fuerza echó a Alex de la empresa.

A partir de ese momento se le depositaba lo que le correspondía cada

mes y él retiraba

el dinero, Manu seguía pagando la escuela de los seis chicos, hasta que Alex pidió ser él quien abonara la escuela de su hija y para no discutir más, el gallego aceptó. No puedo creer

cómo ha cambiado, cuando yo lo conocí era el que mejor se portaba de los hermanos, amedida que pasaron los años se fue transformando en un ser frío, cínico y controlador. Nada

le importa, ni la familia, ni la hija, solo piensa en él, mis hombres no quieren ni escuchar su

nombre a causa de su proceder, se abrió

una gran grieta entre los hermanos, Alex se apartó

para siempre de todos nosotros.

Hace años que tengo a las mismas empleadas en mi casa, pero Ramona, una gallega de

sesenta y cinco años, es la mimada de todas ellas, es la que está desde siempre con nosotros,

ya es como de la familia, ama a mis hijos y ellos la quieren mucho, los consiente en todo, solo se encargade la comida, inclusive de las compras del supermercado, cuando yo escribo,

ella es la encargada de todo. Sabe los gustos de todos y mis hombres solo confían en ella, a la

hora de comer; al principio les caía mal porque es muy directa a la hora de hablar, a medida

que la fueron conociendo se los metió en el bolsillo, es una gran mujer, yo la quiero mucho y

siempre me aconseja como si fuera mi mamá. Recuerdo cuando mi suegro la recomendó, ella

era amiga de la madre del gallego, siempre tuve la impresión que tuvo algo con él, aunque

nunca me animé a preguntárselo.

Cuando me pongo a pensar en mi vida y recorro con mis pensamientos todos los

pasos dados, desde mi llegada a Barcelona, cuando solo tenía veintidós años, sonrío y mi bruja hace su aparición, “¿sos feliz?”, me ha preguntado más de una vez, no lo pienso ni un

minuto y le contesto muy feliz a pesar de todo lo que he pasado y seguramente seguiré pasando.

—¿Nena, no te cansas de escribir? — pregunta mi loco siempre, y yo me sonrió.

—¿Qué querés que haga? me encanta hacerlo, mis libros se venden como pan caliente.

—Mis historias son tan disparatadas que ellos al leerlas se matan de risa, en eso mato el tiempo mientras mis hombres trabajan.

—Ya te salió la fanfarrona de adentro, argentina y fanfarrona, —mi loco me hace

cosquillas mientras aprovecha y mete mano.

Después del almuerzo, la casa está en silencio, me relajo y entro en mi dormitorio, abajo hay dos habitaciones,

en el medio de ellas, está el despacho de mis hombres, detrás de

una biblioteca abarrotadas de libros hay una puerta que comunica con nuestra habitación, que,

a su vez, da acceso a un sótano, a pruebas de sonidos, donde Manu hizo instalar una gran caja

fuerte. Después que la loca, años pasados, entrara al dormitorio, el gallego la hizo cambiar de

lugar, solo los tres tenemos acceso a este lugar, yo me encargo de limpiar todo ese gran espacio; desde niños todos saben que ese lugar prohibido y solo

nosotros sabemos que hay

un sótano, ni Marisa al comprar la casa lo supo, allí según mis hombres, guardan papeles que

son de gran importancia y como siempre, yo no quiero saber.

Cuando me pongo el bikini para entrar en la pileta me llama el gallego.

—Hola mi niña, ¿qué estás haciendo? — la voz de mi gallego, se siente cansada.

—¿Te cuento? —respondo, y me arrepiento —Bien amor, ¿estás cansado? Se te nota

en la voz.

—Sí amor, muy cansado, Davy y Frank están locos, cada vez tienen más trabajo y yo

en el banco estoy igual, creo que vamos a llegar tarde. Te amo nena, quiero estar ahí contigo

y amarte, tengo miedo que te canses de nosotros que vivimos trabajando, hoy pensaba eso y

me desespera.

—Por Dios, ¿qué te pasa? ni loca, ¿quién me va a mantener a mí y a mis hijos?, sabes

que somos caros, es más fácil que vos te canses de mí, que yo de vos, te amo gallego —siento

que suelta una carcajada.

—No te hagas la humilde que sé lo que vales mi niña, con ese cuerpo y esa cara más

de uno se volvería loco contigo, no me hagas pensar que me enfurezco —ahora soy yo la que

ríe —¿puedes creer que hoy llamaron para una publicidad y pidieron por ti?, no sabes, a Davy se lo llevaba el demonio.

—¿Otra vez van a venir tarde? Dale, vení antes —le lloro, haciéndome la mimosa.

—¿Qué vas hacer ahora? —lo conozco, ya me está deseando.

—Voy un ratito a la pileta, después me pongo a escribir, así paso mi vida, entre críos y

extrañando a mis hombres que día a día los siento más lejos, voy a tener que buscar algún reemplazante, ¿qué te parece? —sonrío.

—Cómo te gusta hacerme la cabeza, eres una pequeña yegua, sabes que no hacemos

otra cosa que pensar en ti y brindarte todo, no me digas eso, eres muy cruel — empezamos hablando bien y la conversación salió de foco, le dije lo que hace días me tenía atragantado.

—¿Yo cruel? yo que me la paso encerrada, cuidando a tus hijos y esperando que

vengan a cualquier hora, cuando a ustedes se les canta se acuerdan que tienen casa, dejate de

joder gallego, ni decir que no sé si en realidad se la pasan trabajando o mirando tetas —

quiere pelea, pues ahí tiene, di justo en

la tecla, sé que les encantan las tetas grandes y yo tengo dos limones, la pelea está servida.

—¡Eh! No te pases mi niña, si tienes un mal día, no te lo agarres conmigo, yo trabajo

para ustedes, ¿me ves que vaya de joda por ahí? Contéstame, —ya alzó la voz, sé que se enojó, pero a mí no me intimida.

—A mí no me grites, no soy una de tus empleadas, no estoy detrás de ti, bien puedes

hacerte una escapada, que me calle no quiere decir que me tomen por idiota —

ya grito, yo también.

—Mierda, Sofi ¿qué carajo te pasa?
Tienes ganas de pelear, pues te aviso
que yo no, a

la noche voy si tengo ganas —será
desgraciado, pienso.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —me
dejó con la palabra en la boca, me

cortódejándome recaliente, de bronca lo
llamo a Davy.

—Sofi, ¿pasa algo? —pregunta el
brasileiro.

—¿A qué hora vas a venir? —escucho

muchas voces y suspiro.

—Yo no puedo creer que me llames para esta pavada, estoy en una reunión, no sé, quizá seis de la tarde, ¿qué te pasa?

—Me pasa que me tienen podrida con tanto trabajo, recién discutí con el gallego.

—Estamos grandes, por favor, estamos trabajando, nena tengo que cortar —sin dejarme contestar, corta.

Me pongo a putear en todos los idiomas que conozco, con toda la furia que tengo,

entro en mi habitación, me pongo la malla y me dirijo a la pileta, veo cómo mis hijos se escabullen despacio para salir de la casa, sin ser vistos, les chisto y se quedan duros.

—¿Dónde creen que van? —me acerco a Bruno, —vos no podés salir de tu habitación

¿dónde van? —los dos me miran.

—¿Puedes ponerte otra malla, Sofía?, por eso no queremos traer a nuestros amigos,

ponte una enteriza —protesta, su pedido me causa gracia.

—Escuchame pendejo, tenés una madre joven, linda y argentina —oigo cómo Joaquín

se larga a reír—y no me cambies de tema, ¿dónde vas?

—Sofi, Falcao no viene hasta las siete, vamos a la casa de Mía, las chicas, nos esperan

—miro a Joaquín, mi bebé, pienso.

—A las cinco los quiero acá, ¿escucharon? —se acercan y me besan las mejillas.

—Está bien Sofía —mientras van saliendo, me grita. —cámbiate Sofi.

—La madre que te parió —le grito y se van riendo.

Voy al parque, me hundo en la pileta y quedo ahí hasta que los huesos se me enfrían,

nado un rato y de repente veo la luz en el parque que titila, señal de que entró alguien, Manu y su seguridad me tienen podrida, no pienso salir, sigo nadando, quizás sea un violador, y bueno, más de lo que me hicieron no me van a hacer, largo una carcajada, y siento la presencia de alguien observándome, no me quiero dar vuelta, Dios empiezo a temblar, me quedo muda en el centro de la pileta, siento una mano que me agarra

los tobillos y casi muero

del susto, de golpe sale a la superficie.
Ya estoy muerta.

—La madre que te parió, ¿quieres matarme de un susto? —Manu suelta una carcajada.

—Dime, ¿para qué gasté miles de dólares en sistema de seguridad, no viste la luz? —

me abraza contra su cuerpo y me come la boca.

—Sí que la vi, quería que fuera un violador —se le borra la sonrisa de la cara.

—No juegues con eso, no es gracioso,
bésame mi niña —me pide mi gallego,
siento

como su bulto va creciendo, enrosco las
piernas en su cintura y hurgo con mi
lengua en su

deliciosa boca. —Dios mío, estar
contigo es estar siempre al borde del
delirio, dime ¿qué hiciste para tenerme
siempre a tus pies? —me toma la nuca y
con la otra mano se baja el short,
mientras sus caricias son largas y
constantes.

—Ya se los dije, los embrujé, hace años
—mis dedos acarician su rostro,
mientras mi

lengua se posa sobre sus labios —
ámame gallego, solo a mí.

—Sí mi niña, solo a ti —me lleva al
borde de la pileta y de un solo envión
me embiste.

Su boca me seduce poco a poco, me
pego más a su delicioso cuerpo y su
trabajo es

impecable, sus embestidas son feroces,
me muerde el cuello y gruñe mientras yo
le exijo más

y más, nos amamos sin piedad, ni
control, el agua hace olas con nuestros
movimientos, la presión de su miembro
en mi sexo, nos vuelve locos y una

oleada de placer nos lleva al delirio total. Nuestros cuerpos son solo uno, sale y entra de mí rápidamente buscando saciar

su ansiedad, y entre gritos y besos, llegamos al tan esperado orgasmo, se queda pegado a mí

sin dejar de mirarme, hablándome en ese gallego cerrado que me calienta tanto, sus ojos se

vuelven más negros aun de lo que son. Nos quedamos abrazados en el borde de la piletta, yo

sobre su gran pecho y él besándome la cabeza, me corre de su lado y me mira

mientras sus

dedos acarician mi rostro.

—Escúchame —me levanta con un dedo
el mentón —te amo, tanto o más que
antes —

pasa sus dedos sobre mi columna,
haciéndome temblar, —me encanta tu
perfume, amo esas

pecas que salen con el sol, amo este
rostro —pronuncia mientras sus dedos
se deslizan por el

—amo cuando hacemos el amor, te amo
mi niña, eso jamás va a cambiar, nunca,
me oyes, nunca, que trabajamos de más,

sí, tienes razón, pero hasta que mis hijos tomen las riendas de

las empresas tiene que ser así, ¿lo entiendes no? —le hago puchero y sonrío —Por estar aquí

en este momento contigo, postergué una reunión que me puede hacer ganar millones, pero no

puedo hacerlo todos los días, ¿entiendes amor? yo vivo para ti y por ti —me cuelgo de su cuello y él suspira.

—Ya no soy una niña, entiendo todo, pero hoy te quería acá conmigo, solo para mí, te

amo Manu, y no quiero compartirme con nadie—me mira y sonrío.

—Y no me compartes, solo soy tuyo, vamos a tomar algo y dame algo de comer,

muerdo de hambre —salimos y nos secamos entrando en la cocina. Toma su teléfono, mientras

lo mira se ríe.

—¿Qué te causa gracia? —pregunto mientras le caliento la comida en el microondas.

—Davy, me está puteando, no le dije que venía a casa y lo deje con todas las

reuniones, aprieta un botón y me hace escuchar el Whatsapp.

“La madre que te parió, las alemanas se fueron, no sé si

mañana vienen, si perdemos este negocio, TE MATO IMBÉCIL”

Larga una carcajada y se pone a comer, me siento cerca de él y le sirvo una copa de

vino.

—Toma una tú también, dale —me pide, me sirvo media copa, ya que no me gusta.

—Ahora cuando venga se va a enojar —
le digo y me mira sonriente.

—No pasa nada, mañana vuelven, el
negocio se va a hacer, doy el mejor
interés y otro

banco no le van a recibir la cantidad de
dinero que ellas quieren.

—¿Por qué? —pregunto, y me
arrepiento enseguida, me mira.

—¿Quieres saber el origen de ese
dinero? —me pregunta serio, levantando
sus cejas.

—No, hacé de cuenta que no pregunté —
respondo, me sonrío y toma mi mano.

Me toma en su falda, toma otro poco de vino y me lleva a la cama donde nos amamos

con pasión; al quedarse dormido me levanto y me ducho, lo tapo antes de salir de la habitación, lo miro, esplendido, hermoso su metro noventa despatarrado en la cama, «es un

DIOS», salgo sin hacer ruido, y justo viene llegando Davy, con una cara de culo espectacular,

le sonrío.

—¿Me calientas algo? —me pide serio, cuando se lo sirvo me toma de la mano

arrimándome a su cuerpo, sus ojos grises me hechizan como siempre, lo abrazo y lo beso.

—Manu, ¿se durmió, lo mataste? — pregunta lamiéndome el labio, sé que esta celoso.

Me apoyo en él y le ofrezco mis labios, los devora en un segundo, sus manos recorren mi cuerpo apretándome las cachas.

—Mañana te quiero a vos, ¿sí? ¿Vas a venir? —estiro mi mano y le acaricio el bulto.

—Te amo, si hoy te hablé mal perdóname, tenemos mucho trabajo,

claro que mañana

vengo yo —me habla mientras pica algo rápido —ahora me doy una ducha y duermo un rato,

llámame a las seis, va a venir Frank por unos contratos, me abraza y entra en el dormitorio,

se levantan las nenas y la tranquilidad acaba. Les doy la merienda y se van a la pileta, llamo a Marisa.

—Hola Sofi, ¿cómo va todo? tenemos que hablar no sabes lo que me enteré — a veces

soy pesimista y enseguida pienso en mis

hombres.

—Espero que no sea nada de mis hombres —respondo haciendo una mueca.

—¿Estás ocupada? Voy ahora con los chicos ¿Llegó Davy? Bruno tiene miedo que lo

rete —me pregunta.

—Sí, se fue a acostar, dile que venga ya, ese pendejo no hace caso —oigo cómo ríe.

—Tranquila nena, no rezongues que te vuelves vieja —claro ella siempre defiende a

mis hijos, siempre recurren a ella.

Acomodo un poco la cocina, hoy tienen franco las empleadas, a Ramona le damos dos

días libres, ella se lomerece, siempre se queda hasta cualquier hora, aunque Manu se lo recompensa siempre a fin de mes. Las dos empleadas y ella entran a las siete de la mañana,

Ramona es la encargada de levantar a mis hijas y prepararlas para la escuela.

La jornada escolar es completa, salen a las cinco de la tarde, es una maravilla escucharlas hablar inglés y alemán por

supuesto, ya que mis hombres, en casa, hablan mucho

en ese idioma, nunca entendí bien su gusto por el alemán; cuando no quieren que las empleadas escuchen sus conversaciones sobre negocios es cuando más lo hablan, los chicos

lo hablan a la perfección, aunque yo les hablo siempre en español, aunque entienda el alemán.

Cuando están listas Bruno las lleva, mis hombres se despiertan a las siete, se duchan, Ramona

les prepara el desayuno y se vana sus empresas.



CAPÍTULO 2

Siempre levanto a las nueve, y me quedo escribiendo hasta la madrugada, me encanta

hacerlo cuando la casa está completamente en silencio, es un placer a esa hora. Hay días que

me quedo en una reposera esperando el amanecer. A veces se despierta Joaquín que es el que

menos duerme, mi bebé me hace un té y se arrincona a mi lado, me pasa un brazo por la cintura y se duerme mientras yo escribo. Es el más mimoso de todos, un día los dos nos abrazamos y nos quedamos dormimos, hasta que mi gallego nos despertó, siempre me

comenta que le llenó el corazón de amor vernos durmiendo, yo abrazada a la computadora y

mi hijo abrazado a mí.

—¿Cómo anda mi cuñada más linda? — Frank me abraza y me besa lacabeza, su

vozarrón atrae a mis hijas que lo abrazan y lo besan.

—Mis sobrinas son muy lindas porque se parecen al tío ¿no? —les pregunta, sonriendo.

—No tío, somos parecidas a mi mamá —contesta como siempre Lucia la más pizpireta de las dos.

—¡Qué va! ¿a esa argentina loca y fanfarrona? —ellas ríen y lo abrazan, él se desvive

por ellas, se lo meten en un bolsillo, las alza con esos grandes brazos y las lleva al jardín de invierno, se sienta en los sillones, ellas le hacen cosquillas y muchas veces lo terminan pintando como

una nena.

Mientras pongo agua para el mate,
Marisa saca unas masas secas que traje
y yo voy a

llamar a mis hombres que aún duermen.
Me arrimo a la cama, los dos duermen
totalmente desnudos, se me hace agua la
boca, son dos adonis hermosos, un
gallego soberbio y un brasilero
arrogante, qué lujo Dios, pienso, ver
estirados sus metros noventa, con la
boca entre abierta me calienta, me
acercó despacio y de un tirón me tiran a
la cama, haciéndome
cosquillas.

—Paren, siempre me hacen lo mismo —
rezongo, pero ya tengo a Davy arriba
mío y

Manu de costado metiendomano, los
empujo y me levanto como puedo, ellos
se matan de risa

—locos levántense que llegó Frank, —
Manu me hace puchero y me llama con
la mano —

basta levántense mierda —les grito,
cuando voy saliendo Davy me grita.

—¡Qué boca sucia argentina! pero qué
lindo culito que tienes, —agarro unos
almohadones de arriba del sillón y se

los tiro, escucho al salir sus carcajadas.

—Se escuchaban desde acá las carcajadas —me dice Marisa sonriendo.

—Dale contame de qué te enteraste, —
pero se levantan mis hombres
einterrumpen su

relato, las dos levantamos los ojos al
cielo y ellos semiran, tienen el pantalón
delpijama y unas remeras grandes, los
dos me miran.

—Nada amor, nada —sé que quieren
investigar de qué hablábamos, me
acerco a Manu

y en punta de pies lo beso en los labios,

después beso a Davy, ellos ya me están deseando, Marisa se queda dura, ellos la miran y se ríen, solo lo hago adelante de ella.

—¡Eh, estoy yo acá! ¿ustedes no tienen vergüenza?, ¡asquerosos! —mis hombres

hacen lo que siempre, empiezan a avanzar sobre ella y ella a retroceder mientras grita como

una chancha, yo me mato de risa, ellos le empiezan a hacer cosquillas hasta que se le escapa

el pis, Manu se destornilla de la risa, entra Frank y ríe a carcajadas.

—Nena, ¿otra vez te pillaste? por Dios
—pregunta, Frank. Marisa los putea y
corre al

baño, yo voy tras ellas mientras los
hombres siguen riendo, saben que ella
tiene el cuerito flojo y lo hacen
apropósito, ahora que se la aguanten,
porque ella se las va a vengar, eso es
seguro.

—Son unos idiotas, siempre hacen lo
mismo, imbéciles —grito, mirándolos.

—No te enojés argentina, ven que te
hago cosquillas a ti —me grita Davy.

—Hacete cosquillas en los huevos —

grito, ellos se miran y se ríen con más ganas.

Después que Marisa se lavó y se cambió, empezamos a hablar en la cocina, los

hombres se hicieron una picada y están en el jardín de invierno.

—¿Sabes a quien vi ayer en un negocio de ropa donde fui a comprar unas camisas a

Frank?

—¿A quién? —la miro sorprendida, comiendouna masita.

—A Miriam, trabajando —me quedo con la masita a medio camino de mi boca.

—¡No te puedo creer! ¿trabajando? ¿estás segura? ¡no puede ser!

—Hablé con ella, está súper delgada, me dio una lástima—a Marisa se le cae una

lágrima y las dos terminamos llorando. Miriam fue una gran amiga, muy buena persona, entran mis hombres con Frank y nos miran llorando, enseguida se arriman, Frank la abraza y

Manu a mí.

—¿Qué pasa? ¿que tienen? —preguntan al unísono.

Marisa se limpia la nariz y empieza a contar la vida que Alex está haciéndole pasar a

Miriam y a la hija, mis hombres se sientan, sin poder creer lo que sus oídos escuchan.

—No les da un peso, no paga el colegio, no paga los impuestos, a veces no tienen para

comer —me cubro la boca con las manos y me largo a llorar, Davy me agarra apoyándome

en su pecho.—Tuvo que salir a trabajar, y la están apurando para pagar el colegio, pero si paga no comen —Manu se levanta de un salto y entra en el dormitorio puteando en alemán,

Frank y el brasilero corren tras él, a los cinco minutos salen los tres, como demonios que se

lleva el viento, yo corro tras ellos, Manu se detiene y me mira.

—Quédate tranquila —me acaricia las mejillas con lágrimas en los ojos —me duele

lo que les pasa, ella es mi sobrina, voy a arreglar todo, me besa despacio en los

labios y se

van, vuelvo a la cocina, donde Marisa sigue llorando.

—No puedo creer lo hijo de puta que es este tipo, ¿qué mierda tiene en la cabeza?, ¿no

le habías contado nada a Frank?

—No, quería hablar con el gallego, ahora él se encarga de la familia, él lo va a resolver, ojalá que lo muelan a trompadas.

—No Marisa, a golpes no se arreglan las cosas —sé que tantos años al lado de los Falcao ella sabecómo ellos

actúan.

—Nena, esta familia es así, ya deberías saberlo, antes Falcao nos cuidaba a todos,

ahora es el turno del gallego y nadie duda que lo va a hacer como siempre lo hizo el padre,

ese se merece lo peor, no puede hacerlas pasar privaciones, con lo que se lleva todos los meses y encima sin trabajar. Cuando lo agarre el gallego, no lo va a conocer ni la madre —

me quedo pensando que Marisa sabe tantas cosas de esta familia que jamás me ha contado, aunque creo que tampoco

quiero saber.

Nos quedamos charlando por horas y tomando mates, a las once de la noche aparecen

los hombres con más cara de culo que cuando se fueron.

—Danos la cena y algo de tomar, por favor Sofi —pide el gallego con el ceño fruncido.

Marisa enseguida se levanta, sacamos pizzas que tengo en el freezer y vino, nadie

habla, las nenas vienen a saludar a sus

padres, ellos las abrazan y las besan.

—Que duerman bien mis amores —los
dos las besan todas, haciéndole
cosquillas y

ellas se van a sus habitaciones.

—Mami, ¿podemos llevar helados al
dormitorio? —Manu me mira,
apoyándolas.

—Bueno solo por hoy —ellas le guiñan
un ojo al padre y se van riendo con sus
helados.

Cenamos sin hablar, la cocina está
cargada de tensión y el ambiente es

asfixiante,

cuando terminamos Manu me mira,
mientras sus dedos, acarician mi rostro,
todos lo miran.

—¿Está Bruno? Quiero hablar con él —
Marisa se pone nerviosa y el resto nos
miramos.

—¿Qué pasa con mi hijo? —pregunto
asustada «¿qué tiene que ver»

—Por favor llámalo, ahora te vas a
enterar —me levanto y lo llamo, siento
que Bruno

se pone nervioso, bajamos las escaleras

y Manu lo hace sentar.

—Tú estabas ayudando a Miriam, ¿por eso no te alcanzaba el dinero? —
empieza a

preguntarle el gallego —no te lo reprocho, solo quiero que digas la verdad —Davy y Frank

lo fulminan con la mirada, yo me quedo helada, observo a Marisa y me doy cuenta que ella,

ya conoce la respuesta.

—Por favor, hijo habla —sugiere Davy con toda la calma, que sé, no tiene y está a punto de perder.

Bruno saca fuerza y asiente con la cabeza, sin emitir sonido, lo miro incrédula, sin saber que eso es lo de menos, lo que viene a continuación nos deja a todos perplejos, mudos.

—¿Y por qué, por qué la ayudabas? aparte de que te daba lástima —todos lo

observamos, expectantes, no sabemos a qué se refiere, a Bruno se le caen las lágrimas, me levanto con lágrimas en los ojos para acunarlo como siempre lo hago, pero Davy me sujeta.

—Contesta, Bruno —grita su padre, que ya está nervioso, él tampoco sabía nada.

—Porque la amo, porque ella me ama, y

no me importa una mierda lo que digan

todos, si no nos dejan nos vamos a ir, no voy a permitir que nos separen, escuchaste, amo a

Candy —le grita al padre, que enmudeció de golpe —Sí, nos amamos, hace un año que estamos juntos —nos grita abriendo esos ojos hermosos que tiene, me siento de golpe, como

partida por un rayo.

«¿Cuándo Dios mío, mi hijo y Candy?», me quedo sin palabras. Manu se para y

empieza a caminar por la habitación como un león enjaulado, Frank mira a

Marisa sin entender.

—Sí, lo que escucharon es cierto —
Marisa baja la cabeza.

«¡Será yegua! ella lo sabía», lo noto en sus ojos, mi brasilero se tira de los pelos y yo

no reacciono, Bruno se levanta y Davy le grita haciéndonos temblar a todos.

—Siéntate ahí, mierda, tu tío no ha terminado de hablar —el obedece, sin hablar.

—Quiere decir, que Joaquín y Mía sabían todo y los cubrieron, ¿no es así?

—Manu se

arrima a Bruno, él agacha la cabeza, confirmándolo. Manu observa a Davy, le toca el hombro

y le pregunta.

—¿Qué dices de todo esto? ¿Estás de acuerdo? —mi loco tiene lágrimas en los ojos,

se levanta, y yo con él, «si le pone un dedo encima, a mi hijo, me lo como crudo»—pienso.

—Levántate —le pide y Bruno obedece con miedo, Frank también se levanta.

Davy abraza a su hijo y él se pone a llorar como un niño, como lo que es,

todos lloramos, Manu lo agarra entre sus brazos y lo besa.

—¿Por qué no recurriste a tu familia?
¿Porqué sufriste solo?, si me lo hubieras dicho

antes, ellas no hubieran sufrido, eres un pendejo, sabes que te quiero como un hijo, ¿por qué

lo ocultaste, Bruno? —mi hijo abraza al tío, sin dejar de llorar.

—Pensé que no nos iban a dejar estar juntos, pensé que me tenía que ir, y si me tenía

que ir, iba a ser con ella, tío, él les

pegaba —se tapa la cara con las manos.

—Cuéntanos todo, por favor no te guardes nada —le pide el gallego.

—Una noche vino borracho y drogado y...la violó, a Mirian—Manu se puso como

loco, lo sacudió suavemente por los hombros.

—Dime que lo que dijiste es verdad, Bruno por amor a Dios.

—Candy me conto que ella ya le tenía miedo, que la última vez que vino, violó a

lamadre, ella se metió en el medio y él le grito, “¿qué quieres, que te viole a ti también?”, —

los ojos de todos nosotros se salían de las orbitas. —Miriam lo amenazó con un cuchillo y así

se fue, pero antes de irse le dijo que iba a vender la casa y que iban a quedarse en la calle, yo no sabía qué hacer. Un día me lo crucé en el centro, yo iba de la mano con ella riendo, tomando un helado, me arrinconó contra la pared y me quiso pegar, yo lo empujé, Joaquín

iba caminando adelante con una chica, lo agarró de atrás y lo tiró al piso, lo puteamos, estaba

borracho, me dijo: “A ti te voy a matar, a los dos, son unos mafiosos como sus padres” —

Manu y Davy temblaban de rabia, por lo que escuchaban — “no quiero que estés cerca de mi

hija”, me gritaba en medio de la calle y al chico que iba con Mía también lo insultó, “Y tú lindo, tu abuelo es igual que mis hermanos todos son una mierda”, nos gritaba.

Marisa y Frank se miraron sin saber quién era ese chico.

—Joaquín lo desafió a pelear y él se fue. “Cobarde, le grito mi hermano” se

había puesto como loco Joaquín, pero Ismael y yo lo detuvimos.

Nada de todo lo que mis hombres me han hecho pasar en todos estos años, se iguala a

esto, me desparramé en la silla y no pude articular palabra alguna, sentí una traspiración fría

en la espalda y empecé a temblar, Marisa corrió a mi lado y Manu se desesperó, me alzómientras me llenaba la cabeza de besos.

—Mi niña, por Dios, Sofi no me hagas esto, todo va a estar bien, nena—me llevó a la

cama y todos atrás, lo abracé y rompí en un llanto tortuoso, solo de pensar que Alex matara a

mis hijos, creía morir.

—Por favor Manu, a mis hijos no, Manu los nenes, mis bebés —empecé a gritar

como loca, Davy y Bruno me llenaron de besos y se pusieron a llorar conmigo, entro Joaquín

al dormitorio y me abrazó.

—Sofi, mamá, acá estamos, no va a pasar nada, por favor mami no llores más —

repetían besándome la cabeza.

Manu los corrió a todos, me tomó entre sus brazos, me acunó y me tranquilizó, me

aferré a él como asiéndome a la vida, en sus brazos siempre estuve segura, siempre supe que

me protegería a mí y a mi familia, cuando me calmé, estábamos los tres en la habitación, el

brasileño me besaba la frente y Manu me apretaba sobre su pecho.

—Escúchame pequeña, ¿Tú creíste por un segundo, que voy a dejar que ese

infeliz

toque un pelo de mi familia?, cálmate y piensa que nosotros cuidamos lonuestro, y juro por

Dios que me las va a pagar, él no tiene ni idea de lo que somos capaces, ya me debe una, de

cuando se atrevió a putear al padre.

Vamos pequeña, por favor, Marisa te va a ayudar a bañarte y después a dormir, por favor, no queremos verte así —me besa suavemente en los

labios, entra Marisa, me ayuda a ducharme y me acuesto.

—Tranquila nena, el gallego sabe lo que hace, duerme un rato —me pide ella, después

del baño, me da un beso en la mejilla y se va.

A partir de ese momento nuestra vida volvió a ser como años atrás, los chicos tenían

custodia que los seguían a todos lados, Bruno y Joaquín están controlados en todo momento,

en mi casa los primos de Davy controlaban todo; las nenas, Candy y Miano salen ni a la vereda solas, sé que Manu reza para que el hermano

aparezca, porque lo está esperando, lo buscaron por todos lados sin encontrarlo, es como si la tierra se lo hubiera tragado. A Falcao

tuvieron que avisarle lo que está pasando, al enterarse le subió la presión y tuvieron que internarlo, estamos viviendo en un infierno. Las empleadas preguntan qué pasa, al ver dos roperos en la puerta de mi casa y ven a los varones con dos custodias, “es por seguridad, le

decíamos”, solo Ramona sabe la verdad. Una mañana mientras tomábamos mate con Marisa y

Ramona, nos reíamos de las cosas que nos contaba la gallega y Manu me llama.

—Hola hermosa, ¿todo bien? ¿Qué haces, y los chicos? —pregunta mi gallego.

—Hola amor, sí, todo bien, estoy tomando mate con Marisa y Ramona nos cuenta

cosas que nos matamos de risa, Joaquín fue al banco, Brunito esta con Davy y las nenas en el

colegio, Ramona me dice que te diga que te está preparando cazuela, ¡qué asco! —le cuento,

arrugando mi nariz.

—Dile que me voy a casar con ella —y
se larga a reír —Sofi te amo nena,
¿Estás

bien?

—Sí amor, ¿vos cansado? ¿aprende tu
hijo?

—Mi hijo es un genio, creo que pronto
lo deajo con todo este quilombo y me
jubilo; ya

llegó, ahora estoy más tranquilo, te
quiero, después te llamo.

—Yo también, pásame con él, un ratito

—le pido.

—Tu madre quiere hablar contigo, es una hinchapelotas —escucho que dice riendo.

—Hola Sofi ya llegué, quédate tranquila, papá me dice que a las cinco vamos a casa,

hay mucho trabajo.

—Aprendé pronto, así papá se queda conmigo, por cierto, aún no me dijiste quién era

esa chica que iba con vos —siento que sonrío.

—No te escucho, te corto, te quiero hinchapelotas —cuando voy a contestar escucho la

carcajada del gallego.

—Me cortó, ¿será desgraciado? —miro el teléfono y Ramona se me queda mirando.

—Bueno, solo quiero saber con quién sale, ¿no puedo saberlo? —les pregunto?, las

dos me miran.

—NOOOOOO —me gritan y nos largamos a reír.

—Marisa, ¿Sabés con quién sale mi sobrina? —pregunto.

—No, y Frank ya está averiguando —supuse que así sería.

—¡Ah! ¿viste cómo quieren saber? te agarré, —cuando me va a contestar oímos las

ruedas de un coche que salen chirriando, nos asustamos y Marisa corre al living a mirar, no

ve a la custodia, cerramos todas las ventanas y llamo a Manu.

Tarda en contestar, Marisa se acerca a la puerta de la cocina y ve la luz que

titila, quiere

decir que alguien está entrando o se está abriendo la puerta del garaje, empiezo a gritar, Marisa que es más corajuda que nosotras, me hace seña que me calle.

—¿Dónde tienen las armas? —pregunta muy bajito.

Ramona que escucha le hace seña, hay un mueble con llave en el living, abre atrás de

unos libros, saca un revólver, yo las miro atónica y sin poder cerrar mi boca.

—No, por favor, no Marisa —le suplico al ver que toma una, le tengo terror a las

armas.

—Cállate, no grites —me calma, cuando vuelve a mirar la luz ya no prende y sentimos

que golpean la puerta.

—¿Quién es? —grita como loca Marisa, Dios esta mujer no le tiene miedo a nada, pienso.

—La custodia, ya viene Manu ¿todo está bien ahí? —pregunta, Marisa abre la ventana,

—Miren en el garaje alguien quiso entrar —les dice, vemos por la ventana

que el

gallego frena de golpe en la vereda y baja con Frank.

Me ve en la ventana y me hace seña que nos quedemos adentro, Marisa guarda el arma

y entra el gallego con Frank, me abraza y me besa.

—No te asustes, pero hace un rato pasó Alex con otro en un coche, la custodia lo siguió, pero lo perdieron, y en el garaje alguien quiso forzar la cerradura, lo hicieron a propósito, los distrajeron para entrar, pero no pudieron.

—¡Qué hijo de puta! Quiere decir, que anda con otros más —afirma Frank.

—Así parece.

—¿Pero qué mierda quiere? —pregunta Marisa mirando al gallego.

—Dinero cuñada, eso quiere, no le deposité más, está desesperado, la llamó, le dijo que

estaba caliente conmigo, “ahora voy y te mato”, le grito amenazándola, ella le dijo, “ven”, provocándolo, así le dije que le dijera, y el muy desgraciado fue, pero se encontró con dos

guardias de seguridad en la puerta. Debe

estar rabioso, quiero saber con quién
anda, ya lo voy

averiguar, estoy ansioso por tenerlo
entre mis manos, —conjeturó.

Manu me agarra de la mano y me lleva
al dormitorio, me apoya en la pared y me
besa

con pasión.

—Nada te va a pasar, confía en mí amor,
—me sube la remera y me acaricia los

pechos —Dios, no me canso de ti,
bésame. —lo beso con toda la lujuria
que tengo y me bajo

el short, la adrenalina y el morbo de pronto hacen presencia.

—Tómame —susurro sobre sus labios.
De una solo embestida profunda se hunde en

mí, su glande empieza a latir y él a temblar.

—Te amo más que a mi propia vida
Sofi, mi niña, mi amor —sigue susurrando,

entrando y saliendo de mí como un loco.

Después de vaciarse en mí, me besa con dulzura y nos dirigimos a la cocina.

—¿Después de lo que pasó, te excitás?

—lo miro sin entender, yo todavía tiemblo, y

no precisamente de pasión, sino de miedo.

—Porque yo no le tengo miedo, no va a conseguir desviarme de mis objetivos, él está

temblando, escapándose como un delincuente, sabe que cuando lo encuentre va a pagar todas

las que hizo, una a una —no me gusta su mirada, y presiento que Alex debe estar temblando.

Me apoya en su cuerpo y me dice en el oído

—TE AMO —me besa la nariz y se va.

Observo cómo le da indicaciones a la custodia subiendo a su auto con Frank. Ya en la

cocina, Marisa me reta.

—Por favor no tienes que tener miedo, el miedo te paraliza, yo sé todo lo que pasaste

con Maxi ¿te acuerdas de ese loco de mierda? —me pregunta.

—No quiero ni pensar, creí que iba a

matar a Brunito —Ramona nos pregunta
y

Marisa empieza con el relato.

A la noche tratamos de no pensar en
nada, solo disfrutamos la cena en
familia, viene

un feriado largo y los chicos quieren ir a
ver a sus abuelos ala isla. Manu y Davy
aceptan, les

parece bien, para sacarlos de este
ambiente de miedo, viajan los varones
conMía, Candy, Ismael el amigo de Mía
y una amiga de Joaquín que todavía no
conocí; le van a llenar la casa

de pendejos a mis suegros y ellos van a estar felices. Las nenas quieren ir, pero claro, los hermanos ni locos las quieren llevar y las pobres andan llorando por los rincones.

—Voy a llamar a mi papá a ver como están, si están mal no van a ir, —mis hijos lo

miran, sé lo que significa para ellos ir con las chicas, pero mis suegros están grandes y los

entiendo.

—¿Cómo estás papá, todo bien? No de eso nada, ya lo vamos a agarrar, bueno

escúchame, tus nietos quieren ir unos días, si están bien, sino —pero mi suegro no lo deja terminar de hablar, veo como Manu larga una carcajada — bueno, les digo, no papá, tenemos

mucho trabajo. Sí, todo tranquilo, bueno, mañana, cuando lleguen me llamas y ya sabes si se

portan mal los ahogas —mis hijos se golpean las manos en señal de triunfo y yo sonrío —

Bueno, con esa condición, listo, acá Sofi te manda un beso, mañana hablamos— mis hijos lo

miran.

—Pueden ir, pero sus abuelos quieren que lleven a sus hermanas, hace mucho que no

las ven —Davy se mata de risa y Bruno putea por lo bajo, él lo reta y Joaquín se ríe

—Bueno, ¿qué van a hacer? —pregunta Manu.

—Yo te las ahogo Sofía, que no me jodan ¿eh? —protesta Bruno.

—Ni se te ocurra, vuelve con tus hermanas o quédate a vivir allá —respondo enojada

—si son dos angelitos. —Termino

diciendo, y mis hombres se descostillan de risa.

—Escúchame hijo, ¿a tu chica la dejan ir?, no quiero más problemas —mi hijo lo

mira.

—Papá, hace diez días que no lo ve al padre, vive más con las empleadas que con él,

vive viajando —todos lo miramos, «¡Qué tristeza!» pienso.

—¿Y la mamá?, ¿no tiene mamá? —mi hijo me observa.

—Se fue, la abandonó cuando era chica, ella nació en Madrid, la madre era española

—todos nos miramos y callamos.

—Y el padre, ¿en qué trabaja? ¿Porqué viaja tanto? —Manu quiere investigar todo, si

ya no lo está haciendo, lo conozco —es muy chica para dejarla sola tanto tiempo, no sé, no lo

entiendo —termina diciendo.

—No lo sé, pero ella dice que siempre fue así.

—El padre ¿es español? —le pregunto.

—No, él es argentino creo que está en el negocio inmobiliario —responde, no

queremos preguntarle más, mi hijo cuando quiere, es más cerrado que el hermano.

—Bueno vayan a preparar todo, mañana los llevo a que tomen el vuelo. —Manu llama

al hangar, para que preparen el avión, a las nueve le aseguran, que estará todo listo.

—No estoy muy convencido con esta chica y, ¿si vuelve el padre? sabes el lío

que

vamos a tener, tiene diecisiete años, ¿cómo puede dejarla sola? está loco— comenta el brasileiro.

Manu se queda pensativo y va a hablar con el hijo y le dice que la llame y pida permiso al padre, no quiere problemas. Ella dice que el padre ya la dejó, nos quedamos helados. De todos modos, no se queda conforme y pide su número de celular.

—Hola, ¿con el señor Gutiérrez? — pregunta Mano.

—Sí, él habla, ¿quién es? —Responde.

—Habla el padre del amigo de su hija, no sé si sabe que mañana van al norte de Brasil,

a una isla propiedad de mis padres a pasar unos días, como ella es menor de edad, quería saber si estaba de acuerdo en dejarla ir —Todos, esperamos su respuesta.

—Sí, no hay problema, usted se llama Falcao, ¿es así? —pregunta.

—Sí, soy el padre de Joaquín Falcao, compañero de su hija.

—Encantado, no hay problema, le mandé una nota firmada por mí, con la

autorización, sé la clase de gente que son, confío en ustedes —Manu se queda anonadado.

—Bueno, quédese tranquilo, que la vamos a cuidar, buenas noches.

—Este tipo es un estúpido, dice que le mandó el permiso por escrito, ¡pero si no nos

conoce, qué gente de mierda! — exclama, enojado.

—¿Porqué no lo investigamos?, a ver quién es el padre, todo me parece muy raro —

susurra Davy, cuando estoy entrando en

el dormitorio.

—Estoy en eso, no conocen a ningún Gutiérrez —contesta en voz baja el gallego, para

que no escuche.

—Los escuché —les grito, ellos me corren a las carcajadas.

Después de una noche de lujuria descontrolada, mis hombres no se quieren levantar.

—Vamos arriba voy a preparar el desayuno, quieren jugar y no se la bancan —les

grito cerca del oído, los destapo y los empiezo a tocar.

—¡Basta Sofi!, me duele todo —rezonga mi brasillero.

—¡Déjanos dormir! Lleva tú, a los chicos —grita el gallego.

—Los llevo, no tengo problema, ¡están viejos, eso es lo que pasa! —digo sonriendo.

—¡Nunca! —exclama el gallego, salta de la cama y se mete en el baño a ducharse y me

mato de risa, ante su reacción.

—Y vos, ¿te vas a quedar ahí? —le pregunto a Davy, tirándome encima.

—Me vas a matar, argentina ¡basta, socooooorroo! —grita, me besa y de un movimiento se sube encima.

—¿Qué quiere mi nena, más lola? —Me lleva la mano a su bulto y sonrío. —No sabes

lo que te espera en estos días, los tres solos nos vamos a amar como antes, ¿recuerdas? —

Exclama, mordiéndome el labio inferior.

—Los voy a morder todos, ¿recuerdas?

—sonrió, mientras mi mano acaricia su
pene

y el cierra lentamente sus hermosos
ojos.

—No sabes cómo esperamos estos días,
dame un adelanto, argentina —me ruega,
lo

miro con una sonrisa pícaro.

Me levanto y me escapo a la cocina, se
queda puteando en alemán, mientras yo
desde

la cocina me mato de risa. A los cinco
minutos aparece mi gallego bañado y
cambiado, cuando me va a agarrar de

atrás, aparecen los chicos, apurados y con los bolsos en las manos.

—¡Vamos! —piden mis hijos apurados, sonrío y salimos rumbo al hangar donde mis

niños van a tomar el avión. Ya todo está listo, mis hombres les dan un bolso con dinero.

—Esto es para todos, y esto dáselo al abuelo él sabe—sé que es de los negocios. —Por

favor no tengo que decirles que secuiden en todo no? —mis hijos le sonrían —y cuiden a sus

hermanas, si les pasa algo no vuelven—
mis hijos levantan los ojos al cielo,
Manu se inclina y

les murmura —ahóguenlas, que parezca
un accidente, —y los tres se matan de
risa.

—Por Dios que los escuché, ¡ni se les
ocurra! —les grito, después de unas
lágrimas,

nos abrazamos y el avión parte rumbo a
la isla, donde el mayor de los Falcao los
espera con

los brazos abiertos.

Es un lugar paradisiaco, de ensueño,

creo que solo volveré cuando mis
hombres se

jubilen, los recuerdos de esa hermosa
isla, aun hoy me duelen. Nos quedamos
abrazados, viendo cómo el avión
despega, sé que la van a pasar bien, mis
suegros los aman y mis niños a

ellos, mientras subimos a la camioneta,
con los dos custodios siguiéndonos en
sus autos, Manu nos habla.

—¿Cuánto hace que no estamos solos
los tres, todo el día? —nos mira, yo
cuento con

los dedos y ellos largan una carcajada,
—Pues desde ahora, no vamos a salir de

casa en tres

días, vamos a ir a al supermercado y
compramos todo, nos vamos a amar
hasta asquearnos,

¿les gusta la idea? —lo miro a Davy,
que me regala una sonrisa.

—Lo que mis amores ordenen —
respondo, inclinándome hacia adelante y
tocándoles

los bultos, ellos sujetan mis manos y
sonríen.



CAPÍTULO 3

Después de comprar de todo, muchas frutillas, chocolates, crema y vino blanco,

reserva tardía, nos vamos a casa, a las empleadas el gallego les había dado franco y nos encerramos adentro por tres días consecutivos. Pusimos la música funcional y nos quedamos

horas en la pileta hablando y riendo. Mis hombres esos días, se convirtieron

en otras personas, sin la presión de los horarios, ni de los negocios, fueron los jóvenes alegres que

conociera años a atrás. Era divertido verlos en bóxer todo el día deambulando por la casa, hacer el amor donde pintara, sin tener que andar cuidándonos de nadie, la casa olía a sexo y

sudor. Marisa llamaba y nos invitaba a la casa o quería venir con Frank y mis hombres le decían estamos de vacaciones, “por favor no molestar” y ella los puteaba.

Hablábamos con los chicos todos los días, sabíamos que la estaban pasando de

maravilla y nosotros también. No
teníamos ni hora para comer, ni para
dormir, nuestra vida

era como antes, cuando estábamos solos,
totalmente alocada, mis hombres estaban

descontrolados y yo feliz. Bailábamos a
la luz de la luna, cenábamos en el
parque y pasábamos horas en la pileta,
cuando el aire se cargaba de magia
hacíamos el amor donde nos

encontrábamos, nuestra pasión nunca
tuvo límites y menos ahora.

A veces pedía a Dios, que la luna no se
ocultara nunca más, que la noche durara
toda la

vida. Nos mirábamos y el fuego se encendía, sus cuerpos sobre el mío, era como tocar el cielo con las manos, solo al mirarlos mi corazón se aceleraba, cuando los veía jugar en la pileta y de repente perderse en esos abrazos de osos, mis sentidos desaparecían tirándome sobre ellos, solo con verlos amarse con tanto desparpajo mi pobre cuerpo, sufría espasmos,

que me enloquecían. Desnudos los tres en esa inmensa pileta dábamos rienda a ese instinto animal que cada uno de nosotros llevamos adentro, todo era válido, y como siempre nuestros cuerpos ardían por una pasión

descontrolada, gemíamos, suspirábamos y gruñían, nuestro sexo era profundo, potente y furioso. Nos despertábamos a las dos o tres de la tarde, almorzábamos y nos tirábamos a tomar sol.

—Sabes que jamás te dejaremos de amar ¿no? —pronunciaba el gallego—
eres la

mujer que siempre esperamos nena, a la
única que le pedimos niños —yo me
inclino de lado

en la reposera y los miro, ellos corren
sus cabezas y me observan.

—¿Porqué nunca tuvieron hijos? Mira
que han cogido ustedes Dios mío —me

pongo

a reír y ellos se miran.

—Argentina, ¡qué mal hablada eres!,
¡qué lo parió! —responde Davy, veo de
reajo

cómo Manu se sonríe.

—Sí, amor unas cuantas, pero tú eras
única, tan joven, tan bella, tan inocente,
cuando

te vimos supimos que eras la indicada
—el gallego pasa su pulgar sobre mis
mejillas.

—¿Quéhubiese pasado si les hubiera

dicho que no?, ¿estaban tan seguros?,

¡arrogantes! —exclamé, sin dejar de observarlos.

—Nena, ¿no te acuerdas lo que tuve que remar?, Dios nunca trabajé tanto —
afirma el

brasileño, se pasa las manos por el pelo y
larga una carcajada.

—¿Y yo? Tuve que seguirla miles de
kilómetros, pero cuando la probé no
tuve dudas,

era la elegida —se inclina sobre mí y
me muerde el labio— exquisita hermosa
sigues igual,

bellísima, adorable, aunque muy boca sucia —repite, regalándome esa sonrisa, tan bella.

—Mañana se terminó la joda llegan sus hijos —les digo.

Davy se tapa la cara con los brazos y
Manu le pasa el brazo por el cuello y lo
apoya en

su pecho, le besa la cabeza, el brasilero
lo abraza y me provoca una ternura
infinita, sé que

solo en la habitación, ellos se pueden
amar de ese modo. Sé que para ellos es
difícil.

—Ven acá mi niña —susurra y con el otro brazo me abraza a mí, y nos quedamos los

tres juntos.

Muy juntos, como siempre. Solo con nuestros pensamientos, solo los tres, locos,

enamorados, tres locos que se aman más allá de todo el entendimiento de cualquiera, menos

de nosotros. Pues nosotros tenemos muy claro lo que queremos.

—Entienden que lo que sentimos, no solo es sexo ¿no? esto siempre es y va

hacer

así, amor —hacemos con Davy, lo que siempre hacemos en nuestra habitación, enredamos

nuestras piernas sobre su cuerpo, parecemos un ovillo de lana, sentimos cómo el gallego, suspira y sonríe,—nos amamos y eso nadie lo podrá cambiar, no todos lo entienden, pero siempre me tuvo sin cuidado, porque yo los amo más allá de todo y como quiero que estos

encuentros se sigan produciendo más seguido, he comprado una casa en la playa —los dos nos levantamos y lo miramos, él nos vuelve a acoger entre sus brazos y nos besa la cabeza —

es hermosa, tiene playa privada, está a solo dos horas de aquí, vamos a tener que pelear con

nuestros críos porque ellos también querrán ir, pero ya lo arreglaremos — me inclino sobre

mi brazo lo beso en los labios, el brasilero sigue aferrado a él como garrapata, Manu, con un

dedo le levanta el mentón.

—¿Qué pasa nene, no te gusta? —Davy lo mira con lágrimas en los ojos.

—Pasa que soy feliz, muy feliz, con los dos —responde.

Los tres cruzamos los dedos y nuestras alianzas brillan en la oscuridad de la noche, en

ese bello parque que tenemos. Solo la luz de la luna, ilumina nuestros rostros llenos de lágrimas, Manu suspira y nos aprieta más a su gran cuerpo. Sé que este amor es prohibido, sé

que no debe pasar, pero a ninguno de los tres se les pasó por la cabeza suprimir, descartar tanto amor, no lo haríamos ni el mayor estado de locura.

—Siempre lo supe, pero ahora lo afirmo, estamos completamente locos —
suspiro

sobre el pecho de Manu y ellos largan una gran carcajada.

—Yo soy el más feliz, el más loco de todos —el gallego baja sus grandes manos nos

acaricia las piernas. —Nunca lo olviden pase lo que pase, la familia es lo más importante, mis

críos y mis amores, solo vivo por ustedes, si en algún momento a algunos de los tres les pasa

alga, los otros tienen que seguir adelante por los críos, aunque nos muramos en vida — nos

acurrucamos sobre él y los tres somos uno.

—Pero nada va a pasar, promételo, moriría sin alguno de los dos, promételo Manu—

le exijo, me inclino sobre él y lo beso en los labios.

—Te lo prometo, mi niña bonita, mi pequeña boca sucia, este sentimiento nunca va a

cambiar —nos besa en la cabeza y nos quedamos horas así, adormilados, hasta que sentimos

frío y entramos.

Y llega el último día de nuestros juegos, acomodamos la casa, que es un desorden

total, Manu llama a Frank, los invita a cenar, veo que cuando entran Frank sonríe y algo le dice, el gallego con su mejor cara de culo le contesta.

—¡Ahórrate los comentarios!

Pero como siempre, mi cuñado sigue teniendo la boca muy grande, apenas se sienta

pregunta.

—¿Y cómo la pasaron? —nos mira sonriendo, desafiándonos Davy se mueve en su

silla y lo mira a Manu que sonríe,
Marisa lo quiere matar y yo sigo
poniendo la mesa, el gallego le clava
esos ojos negros que me matan.

—¡Espectacular!, cogimos todos los
días —Frank que estaba tomando vino
lo mira y

lo escupe ahogándose, Marisa se
empieza a reír y casi se pilla, yo me doy
vuelta, ni lo miro.

—¿Qué te parece hermano, tú puedes
decir lo mismo? —responde Manu,
todos lo miramos a

Frank y largamos una carcajada.

—¡Jodete, por preguntar! —acota Marisa, poniéndole cara a mi cuñado.

—Bueno algo hicimos, ¿no nena? —le pregunta a Marisa, con miedo.

—Sí Falcao, algo hicimos —responde con ironía —si no hubieras tomado tanto

hubiéramos hecho algo más, ¿no te parece? —Frank le clava cuchillos con la mirada y ella se

ríe.

A Manu le agarra un ataque de risa que no puede parar. Después de cenar, pasan al despacho y nosotras nos quedamos conversando.

—Decime, que lo que dijo Manu no es tan así —me pregunta, la miro sonriendo.

—Todos los días, varias veces en el día, jaja ja —me largo a reír.

—¡Por Dios!, Sofí tienes más culo que cabeza, este se tomaba todo, me daban ganas de

matarlo —en ese momento entran mis hombres.

—Vamos nena, mañana temprano a laburar, van a ir ¿no? —Frank, espera la contestación de Manu.

—Temprano voy a buscar los chicos, después vamos, no te olvides que a las tres de la

tarde tenemos la reunión —responde el gallego. Nos saludamos y se van.

—Estás loco, ¿cómo le vas a decir así?

—Davy le reprocha a Manu, por su contestación.

—Si quería saber, bueno, ahora lo sabe,

—Manu lo quiere agarrar y él se esconde

detrás de mí, tengo un vaso de agua en la mano y se lo tiro al gallego en la cara, Davy me

toma de la mano y salimos corriendo hacia la pileta, el gallego sonríe y el juego comienza

otra vez.

Al otro día, después de recoger a los chicos mis hombres se van volando a sus

empresas, los chicos a dormir porque est n exhaustos, a los cinco minutos Manu me llama.

—Sofi por favor, Bruno te va a dar dos bolsos, baja al sótano y ponlos arriba del sillón, yo después lo guardo en la caja fuerte, me fui tan rápido que me olvid .

—Manu los chicos están durmiendo, me fijo en su bolso.

—Sí, por favor, date prisa quiero eso ya, donde te dije, fijate si los candados están cerrados, cuando termines me llamas para que me quede tranquilo —me pide.

Entro en la pieza de los varones, dejaron todos los bolsos tirados y están durmiendo a

pata suelta, levanto algo de ropa del suelo y empiezo a buscar los bolsos, abro una valija y no

están, busco en un bolso de Joaquín y ahí observo dos bolsos chicos de cuero,

con candados

«estos son». Los tomo y cuando voy saliendo, miro dentro del cajón de mi hijo más chico,

una carta, no puedo creer lo que voy a hacer, pero la curiosidad es más fuerte que yo y la leo.

“Galleguito, no quiero que te enojas, pero lo nuestro no tiene futuro, no es por mí, es

por mi padre. Me llamó y me dijo que nuestra relación no puede ser, yo te amo, pero él se opone, estoy muy triste pero no puedo hacer nada, perdóname, te amo”.

Me tapo la cara con las manos y lo miro a mi hijo, por esto es que tenía esa cara,

«¿Qué se piensa el padre?», me pongo a pensar lo que mi niño va a sufrir y se me caen las

lágrimas, guardo la carta y salgo con los bolsos. Ya no me importan los bolsos, llego a la cocina y los pongo arriba de las butacas, me siento y me pongo a pensar, porqué el padre de

esta chica no lo quiere a mi hijo, ¿por qué?, en ese momento me llama Manu.

—Sofi nena, ¿guardaste lo que te dije?

—No, ahora lo hago, ¿sabías que el

padre de la noviecita de tu hijo no lo quiere?

—¿Qué? ¿De qué hablas? Por Dios, guarda los bolsos, será posible que nunca me

hagas caso, Sofía yaaaaa guarda eso, ¿me escuchaste? —me grita.

—¿A vos no te importa tu hijo? ¿Solo te interesa el dinero?

—La madre que me parió, no sabes lo que hay ahí, ya los guardas, después hablamos

de ese infeliz —encima me grita, «¿con qué derecho?» pienso.

—Pues mira, ¡no los voy a guardar, un carajo, vení y guardarlos vos!

—Ya estoy furioso, no hagas que vaya, por favor ¿lo puedes guardar? —baja la voz y

está a punto de un ataque cardíaco.

—Está bien ya voy, pero entérate, que estoy enojada.

—Sofiaaaaaaaaaa me está subiendo la presión cuando llegue te ahogo —a mí de loca no

me gana.

—Listo, te los dejé tirados en el sillón

ven a guardarlos, yo no soy tu sirvienta
—no

me llamó más, pero a los diez minutos
llegóhecho un loco.

—Dámelos —me grita, le sonrío, se los
alcanzo, me los saca a los tirones,

«desgraciado», lo sigo a la habitación,
me mira mientras abre la puerta del
sótano— ¿qué te

causa gracia? ¡será posible! —grita
desaforado al no poder abrir la puerta,
la abre y entra rezongando cuando
observo que enciende la luz, cierro la
puerta.

—No quiero pelear te has portado mal, muy mal, no quiero verte —dice.

Escucho, que sigue gritando, «está loco ¿qué le pasa? no quiere verme, listo yo le ahorro ese tema, pongo llave y me voy a la cocina, ahí te vas a quedar desgraciado, pienso. A

las tres horas, me llama, Davy.

—Nena, ¿Manu no fue a casa? hace horas que no lo encuentro, ya estoy preocupado —

lo ratifica en el tono de su voz, me sonrío.

—No, no lo vi, a acá no vino, debe de

andar con alguna por ahí —respondo,
dándole

credibilidad a mi voz.

—Estás loca, tenemos mil negocios y una importante reunión, que ya la

había cancelado por estar contigo ¿recuerdas? —la bruja que llevo adentro asoma su cara y me grita, “lo vas a matar suéltalo”, la empujo y callo.

—¿Con quién es esa reunión? —pregunto, él suspira.

—Si lo ves, ¿me llamas? —«jaja puedes esperar sentado» —exclamo para mí.

—Listo, te corto estoy ocupada.

Me quedo pensando y la llamo a Marisa.

—Sofi, ¿no lo viste a Manu?, los hermanos lo están buscando.

—No, no lo vi, decime, ¿con quién tienen la reunión hoy? —huelo algo.

—No sé, bueno, sí sé, pero te vas a enojar, con la alemana —hijos de puta, puteo en

arameo.

—¿Para qué?, justo con esa, ¿porqué?

—Ay Sofi, preguntale a ellos, no quiero

problemas, es por trabajo—le corto y me

dirijo al dormitorio, me agacho pongo mioreja en la tapa de madera y no escucho nada, «¿se

habrá muerto?», lo llamo, no termino de levantar mi cara del suelo que me grita.

—Locade mierda, sácame de acá, te voy a matarrrrrrrrrr —me asusto, pero sonrío.

—
Sofi, por Diossssssssssss sácame, nena te amo, por favor.

—Si me contestas una pregunta, te dejo salir ¿sí? —arrugo mi nariz y espero la

respuesta.

—¿Qué pregunta? —su voz cambia—
dime ¿qué pregunta?

—¿Por qué la alemana, zorra,
desgraciada, trabaja para ustedes?
Dime.

—Nena, no trabaja con nosotros, por
favor amor sácame.

—Me estás mintiendo, me voy a tomar
mate, después vuelvo para que pienses
bien, tu

respuesta.

—La madre que te tiró Sofía, te voy a

calentar ese lindo culo que tienes, no te vas a

poder sentar en varios díasss
¡ÁBREEEEME!

—¿Me estás insultando? No estás en condiciones gallego, decime qué tienen que ver

con esa zorra, habla y te saco.

—¿Sabes qué? No me saques, porque si lo haces, TE MAAATOO.

—Bueno, después vengo, voy a picar algo —mientras salgo, escucho que grita como

un chancho, me mato de risa.

«Y ahora, ¿cómo lo saco?» mi cabeza empieza a trabajar a mil por hora, «cuando lo

saque me come cruda», mi celular suena, es Davy.

—Sofi, voy a llamar a la policía, algo le pasó —miconciencia se retuerce y mi sentido

común me avisa que el juego terminó, ya fue suficiente.

—Davy lo tengo yo —mi voz es suave, casi un susurro.

—¿A quién tienes?, ¿de qué hablas? Yo te hablo del gallego.

—Yo también, lo tengo encerrado en el sótano, ayúdame Davy, cuando salga me mata

—tarda en comprender la situación.

—Tú estás desquiciada, ¿me estás jodiendo?

—No, lo encerré hace tres horas, pero ahora no sé cómo sacarlo, ¿qué hago?

—Yo diría que te vayas mudando. ¡Ay de ti, cuando salga! ¿Es que no sabes que no soporta los lugares cerrados? Nena, el juego se te fue de las manos,

¿me escuchas?, ¿estará bien?

—Hasta hace un rato sí, me puteaba, ahora no sé.

—Eres una pendeja, ahora voy, ¡más vale que esté bien y agárrate! Lo que hiciste es

muy grave, ¿me estas escuchando? —Me grita, como lo que es, un loco.

—Sí vení, apurate, él me provocó, me dijo que no me quería ver.

—Ahora voy, yo te mataría —corta y sé que en veinte minutos estará acá.

—¡No puedo creer lo que hiciste! Estás

endemoniada, loca, vamos a ver como está, —

entra en el dormitorio.

—Me voy, me va a matar —le digo con miedo al brasilero, él me mira ve la desesperación en mis ojos.

—Ve a la casa de él —que es pegada a la nuestra, me ordena —quédate ahí hasta que

nos vayamos. Sofi—me susurra, yo lo miro mientras voy saliendo —reza —salgo disparada

como un cohete y me encierro en la casa

del gallego.

—A ver hermano sal, ¿estás bien?, —el gallego sale todo transpirado, puteando en

alemán.

—¿Dónde está? Esta vez la mato, pendeja de mierda, casi me ahogo y tú, —lo señala

con el dedo a Davy —¿no te dije que una vez al mes controlarás que este todo bien? Imbécil,

el aire no anda, manga de inútiles es que todo lo tengo que hacer yo, LA MADRE QUE ME

PARIO —está furioso, se ducha y se cambia.

—Anda a buscarla, quiero hablar con ella —le pide a Davy mientras se peina.

—Se fue, no sé dónde —Manu lo observa.

—No te pases de vivo, sabes dónde fue, vamos que se hace tarde, ya hablaré a la noche, esto no va a quedar así —cierran la puerta y se marchan.

Toda la tarde quede mal, sé que tiene razón, la broma me fue de las manos, bueno aguantaré lo que me tenga que decir, seguro va a ser mucho, son las

ocho de la noche y escucho que guardan el auto en el garaje estamos con todos los chicos listos para cenar.

—Hola mis chicos —exclama sonriente, todos los saludan, las nenas se tiran en sus

brazos y ellos les dan una caja de bombones que les trajeron —Para después de cenar y conviden a sus hermanos —ordena Manu sin mirarme.

Davy se acerca y me besa la cabeza, me hace lugar y me siento al lado del gallego, lo

rozo apropósito, pero él me ignora, se corre el desgraciado, lo miro a Davy, él

me hace seña

que no pasa nada. Después de hablar con los chicos, terminamos de cenar y las nenas se van a

sus dormitorios con los bombones, mis hijos las siguen corriendo para quitarle algunos, el

brasileiro se para y me ayuda a levantar los platos, Manu se levanta y se dirige al despacho,

me cruzo a su paso y lo miro.

—Perdóname, estuve mal, ¿me perdonas? —me pongo en punta de pies y trato de

besarlo, rápidamente se aleja de mí y me mira.

—No, no te perdono, lo que hiciste hoy es una chiquilinada que no voy a tolerar, no te

pusiste a pensar si me descomponía, o no. Sabes ¿por qué no? Porque tú no piensas —me toca

con bronca la cabeza— porque esta no te da, ¿entiendes?, vives en el limbo — Davy se mete en

el medio, y le pone una de sus grandes manos en el pecho, Manu lo mira y le mira la mano.

—Sácame la mano de encima

YAAAAAAA —es la primera vez que me habla así, las

lágrimas ya me cubren todo el rostro, Davy le retira la mano y me abraza, mirándolo mal.

—No me gustas que le hables así, estuvo mal, se equivocó ¡Oh claro! El gran

banquero nunca se equivoca ¿no? —le pregunta provocándolo, la pelea está servida, lo sé.

—No te metas, sal de mi camino —lo empuja y se me acerca, Davy vuelve sobre sus

pasos y lo enfrenta, me pongo en el medio de los dos y les grito.

—¡Basta! Ya está entendí ¿no quieres hablarme? pues no lo hagas, no me voy a morir

—lo miro al brasilero acariciándole lamejilla—Ve a dormir, yo acomodo la mesa.

Entra en el dormitorio, Manu se queda mirándome y se va al dormitorio de al lado, mientras se retira. le grito.

—¿Qué tal la alemana? —se da vuelta y me contesta con ironía

—La pasé mejor que en esta cena.

—Pues quédate con ella, imbécil —
larga una carcajada y me responde.

—Lo estoy pensando, por lo menos no
es una pendeja como tú.

—Ya sé, es una vieja chota como vos —
me arrepiento de lo que dije, al segundo,
pero

lo dicho, dicho está, él suspira y se va.

A partir de esa puta noche todo con el
gallego cambió para mal, nos dejamos
de

hablar, Davy no sabequé hacer, unas
noches dormía conmigo otras con él,
hasta que me harté

de los dos y les dije que se vayan a la casa del gallego. Para mi disgusto, aceptaron, empezaron a salir casi todas las noches se los veía en las revistas, los fotografiaban con modelos de su empresa de publicidad, riendo, cenando o bailando, los varones iban a trabajar todos los días con ellos, las nenas empezaron a preguntar qué pasaba y Manu les dijo que estábamos separados.

Aunque las veían todos los días, nada fue lo mismo, muchas veces mis hijos estaban

con ellos todos juntos y yo sola, me encontraba muy triste, apenas comía y ya ni ganas de escribir tenía, los varones se

dieron cuenta y se quedaban más tiempo conmigo, Manu no me

llamó nunca más, solo depositaba el dinero para todos nosotros. Supe por la gallega que Manu poco se ocultaba salía con la alemana, zorra, siempre los quiso y por fin los consiguió,

pensaba. Una mañana, Marisa viene a tomar mate y me desahogué con ella llorándome todo.

—Te juro por Dios que no entiendo qué quieren hacer, están viejos nena, por esa

razón discutimos con Frank todos los días —me confía.

—¿Sabías que Manu sale con la alemana? lo podría creer si me dices de Davy, pero de

él jamás—susurro largándome a llorar otra vez—ya ni se cuidan, les sacan fotos tomados de

la cintura. Juro por Dios que esta me las paga, ni se ocupan de buscar a Alex.

—Sí Sofi, lo siguen buscando, todos seguimos con custodia, jamás dejaría a los hijos

sin ella, aunque estén separados, el muere por los chicos.

A la tarde me llama Davy, lo trato bien

porque quiero averiguar más.

—Sofi, ¿puedo ir un rato a verte? —a los cinco minutos viene. Me saluda y vamos a

lacocina, los chicos están con Manu.

—No te voy a preguntar nada, solo dime que están bien—lo corro por ese lado.

—Sofi, nena, te conozco y te mueres por preguntar —sonamos, se avivó, pienso.

—No sé qué decirte, quizás tantas obligaciones lo asfixiaron, no lo sé, lo que sé es que

él te sigue amando —me mato de risa, el

me mira.

—Vos pensás, que por tener veinte años menos que ustedes ¿soy idiota? El no ama a

nadie, solo al dinero, quizás un poco a sus hijos, le gusta estar con todas, es un hipócrita, mentiroso, ¡qué vergüenza salir en las revistas que las hijas miran! Es un caradura, para mí

está muerto—sé que es mentira, lo sigo amando más que nunca.

Davy me observa y me agarra y me sienta en sus largas piernas.

—Te conozco amor, tu amor sigue

intacto igual que el suyo, lo que le hiciste fue muy feo.

Me abrazo a su cuello y rompo en llanto, me acaricia la espalda tratando de calmarme,

me besa la cabeza y nos quedamos abrazándonos, sin hablar.



CAPÍTULO 4

Ya pasaron dos meses y por más que

reniegue, sigo esperando que el gallego vuelva,

no sé si por mi culpa o no, Marisa se toma un tiempo con Frank, él aprovecha y se une a sus

hermanos haciendo causa común con ellos, viven los tres en la casa de Manu. Una noche Marisa me llama.

—Ya sé lo que vamos hacer, ahora voy, tomamos mate y prepárate —me pide, sonrío

y preparo el mate, son las once de la noche los chicos ya están en sus habitaciones.

—Loca ¿qué vamos a hacer? —pregunto apenas abro la puerta de mi casa, me sonrío.

—¿Cuánto dinero tienes? —la miro, sorprendida.

—Te presto, ¿cuánto quieres? —ella larga una carcajada y me observa.

—Sofi, de la venta de nuestra empresa, ¿cuánto te queda? —no entiendo dónde quiere

llegar, termino pensando que es verdad, vivo en el limbo, al acordarme de las malditas palabras, que me dijo el gallego, puteo por lo bajo.

—Toda y creo que un poco más, Manu siempre me deposita de más y sabes que yo no

soy de gastar, si lo hago, gasto con su tarjeta porque él me obliga, ¿en qué estás pensando loca? —ella sonríe, no entiendo nada.

—¿Te acuerdas de nuestra empresa?, maldita la hora que le vendimos, me enteré que

los socios se pelearon y laquieren vender —la miro entusiasmada, me encanta la idea.

—¿Vos creés, que podemos comprarla? ¡Ay Marisa qué emoción!, me encantaría,

sería

como recuperar lo nuestro, lo que mamá
luchó por esa empresa—se me caen las
lágrimas y

mi tía también empieza a moquear —
sabes que muchas veces pienso en ello y
nunca la tendríamos que haber vendido.

Las dos nos abrazamos y entre el llanto
empezamos a reír.

—Listo mañana vamos a hablar —la
miro sorprendida.

—Ya fui hablar, mañana tenemos una
reunión, creo que nos va a faltar
dinero, no tanto,

pero ya la conseguiremos, quiero ver la cara del gallego cuando saquemos todo el dinero de su

banco jaja ja.

—No quiero pedirle un dólar a él, ¿escuchaste? —se empieza a reír.

—¿De qué te ríes?, no a él, ni a Davy ni a Frank, SOLO MUERTA le pediría.

—Tranquila, ya sé a quién le vamos a pedir, pero ahora no me preguntes, mañana te

pones bien guapa y a las diez tenemos la reunión de esto nada a nadie, ni una palabra.

Esa noche, no pude dormir estaba muy ansiosa, hasta angustiada por no saber si podríamos comprarla, sé que ex mis hombres se van a querer morir, quisiera verles la cara.

Después que mis hijos se fueron a la escuela y los más grandes a la empresa de sus padres,

Marisa me pasó a buscar y nos fuimos, vestidas para matar. Me puse un pantalón blanco, bien

ajustado y una blusa de seda verde transparente, Marisa un monito blanco con un escote que

madre mía, nos íbamos riendo y cantando en la camioneta la canción de Enrique Iglesias, Bailando, ponemos el volumen al máximo y recordamos los años pasados, reímos y cantamos.

Cuando doblamos en una esquina, ya a unas cuadras de la empresa, un auto se detiene

a nuestro lado, Marisa lo mira al conductor, la mira y la vuelve a mirar, es uno de los contadores de la empresa de publicidad de nuestros ex.

—Chau, papito —grita Marisa, destornillándose de risa, el hombre

queda mudo.

Llegamos, y se nos corta el aliento, la empresa está en ruinas, una gran tristeza nos embarga por completo, nos miramos sin hablar, no queda ni el veinte por ciento de lo que era, un hombre muy apuesto y con unos cuantos años nos espera en la gran puerta de entrada.

Marisa me dice que la deje hablar, asiento, ensayamos nuestra mejor sonrisa y

saludamos al entrar, ella nos presenta. Siento los ojos de él sobre mi cuerpo, como aguijones,

me desviste en un segundo, subimos al

ascensor y nos dirigimos al tercer piso. Ahí nos esperan dos hombres más, saludamos y uno de ellos queda deslumbrado con Marisa, a pesar

de sus años es una hermosa mujer y muy inteligente. Nos sirven café y pasamos a una sala,

que antes, destinábamos a reuniones, está toda destruida, saltado el revoque y los sillones son

los mismos que dejamos, quince años atrás.

Marisa pide que le muestren los balances y los clientes que tienen, si es que los tienen.

Nos entregan unas planillas y no podemos creer, estos hombres son muy estúpidos o se quieren deshacer de la empresa, a como dé lugar. Nosotras nos miramos, pedimos que nos permitan hablar unos minutos a solas, ellos aceptan y se retiran.

—Quieren treinta millones —mis ojos se abren como platos.

—Están locos, esto no lo vale, nosotros la vendimos en setenta millones y aun poseemos acciones de la misma, pero en este estado, esto no vale ni la mitad — mi tía me mira y sé que está sacando cuenta.

—Le ofreceremos diez millones, no pediremos dinero a nadie y saldremos ganando

me tengo fe, que lavamos a levantar, casi no tienen clientes, tendremos que viajar, comunicar

que es nuestra otra vez, haremos mucha publicidad, ya verás, volverá a ser lo que fue.

—Marisa, lamento sacarte de tu encantamiento, pero no van a aceptar, por más

muertos que estén, y levantarla costará varios millones.

—Lo intentaremos, si no quieren, ofreceremos un poco más.

Y así lo hicimos, a uno por la cara que puso, la cifra no le gusto, los otros dos dijeron

que lo pensarían.

—Espero la contestación en tres días, si no contestan en el término de ese tiempo, deduciré que no aceptan, invertiré el dinero en otro lado, buenas tardes señores. —Saludamos

y nos fuimos, Marisa me demostró lo fría y astuta que resultaser, a la hora de negociar.

Los próximos días, nos pasamos caminando por las paredes, no pensaba en el gallego,

ni en Davy, aunque él venía siempre a verme, me veía inquieta y nerviosa, sé que pensaba que

era por ellos, «¡si supiera!»

Al tercer día, nos piden reunirnos, transpiramos todas de los nervios que teníamos,

tratamos de mantenernos tranquila, los saludamos y nos sentamos, nos pidieron un poco más

de dinero, ellos se veían muy nerviosos.

—Ni un dólar más, eso es lo que ofrecemos lo toman o lo dejan, por favor tenemos

otra reunión, no podemos perder tiempo —admiraba la entereza y el poder de convicción de

Marisa.

—Ustedes saben que esto, aunque esté en ruinas, vale mucho más y sus productos se

pueden vender en millones—un hombre nos apuraba con sus palabras, Marisa lo miraba y sonreía.

—Pues, arréglenla y recuperen a los

clientes, buenas tardes señores. —Nos paramos y

nos detuvieron enseguida.

—Me encantan las mujeres con cojones, y usted señora los tiene, aceptamos, pero en

efectivo—tenía ganas de gritar de alegría, otra vez la empresa de mi madre en nuestras manos, Marisa les sonrió y nos dimos las manos.

—Por supuesto, cuando tengan los papeles listos, vendremos con nuestros abogados,

depositaremos el dinero y en el acto

retirarán el mismo.

Cuando volvíamos, saltábamos, reíamos y llorábamos de la alegría, paramos en un

lugar a tomar algo y pedimos un vinito blanco, reserva tardía, frío, estábamos como locas,

unos hombres que estaban cerca nos saludaron y mandaron otra botella a la mesa. Le dije a Marisa que no, pero ella estaba como loca y aceptó, cuando se estaban acercando a nuestra mesa, ¿quién pudo haber entrado? y ella agarrada a su brazo, Manu estaba serio y ella reía como lo que era, una zorra. Lo vi enseguida, Marisa seguía

sonriéndoles a los que se acercaban, la codeé y ella me miró. La alemana no dejaba de tocarlo, él se sentía incómodo,

hasta que la sujetó por el brazo y ella se calmó, estaba borracha.

—Estamos esperando a nuestros maridos, gracias por el vino, quizás en otro

momento—Marisa es una caradura y yo estaba roja como un tomate.

Uno de ellos dejó una tarjeta sobre la mesa y se retiraron, el más joven me sonrió y la

verdad es que era un bombón. Cuando nos levantamos ellos nos seguían mirando, levantaron

sus copas y nos sonrieron justo cuando Manu, miró a quién saludaban, nos miró y se le cayó

la mandíbula, no podía creer que éramos nosotras y como Marisa ya estaba bastante entonada,

se dio vuelta y le grito.

—Te queda bien, la zorra, cuñado. A ustedes los Falcao los gusta ser cornudos, por eso salen con las putas. Chau gallego saludo a tu hermano —los dos hombres cuando lo vieron a Manu,

desaparecieron en un instante, la zorra sonreía con ironía y el gallego estaba enfurecido.

Llevé a Marisa a la casa y me fui a la mía, después de bañarme, me llama Davy.

—Hola Sofi, puedo ir quiero hablar contigo.

—No, estoy ocupada —le corté.

A las doce de la noche después de meses, me llama el gallego al escuchar su voz, casi

me meo, «la madre que me parió, amo a

este desgraciado», solo escuchar su voz,
se me nubla

la razón.

—Sí, ¿quién habla? —me hago la
interesante.

—Sofí, ¿podemos hablar? —su voz
suena cansada, triste, pero no me engaña
más.

—¿Qué quieres? Estoy ocupada. —Hace
un silencio, yo suspiro.

—Quiero volver a casa, sé que estuve
mal, perdóname yo ya te perdoné, te
extraño,

por favor quiero dormir contigo nena,
¿te acuerdas? solo los tres.

—El que lo olvidaste fuiste vos, ¿sabes
qué?, ya no quiero que vuelvas, estoy
bien así,

ya no te amo, ve a dormir con esa zorra.
Después de verte con ella, ¿crees por un
minuto, que

dejaría que vuelvas a mi cama? Ni lo
sueñes, te acuerdas lo que me dijiste, lo
mío es mío, no

quiero ni siquiera que lo miren, ni que lo
toquen y ella hoy me demostró que vos
ya sos de

ella, se cansó de tocarte. Jamás dejaría que vuelvas a ponerme las manos encima, lo siento. Te

amé hasta que me dolieron los huesos, nunca pregunté por todos sus negocios turbios, les fui

fiel en cuerpo y alma, pero eso no te bastó, hiciste promesas que no pudiste cumplir, me engañaste de la peor manera y con la zorra más grande de todas. Decime, ¿qué se siente acostarse con la que se acostó con tus hermanos y tu padre?, ¿no te da asco?, ¿no te da vergüenza llevarla del brazo por la calle, aparecer en las revistas y que tus hijas me pregunten, esa es la novia de

papá?

—No seas tan cruel, sabes que a la que amo, esa ti.

—¡Hipócrita, mentiroso, sos lo peor!
Peor que tu hermano, no pueden tener la
bragueta cerrada, se van a morir solos.
Ya no tengo veinte años como cuando
me conocieron,

me defraudaste gallego, todas las
expectativas las tenía puestas en vos,
sabés que solo tus brazos me calmaban,
me protegían—ya siento un nudo en la
garganta y las lágrimas sin permiso
inundan mi rostro, me las seco con el
dorso de las manos y me maldigo —¿a

mí, me

llamás cruel?, cuando soy yo, la que corre a la habitación de tus hijas a protegerlas en las noches de lluvia, soy yo la que les explica que ya no vas a volver porque amás a otra y tengo que secar sus lágrimas.

—Lo hice a propósito, para darte celos, nena déjame volver, tu gallego te ama.

No me

hagas sufrir mi niña, déjame amarte otra vez. Tienes razón, nena yo soy cruel, por favorámame otra vez, amo a mis hijos, te amo, hazme otra vez un lugar en tu vida, estoy muriendo, por favor Sofi, ámame

otra vez.

—A ella dile miniña, a mí no, voy a cortar, mañana tienes que ir a la reunión del colegio de las nenas, yo tengo una reunión y no puedo ir.

—¿Qué reunión? ¿Dónde? ¿Con quién?
—pregunta ofuscado.

—No te importa, como a mí no me importa lo que hagas vos, hasta mañana.

A la mañana siguiente se tenía que hacer la transacción, yo temblaba pensando que el

gallego no iba a dejar salir tanto dinero de su banco, Marisa como siempre

estaba tranquila,

esperábamos el llamado de los
vendedores, mientras yo caminaba por
las paredes toda

transpirada, Marisa tomaba mate.

—¿No estás nerviosa? Mirá si el
gallego nonos quiere dar el dinero.

—Lo mato, es nuestro dinero, no le
pedimos nada a ellos —responde muy
suelta de

cuerpo, la miro sin entender su
despreocupación. En ese preciso
momento suena mi celular,

levanto los ojos al cielo y me persigno.

—Hola, ¿señora de Falcao? —

reconozco la voz al instante es el gerente del banco,

seguro que Manu no me deja sacar el dinero, pienso, le hago seña a Marisa y lo pongo en altavoz.

—Sí, Francisco ¿cómo está? —mi voz se suaviza y la suya se dulcifica, Dios, conozco

a los hombres, son todos iguales, babosos.

—Buenos días, ¿cómo está? ¿siempre tan hermosa? —ja, lo dije, todos iguales

—acá

hay unos hombres que vienen a retirar una gran cantidad de dinero de su cuenta y de la señora

Marisa, como no puedo localizar a Manuel, no sé qué hacer —la maquinaria de mi cabeza se activarapidísimo.

—Sí Francisco, está todo bien, haga el favor de abonarles los cheques, es para un gran

negocio —cruzamos los dedos y cierro mis ojos.

—Usted disculpe señora, pero, ¿tanto?
—la madre que lo parió, sigue dudando.

—Escúchemeseñor, si no lo abona, en este mismo momento me veré obligada a

llamar a mi marido, no creo que le alegre que su señora pierda un negocio millonario, por su

culpa—sé que todos les temen, menos yo, tengo que convencerlo rápido, antes que el

desgraciado llegue.

—Está bien señora quédese tranquila, ya abono los cheques, buenos días —me quedo

muda, Marisa me mira.

—Buenos días, gracias Francisco —
corto y nos abrazamos con Marisa,
lloramos de

alegría.

El pobre hombre, no se imagina lo que
el gallego le va a hacer, cuando se
entera la cantidad de dinero que
retiramos.

A las dos horas llaman de la empresa de
cosméticos, cobraron el dinero y
mañana

mismo nos podemos hacer cargo de la
misma. A las seis de la tarde, llama el

gallego desesperado, rabioso y puteando en alemán.

—Tú estás completamente loca de remate, tú y la otra argentina, dime para qué

retiraron tanto dinero del banco.

Sofíííaaa —me grita desaforado, en completo estado de excitación.

—Despacio, bonito o tengo que llamarte cielo —me río— no tengo por qué darte

explicaciones de nada, solo sos el padre de mis hijos, soy completamente libre

—Ramona está cerca, al ver que estoy discutiendo me saluda con la mano y se retira.

—Tú nunca vas a ser libre, mientras yo viva, métetelo en esa cabecita loca que tienes,

tú eresmía, ahora y siempre.

Resignación cielito, así es —me está provocando, lo conozco.

—Solo te puedo decir que, la prioridad en mi vida son mis hijos y el trabajo.

—¿Qué trabajo? No vas a ir a trabajar, no lo necesitas, ¿escuchaste? Me estás haciendo

enfadar y mucho, claro tú tienes una capacidad extraordinaria para provocar, es más, eres feliz haciéndolo — responde, irónico.

—Jajá, no me hagas reír, lo voy hacer y vas a cerrar el pico, ¿escuchaste? De ahora en

más, vos y yo estamos en pie de guerra, vas a conocer lo que esta argentina es capaz de hacer,

BONITO —corto y sé que es lo peor que le puedo hacer, “GUERRA SI, SIIIIIIIIII” grita mi

bruja.

Marisa viene a casa cenar, los varones van a la suya, se reúnen con los amigos, las nenas después de cenar y se van a un rato a la pileta; hoy los padres no vinieron a verlas, hablaron por teléfono,

sé que están enojados. Le cuento a Marisa lo que me dijo Manu.

—Frank me volvió loca quiere saber para qué retiramos el dinero, por supuesto no

dije nada.

Frank está viviendo al lado con mis hombres, pero esta noche se quedan en su hotel,

los hijos le coparon la casa. Le declaramos la guerra, a todos, sabemos que mañana por la mañana tienen una reunión importante en la empresa de publicidad, mi hijo me lo confirmó.

Marisa ya planeó el primer ataque, yo me mato de risa, sus ideas son disparatadas.

—Mañana, empezaremos con la venganza, terminamos ahí e iremos a tomar el lugar

que nos corresponde en nuestra empresa, nuestra empresa no lo puedo creer, trabajaremos hasta hacerla resurgir de las cenizas ya veras, —me confirma, nos abrazamos y bailamos de

la alegría.

Después de tomar unas cuantas copas de vino blanco, reserva tardía, frío, se fue y yo

por supuesto no podía dormir, Davy me llamó cuando estaba por entrar en la pileta, ya las nenas dormían y los varones seguían de joda.

—Hola Sofi, ¿estás acostada? —cabrón, sé que me llama para sonsacarme qué

haremos con el dinero, será que tendré cara de tonta, pienso.

—Hola amor —sé que piensa que ya me tiene a sus pies, jajá —estoy por meterme en

la pileta ¿vos que hacés?

—Te extraño, ya cenaron —mmmm cómo estamos, sé que quiere venir.

—Si vienes, te preparo algo y nos metemos en la pileta, pero Manu no.

—Nena, él quiere ir, solo los tres, no seas mala —desgraciado, lo obligo a llamarme.

—Si querés vení solo, no quiero verlo, ¿venís o no? —oigo cómo deliberan.

—Ahora voy —Manu debe estar revolcándose de la rabia, «¡que se joda!»

Me pongo el bikini más chiquito que tengo, le preparo una sabrosa picada. A los

veinte minutos lo tengo en mi casa, con

tres kilos de helado, parado en la puerta tocando timbre, porque yo les hice dejar el juego de llaves a los dos. Tiene un vaquero gastado y una

camisa blanca abierta, se le ve colgado una cadena con la Virgen de Luján, que les regalé hace años, a los dos. No puedo creer lo guapo que está, sus ojos grises me desvisten con la

mirada, ya estoy mojada, que fácil soy. Después de hablar y picar algo, tal como imaginaba,

pregunta por el dinero, callo y levanto los platos.

—¿Vamos a la pileta? —vino

preparado, se trajo una zunga, hijo de su madre, me lo

quiero comer crudo, nadamos y me cuenta de la empresa de publicidad, pregunta por los niños, después de cansarnos nadando, nos sentamos en las reposeras, a la luz de las farolas.

—Dime Sofi, ¿aún nos amas? —su pregunta me toma por sorpresa y dudo en

contestar, me pongo de costado, al igual que él y lo miro.

—Sabes, uno se cansa de amar y cuando te traicionan, tantas veces, es muy difícil

volver a amar —me mira se pasa las manos por ese hermoso cabello que tiene, estira sus dedos largos y blancos y me acaricia la mejilla.

—Sofi para nosotros tú eres, nuestra nena, eres todo, sin ti no podemos vivir. Manu lo

hizo, primero porque tu broma no le gustó, segundo, antes de pelear a muerte contigo, dejó

pasar un tiempo, la alemana no significa nada. Ella nos trae una mercadería, no quieras saber

qué es, solo eso, ni remotamente pienses que la amamos, el gallego está muy mal

con todo

esto.

Me acerco más a él y nuestros labios se rozan, produciendo una descarga eléctrica,

como siempre, que nos deja sin aliento, nos miramos intensamente y lo beso en los labios, su

deliciosa boca se abre por arte de magia, nuestras lenguas se saludan y sin permiso en un segundo me levanta apoyándome sobre su gran y glorioso metro noventa, estamos ardiendo,

busco su cabello, mis dedos traviosos

tiran de él y el juego comienza. La música suena lentamente y nuestros cuerpos se entrelazan más y más, su boca me va devorando centímetro

a centímetro, haciéndome vibrar, sus manos recorren lentamente mis pechos, siento cómo su

respiración se agita, yo gimo y sus embestidas son precisas e intensas, mis dedos pasean por

su gran tórax recorriéndolo como tiempo atrás. Me besa la nariz, la frente. Su cuerpo empieza a transpirar y a temblar, sé que el gran momento se avecina, lo marco en el pecho,

gruñe, mis uñas marcan sus brazos y se
vacía en mí, gritamos y gritamos, inertes
de tanto placer, nos abrazamos
profundamente, nos ponemos de costado,
hasta calmar nuestros

latidos.

—Te amo, brasilero siempre lo he hecho
y siempre lo haré —me mira
traspasándome

con esos ojazos grises.

—Te amo, tanto, solo los tres recuerdas
nena, vuelve a nosotros por Dios, no
sabes la falta que nos haces, quiero a mi
familia de vuelta, no nos castigues más
amor, pasa su brazo

por mi cintura arrimándome aún más a
su cuerpo, posa su boca sobre mis
labios y los muerde suavemente,
perdónalo te lo pido yo —ni loca, ja ja
ja, si vino a eso, se equivocó.

Levanto mi mano y mis dedos le tapan
los labios,

—Sh-sh-sh, escúchame —él toma mis
dedos y los llena de besos—, te amo y
así será

hasta que me muera —observo como
traga saliva y sus ojos se llenan de
lágrimas —aunque

Manu fue el que secó mis lágrimas,
cuando vos me rompiste el corazón allá

en la isla. —él

baja la vista y una lagrima se le escapa,
la seco y lo acaricio con toda la ternura
del mundo, al recordar sin quererlo, no
hago más que empujar las sombras del
pasado al presente, mi pequeño cuerpo
se contrae y lo abrazo con todo el amor
que aún me queda, se queda quieto

sintiendo la culpa que sabe que tiene, me
limpio las lágrimas con mis dedos y lo
miro— Ya

no puedo estar con él, ya no, creí en él,
más que en ti, hubiera regalado mi alma
aldiablo por

envejecer los tres juntos, eso dijo él un

día, ¿recuerdas? Si él te mandó para que me preguntaras, dile que no, él ya decidió su destino y el mío. Aunque me muera de amor, verlo

con ella me hizo más daño del que vos me has hecho, mi corazón está lleno de pena, lo ha

roto, ya nada queda de lo que sentía, dile que él y yo estamos en guerra, no sé quién va a ganarla, pero yo emplearé todas las armas que estén a mi alcance para arrancarlo de mi pobre

corazón.

Sin dejarlo hablar, le pido que se vaya, acepta y se marcha. Mi noche es

horrible, no

hago más que pensar en el gallego, su cuerpo, su rostro, sus labios, la forma de poseerme, su

sonrisa, hasta sus enojos y celos deseo, levanto mi mano y observo mi anillo, mis lágrimas

traicioneras hacen un lago sobre mis mejillas, hundo mi cabeza sobre la almohada y el llanto

se intensifica, me duermo llorando.

Me levanto peor de lo que me acosté, me ducho y cuando al salir me miro en el espejo,

casi muero, mis ojos hinchados y las ojeras, me recuerdan la mala noche que he pasado, puteo como loca, busco la crema y trato de arreglar lo que ya está roto, mi corazón. Me arrodillo y otra vez el llanto se hace presente, Ramona, que, en tantos años, nunca entró a mi

habitación, alertada por mi llanto y sin golpear, entra corriendo, su arrodilla ante mí y me abraza, llorando conmigo.

—Lo amo más que a nadie —repito, abrazándome, a ella— ¿qué voy a hacer sin él?,

me defraudó, pero lo sigo amando con todo mi corazón —ella acaricia mi espalda esperando

a que me calme.

—Mi niña querida, cuánto dolor debes sentir, ¿por qué no lo perdonas de una vez?

Llevan meses alejados, él también debe estar mal, lo conozco, él te ama Sofí, eres la luz de su vida.

—¡Mentira! Él ya tiene a esa zorra, ya no le intereso, ni sus hijos le interesan.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?
Manu los ama a todos —la miro— Sí mi niña, soy

grande pero no estúpida sé que a Davy también lo ama, eso no me importa, solo quiero que

vuelvan hacer la familia que eran.

Me levanto como un rayo, recupero la poca cordura que me queda, Ramona me mira,

pensando que estoy loca, la verdad es que creo que estoy enloqueciendo.

—Basta de llorar tengo dos reuniones —sigue mirándome— ya está gallega, ya lo

perdí, no lloraré más, basta, se acabó, dejame sola que me voy a cambiar —se

da vuelta para

irse y la abrazo— Te quiero, ya se me va a pasar —ella me besa la mejilla y se va hablando

un idioma irreconocible, sonrío, amo a esta gallega, que mees fiel hasta la médula.

Me pongo un vestido corto, me miro en el espejo y sonrío, si estuviera el gallego, me

diría, “sácatelo por favor” jaja, pero no está. Marisa pasa a buscarme y me dice

—Hoy empieza la guerra, prepárate sobrina, hoy los Falcao van a rabiar jaja

ja —se

mata de risa.

—Pero, ¿no vamos a nuestra empresa?

—ya le tengo miedo.

—Primero los haremos enfadar a los
desgraciados —me responde.

A los veinticinco minutos llegamos,
observamos cuatro autos
impresionantes,

estacionados en la entrada de la
empresa, más los de ellos, los de los
empleados estacionan

sobre los costados. Nos bajamos,

acomodamos nuestra ropa y Marisa me habla.

—Escúchame, toma esta carpeta y cuando te haga seña, la tiras sobre la mesa, sería y

con cara de culo —me vuelve a mirar—, sácate los lentes estás hermosa, —me los bajo y la

miro, se lleva la mano a la boca — Nena, por Dios, lloraste amares, ¿lo quieres aún?, dímelo

—me vuelvo a poner los lentes.

—Lo odio, con toda mi alma —se larga a reír.

—Sí hermosa, te creo, vamos adentro,
miéntele al gallego, a mí no —me mira
de

costado y se agarra de mi brazo —te
amo, no lo olvides, esto es la guerra.
Solo sígueme, yo

hablo, tú observa los voy a volver locos
—no tengo idea, pero me gusta —
relájate, sonríe y

mueve ese lindo culo que Dios te dio, —
me pide— largo una carcajada y ya
estamos dentro

de la empresa.

Como siempre tres recepcionistas están

atendiéndolos teléfonos, cuando nos ven se les

caen las mandíbulas, «zorras» pienso, ya saben que estamos separados, les sonrío, Marisa las

saluda con un movimiento de cabeza. Subimos en el ascensor y llegamos al piso donde están

de reunión, vemos entrar a dos hombres de traje, los que se dan vuelta para mirarnos. Marisa

me da las últimas indicaciones, observa la hora en su celular, sabemos que el gallego es puntual sobre el horario de las reuniones, me mira y entramos.

Cuando ingresamos a la gran

sala de reuniones, donde hay una gran mesa de caoba lustrada, enseguida lo veo en la punta,

con su traje negro, impecable, como siempre absorto en mil papeles, Manu, se ve esplendido;

a su lado está Davy, la alemana está parada a su lado, mostrándole unos documentos, Frank en

la otra punta y a los costados cuatro hombres. Está tan compenetrado en lo suyo, que no nos

ve.

—Buenos días señores —saluda Marisa sarcásticamente.

Me indica unas sillas vacías y nos sentamos, todos nos miran, Manu levanta su

hermoso rostro y sus ojos no dejan deobservarme, la zorra, Frank y Davy nos miran y lo miran al hermano, sin saludar.

—Nadie contesta, bueno, nos sentaremos, ¿qué tema trataremos hoy?
—mi tía lo mira

al gallego que está con la boca abierta.

El gallego reacciona, se para y nos mira

directamente a los ojos, todos, nos observan.

—¿Qué pasa cuñado? Venimos a tomar el puesto que es nuestro, Sofía —con un gesto

me indica la carpeta.

Manu, mira la carpeta y su mirada se cruza con la mía; me da tanta bronca, que las mejillas me arden, al ver a la zorra a su lado, me paro enfrentándolo.

—Acá están nuestras acciones, entre las dos sumamos el cincuenta por ciento, tenemos

derechos, ¿algún problema? —Él solo

me mira.

Mueve su cabeza de un lado a otro y se sienta, quedamos las dos calladas, hasta que empiezan a proponer un gasto de dos millones para comprar no sé qué, Marisa se para y todos la miran.

—No estoy de acuerdo, es mucho dinero no se puede gastar tanto —Frank se para furioso y le grita.

—Marisa por favor, no sabes nada de esto, ¿qué haces acá? —ella ni lo mira.

Lo miro a Manu, sé que, hace un esfuerzo enorme para no echarnos, me encanta

cuando está enojado, me calienta sobre
manera, le mantengo la mirada, hasta
que no aguanta

más y le sonrío irónicamente y se
enfurece.

—Bueno pasemos a otro tema —
anuncia, dando vuelta una hoja— hay
que girar tres

millones a Alemania —dice, sin
levantar la vista de unos documentos,
pero no lo dejo terminar, lo interrumpo.

—No estoy de acuerdo, ese dinero tiene
que —pero se levanta haciéndome
retroceder,

pega un puñetazo a la mesa y todos temblamos, nos miramos con toda la rabia que en este momento sentimos, se saca la corbata la tira a un costado y se abre la camisa, a la mierda la

calma, sonrío, lo que lo enoja aún más, como era de suponer la pelea está servida.

—¿De qué te ríes? ¿Quieres volverme más loco aún? —pregunta a los gritos, sin dejar

de mirarme, la zorra sonrío, la toma de un brazo y la saca afuera— ¡Todos afuera YA! —

grita como un chanco, todos salen, pero

a mí me toma de un brazo, Marisa lo mira mal.

—Solo un momento, por favor —le pide, mirándola, suavizando su voz, ella me hace

seña que me espera afuera, solo quedamos los dos en esa enorme sala, nos desafiamos con la

mirada.

—¿Por qué? ¿Porqué amor, me haces esto? Sofi nena, háblame —bajo la mirada, con

su dedo índice me levanta el mentón y me habla a un centímetro de mi boca—

Te amo, dime

qué hacer para volver contigo, dímelo
—suplica.

Me separo de él en un segundo, lo miro
con todo el odio del mundo.

—Sigue con esa zorra, te veías muy
contento a su lado, ¿también le has
regalo

acciones? —reacciona al instante
soltándome.

—Por el amor de Dios, ¿te has vuelto
loca? ¿Cómo puedes creer algo
semejante? Ella

trabaja, nos trae mercadería que nosotros no podemos traer, —se vuelve acercar a mí, conociéndolo me va cercando para devorarme, lo conozco, no va a tener tanta suerte, me corro rápido de su lado y le grito.

—Sabes que, si no tiene acciones, no puede estar acá, todas las que te llevas a la cama,

vienen a tus reuniones, hipócrita, cínico, mentiroso vos no amas a nadie, te odio —doy media

vuelta y me alejo tratando de salir, pero me toma de atrás, me apoya en su cuerpo y su perfume me embriaga, siento el latido desahogado de su corazón sobre

mi espalda, sus brazos

me cubren la cintura y una mano me
aprieta el vientre, su rostro se apoya en
mi cuello y creo

estar perdida.

—Sofi, mi niña si supieras lo que sufro,
no dirías estas tonterías, solo tú, solo
los tres

recuerdas, perdóname, no me alejes de
tu lado estoy muriendo de amor haré lo
que me pidas,

solo dime que aún me amas, sus labios
ya empiezan a recorrer mi cuello
haciéndome

estremecer —estoy a punto de ceder cuando la zorra entra empujando la puerta, los dos la miramos.

—¿No te das cuenta que él me ama a mí? ¿Porqué no lo dejas en paz? —la va a sacar,

tomándola con rabia de un brazo, pero yome adelanto y lomiro.

—No, laque sobra acá soy yo, lástima no haberme dado cuenta antes, el tipo de hombre que sos, no vuelvas hablarme, si no es por tus hijos —él se queda paralizado.

Antes de irme, abro la puerta y agarro a

la zorra de las extensiones y me la llevo a rastras, llamo el ascensor y nos metemos adentro en un segundo con Marisa y con la zorra

gritando como una loca. Veo correr a Manu y lo escucho gritar mientras el ascensor empieza

su descenso.

—Sofi, nena —grita el gallego, dentro del ascensor Marisa la despeina toda y la

amenaza.

—No quiero verte cerca de los Falcao, ¿entendiste? contesta mierda —ella

asiente

llorando, está temblando, el ascensor para y vemos cómo los Falcao corren bajando las escaleras, las puertas se abren y salimos acomodándonos la ropa, la zorra queda despatarrada

en el piso llorando.

—Hablemos, nena por favor —me grita el gallego.

Agito mi brazo sobre mi cabeza y le hago seña que no, siento como putea en alemán y

le dice a la zorra que se vaya. Frank nos corre y nos detiene antes de salir.

—No quiero que vuelvas aquí —le exige a Marisa, las dos nos vamos encima de él,

sin dejarlo hablar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? Voy a venir siempre que quiera o ¿tienes una puta

escondida acá? Idiota, tú no me mandas ya perdiste esos derechos, no me jodas Falcao, porque sabes lo que soy capaz de hacer —Marisa casi le mete un dedo en el ojo de tanto agitarlo.

Davy viene a su encuentro y se lo lleva, ella se larga a reír y Frank se enfurece.

—Mañana volvemos chicos, espérennos
—mientras nos vamos, nos damos vuelta
y

los tres no dejan de mirarnos.



CAPÍTULO 5

Manu, la miraba marcharse y los ojos se le llenaron de lágrimas, sabía que la estaba

perdiendo. Sofi siempre fue una criatura inalcanzable, ni cuando la tuvo en sus

brazos, estuvo

seguro de ella y cuando se fue de su lado, su ausencia lo devastó; nada lo conformaba, nada,

su vida giraba en torno de ella, era lo que más deseaba, se sentía aturdido y enojado, era un

sentimiento, contradictorio, quería darle unos azotes y quería amarla a la vez. Esa mujer, su

mujer le había robado el corazón, solo ella era capaz de hacerlo vivir otra vez, ni las putas, ni Davy, al que adoraba, tenían ese poder sobre él, observaba su cuerpo al marcharse y la deseó

como nunca antes lo había hecho.

—Mi niña hermosa, mi reina —susurró.

—¡Eh, vamos! —le grito Frank, él se dio vuelta y se alejó caminando con la cabeza baja, Davy le apoyó la mano en el hombro y todos entraron a la empresa sin hablar.

Esa noche en su casa, después de cenar, Davy y Manu, oían el silencio, la casa olía a

tristeza y soledad, ni se miraban, el dolor por la falta de Sofi pesaba en el aire, los dos lloraban en silencio a su mujer. Terminaron y Davy levantó todo, lo miró a Manu con una copa en la

mano, su mirada perdida y los ojos brillantes.

—Me voy a acostar —le acarició la cabeza al gallego, él lo miro.

—¿Tú también me dejas? Dime, ¿qué te dijo ella?, esa argentina me está robando el

sueño, pues el corazón ya es suyo — Davy lo miró.

«¿Cómo decirle que no lo quería más?, ¿cómo?» lo veía devastado, se sentó su lado

en ese gran sillón, Manu puso su cabeza sobre sus piernas y dejó que le

acariciara el hermoso

rostro que tenía.

—Manu, Sofi te ama ya sele pasará, ya verás —trataba de convencerlo.

—¿Tú crees? —su pregunta fue con ironía —Maldigo, el día que puse los ojos en esa

criatura, se atreve a jugar conmigo, lo hace como el gato y el ratón —gritó, ya el alcohol estaba haciendo efecto — Manuel Falcao, millonario, banquero respetado y temido por todos,

conmigo se atreve a jugar, ilusa no sabe de lo que soy capaz, tengo mil mujeres,

la que quiera, todas —seguía gritando, mientras Davy solo callaba y lo acariciaba—maldita mujer,

maldito yo por engañarla, la perdí por una puta, por vivo —tomó la copa de vino y la arrojó contra la pared y se tapó la cara con las manos.

—Calla, ella recapacitará y volveremos a estar los tres juntos para siempre —

respondió, el brasilero.

—Dime ¿qué te dijo? —volvió a preguntar, Davy no creyó conveniente decirle que

ella no quería verlo más, sería exaltarlo

más aún y calló.

—Seguramente, dijo que no me ama más, Dios, ¿qué va a ser de mi vida sin ella?

Nene, nos quedamos solos, solos como al principio, ya nunca más seremos tres, solo somos

tú y yo —respiró profundo— sabes, ella es todo lo que quiero en este momento, añoro esas mañanas cuando los tres hacíamos el amor en esa inmensa cama, la guerra de almohadones,

el desayuno compartido, añoro sus risas, sus pecas, sus pechos pequeños y ese

lindo culo.

Davy sonrió y se limpió una lágrima que se le escapó, recorriendo su mejilla, él

también la extrañaba horrores, recordaba la vez que él también fue infiel y ella lo echó de su

lado, tardó meses en recuperarla de nuevo.

—¿Cómo puede ser, que sin proponérselo me haya hechizado de esta manera? ¿Cómo

caí ante su embrujo? Siendo tan joven, tan fresca, se metió en mi piel, en mi sangre, ya no la

puedo sacar, es imposible, la amo, está tan cerca acá allado y yo sin poder tocarla, parece una

burla del destino.

Davy también la amaba con la misma intensidad, pero era el momento de contenerlo a

él. Manu había hecho lo mismo, tiempo atrás sin que nadie lo supiera. Noches pasadas, los dos se fueron al boliche estuvieron hasta la madrugada, con putas, bebieron hasta

embriagarse, volvieron a su casa e hicieron el amor con pasión, pero, aun así, se sabían insatisfechos,

incompletos, solo Sofi tenía el poder de dejarlos rendidos en la cama a los dos, solo ella, auténtica reina de sus corazones, solo ella era su talón de Aquiles.

—Manu, ella nos dio cuatro hijos, está confundida, démosle tiempo, los tres nos amamos, por favor, te amo, no me gusta verte así, jamás has estado así, todo pasará, ya verás,

esto será un mal recuerdo —Davy se agacha y le besa los labios suavemente.

Manu se sienta y deja que él suavemente, lentamente lo desnude y sin

dejar de mirarse,

Manu lo toma por la nuca y se pierden en un beso, interminable. El amor que eso dos se tenían, desde jóvenes, siempre los atormentó por tener que ocultarlo de todo el mundo, esa fue

una gran brecha que los separó desde siempre de Alex. En la isla se amaban sin paz, ni descanso, también estaban con mujeres, pero el amor entre ellos era siempre más fuerte, que

el que sentían por ellas. Sin ver nada, un día Alex intuyó que entre ellos había algo más y los

empezó a vigilar, hasta quiso comentarlo

con su padre, pero Falcao, levantó su mano para hacerlo callar. Davy y Manu siempre fueron sus preferidos, quizás por ser culpable del accidente, que casi mata al primero y el gallego por ser el hijo de la mujer a quien siempre amó, hasta su muerte.

—No quiero que digas nada de lo que te puedas arrepentir, no me vengas con chismes

de mujeres, eres un hombre ¿no? —
lo interrumpió enojado Falcao,
haciéndole bajar la vista,

—amo a todos mis hijos, nada que me digas va a hacer que los ame menos,

guárdate tus comentarios, no te los he pedido —y se marchó, dando a entender que la noticia no le importaba, pues él siempre lo intuyó.

Cuando ellos conocieron a Sofi, su vida dio un giro de ciento ochenta grados, los dos

se enamoraron de ella, supieron que ella era la única con quien podrían formar una familia. Era una criatura bellísima, con un aspecto dulce y a su vez con un carácter de los mil

demonios, solo había conocido un hombre en su vida, no se parecía en nada, a las mujeres con

que ellos estaban acostumbrados a estar. Para ellos era la indicada, la elegida; aunque les presentó batalla por meses, cayó rendida ante un hombre de cuarenta años, Davy Falcao, millonario, empresario publicitario. Era el soltero más codiciado, un metro noventa y unos ojos grises impactantes, también infiel por supuesto, después de seducirla y de varios meses

de vivir juntos, ante las suplicas de él le dio su primer hijo, Brunito. Falcao era el calco de su padre, la vida en pareja lo cansó, se dedicó otra vez a las mujeres, y Sofi lo encontró con la

alemana saliendo de un hotel, en la isla

donde se iban a casar, y lo abandonó. Meses más tarde, estando ella en Argentina, separada del padre de su hijo, Manuel Ocampo Falcao, viaja miles de kilómetros para conquistarla, de vuelta en Barcelona la seduce. Él tenía una personalidad arrolladora, cariñoso, caballero, todo lo que una mujer busca en un hombre, además de un cuerpo perfecto y una cara espectacular y unos ojos negros hablaban, aun sin hacerlo. Vivía pendiente de ella, él le daba el oxígeno que ella necesitaba para olvidar y seguir viva, después de muchas idas y vuelta Davy se fue a vivir con ellos, fueron tres locos

que se amaron más allá de la cordura, después de tantas suplicas llegaron las mellizas, eran

dos “Sofis” en miniatura, bellísimas como la madre. Vivieron a pura felicidad por años, con

la mujer que habían elegido, hasta que el diablo metió la cola. De un segundo a otro, la felicidad se volvió tristeza, ahora solo eran tres almas errantes, tratando de sobrevivir y aunque Sofi los seguía amando, su orgullo no le permitía reconocerlo. Cuando Davy se despertó para ducharse, Manu estaba despierto meditando sobre su vida.

—Vamos, Manu levántate, vamos a

ducharnos que llegamos tarde —al ver que no

respondía, se duchó solo, cuando salió aún estaba tirado en la cama.

—Ve a ducharte, tirado ahí no vas a solucionar nada —se acercó y lo destapo, el

gallego de mal modo se levantó y entro en el baño.

Davy preparo café con tostadas, entró a buscar la corbata en el dormitorio y otra vez

se había acostado.

—¿Te vas a quedar ahí tirado? ¿Quién va a atender el banco? Piensa por favor, todo se

va a arreglar, el loco de Alex, aún está suelto, piensa en los chicos —el gallego seguía mirando el techo.

Manu tiene una personalidad, fuerte y autoritaria, como el padre, jamás se deja vencer

por nada ni por nadie, es por naturaleza posesivo y arrogante, teniendo la última palabra de

todo, nadie lo desafía pues saben las consecuencias, la única persona que siempre lo hacía era

Sofía, solo ella sin quererlo lo manejaba a su antojo. Davy no puede creer, que él, sin el amor

de ella, queda reducido a nada, aunque no se asombra, pues cuando ella años atrás lo dejó, él

pasó por lo mismo o peor, pues terminó internado. Solo ella tenía esa capacidad, cuando estaban con ella, todo era luz y vida, con solo mirarlos, se les iluminaba la vida, pero cuando

se apartaban de ella, caían en un profundo abismo de donde era imposible salir, solo ella tenía

ese poder, sobre esos hombres tan

importantes. Él sabe que Sofi solo está enojada con Manu,

está convencido que los sigue amando.

—No voy a ir al banco, dile a Joaquín que se ocupe, el gerente lo va a ayudar, ya lo

llamé —Davy le dejó el café y las tostadas en la mesa de luz, lo besó en la frente y se fue a

buscar a los chicos, cuando tocó bocina solo salió, Joaquín.

—Hola ahijado ¿mi hijo? —pregunto, mirándolo y besándolo en la cabeza.

—Sofi, no pasó buena noche y mi hermano la va acompañar a la empresa —cuando

termina pronunciar esas palabras, se arrepiente.

—¿Qué le pasa? ¿Otra vez va a venir a mi empresa? —Davy gira la cabeza, preguntándole.

—Está mal del estómago, come poco y nada —Joaquín mueve su cabeza en señal de desaprobación.

—Si está descompuesta, y ¿va a ir a mi

empresa? —sigue preguntando.

—A su empresa tío, compraron la empresa que era de la abuela —Davy se mata de

risa y lo vuelve a mirar.

—¿Para eso era el dinero? —Davy se sonrió.

—Por favor, no digas que te conté, si no me mata.

—Quédate tranquilo, ¿les alcanzó el dinero que retiraron del banco?

—Sí, pero ahora tienen que levantarla y comprar los productos para fabricar.

—Y mi papá, ¿dónde está? —pregunta Joaquín.

—Está descompuesto, creo que, como tu madre, mal de amores, las mujeres nos vuelven locos, ahijado—lo mira y larga una carcajada.

—¿Porqué se separaron? ¿Mi papá la engaño, tío?

—Algo de eso hubo, mira ahijado, a veces los hombres nos pasamos de vivos y

perdemos lo que más amamos —Joaquín lo observa.

—Cuando me case, jamás voy a engañar a mi mujer —Davy larga una carcajada.

—Nunca digas nunca —respondió, observándolo de reojo— cambiando de tema

¿cómo están las nenas?

—No son nenas, son indias —Davy sonríe, muere de amor por sus hijas— rompieron

un vidrio y Sofía las castigó, ¡son de terror!

El gallego estuvo deprimido por tres días, lo paso muy mal, aunque Davy se desvivió

para que comiera, no tuvo suerte, se lo veía muy triste y casi ni hablaba, el brasilero intentó

hablar con Sofia, pero ella no le creyó.

—Llama a la alemana bonito —le respondió.

Manu ya tenía una barba de tres días, se devanaba los sesos pensando cómo poder

conquistarla otra vez, hasta que, al cuarto día, Joaquín fue hablar con él.

—¿Qué pasa, papá? ¿Porqué no vas a trabajar? —le preguntó sentado al lado de su

cama.

—No pasa nada mi niño, mañana te paso a buscar y vamos al banco —no podía

decirle a su hijo que estaba muriendo por su madre, que esa argentina le había calado los huesos y ya no podía sacarla de su sangre —ya estoy mejor — respondió con la mirada perdida.

—¿Es por mamá que estás así? Te suplico que no me mientas —Joaquín siempre había

sido un niño grande, su inteligencia era increíble, Manu lo besó en la mejilla y no respondió.

—Vamos a tomar unos mates, espérame en la cocina, me voy a duchar —sintió una

voz en su interior que le gritaba, ARRIBA, MANUEL y comprendió que tenía que dejar el llanto a un lado y enfrentar la realidad.

Iba a dar pelea, no se iba a dejar vencer, Sofía otra vez iba a ser de él, nada lo detendría a reconquistarla, nada ni nadie, después que Joaquín se fue, se vistió y empezó el trabajo desde la casa y llamó al banco poniéndose al corriente de todo lo que pasaba. A la mañana siguiente mientras se duchaba, hablaba solo, « *quiere guerra pues tendrá*

guerra, que

se atenga a las consecuencias, pendeja de mierda», murmuraba mientras se afeitaba frente al espejo, Davy, al escucharlo hablar entró silencioso y lo miraba con miedo. Los ojos grises se posaron en los negros de Manu, sin hablar se notaba que ya no estaba deprimido ahora se encontraba rabioso, la ira lo dominaba.

—¿Estás hablando solo? Dios, ¡qué mal que estamos! —Davy en cueros, lo empujó

con la cadera y sin dejar de mirarlo se largó a reír, Manu se lavó la cara y salió

del baño sin

hablarle, solo mirándolo y antes de cerrar la puerta del baño le gritó.

—¡Apúrate, que estamos en guerra! —a Davy se le borró la sonrisa y salió a terminar

de vestirse rápido, Manu agarro las llaves del auto y Davy corrió tras él tratando de ponerse

la corbata.

—¿Qué es eso de guerra? ¿Guerra con quién? ¿Estás desvariando? —Manu por

primera vez en tres días largó una

carcajada, Davy lo miraba pensando que había perdido la

cordura, se arrimó a su lado, le terminó de hacer el nudo de la corbata y lo besó suavemente

en los labios, sin dejar de mirarlo.

Mientras sacaba el auto del garaje el gallego seguía sonriendo.

—Estamos en guerra con la argentina, quiere guerra, pues este gallego le dará batalla,

sí que se la daré, ahora va a conocer al Manuel Falcao, al que todos temen, dime bien, qué es

lo que te contó mi hijo, cuéntamelo todo.

Davy le comento todo, mientras el gallego asentía con la cabeza.

—Les va a faltar dinero, no les va a alcanzar —pensaba Manu en voz alta.

—¿Nos pedirán a nosotros? — preguntaba Davy, aunque lo creía improbable.

—No, ni locas, las argentinas no se van a rebajar a nosotros, ni a Falcao, no señor, son tan orgullosas que pagaran intereses elevadísimos, pero no nos pedirán nada —Manu presuponía a quién le irían a pedir —hazme un favor, en cuanto llegues, averigua cuántas

financieras hay cerca, toma la dirección y quiénes son los dueños, hazlo enseguida y me pasas los datos, ¿de acuerdo? —lo miró y le apretó la pierna antes que bajara en la puerta de

la empresa de publicidad.

Se quedó mirando a Davy mientras entraba, con su traje negro y el pelo mojado y lo

amó un poco más, sonreía al ver que las empleadas se daban vuelta para mirarlo, el brasilero

se dio vuelta y le guiñó un ojo, Manu arrancó y se dirigió a su banco, donde su hijo lo esperaba con tantos papeles que

cubrían todo su escritorio.

Saludo a Joaquín, su orgullo y en poco más de una hora, el escritorio estaba limpio y

el trabajo hecho. A las doce y media bajaron al comedor a almorzar, no podía sacar la vista

de su hijo casi tan alto como él, los mismos ojos de la madre, pero con su porte. Las mujeres

más jóvenes ya lo miraban con otros ojos, se le enturbió la mirada, ese niño grande era suyo,

tanto se lo había pedido a Sofí y ella en

un acto de tremendo amor se lo dio. Sin querer, ya

estaba, otra vez pensando en ella, no era posible alejarla, ni de su cabeza, ni de su corazón.

Recordó cuando de niño se vistió con su capa de súper héroe y después de correr por

toda la casa se tiró del techo del jardín de invierno al vacío, ese día creyó morir al verlo caer, habían pasados tantos años de ese momento, y ahora lo veía de traje, sentado frente de él, hablando de negocios ya hecho un gran señor, agradeció a Sofí habérselo dado y otra vez su

cara aniñada, su cuerpo delgado y su sonrisa, le robaron el corazón.

—¿Cómo te sientes, papá? —preguntó su hijo, con dulce voz, mirándolo.

—Bien, hijo ya va a pasar, escucha, ¿cómo van las cosas con tu chica?

—Nos vemos cuando el padre viaja, ya sabes que no me quiere.

—Que lo parió, tengo que hacerle una visita a tu suegro —decía Manu, tomando una

gaseosa.

—Por favor, no te metas, ya va a pasar,

si te metes será peor —Joaquín conocía el carácter de su padre, y lo que menos quería era problemas con el padre de su chica.

—Pero dime mi niño, ¿quién se cree que es, para despreciarte? Él no es nadie, estoy

tratando de averiguar quién carajo es, no debe ser trigo limpio, pues no consigo sus datos, no

me voy a meter, pero ten la seguridad, que averiguaré todo sobre su vida—
Joaquín bajó la mirada y Manu, con un dedo le levanto el mentón.

—Escúchame, Joaquín, tú y Bruno, son

los mejores candidatos para cualquiera,
son

Falcao, métetelo en la cabeza, nuestro
apellido está por arriba de muchos, aun
de ese pobre

infeliz, nos respetan y nos temen, tú no
eres cualquiera hijo, eres un Falcao —el
hijo calló y

sonrió.

Manu palmeó la espalda de su hijo y se
dirigieron a su oficina. Después de
terminar

con el trabajo del banco, Joaquín se
retiró, Manu sabía que tenía que ver a su

chica, y pensó

en ella. Apenas Sofi la vio, le dijo, “esos ojos me recuerdan a alguien, pero no sé a quién”,

Manu siguió tomando un trago en su oficina sentado en su gran sillón, hasta que sonó el teléfono y la secretaria le dijo que la alemana quería hablar con él, se acomodó la ropa y la

hizo pasar.

—Hola Manuel, quiero hablar contigo
—la miró, no la hizo sentar y se paró
cerca de

ella.

—Tú tienes que tratar con Frank de ahora en más, ya hablamos de esto, no quiero

repetirlo otra vez —la alemana era una mujer de cincuenta años, astuta, ambiciosa, atrevida y

muy bella, se había acostado con todos los Falcao, al saber que Manu tenía todo el poder fue

por él, se le acercó y frente a sus labios pronunció.

—Yo quiero hablar con el dueño del circo, no con el mono —Manu largó una

carcajada y le clavó sus ojos hechiceros, ella metió sus manos por dentro de su saco y sus dedos acariciaron su gran espalda, la miró con una sonrisa que la hizo humedecerse.

—Sabes hermosa —susurró en su oído, agachándose, ella se estremeció,

imaginándose que ya lo tenía a sus pies, le levantó el mentón y sobre sus labios murmuró —a

mí me gustan las figuritas difíciles de conseguir, no las repetidas, pues esas las tiene cualquiera y yo hermosa, no soy cualquiera —ella lo miró con odio, aunque en seguida dulcificó sus gestos, Manu seguía parado a su lado, sin

siquiera tocarla.

—Manu esa niña, ¿qué te puede dar?, tú necesitas una mujer de verdad, alguien que te

haga gritar en la cama —él le sonrió con ironía, la muy yegua ya le acariciaba el bulto.

—Sabes hermosa, esa chiquilla, esa mujer, es mi mujer, ella no solo me hace gritar en

la cama, me da todo lo que un hombre necesita para ser feliz, me tiene a sus pies, ella es la

dueña de mi vida, la madre de mis hijos,

ella no se ha acostado ni con mis
hermanos ni con

mi padre —la alemana, levantó la mano
para darle una cachetada, pero él le
tomó la muñeca y

la hizo retroceder —no quiero verte más
acá, ¿escuchaste? Si tienes algo que
hablar, hazlo con Frank, no quiero
volver a repetirlo.

Ella se soltó de un tirón y lo enfrentó

—Ustedes ya no están juntos, creo que
tú no la hacías gritar a ella —se rio,
pero cuando se iba, Manu la tomó con
bronca del brazo, justo en ese momento
entró Davy sin golpear.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces acá? ¿No hablamos contigo?, ¿qué mierda quieres?

—A tu hermano al gran Falcao, pero él quiere a esa —Davy la apretó contra la pared,

ante la mirada furiosa de Manu.

—Ten cuidado con tus palabras —le advirtió.

—Déjala, no vale la pena —e lgallego alejó a Davy —vete y no regreses. — antes de

irse se dio vuelta y lanzó su veneno.

—Hay unos cuantos atrás de esa mujercita, si no fíjense en el abogado que contrataron

en su empresa, una criatura hermosa con varios años menos que ustedes —Manu y Davy se

quedaron callados, sumidos en el desconcierto.

—¿Quién es ese abogado? —se preguntó el gallego, en voz alta, había enloquecido

nuevamente.

—Ya averigüé —exclamó Davy— acá tienes las direcciones y te tengo una

sorpresa,

mira a quién le fueron a pedir dinero, al vasco —Davy sonreía y el gallego ya estaba llamándolo por teléfono.

—Vasco, ¿cómo estás? habla Falcao Manuel —el vasco no podía negar nada a los

Falcao, ya que ellos los habían salvado de unos cuantos líos.

Después de hablar por una hora, hicieron los arreglos necesarios que Manu le pidió.

Ya la empresa de Marisa y Sofí estaba encaminada, empezando a funcionar,

estaban

felices, el dinero que faltaba tuvieron que pedirlo en una financiera, pero a muy bajo costo.

Tuvieron que vender unas pocas acciones, aunque eso no les molestaba, la empresa resurgía

de las cenizas y eso las llenaba de felicidad.

Un día trabajaron hasta la noche, cuando Sofi llegó a su casa, estaba muerta.

—Hola Ramona, ¿cómo va todo y los chicos? —desde que los hombres de la casa se

habían ido, se quedaba hasta que ella llegara.

—Todo bien mi niña, se te ve cansada date un baño, ya tienes la cena lista, los varones

salieron un rato, a las nenas las vinieron a buscar los padres, están en su casa, después de cenar te las traen —a Ramona le dio lastima Sofía, estaba ojerosa y se la veía muy delgada.

—Oye me comes hoy ¿sí? —le pidió mientras se marchaba, la besó en la mejilla antes

de irse—mañana a las siete estoy aquí.

Sofi la besó, cerró la puerta y se sentó en el sillón, se tapó la cara con las manos y sus

ojos se le llenaron de lágrimas, su casa se veía como ella, triste y sola, se levantó sin ganas y entró a su dormitorio a ducharse y ponerse cómoda, se puso un vestido corto y frente al espejo intentó hacerse la trenza. «¿Cómo me la hacía él?» Pensó refiriéndose a Manu, a ella

nunca le salía también, pero la dejó como le salió, toda torcida y descalza se dirigió a la cocina. Casi no comió, picoteó algo y se puso a escribir. Tenía que terminar otro libro, en un

mes y casi no había escrito nada, su editor en jefe se lo reclamaba con urgencia, mientras tomaba una taza de té, tocaron el timbre, miró por la mirilla y ahí estaba él, más guapo que de

costumbre, recién bañado, pelo mojado, pantalón de vestir y una chomba blanca, se miró, estaba hecha un desastre, «¿y si no le abro?» —pensó.

—Sí, ¿traes las nenas? —pregunto.

—Hola Sofi, las nenas quieren quedarse a dormir, ¿las dejas? Temprano las traigo

para llevarlas a la escuela, ¿me puedes abrir? Tan solo un segundo.

«Si lo deajo pasar, me rindo a sus pies y todavía no es el momento, aún no», pensó, sintiendo que el corazón le galopaba tan fuerte que se quería escapar, de su pecho. Como siempre empezó a transpirar y dudó de lo que debía hacer. «Dios que se vaya», pensó en voz

alta, la voz de él, y la pasión que sentía la desorientaban, su mente se nubló y de pronto estaba perdida, perdida ante su presencia.

—No puedo, estoy ocupada— susurró a duras penas, casi sin hablar, se maldijo por lo

floja que era ante ese hombre.

—Por favor, nena ábreme, solo un minuto, por favor mi niña.

«Ese mi niña me mata como siempre, quisiera salir y arrojarme a sus brazos, para así

poder descansar de este calvario, pero no lo haré, tengo que ser fuerte, no me merece».

—Vete Manu, no voy abrir, por favor vete —se apoyó en la puerta, esperando que se

cansara y se fuera.

—¡Ábreme carajo! Soy tu marido —sus gritos me hacen saltar— no hagas que

me

enoje más de lo que estoy —su voz se suaviza— Ábreme mi niña, ¡no me rechaces Sofi!

Se sentó, apoyada contra la puerta, hundióla cabeza entre las piernas y lloró como una

marrana, cansado de esperar, él se fue.

Al otro día, cuando Manu trajo las nenas, Ramona las recibió, les dio el desayuno y

las preparó para la escuela. Ella no salió, se quedó en la cocina preparando su cartera, Ramona se las entregó, pero

fue Davy el que las llevó. Manu se quedó parado, apoyado en el

marco de la puerta de la cocina, observándola de atrás, sonrió al ver su trenza torcida, se acercó sin que ella lo viera y Ramona, al instante desapareció. Al sentir su perfume, Sofi se

dio vuelta y lo vio, estaba a centímetros de ella, sus miradas se encontraron.

«Qué linda está con ese trajecito, parece la niña que conocí» pensó él, sonriendo.

—Por favor, vete Manu, no lo hagas más difícil, de lo que es —le pidió

—¿Porqué te niegas a este amor, que nos

quema por dentro y no nos deja vivir?,

piensa amor, todas las noches que
estamos perdiendo, por ser tan necia —
lo miro incrédula,

sacándola de sus casillas.

—¿Yo necia? Desgraciado, te olvidaste
que me engañaste, mierda Manuel,
perdiste la

memoria, vete ya de mi casa, te odio,
¿escuchas? ¡Te odio!

—Tú no me odias, me amas igual que yo
a ti —sin pensarlo ya estaba en sus
brazos, la

tenía contra su pecho apretándola.

—Suéltame, jamás seré tuya otra vez, me defraudaste, ve con esa puta, no me busques

más, ya no quiero estar con vos —sus gritos atrajeron a Ramona, que sin pensar entró en la

cocina y Manu la miró mal.

—Por favor, mi niño déjala —Ramona, tenía lágrimas en los ojos.

—Jamás serás de ese abogado de cuarta, ¿escuchaste? si te veo con él, le rompo todos

los huesos —Sofi lo miro desafiante y Ramona pensó lo peor y se metió en el medio.

—Voy a salir con quien quiera, ¿escuchaste Falcao? El poderoso Falcao, no te tengo

miedo, ahora vete de mi casa ¡YAAA!

—Manu pegó media vuelta y se fue, dejando una estela

de rabia a su paso.

Sofi se refugió en los brazos de la gallega y lloró a moco tendido; luego tuvo que ducharse otra vez, estaba toda transpirada y muy enojada, saludó a Ramona y se fue, al llegar

a la empresa le contó a Marisa.

—¿Cómo sabe, que el abogado te invito a tomar algo?

—No sé, estaba como loco, dijo que le iba a romper los huesos —Marisa se largó a

reír, mientras acomodaba unas carpetas en los estantes de su oficina, se dio vuelta y la miró seria.

—¿De qué te ríes?, no es gracioso lo dijo en broma ¿no? —Marisa la contempló seria.

—No Sofi, es una promesa, con los Falcao no se jode —Sofi abrió la boca y

Marisa la

abrazó. —Nena, ya debes saber que con ellos no se jode, mira pequeña, ¿por qué no te arreglas con él? —la miró de costado, sonriendo —ellos te aman, ya esta no sufras más, por

Dios, fue un desliz nada más.

—¡Estás loca! Me engañó con esa zorra, justo con esa, va a pagar por lo que hizo, va a

sufrir como yo estoy sufriendo —Marisa la besó en la mejilla y se fue sonriendo.

Antes de salir le recordó que tenían una reunión; la misma era con un amigo de

Marisa, dos abogados uno mayor y uno más joven, que se le insinuaba a Sofi, con todo el desparpajo del mundo a cada instante, lo que ya la tenía medio cansada, un amigo de Sofía, el

profesor de literatura gay, que habían invertido en la empresa y tenían algunas acciones y se

suponía, que el vasco, dueño de la financiera, que se ofreció a comprarles unas acciones.

La sala de reuniones no era tan grande como la de los Falcao, aunque era muy

moderna y muy bien puesta, una gran mesa en el medio, sillones de cuero,

unos cuadros que

adquirieron en Madrid y unos que el
brasileño, tiempo atrás, había pintado
con unos paisajes

increíbles. Sobre un costado la foto de
la madre de Sofi y hermana de Marisa,
algunas plantas

puestas en lugares estratégicos y por
último sobre un mueble donde se
encontraba la computadora, las fotos de
los seis hijos. Entró la secretaria y
sirvió café, ya habían llegado

sus amigos, la reunión empezaba.

—Bueno, empecemos, el vasco, ¿no va a

venir? —preguntó Marisa.



CAPÍTULO 6

Pero de pronto la gran puerta de vidrio se abrió, todos miraron y ahí estaba él.

Manu

exudaba autoridad por todos sus poros, vestido con un traje azul, camisa blanca y su sonrisa

arrebataadora, su seguridad al entrar nos dejó pasmados a todos, menos a mi

amigo gay que se

lo comió con los ojos. Con Marisa nos miramos sin entender nada, «¿qué hace aquí?».

—¿Qué pasa cuñado? ¿Te equivocaste de empresa? Esta no es tuya —exclamó con

ironía, sonriéndole, pero el muy desgraciado se acercó a ella y tiro una carpeta sobre la mesa, me miró y miró al abogado queriendo matarlo.

—Creo que te equivocas, cuñada —recalcó cada letra, provocándola— Por supuesto

que no es mía, solo tengo algunas acciones que me dan el derecho a estar en estas reuniones,

¿o no? pregúntale a tus abogados —el más joven se levantó para tomar las carpetas y Manu se

las sacó de las manos —lo intimidó de tal manera que el pobre se sentó.

Marisa no podía creer lo que leía, era verdad, las acciones estaban a nombre de él, lo

leyó otra vez, lo miró a Manu con todo el odio del mundo, él le sonrió.

—Está bien siéntate —le pidió y como

vi que ya estaba nerviosa y “loca”, me hice

cargo de la situación.

—Bueno comencemos Marisa estaba verde de rabia, presentí pelea.

—Vamos a adquirir este producto, que viene de Brasil, el importe es de un millón de

pesos, —me levanto y entrego a todos, un informe detallado, por supuesto a Manu lo salteo y

se queda con la mano levantada, sonrío y él me putea en alemán— mañana llegan dos toneladas de —se para y

todos lo miramos.

—Estoy en desacuerdo no apruebo el gasto, no creo que sea necesario—
desgraciado,

ni sabe de lo que estábamos hablando,
me retuerzo en mi silla.

—Está bien, lo discutiremos, también
está la compra de —Manu no me deja
terminar

de hablar, y me paro también.

—¡Me tenés podrida! Terminala, basta
si no te gusta, te vas—me mira serio y
viene

hacia mí, todos salen de la sala, Marisa le grita y él le grita a ella, se arma un lío descomunal, el abogado se para delante de mí.

—Si en un segundo, no te vas, juro por Dios que te rompo todos los huesos, quiero

hablar con mi mujer, ¡¡¡¡¡FUERA!!!!!!!!!!!!

—grita, mirando al abogado, mi amigo gay es el primero que corre afuera, los abogados y otros salen y a Marisa le hago seña que se vaya, quedamos los dos solos, como siempre no me dejo intimidar, lo enfrento y eso lo pone más

loco.

—¿Estás buscando que me vuelva loco?
¿Eso es lo que quieres? —se aproxima y
su

perfume me mata, me agarra la nuca, me
corro y me suelto.

—¿Qué pasa Falcao, no aceptas un no?
¿No te gusta perder? Pues conmigo ya
has

perdido metetelo en tu cabeza, no voy a
dejar que me toques nunca más, olvidate
de mí para

siempre—su mirada me traspasa y
siento como se pecho sube y baja, está
furioso.

—Está bien, no te voy a rogar más, tú —
me pone un dedo en el pecho con bronca
—tú

olvídate de mí para siempre, solo
hablaremos de mis hijos, ¿quieres
guerra? yo sé luchar y

utilizar todas las armas a mi alcance, no
lo dudes, me cansaste, sal con quien
quieras pues yo

haré lo mismo —me quedo helada, sin
palabras, se da vuelta y me mira antes
de salir, tira la

carpeta sobre la mesa —te las regalo, es
mi último regalo, adiós, bonita.

—Vete a la mierda y no vuelvas, ve con tus putas eso les gusta a ustedes, ¡me

arruinaste la vida! ¡Mierda! —le grito, loca como una cabra, vuelve sobre sus pasos y me vuelve a enfrentar, me clava esos ojos hechiceros y se agacha hablándome a un centímetro de

la cara, que ya tengo inundada de lágrimas.

—Tú me arruinaste la vida a mí, solo mis hijos me importan de ahora en más y sabes

que sí!!!!!! me encantan las putas!!!!!!! — levanto mi mano, dándole vuelta la cara de un cachetazo, le dejo la mejilla

colorada, ni se mueve, solo me observa.

—¡No sabes cómo te odio! —me grita—
cuando tu corazón y tu mente se
tranquilicen

y llegues a un entendimiento entre ellos,
vendrás a pedirme perdón —me señala
con el dedo

— me buscaras y ya no estaré —susurra,
pega media vuelta y se va.

—¡Ni lo sueñes! Jamás iré a buscarte y
menos, a pedirte perdón, bonito —lo
veo

alejarse, se fue y esta vez lo perdí para
siempre, lo sé.

Fueron transcurriendo los meses, Marisa y yo cada vez más compenetradas en la empresa, como ella lo suponía, nuestra empresa resurgió de entre las cenizas. Está muy cerca

de ser la gran empresa que era cuando la vendimos, gracias a ella, llamó a todos nuestros clientes anteriores, todos volvieron a comprar nuestros productos, Argentina, Perú, Bolivia,

México y Venezuela eran nuestros clientes nuevamente. Nos vamos a las ocho de la mañana y

volvemos a las seis de la tarde, atiendo a mis hijas que vuelven de la escuela a

las cinco, a las diez ya se duermen. Estamos muy cansadas, agotadas, pero felices, nuestro sueño se está haciendo realidad, mi madre, seguro está aplaudiendo.

Frank había vuelto con mi tía, se cansó de perseguirla para que lo perdonara, hasta que le ganó por cansancio. A nuestra amiga Miriam la llevamos a trabajar con nosotras, mi

hijo Bruno se dedicó de lleno a la empresa de publicidad, con el padre, seguía con Candy y de

mi cuñado no supimos nada más, aunque los hermanos seguían buscándolo. Mi hijo Joaquín

trabajaba en el banco con su padre, a la noche cuando cenábamos juntos me contaba de su trabajo, pero cuando quería contarme del padre no lo dejaba, no quería saber nada de él; nos

veíamos muy pocas veces y cuando lo hacíamos ni nos mirábamos, ni cuando venía a buscar

las nenas, pues lo mandaba a Davy.

Mi vida social era un desastre no salía a ningún lado, de día todo estaba bien pero cuando la noche llegaba y me quedaba sola en mi habitación, desempolvaba los recuerdos y

todo era llanto y amargura. Sentía que

había elegido mal, me reprochaba una y otra vez haber

desperdiciado mi vida con dos hombres
mujeriegos y me puteo en todos los
idiomas

posibles. Marisame atormentaba todos
los días, diciéndome que Manu me
extrañaba, hasta mi

suegro llamaba cada dos días, para
pedirme que lo perdonara, cansada de
esa situación un día

les contesté mal y no me jodieron más.

Carmen, mi amiga, que seguía
trabajando en la empresa de publicidad,

me contaba que

Manu estaba, más delgado, que hablaba poco, que se le adjudicaban varios romances y aun sabiendo que muchas querían tenerlo, ella no lo había visto con nadie. Davy era otro cantar, él

era un dandi y todas le venían bien, mi relación con él era de amigo y padre de mis hijos, cuando nos veíamos solo se hablaba de los chicos. A él, siempre lo quise como era, siempre

supe que nunca iba a cambiar, y aun así lo amé y lo amo; pero Manu, de segundo lugar paso a

ser mi prioridad, mi hombre, mi amor,

mi amante, mi todo. Era lo que siempre quise, un hombre al que regalarle mis días y mis noches, la persona con quien piensas envejecer, como

él mismo dijo, como lo prometió y olvidó, por más que mi mente quería olvidarlo, mi corazón lo reclamaba, lo buscaba en las cuatro paredes de esa habitación donde siempre fuimos tres locos amándose. Las huellas de sus besos las llevaba en todo mi cuerpo y los fantasmas de la noche me invadían, sentía la necesidad de escuchar una vez más su voz, ahora

solo quedaba yo, una loca, un alma en pena, una persona que en la penumbra

lloraba su ausencia. Me hundía en la pileta a las tres de la mañana, esperando que la magia se hiciera presente y volverlo a ver, volver a ver su sonrisa, sus ojos y escuchar esa promesa, esa que

me derritió el corazón y me entibió el alma, “te voy a cuidar mi niña, hasta que muera”, nadaba hasta que se me enfriaban los huesos, después salía y me dormía cansada de llorar. A

la mañana, me duchaba y ponía mi mejor cara para ir a trabajar, pero la procesión iba por dentro, sentía que mi vida estaba vacía, solo su presencia, podría completarla. La cuestión era

que, él ya no me necesitaba. Los sábados y domingos eran mis peores días, les daba franco a

las empleadas, los padres venían a buscar las nenas, mis hijos salían y yo me quedaba más sola que un hongo, al borde del abismo. Ese sábado, mi amiga me llamó, y me invitó a ir a un

boliche nuevo, para gente mayor.

—¡Dale Sofí, vamos! Te va a hacer bien salir, hace meses que estás trabajando y no tienes una puta alegría, quién te dice consigues un galleguito que te haga vibrar, vamos al sector VIP, para gente importante como nosotras —la gallega siempre me sacaba una sonrisa.

—Dios Carmen, deben ser unos viejos chotos —ella se mataba de risa.

Esa noche le pedía Ramona que se quedara con las nenas, al día siguiente estarían con

los padres y mis hijos ya se habían ido. Luego, me duché, y con ella, mi amigo gay y uno más, nos fuimos; cuando llegamos, los ojos de todos no podían creer lo que veían, el lugar

era increíble, todos bajaban de unos cochazos impresionantes, la miré a mi amiga.

—Gallega, esto sale, lo que vos ganas en un mes —los veía a mis amigos

revisar la

billetera, yo sonreía y la tomé del brazo a mi amiga y —¡vamos gallega esta noche pago yo!

Entramos en una disco enorme, todos los hombres eran mayores, casi viejos diría yo,

se veía que todos eran adinerados y las mujeres también, pedimos unos tragos y nos sentamos

en unos sillones espléndidos, desde allí podíamos ver todo, había tres barras.

Salimos a bailar

entre nosotros, nos divertimos un buen

rato, los hombres sacaron a otras mujeres y nosotras

nos divertíamos observando cómo una mujer, le metía mano a un hombre sin disimulo

alguno, lo que ya no me causaba tanta gracia.

En un momento dado, miro hacia la barra grande, veo a unos hombres que se saludan

y para arruinar mi noche, ahí están ellos; Davy bailando cerca, muy cerca de una mujer que

lo manoseaba todo, el muy desgraciado,

reía y sentado en la gran barra Manu, tomaba con una mujer encima, que le hablaba en el oído, hasta que él, de pronto, la sentó en su falda y le

mordió la oreja. Ya mis ojos no quisieron ver más, me levanté, la gallega me miró y siguió

mi vista hasta que los vio, se levantó, pero la volví a sentar.

—Quédate, por favor, yo me voy —le pedí.

Pasé por un costado, entré en el baño y me mojé la cara y salí casi corriendo, cuando

estoy parando un taxi, escuché su voz, su grito.

—¡Sofía! ¡Sofi! —me di vuelta ya sentada en el taxi y lo vi a Manu parado en medio de

la calle, con una mano se tocaba la cabeza y la otra en alto.

Me di vuelta y le pedí al chofer que se apurara, llegué a mi casa, me encerré, puse música y me deje absorber por el agua tibia de la pileta, ya no lloraba, estaba resignada, cuando me fui a acostar tenía diez llamadas de él, las cuales nunca contesté.

Ya ha pasado más de un año, su ausencia

duele un poco menos, pero mi corazón sigue

llorando, las pocas veces que nos vemos, solo en los cumpleaños, ni nos miramos, solo con

Davy hablamos, hasta viene muchas veces a cenar con los chicos, pero Manu no entró en mi

casa nunca más, a veces las nenas lo llaman que venga, pero él manda a buscarlas con Davy.

Sé que ya no queda nada del amor sentía por mí, pero el odio que me tiene, me duele en el

alma. Me enteré por la gallega que sale hace meses, con una mujer que es la hija de un empresario papelerero, por lo que me dijeron es viuda y tiene dos hijos grandes. Un día, después de cenar, con mis hijos nos metimos todos en la pileta, cuando nos quedamos solos

con Joaquín, escuchando música me preguntó.

—Escúchame Sofía —lo miré.

—Dime bebé, ¿qué necesitas? —me miró directo a los ojos y lanzó esa pregunta que

me dejó sin palabras.

—¿Porqué no sales con nadie? ¿Por qué no rehaces tu vida? Eres joven, bella, ¿aún

amas a papá? —me atraganté y apenas sonreí.

—No tengo necesidad de salir con nadie, no tengo tiempo, ni ganas, mi trabajo en la

empresa y mis hijos ocupan todos los espacios, ya no deseo nada más —paso mi mano por su

mejilla, él sonríe y me mira.

—¿Tu padre sale con alguien? —me mira con una mirada triste, se

desparrama en la

reposera, mira hacia el cielo, gira su hermoso rostro y me mira.

—Sí, hace meses, me lo dijo ayer —el silencio ocupa el espacio y me creo morir, mis

sentidos desaparecen y mis manos empiezan a transpirar.

—Está bien, hijo tiene derecho a rehacer su vida —susurro, sin fuerzas, lo miro y veo

que se le escapa una lagrima, arrimo mi reposera, lo acuno en mis brazos como cuando era

niño y ahora a los dos nos saltan las lágrimas, —Escúchame, mi niño, la vida es así, solo piensa que él nunca va a dejar de amarte y yo, hijo vos sos la luz de mi vida, no te preocupes

—él me abraza y me besa la mejilla.

—Tenía la esperanza que se arreglaran, te amo y lo amo a él, no puedo estar así mami

—ese “mami”, me mata, levanto su mentón y lo miro a los ojos.

—¿Sabes? Tu padre sin ti moriría, sos lo mejor que tiene, lo que más va a amar en su

vida, siempre para él, vos vas a estar primero, primero que todo, sabes, quizás me arrepienta

de muchas cosas en esta vida, pero ten presente mi niño, que de vos y tus hermanos jamás me

arrepentiré.

En ese momento, suena la canción de MANÁ, que tanto me gusta, “BENDITA TU

LUZ”, lo tomo de la mano y en medio del parque, descalzos, nos ponemos a bailar, mi niño

ríe y el alma me vuelve al cuerpo, Bruno

se acerca y bailamos los tres, reímos y después nos

tiramos a la pileta y nadamos, hasta cansarnos. Esa noche jugamos a las cartas y volvimos a

nadar, nos acostamos a las dos de la madrugada, al otro día, mis niños no pueden levantarse.

Ese mismo día le comenté a Marisa, lo que me contó mi hijo.

—No empieces a gritar —me pide, la miro— Hace rato que lo sé —me mira

tapándose la cara, esperando mi reacción.

—Sos una yegua, ¿porqué no me dijiste?
A mí ya no me afecta —larga una
carcajada

y deja los papeles que tiene en las
manos y me desafía.

—Bueno, dime en la cara —se la toca—
y júrame por Joaquín que ya no lo amas
—la

miro con la boca abierta, y ella sonrío.

—No te lo voy a jurar, pero, ¿por qué no
me crees?

—Porque te conozco nena, lo amas más
de lo que amas a Davy, porque te
levantas

pensando en él, y duermes pensando en él, es lo mismo que le pasa a él, ninguno quiere dar el

brazo a torcer, sale con ella porque es hombre y tiene necesidades, solo por eso, si tú lo perdonas o le hablas corre a tu lado —la miro incrédula.

—Vos estás loca, perdón, perdón de que, que se muera el desgraciado, que la lleve a la

casa de la playa, que se case si quiere y que tenga veinte hijos, no me importa nada, escuchaste nada —le grito, ella empieza a reír.

—Sí Sofi, te creo, vamos a trabajar que

tenemos que entregar estas mercaderías.

Desde de ese puto y desgraciado día, fui otra, guardé la pena en el baúl de los

recuerdos, empecé a arreglarme más, levanté la cara y animé a mi cuerpo y corazón a seguir

adelante, tenía que ser la Sofí de antes.

A propósito, todas las tardes pasaba corriendo por la

puerta de su casa para ir al gimnasio, sabiendo que eso lo volvía loco pues me había puesto,

un gimnasio en mi casa para que no saliera y empecé a usar más vestidos,

tacones altos, salía

con mis amigos y ellos venían a mi casa. Acepté la invitación del abogado de mi empresa y

salía a bailar, a desfiles, teatros, donde todos me conocían y sacaban fotos, salía a todos lados con mis hijas, ellas eran felices.

Me invitaron a un desfile en Madrid y allí fui con el abogado, era un hombre de

cuarenta años alto delgado y muy guapo, le aclaré que por el momento no quería nada serio,

solo como amigos, y con tal de estar conmigo, aceptó. Un sábado por la mañana, tomamos el

avión y nos fuimos, él era muy divertido y le encantaba bailar, lo hacía muy bien, esa misma

noche fuimos a cenar y a bailar, en pleno Madrid cuando los fotógrafos me conocieron se cansaron de hacer fotos.

Al otro día era el gran desfile, llegamos tarde, así que todos los ojos se posaron en nuestra llegada. A mitad del desfile, se acercó unos de los organizadores y me invitó a participar, «¡Ni loca! Hacía años que no lo hacía». El abogado me insistía y al final, me preparé para

desfilar, hasta me preguntaron con qué quería desfilar.

—Con lo que deseen, —fue mi respuesta y me dieron un vestido de noche bellísimo,

era negro, con escote atrás y adelante, era más desnudo que otra cosa, cuando mi

acompañante me vio se le iluminaron los ojos.

La segunda pasada fue con una túnica de seda toda transparente, sentí el aplauso y los

suspiros de la gente y otra vez como

años atrás, me sentí viva, el aplauso fue cerrado y enorme, todos se levantaron de sus sillas y al voltear, me hacían señas para que volviera a pasar, lo vi, «¡LA MADRE QUE ME PARIO!» Manu estaba sentado en primera fila con una mujer.

Sus ojos no podían despegarse de mi cuerpo, ya la mujer estaba molesta, cuando los

fotógrafos lo vieron corrieron a sacarle fotos, él me seguía con la mirada, sin inmutarse y yo

por supuesto, le sonreí. Vi cómo la mujer le decía algo, de mal modo y en

ese momento sentí

que solo los dos estábamos en ese lugar, sentí que la magia volvía a instalarse en nuestras locas vidas, nuestras miradas por un segundo se congelaron y supe que, aún me seguía amando.

Pedí a los organizadores que llamaran al abogado y pudimos salir por otra puerta. En

el viaje de vuelta, estaba feliz, sabía que Manu aún me amaba, pero también sabía que ninguno

de los dos daría el brazo a torcer. A la mañana siguiente cuando llegué a la empresa, Marisa

me esperaba con la revista en la mano, y la sacudía delante de mi cara sonriendo.

—¡Muy bien! Esta es mi Sofi —me abrazó y nos largamos a reír.

Entró Miriam y las tres mirábamos las fotos publicadas, tres eran las páginas

dedicadas a mi repentino viaje a Madrid, bailando, cenando y hablando con el abogado, por

último, el gran desfile que sin querer me tuvo como protagonista, como años anteriores, Marisa me miró, sonriendo.

—Te voy a contar algo, y te vas a caer de culo, siéntate —la miro intrigada—

¿Lo viste al gallego allá?

—Sabes que sí, estaba en primera fila, con esa mujer, ¡desgraciado!

—El sábado estuvo hablando con Frank, y como mi marido tiene la boca muy grande

le contó que te ibas a Madrid a un desfile, se puso como loco y cuando le dijo que ibas con el

abogado, casi le agarra un ataque, tomó su avión y se fue atrás de ti —me recordó su viaje a

Argentina, los miles de kilómetros recorridos, solo para seducirme y en un

rincón de mi corazón, empecé a albergar esperanzas, quizás, aún no estaba todo perdido.

—Si eso no es amor dime, querida sobrina, ¿qué lo es?

El sábado próximo es el cumpleaños del gallego, lo festejará en su resto, será un

almuerzo, supe que ha invitado a todos, inclusive, Falcao vendrá de la isla, Ana no puede, pues la nana no se encuentra bien de salud, a mí no me han invitado. Pero el jueves por noche,

suena mi teléfono.

—Sofi, ¿cómo estás? te llamaba para

invitarte a mi cumpleaños, es un almuerzo en el

resto, espero que vengas —su voz suave, me acaricia el oído haciéndome estremecer.

—Gracias Manu, te llevo las nenas, pero no puedo ir, tengo cosas que hacer —oigo

como suspira y se queda callado.

—Está bien nena, solo quería pasar mi cumpleaños todos juntos en familia, si no

puedes venir no hay problema —ya su voz cambió y sentí su enojo.

Esa noche vino mi suegro a mi casa, como sabía que vendría, le hice preparar

empanadas, su debilidad, Ramona las preparó, hasta la masa casera hizo para él.

—Quédate gallega, comamos todos juntos —le pedí, la sentí nerviosa.

—No, mi niña te agradezco, pero tengo cosas que hacer —la miré de reojo.

—Dime ¿qué cosas tienes que hacer? Si lo conoces a mi suegro, ¿pasa algo?

Cuéntame.

—Nada, Sofi, por favor me tengo que ir
—me extrañó su comportamiento,
cuando

terminó de preparar todo, antes que él
llegara se fue.

Cuando llegó mi suegro, mis hijas se
volvieron locas de alegría, lo adoran, lo
mismo

que él a ellas. Después de jugar juntos y
mostrarles todas las carpetas de la
escuela lo dejaron en paz,
desenvolvieron los regalos que Ana les
había mandado, quedamos solos en la
cocina

y los dos nos fundimos en un gran

abrazo.

«Amo a este hombre», solo su familia, sabía lo maravilloso que era con sus hijos y nietos, los de afuera siempre lo veían con otros ojos, un empresario, duro, temido e implacable para los negocios. Sentados frente a frente, me miró a los ojos, con los mismos

ojos grises de Davy, se lo veía cansado, con muchas más arrugas y las canas pintaban su cabeza.

—Dime menina, sabes que yo siempre escucho las dos campanas, dime tu versión de

los hechos, dime qué te han hecho mis

hijos para que los echés de tu lado —
este hombre siempre tuvo una facilidad
increíble para que me abra con él, tiene
ese don.

Le acaricié las manos y lo miré a los
ojos.

—Ya sabes cómo son los Falcao, qué te
puedo decir que ya no sepas, los pierden
las

mujeres, sabes, me cansaron, ya no
quiero sufrir más, Manu me defraudó—
me escuchaba

atento, sin hablar, solo me observaba—
sé lo que me vas a preguntar —sonríe—
Sí, los amo,

Manu es mi debilidad, lo voy a amar hasta el día que deje de respirar, pero ya no más, basta—

como soy una pobre patética mis lágrimas empiezan a asomar, sin poder pararlas y él me las

seca con sus dedos y me besa la frente.

—¿Sabes? —me levanta el mentón y me mira —tienes razón menina, mis hijos no te

merecen ninguno de los dos —lo miro, me seco las lágrimas y no puedo creer lo que escucho— Déjalos, haz tu vida eres joven, bella, inteligente, estoy muy orgulloso de ti.

Levantaron esa empresa que estaba en ruina y tú y Marisa y mis hijos no se las merecen, pero pequeña, dime, ¿serás feliz con otro? ¿Lograrás olvidarlo y vivir en paz?

«Me está pidiendo que vuelva con él, sin decirlo, conozco a este viejo zorro», sonrió.

—Dime, ¿piensas que lo conseguirás? Si lo logras, bien por ti, ¿por qué no hablas con

él? Tomen un café y háganlo, antes estaban solos, ahora no te olvides que están las niñas, siempre quise a mi familia unida, bien sabes que hice lo imposible para que así fuera, pero no

lo logré —agacha la cabeza, y por primera vez veo al gran y poderoso Falcaodestruido.

Sé que le pesan los años y lo vivido, también, me llena el corazón de ternura y nos quedamos abrazados, hasta que se corre y me hace cosquillas, tratando de componerse. Mi gratitud con este hombre es infinita, aun sabiendo que siempre interfirió por sus hijos, siempre me defendió frente a ellos y muchas veces sin razón. Desde el primer momento, me

quiso como a una hija, me hizo parte de su familia, decir eso de Falcao, es mucho decir, sonrío y me mira.

—Bueno, basta de llanto —me pide—
dime por qué no vas a ir al cumpleaños
de él,

vamos todos, yo te pido que vayas, le
negarás tu presencia a este viejo —se
sonríe.

—Por favor, ¿qué viejo? Yo veo a un
hombre muy interesante, con las canas
de la

experiencia y los ojos más hermosos que
he visto en mi vida—me abraza y me
besa la cabeza.

—Eres una adúladora, tienes ese don
para cautivar a los hombres, ahora
entiendo por

qué mis hijos se fijaron en ti, ellos mueren por ti y como si fuera poco eres muy bella.

Sirvo las empanadas, llegan todos mis hijos y cenamos, los varones hablan de la

empresa y el banco, veo la cara de satisfacción de mi suegro y pienso que logró lo que él siempre quiso, que sus nietos sigan sus pasos. Después de tres horas se va a la casa de Manu,

donde dormiré, me comentó que él y el gallego tienen que viajar a Alemania por negocios después del cumpleaños, se despide de sus nietos y cuando abro la puerta me mira.

—Es lo último que te pido, Sofi, piénsalo, él te ama, tómate tu tiempo y piénsalo, medítalo y quiero verte en el cumpleaños, promételo. —Se lo prometo, quién puede negarse

al gran Falcao, yo no.

—Voy a ir solo por ti —lo beso en la mejilla y se va, lo observo marcharse y me asusta el paso el tiempo, su andar es pausado, el reuma en su rodilla le dificulta el caminar, ya no es el hombre que conocí, solo queda su gran carácter y su sabiduría para los negocios, porque soy consciente que aún hoy, Manu lo consulta en todo.

Marisa y yo tuvimos una semana muy

movida, de mucho trabajo, volver a casa
y

escuchar los reclamos y peleas de mis
hijos, no hacía más que agotarme más
aun, descansaba

solo cuando se dormían, me sentía
atrapada ante tantas exigencias, casi no
tenía tiempo de pensar en otra cosa. En
la penumbra de mi habitación, sola y en
el silencio de esas largas noches, mi
corazón me recordaba que era aél, a
quien extrañaba; necesitaba, su fuerza,
sus brazos, sus ojos provocándome y su
voz llamándome, “mi niña”.

«Dios mío lo amo, sé que estoy perdida,
sin él». Marisa me contó al día

siguiente, mientras almorzábamos, que el gallego unas noches atrás, había dormido en su casa. La miré,

sin entender bien, me explicó que Davy con unos amigos que a él no le gustaban, fueron a jugar a las cartas, pero cuando el gallego se dio cuenta, le habían robado la cadena que le regalé, según él la había dejado en el baño, Davy decía que no estaba, en definitiva, discutieron tanto que se habían peleado.

—No sabes, me contó Frank que el gallego está furioso, no le habla a Davy, ¿sabes qué pasó? —me mira, sonriendo —no llevó a amigos, llevó a unas de sus putas y se la robó.

—¡Que se joda! No me cuentes más,
¡desgraciado! ¿Para qué se la sacó?,
nunca lo

hacía— ya se me fueron las ganas de
almorzar.



CAPÍTULO 7

En ese momento, en el banco estaban el
gallego y el brasilero, discutiendo aún,
por la

medalla.

—Dime la verdad, basta de mentiras, no te creo, ¿a quién llevaste a casa? —
Davy que

conocía su furia, no quería hablar, pero Manu estaba empeinado, sus gritos se escuchaban en

todo el piso, el gerente que iba a entrar con unos papeles, se volvió a una señal de la secretaria que escuchaba todo. Manu, pego un puñetazo contra su escritorio y a Davy no le quedó otra que confesarle la verdad.

—No grites, tomamos de más y la llevé a casa, ya se dijimos que en casa no entraban

mujeres, se me fue de las manos, pero ella no sería capaz, no tiene necesidad —Manu se levantó de su sillón y lo enfrentó.

—¿A quién llevaste? —lo miraba con los ojos grandes y los puños apretados.

—A la alemana, perdóname, ¿no la habrás perdido?, ella no sería capaz de robártela—

el gallego no quiso escucharlo más.

Aunque se intención era matarlo, después de putearlo, lo echó y toda la mañana estuvo

de mal humor, se lo llevaba el diablo,

contestaba mal a todos. A las tres de la tarde ya estaba

en su casa, se duchó y cuando se sentó a picar algo, solo triste y enojado, llegó Davy; no lo

miróentro a ducharse, era tanta la rabia que tenía que fue al baño y lo enfrentó otra vez.

—Mañana a la mañana vas a sacar un turno con la siquiatra, vas a empezar otra vez la

terapia, ¿escuchaste? —Davy salió desnudo, se secó y se puso un short, se pasó las manos por

el pelo y lo miró.

—No voy a ir, estoy cansado de contarle mis problemas a los demás—el gallego no

dejaba de observarlo, se le acercó y el retrocedió.

—Mañana, vas a ir, no hagas que me enoje más, de lo que ya estoy.

—Tanto problema por una medalla, te compro una y listo —respondió el brasilero

suelto de cuerpo.

—No es solo por ello, no quiero que

salgas con nadie más, no quiero que traigas a nadie más a esta casa, si estamos juntos no quiero compartirte con nadie —Davy escuchaba

atento sin hablar— sabes que esa medalla me la regaló ella, para mí era importante. La amo, y

moriré amándola, a ti ya no te interesa, no recuerdas cuando le pedías perdón de rodillas, no

recuerdas lo mucho que imploraste para que te diera hijos, no recuerdas nada, no recuerdas la

promesa que hicimos. Cuando la conocimos, solo era una criatura, nos

dio hijos, nos bancó

en todas, la engañamos más de mil veces, nos ha perdonado, jamás preguntó por nuestros negocios, la pusimos más de una vez en peligro —el brasilero bajó la mirada— ¡Por favor

no lo hagas más difícil! Mírame, no quiero que envejecamos los dos solos, te quiero a ti a

mi lado, la quiero a ella a mi lado, quiero a mis hijos a mi lado. ¡Basta de putas, basta de engaños! Ya estamos viejos, la vida nos dio una oportunidad, no la voy a desaprovechar, la quiero a mi lado, los quiero a todos a mi lado.

Davy se dejó caer, en el sillón y le estiró la mano, el gallego se sentó a su lado y le

paso el brazo por el cuello, Davy, le toco la pierna, se inclinó lo besó en la mejilla.

—Haré lo que me pides, iré otra vez a terapia, yo también la amo, lo mismo que a ti y

a mis hijos, tienes razón en todo, siempre busqué en otras lo que siempre tuve, sé que tengo

un problema, trataré de solucionarlo, te amo gallego —susurró, los dos se quedaron

sentados, solo recordando los buenos momentos.

A la mañana siguiente, Marisa estaba apuradísima, el trabajo las tapaba, no daban

abasto, el celular de Sofi empezó a sonar repetidas veces, lo abrió mientras controlaba unos

pedidos, de pronto tiro las cajas y se quedó helada, Marisa corrió y le agarró el celular, le mandaban una foto, era la alemana con la medalla de Manu colgada a su cuello, las dos se miraron, había un mensaje.

“Me la regaló, mi novio, ¿te gusta?”

Sofi se enfureció, la miro a Marisa y empezó a putear, ella no podía calmarlay en un

segundo, lo llamo a él.

—Por favor, Sofi vienen a buscar esto, después lo llamas —le pedía Marisa, tratando

de distraerla, pero ella estaba ciega de rabia, salió y lo seguía llamando.

Cuando él atendió, no lo dejó hablar, lo atacó de entrada, hablaba, puteaba sin respirar.

—Sos una mierda, hijo de puta, le regalaste mi medalla, la que te regalé,

sos una basura. Lamento el día que te conocí, no voy hablar más con vos.

—Sofi, por favor no te enojés, Davy, el imbécil, la llevo a casa y ella la robó, créeme

por favor—ella no le creía y seguía gritando como una loca.

—Era mi medalla, yo te la regalé cuando te amaba, llevan esa puta a tu casa, donde después mis hijos se acuestan en esas camas, sucios, imbéciles— no paraba de gritar, él pensaba que le iba a dar algo y se asustó.

—Déjame hablar, no fui yo, créeme

na, fue Davy y no lo va a hacer más —
Sofi

cortó y se largó a llorar.

Manu lo llamo urgente a Davy y lo obligo a ir a hablar con ella; a la hora, estaba frente de ella, sabía que le diría de todo, menos lindo.

—No quiero verte, salí de mi vista, asqueroso, te odio, te acostás donde después se acuestan tus hijos, andá a hacer terapia, si es verdad que fuiste vos, ¿o fue él? —aunque rogaba que no hubiese sido Manu.

—No Sofi, fui yo, te lo juro, perdóname, mañana empiezo terapia, yo los amo, no

nos

alejés de tu lado, Manu casi me mata —
ella trataba de adivinar si era verdad, ya
no sabía qué

pensar, esos hombres estaban acabando
con la poca cordura que le quedaba—
créeme el

gallego te va a llamar, habla con él —
ella sonrió y él supo que no iba a hablar.

Un día conversando con Ramona, le
contó lo que sucedió, por supuesto que
ella creía

lo que Davy le dijo y las nenas, que
escucharon la conversación, quisieron

regalarle otra medalla.

—¡Ni loca! Agarren sus ahorros y cómprenla ustedes —Joaquín la miró mal y ella se

largó a reír, las nenas corrieron a contar sus ahorros.

—Sofi, ¿vas a dejar que ellas gasten sus ahorros? —Joaquín no estaba de acuerdo.

—¡Por supuesto! Él no se lo merece, además no es mi papá ni nada, quieren regalársela, que lo hagan, con mi dinero, no —sentenciaba Sofi, bajo la atenta mirada de Ramona.

—¿Por qué te niegas a perdonarlo? Lo amas, basta de juegos, sé feliz —le pedía la gallega.

—Él se la regalo a ella, yo no tengo dinero, nunca más le regalaré nada, lo odio,

¿escuchaste?, no me mires así, él se portó mal, yo no —Ramona calló y siguió con su trabajo.

Ese día, Manu la había llamado seis veces y ella no había contestado.

Después de unos

días, el chofer fue a buscar las nenas para llevarlas a la escuela y cuando salía para ir a la empresa, Manu la

empujó dentro de la casa y cerró la puerta, la miró, le corrió el pelo de la cara y la abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Qué quieres?, vete de mi casa, ya no te amo más. «Ni yo me lo creo, tengo que

alejarme de mi lado, antes de caer rendida a sus pies. Desgraciado, está tan bello, con ese traje y esa barba de dos días, sus ojos me dicen sin hablar lo que me desea» Miro hacia otro lado,

para no caer en su embrujo, él se da cuenta y me toma del mentón, me acerca

más a su cara.

—Dime mi niña, ¿quién en estos meses
te hace la trenza, que tanto amo? —
estira sus

dedos y me acaricia el pelo, lo acerca a
su nariz y lo huele cerrando los ojos—
hueles como

siempre, a gloria, —me vuelve a mirar
—dime, mi niña, ¿quién cuida tus sueños
o quién te

acaricia el alma? —miro hacia arriba,
mis ojos se están llenando de lágrimas y
el continúa

—Quiero dormir en tus brazos y que tú

te refugies en los míos, volver a nuestras

pláticas nocturnas, tumbados en las
reposeras, te llevo en mi corazón, en mi
pensamiento —

toma mi mano y la lleva a su bulto —y
acá, —su pene está hinchado, palpitando
como mi entrepierna, que lo pide a
gritos— quiero cada día de mi vida
disfrutar de tu cuerpo, que es el

paisaje más cautivante, que he conocido.
Dale paz a mi vida, solo perdóname,
acepta a este hombre destrozado que se
rinde a tus pies, siempre, siempre estuve
a tus pies, di que me perdonas me estás
matando, por favor, Sofi, por favor.

Me toma de la nuca, enreda sus largos
dedos en mi pelo y me besa la frente,
siento sus

labios calientes y sé que estoy
totalmente perdida

—Piénsalo, te espero en mi cumpleaños,
sé que vas a ir, te amo mi niña—me mira
y se

va, dejándome más caliente que una
pava, es un desgraciado, sé que lo hizo a
propósito, me

dejó calentita, sonrío y la veo a Ramona
sonriendo, la miro.

—No te rías gallega, no lo amo más y no

voy a ir al cumpleaños —me acomodo
la

ropa y cuando estoy saliendo escucho la
voz de la gallega.

—Sí mi niña, te lo voy a creer, cuando
las vacas vuelen —cierro la puerta y me
largo

a reír.

Y llegó el cumpleaños, deliberé toda la
noche pensando si ir o no, mi corazón
me

exigía ir, pero mi mente se oponía, me
duché y me apronté, no podía fallarle a
mi suegro, a él

no, amaba a ese hombre. Me puse un vestido, unos tacos no muy altos, cepillé mi pelo, apenas

me maquillé y salimos con Ramona y mis hijas. Ellas iban enloquecidas, querían ver la cara

de su padre cuando vieran la medalla que le compraron con sus ahorros, mis hijos ya estaban

con sus chicas, en el resto. Al llegar vimos el estacionamiento lleno, empecé a putear, no encontraba lugar, di varias vueltas, ya tenía ganas de volverme, cuando Davy salió a la puerta

y se puso a conversar con un hombre, me

hizo seña, me acerqué y mis hijas empezaron a gritar.

—Paren por favor, no griten más —les pedía, no podía detenerlas ya querían bajar.

—Bájate amor, dame las llaves yo te lo estaciono —dijo el brasilero, estaba espléndido, como siempre, lo miré a los ojos y sonreí.

Bajamos con las niñas y Ramona, Davy las abrazó y las besó.

—Entra, nena, ya vengo —expresó el brasilero, acariciándome la cabeza y besándome

la mejilla, la miró a la gallega.

—Estás linda, gallega te voy a presentar un amigo —le susurró sonriendo, la cara de

Ramona era un poema.

—Sal de acá niño, apúrate que quiero ir al baño —él sonrió y se fue a estacionar la

camioneta, el hombre que estaba con él, me miraba, yo me hacía la tonta, mirando hacia otro

lado.

—Sofía, ¿no? la señora del gallego —

me pregunta.

—Sí, Sofía, la madre de los hijos del gallego —Ramona, levanta sus ojos al cielo, y él

sonríe.

—Encantado, soy unos de los amigos —me da la mano y no deja de observarme, mis

hijas me tironeaban para entrar y él me seguía hablando.

—Estuviste hermosa en el desfile de Madrid —declaró, yo tenía ganas de irme, no

quería hablar, el brasilero me salvó, llegando a tiempo.

Davy llevaba un pantalón de vestir y una camisa azul, al verlo aproximarse con ese porte, me dieron ganas de amarlo, me miró y sonrió, tomo a las nenas de las manos, mientras

el amigo nos abría la puerta para entrar. Como me lo imaginaba eran más de cincuenta personas, aunque él me había dicho que solo era la familia. El restó estaba esplendido, todas

las mesas con sus respectivos sillones vestidos con fundas verdes, el color preferido del gallego, al entrar nos cohibimos con la gallega, sentía como

ella me apretaba el brazo. Davy

enseguida llevó a las nenas con Manu, que, al verlas saltó de alegría, las besaba y ellas le daban su regalo, él me buscó con la mirada y vino a mi encuentro. Se desplazó entre las mesas, estaba esplendido con un pantalón clarito y una chomba, a unos metros su perfume ya

me había cautivado, lo miré a mi suegro, que sonreía y me saludaba con la mano. Cuando estuvo delante de nosotros, los ojos de todos los presentes, estaban atentos a nuestro saludo,

besó a Ramona y le agradeció que hubiese venido, Davy se acercó y la

llevó a sentarse a la mesa que estaba toda la familia; me miró y me regaló su mejor sonrisa, lo miré, y sentí que

los dos queríamos estar solos en ese momento.

—Viniste, mi niña te estaba esperando
—afirmó el gallego con todo el amor del

mundo, me tomó de la cintura con una mano y con la otra me acarició la mejilla, se agachó

para besar suavemente mis labios, apoyé mis manos en su pecho, y le mordí el labio—dime

que me has perdonado, ese será, mi

mejor regalo —susurró y sin dejar de mirarlo le sonreí.

—No, aún no, esmérate para conseguir mi perdón, Falcao —al escuchar eso, supo que

ya lo había hecho, nos abrazamos y los amigos le gritan.

—¡Eh Ocampo, larga a tu chica y ven a atender a tus amigos!

Todos largaron una carcajada, me soltó, tomó mi mano, me besó la cabeza y me senté

junto a mi suegro y Marisa. Mis hijos estaban embobados con las chicas, mis

hijas después de

almorzar, fueron a jugar en el salón de los niños, Ramona se la pasó hablando con una señora

grande, que ni sabía quién era, Manu no se movía de mi lado, atento a todo lo que necesitara,

la cara de mi suegro era de felicidad y Davy bebía y charlaba con los amigos, cada tanto me

buscaba con la mirada.

—¿Y el baile? Ocampo, vamos queremos bailar —Manu hizo correr las mesas y la

música empezó a sonar. Mi suegro,
Marisa y yo, no terminábamos de hablar,
nos contaba de

la isla y de las cosas que hacía la nana y
nos desternillamos de risa, Manu sacó a
bailar a Ramona y todos nosotros la
aplaudimos, pues nunca quería bailar.
Yo agarré de la mano a mi

suegro y lo empujé a la pista, me abrazó
y bailamos, todos lo miraban a Falcao,
los hijos lo

miraban como siempre, con un amor
supremo.

—Sabes, vos sos un tramposo, un viejo
zorro —echó su cabeza hacia atrás y me

besó

la frente.

—Perdóname, solo quiero verlos felices, si mis hijos son felices yo también—me

dijo, lo besé en la mejilla y seguimos bailando, solos con nuestros pensamientos, Manu no dejaba de mirarnos, mi suegro lo miró y le hizo seña con la mano.

—Te doy a tu chica hijo, diviértanse —y me guiño un ojo.

—Me estaba poniendo celoso, Falcao —respondió, observándome, me abrazó

y me

besó la cabeza, pasé mis manos por su cintura y quedamos pegados sin hablar, solo cuerpo a

cuerpo, el aroma de su perfume, me invadió por completo. «Amo a este hombre» pensé.

—Te amo, mi niña, más de lo que creí amar en toda mi puta vida, al estar separados

una gran pena se anidó en mí, solo pensaba en ti, no me rechaces, solo ámame, solo los tres

recuérdalo, por favor perdóname —

susurraba en mi oído, con esa voz ronca,
que siempre me

excitaba.

Los dos ya estábamos a punto caramelo,
el rozaba su cuerpo con el mío y el bulto
en

su entrepierna, luchaba por salir.

—Si no nos sentamos, voy a terminar
aquí, sentémonos —pidió, arrugando la
frente,

me largué a reír, lo besé suavemente en
los labios y nos fuimos a sentar, cuando
lo iba a hacer, me sacó a bailar un amigo
de él, pero el desgraciado con una

sonrisa lo alejó y observé cómo mi suegro levantaba los ojos al cielo.

—Mi señora está cansada amigo, más tarde —dijo, sin mirarlo.

Mis hijas estaban agotadas, mis hijos varones se fueron con sus chicas, mi suegro

quiso irse a la casa de Marisa, saludaron a todos y se marcharon. Me paré y Manu conmigo,

tomé a las nenas de las manos y cuando salí a buscar a mi camioneta, Davy ya la había estacionado en la puerta. Mientras él subía a las nenas, a la camioneta, el gallego me abrazó.

—¿Puedo ir a la noche? Di que sí, muero, por estar en tus brazos —me

miraba con

esos ojos que me quitaban el aliento,
subí mis manos, a su cuello y le susurre
en los labios.

—Solo si traes el postre que más me
gusta —los dos sabíamos a qué me
refería.

—Mi amor, siempre vas a tener el
postre que más te gusta, solo a ti te lo
daré hasta el

último día—sus labios se posaron en los
míos —cree en mí, ¿nos podemos
quedar? Basta de

estar separados, dime nena, ¿podemos ir

a quedarnos?

—Me van a volver loca, si ya no lo estoy, los espero a la noche —el gallego estaba

loco de felicidad, le hizo seña a brasilero, que se bajaba de la camioneta y en la puerta del restó, los dos me abrazaron.

—Gracias, nena nos portaremos bien, ya verás, te amamos— Davy me beso la cabeza

y entro al restó, seguro a despedir, a todos.

Mientras me subía a la camioneta Manu

besaba a sus hijas.

—A la noche vamos con el tío —les dijo sonriente —las nenas abrieron sus ojitos

grandes.

—¿A quedarse a vivir? —Manu me miró y yo afirmé con un movimiento de cabeza.

—Sí amor, nunca más nos separaremos, pórtense bien, ¿les llevo helados? —las dos

rieron, puse primera y nos marchamos.

Esa noche después que las nenas se

durmieron nos pusimos las mallas y nos hundimos

en la pileta, el agua estaba tibia, limpia, simplemente increíble. Después de cansarnos de nadar, hicimos el amor los tres, como antes, fue como al principio, estábamos muy ardientes,

no podíamos parar de hacerlo en el agua, de mil poses distintas, sentía cómo ellos temblaban

entre mis brazos, lo cual me calentaba más aun, nos hicimos mil promesas, para terminar los

tres desnudos en el dormitorio. Lo hicimos parados, acostados, en el baño,

la lujuria y el morbo iluminaban el lugar, sus gruñidos y mis gemidos inundaban el espacio, éramos tres amantes, tres lobos hambrientos, todo era válido, nos amamos más allá de lo prohibido, más allá de la razón.

—Solo dime que me amas, que me amas como antes —repetía, el gallego sobre mis

labios, de costado, mientras el pene de Davy me atravesaba como una lanza, haciéndome gemir— promete que jamás amarás a otro, promételo —exigía, con un rápido movimiento se

subió encima y puso su miembro en mi

boca, lo movió con apremio y lo devoré en un segundo, tragándome hasta la última gota de su sumen.

Terminamos exhaustos los tres boca arriba, en la gran cama, nos acostamos como nos

gustaba, yo abrazada al brasilero y el gallego abrazado a mí, caímos en un sueño profundo y

nuestros cuerpos extasiados de tanto amor.

A las tres de la mañana oímos ruidos, Manu saltó de la cama y lo despertó a Davy, me

sobresalté, mientras mis ojos luchaban para abrirse, ya mis hombres habían saltado de la cama, solo con el pantalón de pijama y descalzos. Vi cómo el brasileño, corría hacia la puerta

secreta atrás de la biblioteca, para entrar en el otro cuarto y poder salir por el cuarto de al lado. Manuel abrió un cajón y sacó un revólver, le pegué el grito ya levantada, solo con mi remera grande puesta, me miró y con gesto de disgusto, la dejó en su lugar.

—Quédate acá, no te muevas —me pidió saliendo de la habitación.

Empecé a escuchar murmullos en la cocina y salí, pensando en mis hijos; me

quedé

parada, sin dar crédito a lo que veía,
Bruno tenía un golpe en la cara y le
sangraba el labio,

Mia y Candy estaban tomando agua
temblando sentadas en los taburetes de
la cocina, los miré

a todos, Davy le limpiaba la cara a mi
hijo y Manu se agarraba la cabeza.

—Por Dios —me acerqué y lo miré a
Bruno —dime ¿qué pasó? —Miré hacia
todos

lados y no lo vi a Joaquín, los miré a
todos— ¿Dónde está tu hermano? —

grité como loca —

¡Bruuunoo! —seguí gritando, Manu me agarró y me asustó más aún.

—Está preso, con el chico de Mía — después de averiguar, nos enteramos que era el

nieto del ex comisario Martínez, entre los Falcao y Martínez, el padre de la chica no sabe con

quién se metía, pensé— ¿Se pelearon, con el padre de la chica, de Joaquín? — Pregunté atónica.

—No entiendo, ¿porqué se pelearon? Un hombre grande meterse con un chico,

Manu

vamos a la comisaría, ¡vamos! —le pedí, me abrazó y me contuvo.

—Ya vamos con Davy, quédate con los chicos, ese don nadie se la va a ver conmigo,

nadie toca a mis hijos, ¡nadie! —gritó, se fue a cambiar, las chicas se fueron y mis hombres

también, quedésola con mi hijo quien me relató lo sucedido.

—Sofi, fuimos a bailar los seis, cuando salimos el padre de ella la esperaba en la puerta, le gritó y cuando le iba a

pegar, mi hermano se metió en el medio,
lo empujó, pero él

le dio unas trompadas, mi amigo y yo
nos tiramos encima de él y le pegamos,
no iba a dejar

que le pegaran a mi hermano —me
contabaenojado, y yo no comprendía,
porqué ese hombre

odiaba tanto a mi hijo, era el más
educado de todos, el más tranquilo.

Marisa me llamó y me dijo que Frank
también había ido a la comisaria, ya lo
habían

soltado y estaban llegando a mi casa.

Cuando llegó era un pollito mojado, parecía mentira verlo así, con su metro ochenta, pero solo era un niño, asustado, me abrazó y el padre lo acompañó a su habitación donde estuvieron hablando una hora.

—¿Cómo está? No lo vi muy golpeado, ese hombre está loco, ¿qué le pasa? —le

pregunté al gallego, que todavía temblaba de la rabia que sentía—¿Qué te dijeron en la comisaria? —Seguía preguntando.

—Nos atendieron bien, los conocemos a todos, se rieron y lo soltaron, pero antes de

irme hablé con el comisario. Le comenté el odio que, sin conocernos, nos tiene ese hombre,

le conté que estaba averiguando por mi cuenta, me dijo que él me ayudaría, sé que algo hay,

no sé qué, pero algo hay.

Tomamos unos mates, mientras el brasilero tomaba un café, después nos acostamos

un rato, un rato que se hizo horas, era domingo así que nadie fue a trabajar. Me levanté a las

doce, todos dormían aún, cuando estaba

por tomar algo, me llamó Marisa;
después de hablar

una hora y sin llegar a ninguna
conclusión sobre, porqué ese hombre
nos odiaba, los invité a

almorzar.

—Vamos dormilones arriba —los
destapé a mis hombres, que estaban
desnudos en la

cama.

«¡Dios mío, la madre que me parió! ¡Son
dos adonis!» Se estiran y sus músculos
se marcan, veía cómo sus “metro
noventa”, destacaban en mi cama, Davy

seguía durmiendo y el

gallego no podía abrir sus ojos, con un brazo doblado sobre su cara se protegía de la luz, abrió un poco sus ojos y con voz ronca me preguntó.

—¿Qué hora es? Ven —me estira la mano, y me hace caer encima de su cuerpo —

Mmm amor te duchaste, ¡qué rico olor!
¿Porqué no me esperaste para bañarnos juntos? —nos

pusimos de costado y le comí la boca —
Date vuelta, nena —hice caso y de una embestida perfecta me penetró —¡Dios, cómo te extrañaba! ¡Qué feliz me haces!

¿Te gusta así, amor? —

me había recostado boca abajo,
gimiendo.

Al verme así con mi trasero en pompa,
ofreciéndoselo, se volvió loco, su mano
se

apoyó en mi vientre y su cuerpo empujó
más arriba, yendo hasta el fondo, gruñía
y gritaba,

sus movimientos eran endiablados, me
mordía la oreja, el cuello y sus palabras
sucias me hacían arder de pasión, grité
como loca y él se desvaneció arriba de
mi cuerpo, en el preciso

momento, que su semen se desparramó en lo profundo de mi ano.

—Te amo, te amo con locura, no me canso de poseerte, nunca me cansaré, eres tan

estrecha que me vuelves loco. —me mordió la espalda, corrió mi cabeza y me besó con todo

el morbo del momento, no podía hablar, sus embestidas me desarmaron, nos dormimos un rato, pero recordé que venía Marisa y salté de la cama.

—No te vayas, hoy es domingo, quédate a mi lado —me reclamaba, aferrándose, a mi

mano.

—Arriba que viene Marisa y la familia a almorzar —me mira.

—¿Por qué hiciste eso? —se da vuelta quedando culo para arriba, enojado, sonrío y

agachándome le pasó la lengua por los testículos, abre más sus largas piernas y siento como

sonríe.

—¿Te gusta esto? Dime ¿quién te lame así? —desgraciado sé que lo vuelve loco,

corre su cara y me contesta.

—Nadie, ¿por qué te crees que te amo?

—Se los masajeo y me voy riendo, se levanta

y me grita.

—¡Sofi, veeeen! —escucho cómo me llama y se levanta puteando.

El domingo lo pasamos, en familia, comimos todo el día y Marisa, con Frank se

fueron a la noche, después de picar algo. El único que estaba triste era Joaquín, me daba lástima verlo solo en un rincón, Manu se desesperaba también, no podía

verlo así.

Empezamos la semana, las nenas a la escuela, mis hijos y hombres a la empresa y al banco y

yo a mi empresa, esa tarde ellos pasarían a buscar las nenas a la escuela, pero como tenían

una reunión importante en la empresa de publicidad, mandaron al chofer. Eran las siete y no

llegaban me desesperé y la llamé a Marisa.

—Dime, ¿Frank está ahí? ¿Todavía no llegaron? Estoy preocupada, Frank ¿está

ahí?

—No Sofi, yo también estoy preocupada, mierda lo estoy llamando y no me contesta,

¿los llamaste tú?

—No, no quise molestar porque tenían esa reunión —tomé el celular y los llamé, no

contestaban ya estaba furiosa, Ramona me calmaba.

—Mi niña, Dios no quiera, si les pasó algo, enseguida nos enteraríamos—no terminó

de decir eso y sonó mi celular.

—Sofi no te asustes, tuvieron un accidente están en el hospital—decía Marisa, no

espere que me dijera nada más, agarré la camioneta y salí como loca; cuando llegué ya estaba

ella, con Frank y el brasilero, que estaba un poco golpeado, no lo veía a Manu por ningún lado.

—¿Qué pasó? —Davy me abrazó —por favor, decime que el gallego, está bien —le

exigí desesperada.

—Se quebró un brazo, están cortados los frenos del auto, no sé cómo pudo pasar, una

vez al mes los llevamos a revisar, nos podríamos haber matado los tres. —me abracé a Davy

y me largué a llorar, Marisa hacía lo mismo en los brazos de Frank, salió el médico y nos hizo pasar.

Manu estaba sentado en la camilla, con el brazo enyesado, los rasgos en su cara reflejaban el dolor. Me estiró la otra mano y me apoyó en su cuerpo.

—No llores Sofi, fue una desgracia con

suerte, estoy bien —expresaba, tratando de

que me calmara, me acaricia la cara y besándome en los labios, se separa y sonrío—¿ves que

estoy bien? —lo empujo y todos sonreímos, estamos muy nerviosos, aunque tratamos de

disimularlo.



CAPÍTULO 8

Manu por unos cuantos días no fue al banco, atendía las llamadas desde mi casa,

Joaquín estaba aprendiendo rápido y hacía su trabajo a la perfección, hasta atendía a algunos

clientes importantes, con sus casi diecinueve años era inteligente y cuidaba el negocio como

lo hacía su padre, al gallego se le caía la baba.

—¿Sabes Sofi?, mi crío me salió más inteligente que yo —decía mientras yo escribía

y él revisaba unos papeles, lo miré y le sonreí, él me miró. —¿Qué? ¿Porqué me miras así?

—me acerqué y le agarré las mejillas con mis manos, soltó los papeles y con un solo brazo

me atrajo a su cuerpo.

—Sos muy arrogante Falcao, muy celoso y muy, muy atractivo —susurré sobre sus

labios, estaba con el pantalón del pijama y una remera blanca, estiré una mano y la deslicé dentro de su pantalón, lentamente y mientras le mordía el labio, le acariciaba el bulto, que ya

me saludaba, él cerró sus ojos y me succionó los labios.

—Vamos un ratito a la cama, con el brazo así, no lo puedo hacer parado — me pide, ya

empujándome al dormitorio.

Nos amamos como siempre, se olvidó del dolor del brazo y me embistió, como solo

él podía hacerlo, sus caderas ejercieron la presión justa, que mi cuerpo reclamaba, me elevó

al cielo en un segundo, sus palabras sucias, enloquecieron mis sentidos

dejándolos totalmente

indefensos. Sus labios recorrieron mi cuerpo mil veces, mis dedos lo arañaron y mis dientes

furiosos lo marcaron, mientras él gruñía de placer, me encanta su fiereza al hacer el amor, suave y la vez dominante. Me subo sobre su cuerpo y lo cabalgo como una yegua, me mira

mordiéndose el labio y sus caderas profundizan sus estocadas, con una mano me acaricia los

pechos y de pronto con un solo movimiento me da vuelta quedando mi cuerpo, boca abajo.

—¡Suplícame que te coja! ¡Vamos, dílo
mi niña, suplícalo! —su voz es ronca,
grave,

apoya su glande sobre mi ano —
provocándome, me muerde el cuello y
lame mi oído, estoy

por explotar, este hombre me seduce, me
excita tanto, que estoy perdiendo la
razón.

—Tomame, hacé de mí lo que quieras,
hacelo gallego, por favor hacelo —le
grito.

Después de amarme dos veces, nos
rendimos en nuestra gran cama, me
abrazo a su

cuerpo sudado, me mira, subo mi cabeza y lo observo.

—¿Qué pasa mi niña?, ¿estás bien? — pregunta besándome la frente.

—Sabes, no creo que pudiera perdonarte otra vez, no quiero sufrir más —no me deja

terminar de hablar, me abraza con todas sus fuerzas.

—Esta vez, creí que te perdía para siempre, solo en mi casa por las noches, lloraba tu

ausencia, extrañaba tus brazos, tu sonrisa, tu pelo—baja su cabeza y me lo

huele —extrañaba

a mis hijos, los olores de tu casa, todo, quería morir, sabes, ya estamos viejos, no puedo estar sin ti —me aprieta otra vez contra su cuerpo y yo subo mis piernas a las tuyas—no me importa que sepas, que lloré por ti —bajo la cabeza y él me pide que lo mire— te amo más de

que puedes imaginar, perderte, significaría hundirme otra vez en el infierno —susurra con lágrimas en los ojos.

Después de dormir una siestita, volvimos al trabajo, yo me comunicaba con Marisa a

la empresa y él hablaba con su hijo al banco y cada hora lo llamaba Davy, por temas de la empresa de publicidad.

Una noche, después de cenar, cuando ya los chicos estaban durmiendo, el gallego mandó a llamar a Frank, nos sentamos en el parque, con el brasilero y por primera vez, el gallego nos comentó a los tres su preocupación, tenía datos del padre de la chica de mi hijo.

—La madre de ella —murmuró— no se fue, como ella asegura, la mataron —los tres

nos quedamos duros, sin poder articular palabra alguna —meses después de su

desaparición,

se encontró su cuerpo, tirado en un baldío, con un disparo en la cabeza. Se dice que ejercía la

prostitución, se lo citó al marido varias veces, pero tenía una coartada perfecta, estaba fuera

del país, como ella no tenía familia, la investigación quedó nula y él libre, es todo lo que me

averiguaron.

—¿Tú crees que él la mató? —preguntó Frank, con miedo, sin sacarle la vista de

encima.

—Creo que sí, el tipo es peligroso, tenemos que andar con cuidado, no tiene los

negocios que dice, tampoco creo que sea su verdadero nombre, ¿qué negocios lo tienen tanto

tiempo fuera del país? ¿y la hija no le importa, como para dejarla sola tanto tiempo? Por último, ¿por qué el odio hacia mi familia? —todos nos miramos, pensando que su deducción

tenía fundamentos, ¿qué padre deja sola a una hija, adolescente tanto tiempo? Y ¿por qué nos

odiaba, si no lo conocíamos? los interrogantes quedaron flotando en el aire, y cada uno de nosotros, sacando nuestras propias conclusiones.

—Escúchame, hermano —le preguntó Frank, todos los miramos —este tipo, ¿no será

Alex que siempre tuvo una doble vida? —giramós la cabeza, esperando la respuesta del gallego.

—No, Alex es un mentiroso, jugador, quizás hasta mala persona, pero no es tan

inteligente, como para tener una familia escondida tanto tiempo. Además, es un

cobarde, no

creo que tenga el valor para matar a nadie. Esto me está desvelando, hoy me llamaron del taller, me dijeron que los cables de los frenos del auto, fueron cortados deliberadamente, quiere decir que alguien nos quiere muertos —me tapo la boca para no gritar, Davy que está a

mi lado, me abraza, besándome la cabeza —no quiero que rezongues, —me mira —pero

necesitamos otra vez custodia, si le pasa algo a los chicos, creo que me muero, no quiero que

salgas sola —me estoy por parar enojada, pero estira la mano y me sienta a su lado, me pasa

la mano por la cintura, y me mira —ya escuchaste, no quiero verte sola afuera, por favor nena, entiéndeme—le acaricio la mejilla y lo abrazo, sin contestar —Creo que Alex se esconde en La Casona, —«la madre que lo parió, ¿cómo no lo descubrimos antes?», los mira

a los hermanos —el casero que vive en el fondo, me dijo que le daba lástima, pero no podía

ocultarlo más, temía que si nosotros nos enterábamos, perdería su trabajo —Frank, se para y

maldice, Davy se sonríe— ahora,
díganme qué hacemos con él. Ya me
cansó, papá, lo quiere

afuera de todo, me dio órdenes que lo
mande a Alemania, donde está la familia
de Ana —lo

miro, sin entender por qué a Alemania
—no preguntes nena, mi padre manda,
yo obedezco, le

vamos a pasar un dinero por mes, pero
no queremos volver a verlo —me dice,
al ver mi expresión.

—Pero, aunque haya obrado mal, es su
hermano, —los miro a los tres, ellos
desvían

las miradas hacia Manu, que se quedó pensando.

—Sofi, yo te amo, pero por favor, no te metas en esto, él no es como nosotros, lo primero para nosotros es la familia, para él no, no merece el apellido que lleva, le quiso pegar a tu hijo, ¿eso no te molesta? Y no voy a molerlo a palos, solo porque papá me lo pidió, está enfermo —termina diciendo, me mira ya enojado y como siempre tengo que darle

la razón, me callo y me acurruco en su cuerpo —Bueno, mañana vemos qué hacer con este

tipo, quiero que uno de los dos acompañe a Alex a Alemania, solo así

me quedaré tranquilo,

ya me comuniqué, los van a estar esperando.

—¿Quieres que vaya yo? —pregunta Frank.

—Sí, creo que va a ser lo mejor, lo necesito a Davy acá controlando todo, ¿podrías ir?

—Sí, no hay problema, ¿cuándo nos vamos?

—Mañana mismo, así terminamos con este problema, y tienes que ir a controlar los

negocios allá, quiero saber cómo van, controla todo con tus propios ojos, te mandaré con una

custodia no quiero sorpresas —Frank asiente con la cabeza, Manu me manda a traer bebidas y

supe que querían hablar en privado, entré en la cocina y escuché tras la puerta.

—¿Qué pasa con el negocio de las piedras? Papá no quiere que lo hagamos, estoy

seguro que lo vas hacer igual, o ¿estoy equivocado? —Preguntó Frank, Davy se paró y lo enfrentó a Manu.

—¡Estás loco!, ¿qué mierda te pasa? yo no voy a participar y tú tampoco, nadie, sabes

lo peligroso que es, la última vez casi morimos todos —Manu lo miraba desafiándolo, callado—¿Porqué haces esto?, dime —le grita— no lo necesitamos, ya estamos hechos,

tenemos más del dinero que podemos gastar, a nuestro hijos y nietos, jamás les faltará nada,

no te entiendo —el gallego se paró y Frank se corrió, sin dejar de mirarlo a Davy.

—No vuelvas a levantarme la voz —lo

señaló con el dedo— nunca más, lo vamos

hacer y punto no se habla más, si ustedes no quieren, lo haré solo, los alemanes me acompañaran —lo fulminó con la mirada a Frank, que parecía clavado al piso.

—Manu, hermano, yo te acompaño, pero júrame por los nenes, que es la última vez,

júralo, si Falcao se entera, nos mata, sabes el peligro que corremos, ¿porqué lo haces?

¿Quieres morir? —el gallego lo observó y abrazó al brasilero sonriendo, pero él

se deshizo

de su abrazo y se fue adentro enojado.

—Lo juro, hermano la última vez, no lo comentes con nadie, y cuando digo con nadie,

incluye a Marisa, se lo cuenta a Sofi y se me termina la paz —Frank asintió, se despidieron,

yo salí de la cocina, él me miró y me abrazó.

—Te amo más que nada en este mundo
—me apoyo sobre su cuerpo y me besó
con

pasión.

«Si me quisieras, tanto, no te pondrías en peligro», pensé.

Como mi amiga Miriam, aprendía rápido, en nuestra empresa, cada tanto nos

turnábamos con Marisa y ella nos remplazaba. Uno de los amigos de Marisa quería vender unas acciones que tenía de nuestra empresa y ella se las compró. Después de la separación con el loco del marido, se la veía esplendida, un amigo de Davy la volvía loca, la llamaba y la

invitaba a salir, me gustaba ese hombre

para ella, era viudo, sin hijos dueño de una imprenta

muy importante, el brasilero tenía miedo que la volvieran a lastimar, ella seguía siendo una

mujer espléndida, hermosa y muy inteligente, yo no quería que se quedarasola. Un día el brasilero lo llamó a su empresa y habló con él.

—Te voy a preguntar algo y por favor dime la verdad —lo fulminó con la mirada y el

pobre hombre seguro se mojó— ¿Qué pretendes con Miriam? Ella es una buena mujer, es de

mi familia, la madre de mi ahijada, si la llegas a lastimar, aunque sea con palabras, mis hermanos y yo te caeremos encima y te aplastaremos como a una cucaracha —hablo

amenazándolo.

Cuando llegó a casa y nos contó, se mataba de risa.

—Davy por Dios, ¿así le dijiste? Seguro que se fue corriendo, ahora no la va a querer

ver más, no había otra forma de expresarlo—Manu lo miraba serio, mientras tomábamos

mate, en el parque y las nenas nadaban.

—Está bien, va a dejar pasar unos días, lo va a pensar, se habrá meado encima

—Manu

largó una carcajada, justo en el momento que llegaba Frank con Marisa, al contarle lo sucedido todos se reían.

—No me causa gracia, pobre Miriam, y ¿si no vuelve? —lo miro a Davy, enojada.

—Nena, si no vuelve, es porque no la quería —contesta el gallego muy suelto de

cuerpo.

—Va a volver, él sabe que ella vale, no como las putas que algunos están

acostumbrados —Marisa desvía la vista a Frank, quien no sabe para dónde mirar.

—No me mires a mí, que me estoy portando como nunca —responde serio, pero sin

mucha convicción, «será desgraciado», pienso.

—Todos nos portamos bien —se ataja el gallego— ven Sofi, siéntate a mi lado y

dame otro mate lavado —Davy observa el mate con asco, nunca le gustó, Marisa lo mira.

—No pongas esa cara de asco, los mates son lo mejor que hay —me pide uno y seguimos conversando.

Llega, Miriam con unos papeles de la empresa y se los entrega a Marisa.

—Siéntate, toma unos mates —le pide Manu, sentado en una reposera.

—¿De qué hablaban? ¿De qué se reían? —pregunta.

—De que los hombres no son culpables hasta que se demuestre lo contrario —ella

agarra al vuelo el dicho y contesta

mirándome.

—Sofi —me responde— en nuestra tierra, cuando los hombres son infieles —yo los

miro, con esa sonrisa irónica que tanto le desagrada al gallego, Davy y Frank empiezan a reírse, pues lo sabe muy bien, el gallego como no lo sabe, se queda sobre ascuas, observándome, impaciente.

Las tres nos levantamos, lentamente, sin dejar de mirarlo, a él se le salen los ojos, el

brasileiro y el hermano se mean, el gallego nos ve acercándonos y se sienta

en la reposera,

más serio que perro en bote, me subo encima de él y los ojos se le salen de las orbitas, las

mira a Marisa y a Miriam con miedo.

—Sabes, mi amor ¿qué dicen en mi Argentina? —él mueve su cabeza, negando, le

manoteo el bulto, su cara de espanto, es total —LOS CAPAMOS BONITO —se levanta de

golpe tirándonos al piso, sale puteando, se aparta y nos hace el ademán con un dedo en la cabeza, de que estamos todas

locas.

—¡Están locas! ¿Qué mierda les pasa?

Locas son TRES ARGENTINAS

LOCAS —

grita como un marrano, todos los
hombres se descostillan de risa, pero a
él no le hace gracia,

nos mira serio, nuevamente avanzamos
sobre él, mientras retrocede, la está
pasando mal, lo

sé, seguimos arrinconándolo.

—¡Basta! No me gusta este juego, ¡Sofi!

—grita, tapándose los testículos con una

mano.

Marisa que es la más terrible, observa que está a punto de caer en la pileta, lo empuja,

con toda su fuerza y el gallego cae como una bolsa de papas, pero antes, la toma del brazo y

caen juntos. Terminamos todos en la pileta, nadando, Ramona que nos ve, se muere de risa, el

brasileño, corre la alza y despacio en brazos la zambulle, ella, grita y grita, pero termina muerta de risa. Después de secarnos, Ramona saca pizzas del freezer y todos cenamos en el

parque, riendo de los chistes que como siempre cuenta Frank, las nenas se duermen, Manu y

Davy las llevan en brazos a sus dormitorios, me encanta ver todo el amor que les dan. Cuando

terminamos de cenar llegan mis hijos, con las chicas, Ramona les prepara la cena, después de

la misma, se divierten en la pileta, mientras nosotros charlamos en el parque.

—Saben, esta chica tiene esos ojos, que me hacen acordar a alguien, siento como que

la conozco, no puede ser, ¿no? —
pregunto, mirando al gallego.

—No nena, a veces pasa, pero,
¿dedónde la vas a conocer? ¿Te parece?
—responde,

me quedo pensando, sé que esos ojos los
he visto, pero callo.

El amigo de mis hombres, no ha llamado
a mi amiga, yo les reprocho, que sea su
culpa. Miriam me cuenta que no lo ha
vuelto a ver, nos miramos con tristeza, si
supiera lo que

los Falcao le dijeron, si me lo hubieran
dicho a mí, ni loca vuelvo, pienso. Pero

después de

una semana el hombre la llama, parece que se tomó su tiempo, ella feliz y después de una cena a la luz de las velas, empiezan a salir. Al otro día, le contamos que nuestros hombres lo

habían amenazado, ella se larga a reír y nos cuenta que él se lo confesó.

Nosotras felices nuestra amiga volvía a sonreír.

Como todos éramos amigos, los domingos, nos juntábamos y almorzábamos todos

juntos, por supuesto, en mi casa. A medida que pasaban los días, observaba

cómo Davy y el

gallego se ponían tensos, nerviosos, sabía que era por ese viaje, del que hablaban a escondidas. Una noche escuché que el gallego le confirmaba, que, a la tarde del otro día, partía para Brasil, con unos primos y dos custodias, escuché cómo Davy le suplicaba entre susurros que no fuera, pero él estaba decidido a hacerlo.

Pensé mil maneras de detenerlo y me decidí por la más alocada, sabía que esa no

podía fallar, al otro día, antes que la custodia llegara y después ellos se habían ido a trabajar, tomé a mis hijas y

nos fuimos, ellas felices que no iban a la escuela, yo muerta de miedo.

A las diez de la mañana me llama el gallego, estaba segura que, llamó a casa y

Ramona le dijo que no estábamos.

—Sofi, ¿dónde estás? ¿Y las nenas? ¿Porqué no esperaste a la custodia?

—¡Eh cuántas preguntas, bonito! —al responderle “bonito”, supuso mi enojo.

—¿Dónde estás? Te dije que —no lo dejo terminar de hablar, me enfurezco.

—¿Para qué nos quieres cuidar? Si vas

hacer ese viaje peligroso, ¿así nos quieres?

—Sofi, estoy levantando presión dime dónde estás y te mando la custodia —me responde.

—Pues por mí revienta, no voy a volver hasta que prometas que no vas a hacer ese puto negocio—siento cómo su respiración se agita.

—¡La madre que me parió! —me grita, aparto el celular de mi pobre oído y me río.

—Promételo y vuelvo —sé que ya perdió la poca calma que le quedaba,

nadie se

atreve a desafiarlo, YO SÍ —vamos bonito, promételo, tus hijas tienen frío y no traje abrigo,

sé que mi confesión lo va a volver más loco de lo que está, mentira mis hijas están bien abrigadas, sonrío.

—No sé qué hacer contigo, me desafías, me puteas, ¿todavía no te das cuenta con

quien estás hablando? ¡Mierda! —largo una carcajada provocándolo más aún.

—¡Claro que sé! Hablo con un imbécil, que no se conforma con nada, solo le interesa

el dinero, aunque este forrado, él quiere siempre más, ese sos vos ¿no? —Le pregunto, irónicamente.

—Te voy a poner sobre mis rodillas y juro por Dios, que te dejaré ese hermoso culo,

colorado como un tomate, ¡ven yaaaa!
—me grita— ¡Trae a mis hijas! —al segundo, endulza

la voz —por favor Sofi, se van a enfermar no me hagas esto, nena ven, me espera el avión,

por favor, es el último viaje, ¡Sofi te amo!

—¿Así que vas a pegarme? Mira vos, el gallego, peleador —siento que sonrío, baja la

voz, pensando que me arrepentí y me susurra.

—Ven pronto, así te voy amar, ese hermoso culo, ven amor —jajajá, ni loca.

Como soy muy yegua la hago hablar a Lucía, ella se prende en todas, Magy se tapa los

oídos, yo me tapo la boca, para no reír.

—Papi, tenemos mucho frío, mamá no quiere ir a casa, tenemos hambre —al

escuchar

eso, Manu si pudiera, metería la mano en el celular y me estrangularía.

—Está bien, eres más que una yegua, ¿eres una perra! Lo prometo, pero juro que me la

voy a cobrar, ¿escuchaste? —me grita enojado y yo suspiro.

—Empecemos de nuevo, háblame bien, que no te cuesta un carajo hacerlo Falcao, trata

bien a tu mujer, con buenos modales —siento, como sonrío de la rabia que tiene.

—Mira, ya te dije, no voy a ir a ningún lado, trae mis hijas, porque juro que te mato,

¡ya! —me lo dice deletreando cada letra, ahora sí, me asusto.

—Bueno, ahora voy, ¿Qué quieres para almorzar? —pregunto dulcemente.

—¿Qué te parece para ti, en poco de cianuro, con todo mi amor? —
Responde, entre

dientes.

—¿Qué te parece, si esta noche mientras duermes, te capo? ¡No te va a doler bonito!

Va a ser rápido, te lo prometo —se larga a reír.

—¿Estás lejos? Ven amor, mi argentina loca, te amo tanto, apúrate —responde hecho

una seda.

—Estoy abriendo el garaje, te amo, lo hice porque te amo, no quiero que nada malo te

pase —susurro y oigo cómo suspira.

Al llegar, él cierra el garaje, ayuda a las nenas a bajar y cierra la puerta, después que

las nenas, entran en la cocina, siento cómo me observa, lentamente me va cercando, su mirada

es la de un gato rabioso, voy retrocediendo, sin dejar de mirarlo. Observo hacia los costados

para ver adónde puedo correr, se da cuenta y me sonrío, de golpe, pega su metro noventa al

mío, siento que me falta el aire, toma mi nuca con una mano y con la otra me agarra las cachas. «Dios cómo me calienta verlo enojado», le sonrío. Me levanta la cabeza, se agacha,

me muerde la pera, y respira sobre mis

labios, ya estoy mojada.

—Dime ¿Qué castigo, se merece mi mujercita? —susurra, el desgraciado, abro mis

ojos como platos, está loco, ¿qué le pasa? No fue para tanto, pienso.

Mis brazos reaccionan, los entrelazo en su cuello, me pongo en puntas de pies y le como la boca, nuestras lenguas se encuentran y saludan, mientras él gruñe y yo gimo, bajo la

palma de mi mano y suavemente le acaricio el bulto, me suelta y sonrío irónicamente. Su mirada se desliza hacia abajo demostrándome lo que quiere, me

pongo de rodillas,

rápidamente se abre la bragueta y su miembro, erecto y enorme, me sonrío. Lo absorbo con

mis labios y succiono ferozmente, se retuerce, tira su cabeza hacia atrás, toma mi nuca apoyándola más contra él y en menos de un minuto derrama todo su semen caliente, en mi boca, me levanta de los hombros, me apoya en su cuerpo y me besa la cabeza, me cuelgo de

sus hombros y me esfuerzo para besarlo, él me separa, cierra su bragueta y sonrío. Me quedo

con una calentura de madre y padre

nuestro, lo miro, incrédula, furiosa.

—Apúrate, argentina vamos a cenar —
lo miro, toda sudada y mis ojos como
platos,

no me va a dejar así, ¿o sí? Larga una
carcajada, mientras se aleja caminando,
mira hacia atrás observándome y vuelve
a largar una carcajada.

—¡La madre que te parió, gallego! —le
grito, estoy enfurecida, entro en la
cocina, él

está sonriente, todos sentados a la mesa
y entro toda despeinada y sudada, Davy
me mira serio, Manu agacha la cabeza
tratando de esconder su sonrisa.

—Sofi, ¿qué te pasa? ¿estás
transpirando, nena? Hace un frío —
pregunta el brasilerero,

le pongo mi mejor cara de culo, lo miro
a Manu, que está cenando plácidamente,
sirviéndoles

gaseosa a mis hijas.

—Estoy hirviendo, no sabes el calor que
tengo —el gallego no aguanta más y se
larga

a reír, estruendosamente, Davy y todos
lo miran sin entender nada, giro y lo
miro a la cara, él

se tapa la boca con la servilleta y me

mira serio.

—¡Andate a la misma mierda, gallego!

—Joaquín me mira.

—Sofía, estamos a la mesa cenando, no putees. —Manu me observa de costado.

—Déjala hijo, estas argentinas son unas bocas sucias —lo perforo con los ojos y

corro a cambiarme, cuando me dispongo a salir del dormitorio, entra tomándome de atrás.

—Suéltame, te odio, no me toques, idiota, cabrón —le grito, me aprieta más a su

pecho y mientras, me lame el oído,
«¿Por qué seré tan fácil?, ya estoy a sus
pies otra vez».

—Estaba enojado nena, te amo, esta
noche te voy a hacer gritar —me doy
vuelta entre

sus brazos y lo beso en la mejilla.

—Pues esta noche, voy a salir con mis
amigas, bonito —se pone serio, me toma
de los

hombros, mirándome.

—No me digas, ¿quién va a cuidar a las
niñas? —pregunta poniendo su hermoso

rostro de costado.

—Tú —exclamo, apuntándolo con mi dedo y él sonrío.

—Ni lo sueñes, iré a una exhibición de box con mis hermanos, —me besa la frente y

entramos en la cocina, Ramona me sirve la cena y la miro, ella entiende mi mirada.

—Ramonita, gallega querida —me paro y la abrazo, mimosa, observo cómo Manu le

hace seña que no —¿No te quedarías esta noche con tus niñitas? —Me sonrío.

—Sí mi niña, sabes que no puedo decirte que no —la beso en la mejilla y sigo

cenando, el gallego se muerde por preguntarme dónde voy, pero Davy le gana de mano.

—¿Dónde vas? ¿Con quién vas? No pediste permiso —será desgraciado, pienso.

—No me hagas reír, bonito, ya soy grande, salgo con la gallega y los chicos, creo que

va Marisa y Miriam también —los dos me devoran con los ojos.

—No quiero que tomes, y no te pongas ropas escandalosas, escuchaste ¿no? A las tres

te quiero acá y te vas con seguridad — me largo a reír y lo enfrento, como es mi maldita costumbre.

—Sabes que no tomo mucho, me pondré lo que me venga en ganas y vendré a la hora

que se me dé las ganas, ¿escuchaste bonito? —la mira a la gallega, que se va al jardín de invierno apurada, para no reírse frente a él.

—Listo, haz lo que te venga en ganas, pues yo haré lo mismo —nos desafiamos

con

las miradas y callamos.

Me ducho, llamo a las chicas y vamos todas, somos ocho, me pongo un pantalón

blanco, muy ajustado, una blusa de gasa transparente, me maquillo y cuando estoy por salir,

mis hombres flanquean la puerta.

—Córranse, me voy —Manu sonrío y me hace un escaneo profundo.

—Así, no sales, ve a ponerte otra cosa, con semejante culo, todos van a

tocártelo, por

favor mi niña ponte otra cosa ¿sí? —me pide mimoso, me lo comería, cuando me pone esa

carita.

Bufo, pero para no discutir, me cambio y me pongo un vestido corto, sonrío frente al

espejo, sé que tampoco lo aprobarán, salgo al living donde ellos siguen sentados.

—Sofía, ¿me estas cargando? —se acerca y su gran mano se desliza, debajo de la

falda del vestido—Ves, así te van a toquetear —aclara, observándome, de costado.

—Pues que me toquen, bonito —le grito, su cara se transforma —así se me va la

calentura —Davy se larga a reír y él se enfurece, los beso en la mejilla y me voy, dejándolo

bien calentito.



CAPÍTULO 9

Cuando llegamos no hay lugar, Marisa se enoja porque hay muchos jóvenes, los

demás no le damos importancia y bailamos entre nosotros. Saltamos reímos y

desgraciadamente tomamos, jajá. Uno de los chicos enseguida se separa de nosotros y se une

a otro grupo. Esta vez no peleamos y la estábamos pasando bárbaro, hasta que Marisa se arrima a mi lado.

—Sofi, ¿estoy en pedo? —me pregunta, la miro sonriendo.

—Estás un poco tomada, pero no en

pedo —toma un poco de su copa y me mira.

—Debo estar en pedo, porque lo acabo de ver a Maxi, que nos observaba —me

sobresalto miro hacia todos lados —¡No puede ser! —está en pedo, pienso, seguimos

bailando y tomando, Miriamse apoya en mí y me habla.

—Sofi, escúchame —Dios, ella sí está en pedo, el olor a alcohol me marea, sonrío —

Sofi —se arrima a mi oído y empieza a reírse, se tambalea, la agarramos con la

gallega y ella

se tapa la boca, se arrima otra vez y
sonríe— Maxi te espera en el fondo —
hace un ademán

con el dedo sobre su boca —me dijo
que vayas.

Se me pone la piel de gallina y la
sonrisa se borra mi cara, ya nada me
parece

gracioso.

—Escúchenme, no es gracioso, no jodan
con eso —les digo, enojada, Miriam y

Marisa se miran, la primera señala el

fondo, con su dedo, no quiero darme vuelta, quiero salir disparando, pero giro sobre mis talones y creo verlo, parado, su cuerpo apoyado en una

columna blanca, tiene una copa en la mano y cuando me ve, la levanta, me estoy por desmayar, vuelvo a mirar y ya no está.

—Bueno se terminó la noche, nos vamos, no sé ustedes, pero yo me voy —
mis

amigas, a los tropezones salen conmigo.

Todas están mareadas, nos subimos en mi camioneta y las voy dejando en sus casas,

antes de llegar a la mía, veo un auto que se pone a mi lado, lo miro y ahí está él. «¡Dios no lo puedo creer!» lo vuelvo a mirar, es él otra vez, no hay duda, acelero, él me sigue atrás, me

hace señas con las luces y creo morir de miedo. Se percata que tomo, el celular y empiezo a

marcar llamando a alguien, me mira, sonrío y me tira un beso, adelanta a mi auto y en la primera esquina, dobla. Lo miro de costado, toca su bocina y me saluda con la mano, me quedo helada, sin habla, Davy me atiende la llamada, no sé si contarle, pienso, pienso y él se impacienta.

—Sofi, ¿estás bien?, ¿qué pasa? —me tranquilizo, respiro profundamente y le contesto.

—Todo bien.

—¿Dónde están? —Pregunta, preocupado.

—Estoy llegando a casa

—Yo ya estoy volviendo, Manu se quedó en casa, no vino conmigo, se quedó con las

nenas, ¿pasó algo? —está sospechando, lo sé.

—Nada nene, te espero en casa —oigo que suspira.

Cuando llego, el gallego ya está acostado, la casa está en completo silencio, guardo el

auto con miedo, mirando hacia todos lados, será él, no sé qué pensar, no voy a decir nada, quizás solo me pareció., Tomo agua, me saco los zapatos, que me están matando y con ellos

en la mano me dirijo al dormitorio. Mi gallego está boca arriba durmiendo a pata suelta, sus

labios entreabiertos y su gran cuerpo esperándome, me paro al lado de la

cama y no me canso de mirarlo, me desvisto, entro en el baño y me ducho, salgo desnuda y me acuesto a su

lado, apoyando mi espalda en su pecho, sus largos brazos, me sujetan con fuerza, arrimándome más a él.

—Llegaste mi niña, te amo —pronuncia adormilado.

Sonrío, sujeto sus brazos, acariciándolos y cuando nos estamos durmiendo siento el

cuerpo de mi brasilero, se da vuelta, me besa la frente, se acuesta de espaldas hacia mí y los

tres nos dormimos como más nos gusta,
siempre abrazados, completamente
desnudos, en

nuestra cama. Creo que ninguno de los
tres podríamos dormir ya de otro modo,
solo así, solo

los tres, pues, ¡uno más uno, son tres!
Me sonrío y caigo en el sueño de los
borrachos. Al

otro día a la mañana mientras
desayunamos, Manu me increpa.

—Dime Sofi, ¿por qué compraron la
empresa? Ahora que los chicos están
aprendiendo y los podemos dejar un

poco solos, tú tienes que estar ahí, ¿no habíamos hablado de eso, ya? —me observa mientras me quiero hacer la trenza y no logro hacerla, me

saca la colita de la mano, me siento sobre sus piernas y la hace él.

—Sí, hace unos días hablábamos con Marisa de eso, ¿sabes? —le cuento—
queremos

que sea de las chicas —él me mira y levanta los ojos.

—¿No te parece que las chicas ya tienen demasiado? Véndanla así podemos estar más

tiempo juntos —apoyo las palmas de mis manos en su bello rostro y lo beso en los labios.

—No, será para mis hijas y las primas —miro a Davy que lucha a mi lado, con el

nudo de la corbata, se la saco de las manos, se lo hago y me regala un beso —las nenas ya

salieron para la escuela, y los chicos van más tarde, saludamos a Ramona y nos vamos a trabajar.

Todos tuvimos un día de locos, lleno de trabajo —por supuesto, no comenté nada con

Marisa, que me pareció ver a Maxi anoche, iría corriendo a contárselo al gallego y me volvería loca, los tres nos dirigimos a buscara las nenas a la escuela, mis hijos van hacia mi

casa, a cinco minutos de llegar, me llama Joaquín.

—Hola hijo, ya llegamos, ¿pasa algo?

—pregunta, el gallego acercando su boca al

celular.

—Papá, dice Ramona que hoy vinieron dos hombres a arreglar el teléfono de línea—

el gallego nos mira, desconfiando.

—Pero si anda bien, ¿los dejó pasar? —
ya poniendo el grito en el cielo.

—No, les dijo que vengan cuando estén
los dueños —todos nos quedamos
pensando,

llegamos, les damos la merienda a las
nenas y se van a sus cuartos, Manu le
pide a la gallega

que le relate lo sucedido.

—Mira mi niño, esos no eran del
teléfono, por supuesto que no los dejé
pasar, a ver si

me robaban, ni loca —la abrazo y la beso en la mejilla.

Salimos afuera, Manu enseguida se para y se dirige a las cámaras de seguridad, todas

andan a la perfección menos la que está en la entrada, que tiene los cables cortados, vemos cómo los agarra con rabia y tira todo al piso, puteando en alemán, llama enseguida a la empresa de seguridad, que a la hora arreglan todo.

—Esto no me gusta, algo raro hay, los frenos del auto, ahora esto, ¡Dios, me voy a volver loco! —Davy se acerca y le aprieta el hombro.

Cuando vamos a entrar para ir a tomar algo, llega Frank que los vio afuera y se

quedan hablando, mientras con Davy entramos y preparamos algo para picar.

Saco vino

blanco frío, reserva tardía, nos sentamos, él me abraza y nos quedamos pensando, si le digo

lo que me pasó anoche, se mueren, mejor callo.

—¿Quién te parece que puede ser? — pregunta Frank.

—No sé, pero desconfíadel padre de la chica de mi hijo, el que anda atrás de

nosotros,

es muy inteligente, pero me devano la cabeza imaginando qué es lo busca, ¿porqué no nos quiere? Pienso que quizás es alguien relacionado con nuestro pasado, algo referente a los negocios, bien sabes que tenemos algunos enemigos, la verdad no sé. Bueno, basta de pensar,

estoy cansado —concluye.

Frank se va y mis hombres se van a duchar, yo preparo la cena, las nenas quieren cenar en sus habitaciones, Manu les da el gusto, él mismo lleva las bandejas a sus dormitorios. Cenamos los cinco con mis hijos varones, los observo

de reojo, mis hombres

siguen hablando del incidente.

—¿Cómo estás Joaquín, todo bien? —él me observa y niega con la cabeza, lo miro a

Bruno, quien con su bello rostro me hace señas para que me calle, ya Manu se percató de todo, pero no pregunta.

Levanto los platos y mis hijos se van a tomar café al living con los

padres, abro mis oídos y escucho la conversación.

—Pero hijo, ¿qué vas a hacer?, si se la lleva nada puedes hacer, eres un crío mi

vida,

tienes tanto por delante, es el padre, él manda, ni se te ocurra nada raro, porque tendríamos

problemas —escucho que el gallego, le pide alhijo.

—No me voy a quedar de brazos cruzados, no voy a permitir que se la lleve —Manu

lo mira, desorientado.

—Y ¿qué vas a hacer? Son dos críos, deja de joder mi niño, piensa antes de actuar, eres inteligente, espera que pase el tiempo, después veremos —mi hijo se

para enojado, sube

de dos en dos las escaleras y se retira a su habitación, el gallego se queda pensativo sentado

en el sillón.

—Bruno dime, ¿qué te ocurre? —Davy, lo mira al hijo.

—Nada, simplemente, dice que lo nuestro no puede ser—el padre lo mira sorprendido.

— ¿Te dejó de amar? —Pregunta, pasándose la mano por el pelo.

—No, dice que somos primos, no me quiere ni ver, hace dos semanas que me rehúsa,

ya me cansé, no la voy a buscar, ni suplicar más —eso dicen sus labios, lo conozco, sé que su

corazón grita algo muy distinto, Dios, mis dos hijos sufriendo por amor, me duele el alma y

nada puedo hacer.

—¿Y ahora se acuerda que son primos? La madre que la parió —grita Davy enojado,

mi hijo les da un beso, en la mejilla a

los dos y se va a acostar, pasa por la cocina y me da ese abrazo de osos que me gusta, lo abrazo, lo miro a esos bellos ojos grises, iguales a los del padre, y lo beso en el rostro.

—Que duermas bien, te amo hijo, todo se va a arreglar, ten fe, ella va a entender que

el amor es más fuerte que todo—si lo sabré yo, pienso, me besa la cabeza y se dirige a su dormitorio, entro como un rayo y los enfrento a mis hombres, que están pensativos, sentados en los sillones.

—Ustedes, ¿no piensan hacer nada?, mis hijos están sufriendo —los amenazo con la

mirada, Davy estira la mano y me sienta en sus rodillas, me abraza y me besa el cuello.

—Dime argentina ¿qué quieres que hagamos? Estos son problemas de amor, nena,

¿qué quieres hacer? —me dice, mirándome.

—No sé, alguna solución habrá — respondo, veo que el gallego se rasca el mentón.

—Matar al padre de la chica, ¿te parece? —me mira serio, yo abro mi boca como un

sapo y él sonrío.

—Es un chiste, mañana iré hablar con él, me dijo Joaquín que está en la casa.

—Yo voy hablar con Candy —Me va a tener que escuchar, pienso.

—Nada de eso, déjalos solos, no te metas —responde Davy, levantándose la pera y

mordiéndome el labio, lo abrazo y ya se calentó el ambiente, entreabre su boca y me devora

en un segundo, Manu no deja de mirarnos, estira su cuerpo, sube sus brazos y los pone atrás

de su cabeza, se está calentando, se muerde el labio inferior, mientras se levanta.

—Vamos a dormir, por hoy fue suficiente, mi cabeza no puede más —
Davy no me

suelta, se para y me abraza de atrás, yo abrazo a Manu, haciendo un trencito, sonrió y le pregunto.

—Dime, galleguito ¿qué cabeza, no da más? Mi vida —le pregunto irónicamente, me

baja la mano, llevándosela a su bulto,
refregándolo y siento, cómo su
respiración empieza a
agitarse.

—Esta mi niña, esta —pronuncia,
refregando aún más mi mano contra su
entrepierna.

El morbo y la lujuria se instalan entre
nuestros cuerpos, como siempre, como
cada día

de nuestra loca vida, los tres somos uno
y uno más uno, son tres. Ya en la
habitación, damos

rienda suelta a nuestra locura.

—Esta noche, mi niña te voy a hacer,
gritar —exclama Manu sin dejar de
mirarme.

Estoy acostada en la cama y él situado
entre mis piernas, lame mi sexo, Davy se
sienta

sobre mi vientre y apoya su glande
palpitante en mi boca, lo aproxima, una
y otra vez haciéndolo jugar, de pronto se
lo robo, de sus dedos y lo devoro, se
retuerce y gruñe. El gallego empieza su
juego con esa lengua virtuosa que tiene,
sus labios muerden mi

entrepierna, lame mi hendidura muy
lentamente, hasta atrapar mi clítoris y
después de varios

besos lo hace estallar en mil pedazos,
grito su nombre, mientras, Davy sujeta el
tronco de su

miembro y sus movimientos se vuelven
feroces, hasta que, con un grito agudo,
profundo, me

regala todos se semen ardiente. Manu lo
toma de la nuca y hunde su sabrosa
lengua en su boca, me miran, me
levantan como si fuera una muñeca y
Manu se acuesta boca arriba, me

sube a su cuerpo, mientras Davy se
ubica detrás de mí, somos un montón de
manos,

acariciándonos, amándonos, el gallego

me toma por la nuca y me muerde el labio inferior, lo

miro.

—Te dije que te iba a hacer gritar, ¿recuerdas argentina? —sonríe y de una embestida

profunda y perfecta me penetran los dos a la vez, grito y mi pobre y delgado cuerpo se retuerce de placer.

Manu con sus grandes manos acaricia mis pequeños pechos, con el pulgar y el índice,

los frota lentamente, Davy me muerde el cuello y me dice esas palabras sucias

que tanto me

calientan y una vez más, nos perdemos en un laberinto de pasiones, la lujuria hace su presencia y el morbo nos saluda nuevamente, los tres nos amamos, sin control, todo es válido, la locura domina la cordura y nuestros cuerpos hacen lo que mejor saben hacer, que

es amarse, más allá de todo entendimiento, más allá de todo y todos. Me pierdo entre sus brazos, gruñidos y gemidos, son todos los sonidos, que inundan nuestra habitación, son dos

lobos hambrientos, devorando a su presa, me devoran con sus labios, con sus manos, con sus

miembros, exploramos nuestros cuerpos,
centímetro a centímetro, nada nos
detiene, nada nos

importa, solo somos tres almas
ardientes, furiosas, somos solo tres
locos amándose,

devorándose.

—Dime, dime, que te hago feliz, dime
nena que jamás nos dejaras, dímelo—
susurra

Davy, excitado.

—Jamás, jamás —exclamo agitada—,
tendría que estar loca para hacerlo.

El gallego estira su mano, toma mi nuca, tirándome, apretándome más sobre él, eleva

sus benditas caderas, adentrándose más en mí, le muerdo los labios observando cómo le sangran, él sonríe y tomando mi cintura se clava aún más, Davy se vuelve loco, en esa posición tiene más profundidad, empieza a cabalgarme de tal manera que los tres llegamos a

un clímax jamás alcanzado. Nos quedamos uno arriba del otro, como un alfajorcito, nos damos vuelta despacio y quedamos boca arriba, nuestras respiraciones se tranquilizan y al mirarnos sonreímos, levantamos

nuestras manos hacia arriba y los diamantes de nuestros anillos brillan en la penumbra de la habitación.

—¿Cómo dice mi niña? —me pregunta el gallego, mirándome de costado.

—UNO MAS UNO, SON TRES, bonito —ellos largan una sonora carcajada y

lentamente, nuestros cuerpos exhaustos se van relajando, cerramos nuestros ojos,

entregándonos a un bendito y largo sueño, sabiendo que, mañana habrá mucho más, mientras

sonrío sola, me voy durmiendo.

Manu al otro día, va a la casa de la chica de su hijo, a hablar con su padre, no quiso

que Davy lo acompañara, pero él lo llevó igual y lo esperó en la puerta; la empleada, no lo

deja ni apoyar un pie en el umbral de la puerta. Salió afuera y le comunicó que el señor de la

casa y su hija se marcharon por un tiempo, no le supo decir adónde, ni cuándo volvían, el gallego se fue con las manos vacías, puteando bajito. Yo, esa misma tarde, desobedeciendo a

mis hombres, en la empresa hablé con

Mirian.

—Miriam, ¿vos estás al tanto que Candy se peleó con Bruno? —Le pregunté de golpe,

ella me miró.

—Sí, no sé qué le agarró, me dijo que le pesa que son primos, pero Sofi, ella ama a tu

hijo, no lo dudes —la miro mal, aunque ella no tiene la culpa.

—Sí, lo ama, pero él está sufriendo, ¿sabes lo que es verlo triste?, me parte el alma,

quisiera agarrar a tu hija y estrangularla
—ella me mira seria, y en ese momento
entra Marisa

y nos observa.

—¿A quién, vas a estrangular? —
Pregunta sonriente.

—A tu sobrina, a Candy —la mira a
Miriam, que baja la cabeza, me
arrepiento de mis

palabras, me acerco a mi amiga, pasó
por tantas cosas feas, la abrazo y ella me
besa la mejilla.

—Ya hablé con ella, se van a arreglar,
¡Quién mejor que tu hijo, yo amo a ese

bombón! —Me responde, me seco las lágrimas y Marisa se acerca a mí.

—Sofi, son dos criaturas, ya se le va a pasar, esa pendeja ama a mi sobrino — exclama

Marisa.

—¿Ustedes se acuerdan, lo que ayer me dijeron en el boliche? —las dos me miran

intrigadas.

—¿Qué te dijimos? Teníamos un “pedo tísico” —responden al unísono y se largan

reír.

«Si no se acuerdan, ni se los menciono, seguro que yo también estaba mareada y el hombre que vi no era Maxi» —
pienso.

—Nada, bah, decían cualquier cosa —
llevo la conversación a hacia otro lado,
suena el

teléfono y la secretaria anuncia al
abogado, el que está para lamerlo con
dulce de leche, las

dos sonrían y me dejan sola, el abogado
no pierde oportunidad de tirarse un
lance conmigo,

ya el gallego lo tiene entre ojos.

—No se vayan, no sean yeguas —les grito, mientras huyen, como ratas por tirantes,

abren la puerta y él entra saludándolas, mientras yo miro a Marisa, queriendo matarla.

—Sofi, ¿cómo estás? Te traje los documentos —exclama, sin sacarme la mirada de

encima, haciéndome enrojecer, me siento en mi sillón y él se coloca a mi lado, se agacha y

me susurra en el oído.

—Dime pequeña, ¿cuándo aceptarás ir a tomar un café? —sonrío, y justo en ese momento llega el gallego.

Entra de golpe, sin llamar, como un trueno, golpea la puerta al cerrar y lo mira a él,

que se aparta enseguida y se pone del otro lado del escritorio, lo miro y su furia es incontenible.

—Manu, amor, —me paro, le echo los brazos al cuello y le como la boca, él me apoya

en su cuerpo y con una mano me acaricia las cachas, el abogado, no sabe qué

decir, ante tal

situación, el gallego me acaricia la cara y me besa la frente.

—¿Terminaste amor? —me pregunta, irónicamente —¿vamos a casa? —me habla a

mí, pero lo mira a él, desafiándolo.

El abogado, mira hacia otro lado y pidiendo permiso se retira, el gallego lo sigue con

la mirada y sonrío, después se vuelve hacia mí, yo junto todos los papeles, ni lo miro, agarro

mi cartera y me paro junto a él.

—Ya estoy, vamos —lo tomo del brazo, pero él me toma de la cintura y me mira mal.

—No quiero a ese tipo, cerca de ti, échalo, no quiero volver a verlo, ¿escuchaste?

Dime ¿Qué mierda te decía? —ni loca, es capaz de correrlo, sonrío, dejo mi cartera en el escritorio, me acerco como una gatita mimosa y lo beso en los labios.

—Umm, ¿está celoso mi galleguito? —susurro en sus labios.

—No me vengas con esas, conozco a los de su clase, ese te está buscando, pero me va

a encontrar a mí, ¡o lo echas o habrá problemas!, ¿escuchaste? —deletrea cada palabra, muy

cerca de mi cara.

—Manu, no te llega a los zapatos —paseo mis manos por su torso y le aflojo el nudo

de la corbata. Me toma con sus grandes manos y empujándome me arrincona contra la pared.

—No juegues conmigo, haz lo que te

ordeno —cuando me habla así, me
calienta y no

precisamente calentura dicha, me muevo
de su lado y le grito.

—Estás loco, pobre hombre, no voy a
echarlo —su mirada me atraviesa.

—Te lo estoy pidiendo bien, ¿te gusta
que te busquen? ¿Te gusta calentar a los
demás

hombres? Mira que yo puedo hacer lo
mismo, tengo muchas para elegir, no me
provoques —

me aprieta contra la pared, ahora sí, ya
estoy caliente y más que enojada.

—¡Suéltame, ve con otras yo haré lo mismo! —miro hacia otro lado, me agarra con

una sola mano las dos mejillas y me lame los labios —¡No quiero! —le contesto se pone loco, sé que es lo peor que le puedo hacer, me besa a la fuerza, subo mis brazos y lo abrazo,

con premura, ya me ganó Dios que fácil que soy, gimo sobre sus labios y él sonrío.

—Dime, mi niña, ¿él o yo? —cabrón de mierda, sabe que lo elegiré a él.

—Vos, siempre vos, te amo, bésame —retira su cara, me observa con ese aire

sobrador, que me enloquece y me besa como solo él sabe, me come literalmente la boca, Marisa entra y nos mira, él sigue sobre mi cuerpo y yo no puedo despegarlo, me suelta y le

sonríe.

—Pero, ¡qué mierda! ¿Qué es esto? ¿Se han vuelto locos, no tienen casa? —

Manu

mientras sonrío, se le va acercando.

Ella corre y se mete atrás del escritorio, él sabe que ella se mea de la risa y la está provocando, ella empieza a reír y grita como una chancha. Él da un salto, la agarra y le hace

cosquillas, como siempre, ella se mea y empieza a putearlo

—Idiota, ¡me las vas a pagar! —grita dirigiéndose al baño, él me toma de la mano y

salimos corriendo.

Por supuesto, tuvimos que despedir al abogado, aunque Marisa, rezongó, no nos

quedó otra, mi gallego contento, pero le exigí que le buscara otro trabajo y así lo hizo. Un día con Ramona antes de ir a buscar a las nenas a la escuela, fuimos hacer unas compras, mercadería para mi casa, retiramos unos trajes de mis

hombres, y por ultimo entramos en una tienda de ropa de mujer, Ramona me miraba.

—Niña, esta tienda no tiene la ropa que tú usas —decía sonriente, la abracé y la besé

en la cabeza.

«Amo a esta mujer», pensé.

—No es para mí, es para vos gallega, así que, elige, cómprate lo que tú quieras—ella

me miró.

—No, ya tengo ropa, no vas a gastar en

mí —la miré enojada.

—Gallega, no hagas que tu niño se enoje, me dijo que te compre —llamé a una

empleada y a la fuerza, compramos un poco de todo, veía su cara de felicidad, ella se merece

esto y mucho más, lo sé.

Salimos con un montón de bolsas, como era temprano, nos sentamos a tomar un café,

ella me contaba cuando el gallego era chico, me hizo reír, me hablaba de la madre de él, que

era su única amiga y de lo triste que se sintió, cuando falleció, lo que sufrieron el gallego y

Falcao; siempre recuerdo cuando entre lágrimas me confesó lo mucho que la amó, la miro a

la gallega, tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Si te pregunto algo, ¿me lo contestarás? —ella se inquieta.

—Dime, sabes que nunca te mentiría, sabes que, desde hace muchos años, son mi

familia, desde el momento que Falcao

me llevó a tu casa y te vi tan jovencita,
con eso dos niños hermosos y tus
hombres, mi niña, Dios son dos
volcanes en erupción —pasa su mano

por mi rostro, yo la agarro y se la beso
— a Manu lo conozco de pequeño, a
Davy lo conocí

después —se sonríe— mira que te
dieron trabajo, pero ahora se portan bien
¿no?

—Porque están viejos, jajá —larga una
carcajada.

—Ramona, contéstame, ¿Manu quiso
con todo su corazón a otra antes que a
mí?, dime

la verdad, salían con tantas, alguna
habrá hecho mella en su corazón —ella
piensa.

—Mira querida, ellos siempre tenían
muchas, todas putas, no se
comprometían con

nadie, jamás supe que lloraran por
alguna, te lo juro —piensa, siento que
duda —aunque una

vez, él se había entusiasmado con una,
ya sabes de la casona, una de esas—
hace gestos con la

mano— pero fue una calentura, después
no la quiso ver más. Nunca presentaron
a alguna, como novia, siempre andaban

solos, sí, salían con algunas, pero ya sabes, para eso. Pero cuando te conocieron, juro que les cambiaste la vida, yo los vi llorar por ti —recuerdo todos

nuestros desencuentros y sí, yo también lloré por ellos, desgraciados, recuerdo lo que me han

hecho sufrir—. Y cuando les diste esos críos maravillosos —se me ilumina la cara al pensar

en mis hijos— se volvieron locos, ellos los aman, formaron una hermosa familia.

En ese preciso momento, me llama el gallego.

—Sofi, nena, ¿dónde estás? —le hago
seña a la gallega.

—Tomando un café con Ramona, la traje
a comprarse ropa, ya vamos a buscar a
las

nenas y a casa, ¿dónde estás?

—Estoy llegando a casa, salimos más
temprano, apúrate.

—Ramona me está contando cosas de
cuando eras chico, —pongo el teléfono
en

altavoz para que ella escuche.

—Dile, a esa gallega chismosa, que

calle o le devuelves la ropa, vuelve rápido que quiero hacerte gritar, te extraño —la gallega se tapa la boca y no me alcanzan los dedos para

cortar.

—Sucio, mi niño es un sucio —le grita Ramona y él se mata de risa.

—Una última pregunta, ¿qué pasa con mi suegro? —Baja la cabeza —Dime, ¿hubo

algo? Porque bien sabes que él, fue como los hijos, la puso en todos lados, ¡pobre Ana es una

santa! —termino diciendo.

—Mira, no voy a mentirte, cuando mi amiga, la mamá de Manu falleció, él estaba

destruido, volvió con su mujer, pero meses después nos vimos, hablamos y bueno, ya sabes,

¡Jesús qué hombre! Me enamoré perdidamente de él, —me mira— no podía no hacerlo, era

un señor, un cuerpo, tan caballero... y en la cama, no hagas que te cuente, ¡una bestia! —me

largo a reír, pensando que mis Falcaos son iguales—. Sabes, no fueron muchas veces o quizá

sí, ya no recuerdo, pasaron tantos años, él jamás me prometió nada, yo sabía que volvería con

su mujer, la madre de sus hijos, para él lo más importante en la vida son sus hijos —me mira

con una tristeza que me dan ganas de llorar— para él fui una más, de las tantas que se llevó a

la cama, creo que la más importante en su vida fue mi amiga, la mamá de Manu, por eso su

devoción hacia él, es por la única mujer que podría haber abandonado a Ana. Lo que es el destino, la única que no quiso

irse a vivir con él, después ya sabes el final, cuando ella falleció y él creyó enloquecer, hizo de todo para salvarla, pero la pobre ya tenía el destino marcado, y él a su vez me marcó a mí, a pesar que estuve en la cama de muchos, nadie fue como él, nunca nadie le llegó a las suelas de sus zapatos, él fue el amor de mi vida —afirma,

se queda pensativa, mirando a un punto fijo.

—No digas así, te trajo a trabajar con nosotros, con su familia, algo le importaste, le

inspiraste confianza —tomo sus manos, mirándola a los ojos— piensa que

podría no haberlo

hecho. Gallega, todos nosotros te
queremos, mucho, siempre estuvisteis a
nuestro lado, los chicos te aman y mis
hombres también, sabes que siempre
puedes confiar en mí, para lo que

necesites —ella asiente con la cabeza—
bueno vamos a buscar a las chicas, nos
levantamos y

nos dirigimos al estacionamiento —
cuando estoy abriendo la puerta de mi
auto, para un auto

a mi lado.

—Hola Sofi —miro de costado, verlo

de frente, tan cerca, me impacta,
provoca que

todos los pelos de mi cuerpo se ericen,
las piernas comienzan a temblarme, trato
de cargar las

bolsas en el baúl lo más rápido que
puedo, no doy pie con bola, cargo dos y
se me cae una,

puteo, estoy a punto de llorar, las manos
no me dan abasto.

Ramona ve mi nerviosismo y se asusta,
no contesto, pero él sigue ahí, solo

observándome, veo como sus ojos
recorren mi cuerpo, centímetro a

centímetro, esta actitud,

que años atrás me hubiera hecho sonreír,
ahora me paraliza.

—¿Qué te pasa? —grita la gallega,
mirándolo, él no me saca los ojos de
encima y yo

sudo como loca, ni lo miro, siento cómo
su vista esta clavada en mí.

—Vamos gallega subí rápido —le pido,
como tiene su auto pegado al mío, no
puedo

moverme, ya me encuentro más que
nerviosa, histérica.

—Te corres —grito como loca, sin mirarlo.

—Seguís siendo lo más hermoso que vi en mi vida, como cuando eras mía,

¿recuerdas hermosa? —ya me cansé, me enfurezco, veo como Ramona quiere llamar por

teléfono, se lo saco de las manos y lo miro directamente a los ojos.

—Sacá tu puto auto de ahí, ¡YAAA!

—Está bien, no te enojés, aunque me gustás también enojada—responde sonriente, lo

mueve, pongo primera y salgo como si me llevara el viento, a cien por hora, maldiciendo, la

gallega no se anima a preguntarme nada, se asusta y se agarra de todos lados.

—Imbécil —le grito, sacando mi cabeza fuera de la ventanilla, él me mira volviendo a

sonreír.

Pasamos a buscar a las nenas, la gallega me pregunta si lo conozco y le digo que no,

sé que no me cree, pero al verme tan nerviosa calla.

—No le digas nada a mis hombres, no quiero tener más problemas —ella asiente con su cabeza.

A la media hora estamos en casa. Sé que el gallego se va a dar cuenta que algo pasa, es

muy perceptivo, los saludo y me voy al baño a ducharme. Estoy furiosa y toda transpirada, la

gallega se queda dándoles la merienda a mis hijas, cuando salgo desnuda del baño, Manu está

sentado en el sillón del dormitorio,

mirándome, me pongo un vestido y me quedo descalza,

lo observo, sabiendo lo que me va a preguntar.

—Dime, ¿qué te paso? y no me digas nada, sé que algo pasó —los engranajes de mi

cabeza, empiezan a trabajar, para pensar algo coherente, Davy también entra y se sienta.

—Nada —respondo sin darle importancia— un idiota que se puso al lado de mi auto y

no se corría—Manu empieza tocarse el

mentón, sé que no me cree.

—¿Solo eso? Y ¿por qué estás tan nerviosa? cuéntame todo —termino de secarme el

pelo con la toalla y me arrimo a ellos — se sienta bien, me siento en su falda y con sus manos

agarra mis piernas, sin dejar de observarme. —¿Porqué no nos llamaste?

Me quedo muda y casi le cuento todo, pero me arrepiento, me acurruco en su cuerpo,

me abraza y Davy me acaricia la cabeza.

—Me puse nerviosa no es nada, ya pasó
—me levanta el mentón y me mira.

—¿Qué te dijo? —ya está furioso.

Si pudiera lo saldría a buscar, si
supieran quién es, correrían a buscarlo y
se desataría

una guerra. Los conozco a ellos y
conozco al otro, sé que no les teme,
aunque debería hacerlo.

Me levanto y les estiro los brazos para
que se levanten, los tomo de las manos y
me

abrazan.

—Vamos, ya pasó, solo era un imbécil
—aunque no me creen no siguen
preguntando,

sé que le van a preguntar a la gallega.



CAPÍTULO 10

Los días pasan, el trabajo nos agobia,
ellos se olvidan del episodio, eso creo
yo, cada

vez que salgo de la empresa, miro hacia
todos lados, el gallego otra vez nos puso

custodia a

todos, subo en un segundo a mi auto y sin perder tiempo me dirijo a mi casa, donde me encierro.

Hasta que, un día, mientras me ducho y de la nada, me agarra un ataque de llanto que

me cuesta parar, después de calmarme, me pongo cómoda y entro en la cocina, ya mis hijas

llegaron de la escuela, están en la casa de Marisa, que las invito a merendar. Las empleadas ya

se retiraron y mis hombres aún no han

llegado, me siento en el taburete de la cocina y me cebo unos mates y en un segundo, me vienen a la mente, todos los acontecimientos de años atrás, él, queriéndose llevar a mi hijo Bruno en un ataque de locura, los gritos, los golpes que

Frank y Davy le dieron hasta quedar casi muerto, ¿qué mierda quiere, después de tantos años?

¿Qué viene a buscar?

Me repito las mismas preguntas, una y mil veces, después recuerdo, nuestros paseos,

nuestras caminatas por Palermo, nuestras

risas, el sillón en mi piso, donde tomábamos

helados mirando la misma película, tres veces seguidas, sus cosquillas y por último como siempre, terminar en el dormitorio. No quiero volverme más loca, trato de pensar en otra cosa, abro la computadora, mientras sigo con el mate. Miro sobre el margen izquierdo, tengo

un mensaje, lo abro, me levanto del taburete, me corro para atrás y me tapo la boca con las

manos, para que no se escuche el grito aterrador que sale de mis labios, él está ahí. No sé qué

hacer, quisiera meter la computadora en el tacho de basura, estoy a punto de hacerlo, pero el

gallego, desconfiaría. Hace meses que me controla todo, siempre tuvo ese don el

desgraciado, sabe si algo me sucede, además de sus celos que no puede controlar. Davy también lo es, pero lo del gallego ya se pasa de maduro, como si lo hubiera llamado con el

pensamiento, suena mi celular, miro la pantalla, es él, mierda empiezo a putear, trato de calmarme, respiro profundo, varias veces.

—Hola, amor ¿dónde estás? —si me dice que ya llega me muero.

—Estoy por llegar —la madre que me pario, empiezo sudar como testigo falso
—voy

a pasar un ratito por lo de Frank, a saludar a mis hijas, me avisaron que están ahí—suspiro y

me relajo— después voy a casa, Davy llega más tarde, fue a ver a unos clientes, ¿qué estás haciendo? —me pregunta.

—Voy a tomar unos mates, te amo Manu, mucho —siento cómo ríe.

—Yo también hermosa, nunca sabrás cuánto, media hora y voy, espérame, te llevo

algo—la calidez de su voz me relaja, cómo puedo decirle que otra vez este loco de mierda

volvió, no lo puedo hacer, si Davy en su momento lo molió a trompadas, estoy segura que Manu lo mata.

Abro el mensaje que había cerrado, sin poder creer, lo que mis ojos ven. Es una serie

de fotografías, una más linda que la otra, es un videíto casero. Mientras las miro mis ojos no

paran de llorar, ahí estamos mis padres,
mi hermano, Marisa y yo, nunca lo había
visto, después estamos los dos en un
cumpleaños, bailando, abrazados,
mirándonos, Dios mío,

cuando estoy por borrar todo, con ganas
de correr y no parar más, aparece él
hablando, amplió la imagen y escucho,
da la impresión que está a mi lado, en
mi cocina.

— *No quiero que te asustes, solo
quería verte, solo una vez mi pequeña.
Aún hoy, lloro*

*tu ausencia, aún hoy te amo, sé que me
porté mal, pero tu partida me partió el
corazón, nunca dejé de extrañarte,*

nunca olvidé nuestras charlas, nuestros paseos, Sofi nena, ¿aún te acuerdas de mí?

Esa pregunta me estrangula la garganta, cómo quise a este hombre, pero siempre como amigo, con derecho, sabía que él me amaba, lo lastimé, yo soy la culpable de todo lo que pasó, pienso.

— Jamás te haría daño, Dios mío, quiero verte, solo una vez, tomar un café, que me cuentes de tu vida, de tus hijos, sé que tienes cuatro, yo no he tenido hijos, no sé quién es tu hombre. Si es ese brasilero o el banquero, no me

importa, he averiguado y sé que te aman,

¿quién podría no amarte, nena? Por favor por los viejos tiempos Sofi, solo un café, nena, solo eso te pido.

Me apuro a borrar todo, el video, el mensaje y me siento, tratando de digerir todo esto, por supuesto ni loca, me encontraré con él y tampoco diré nada, se va a cansar y se irá,

entro en el baño me arreglo un poco, justo cuando oigo que abren la puerta de entrada, es Manu.

—Sofi, ¿dónde estás? —el vozarrón del gallego, retumba en la casa, salgo, lo

miro y

le regalo la mejor de mi mejor sonrisa,
tira su saco en el sillón y me abraza.

—Te extrañé, le traje un regalo a mi
argentina, —se agacha y me besa
suavemente en

los labios, me abrazo a su cuello y no lo
suelto, él se queda quieto, dejándose
abrazar. —Está

mimosa, mi niña —me separa y me
observa— ¿Pasa algo? —Pregunta,
arrugando su frente.

—Nada, solo quería estar contigo,
vamos a la cocina —lo llevo de la mano

y nos

sentamos en los taburetes, toma mi cara entre sus dedos y me mira.

—Sofi, ¿estás bien, te duele algo?
¿Estás triste? —su preocupación me enternece el

corazón, haciéndome dudar, estoy a punto de contar todo lo sucedido, pero no quiero preocuparlo.

—Nada, todo bien, ¿tomamos mate?
¿Saco las masitas de limón? —pregunto, él se

levanta y saca de su saco una bolsita, sonrío y se sienta a mi lado.

—Para ti amor, recién llegado, de Davy y mío, ábrelo, a ver si te gusta, si no lo cambiamos—abro sabiendo que es una alhaja, es una cadena en platino con un dije de diamante, grande, y sobre los bordes, brillantes chiquitos, formando una flor, de un color verde intenso, precioso. Me lo cuelga a mi cuello y lo beso en los labios, me arrima a su cuerpo y me come la boca.

—Me encanta, gracias a los dos, saldrá una fortuna —digo mimosa, apoyada en su
pecho.

—Nada es una fortuna, todo, para ti es poco, ceba unos mates, cuéntame de los

críos, a

las nenas ya las vi, a Joaquín lo dejé en la casa de un amigo, pero Bruno, hoy no fue a la empresa, ¿dónde está? Davy está furioso —termina diciendo.

—Se fue hace un rato, iba a verse con Candy, dicen que van a hablar—él sonríe,

moviendo su cabeza.

Después de cenar, ellos estaban agotados y yo estaba furiosa, con el video y conmigo

misma, por no atreverme a confesarle a mis hombres, lo que sucedía. Nos

acostamos

temprano, nos duchamos y Davy
enseguida se durmió, Manu que me
abrazaba, como siempre

de atrás, me lamía la oreja, ya
estábamos calientes, me dio vuelta y nos
besamos con pasión,

sus manos pasearon por mi cuerpo, sin
permiso y mi mano atrevida tocaba su
pene, el gallego estaba que ardía,
después de un sexo, desenfrenado y
furioso, volvimos a nuestra posición,
cuando me estaba durmiendo, escucho su
VOZ.

—Mi niña, ¿duermes? —estaba en eso,

hasta que me habló.

—¿Querés agua? —aunque adormilada, siento que sonrío.

—No nena, quiero que me cuentes, qué es lo que te preocupa y no me mientas pues te

conozco —me hace cosquilla, arrimándome más hacia su cuerpo, huele mi pelo y me besa la

cabeza.

—Nada, gallego vamos a dormir, mañana hablamos.

—¿Todavía amas a este gallego viejo?

—su voz suena triste, me doy vuelta y lo miro

a los ojos.

—¿Dónde estás viejo? ¡Por favor! Vos tenés que ser eterno, ¿quién nos va a cuidar? —

lo acaricio con todo el amor que le tengo y le muerdo la nariz— salvo a este loco que duerme a nuestro lado —él se inclina y lo mira al brasilero, que no se enteró de nada y sonrío

—no amo a nadie más, los dos me hacen muy feliz y a veces también enojar, jamás dejaré de

amarte —baja su cabeza, muerde mi labio inferior, y me sonrío.

—Sabes, siempre pienso que cuando sea viejo, que no falta mucho —sonrío otra vez

—tú seguirás siendo joven y quizás —no lo dejo terminar de hablar y lo beso, lo miro y los

dos tenemos lágrimas en nuestros ojos, nos abrazamos tan fuerte como podemos.

—Cuando vos seas viejo, yo también voy a estar más vieja, nos mudaremos a la casa

de la playa, los tres, ese será nuestro

refugio, ese será nuestro hogar, yo te amo con locura y si vos me faltases, me moriría de pena, ¿sabes por qué? —le acaricio la cara, cada rincón de

ella—Porque si vos no estás, ya no me interesa vivir, ya nada me importaría— él me besa y

solloza en mis brazos, como si fuera un niño, se me arruga el corazón y los dos nos largamos a llorar, Davy se despierta se sienta en la cama y nos mira.

—Dime que no pasó nada malo. ¿Están bien los chicos? —le pregunta al gallego,

mirándolo, confundido, él se seca las

lágrimas y lo mira.

—Sí, solo estamos mimosos, vamos a dormir —me doy vuelta abrazo a mi brasilero

y el gallego me abraza a mí, Davy antes de dormir, murmura.

—Locos de mierda, me despertaron —Manu estira la mano y él se la agarra.

—Ya sabes brasilero, somos tres locos, ¿UNO MAS UNO? —les pregunto.

—SON TRES —susurran ellos, ya entregándose a los brazos de Morfeo, me acerco

más a ellos, haciendo el alfajorcito y nos dormimos profundamente.

A Miriam le sentaba, muy bien la nueva relación, cada quince días nos juntábamos

todos en mi casa, nos divertíamos de lo lindo, después de cenar, bailábamos horas. Después,

como siempre los hombres jugaban a las cartas en el jardín de invierno y las mujeres nos juntábamos en el living, a contarnos nuestras cosas- mate va mate viene- la gallega nos contaba los chismeríos de la empresa de publicidad y nosotras contábamos de la nuestra.

Marisa que siempre era la más desvergonzada, la miraba a Miriam, ella le entregó el mate a

la gallega y le preguntó.

—Marisa, por favor te conozco, no voy a contestar tu pregunta—todas la mirábamos,

sabíamos a qué se refería, todas sonreímos

—Cuéntanos, por favor, ¿qué tal en la cama? —y se lo tuvo que preguntar, ella la miró

con la boca abierta.

—Bien—Marisa, la miro de reojo.

—¿Nada más que bien? —todas la observábamos, expectantes, esperando su

contestación.

—Bueno a ver, ¿qué mierda quieres que te diga? me coge bien, punto —la gallega se

tapó la boca, con las manos y todas estallamos en una carcajada, sin fin.

—Eso me suena a de uno a diez, ¿cinco?

—Marisa estaba empeñada a que contara

más, es una yegua, pensé.

—Mira, no sé qué pasa —baja la voz y todas nos agachamos a escucharla. —
Cuando

estamos en lo mejor, me pregunta, ¿te gusta esto? ¿te gusta aquello? Yo estoy ardiendo y él se

preocupa si me gusta o no, ¿qué mierda le pasa? Es como que tuviera miedo a no sé qué

Me levanto del sillón, con Marisa detrás de mí y nos matamos de risa, sabemos que el

pobre tipo tiene miedo después de lo

que Davy le dijo, todas nos miran y Marisa le confiesa

la conversación que el brasilero tuvo con el novio, ella se levanta indignada y se le salen los

ojos de lugar.

—¡Hijo de puta!, ¿eso le dijo?, con razón, algo me había dicho, pero no pensé que era

para tanto, esta noche cuando estemos solos, lo mato —es tanta la tentación de risa de Marisa,

que se va corriendo al baño, cuando ella vuelve, Miriam se pone seria y nos

cuenta.

—Saben me enteré de algo, ¡bah! Él mismo me lo contó, —todas nos miramos,

queriendo averiguar, ella nos mira.

—Tiene una hija —nos quedamos mudas, nunca nadie lo supo— pero no la ve, vive en

argentina.

—Pero cómo, ¿mis hombres no lo saben? —Pregunto.

—Sí, lo saben, pero es un secreto, él tuvo una relación pasajera con la madre,

en un

viaje de negocios que hizo a Argentina, después de años ella le escribió y le confesó que tenía

una hija —no podíamos creer lo que nos contaba —él se quiso morir, viajó, e hicieron los

análisis y sí era su hija, la reconoció, pero se enteró que ella solo firma con el apellido de la madre.

—Pero a ver, no entiendo —exclamo Marisa—¿Por qué no la ve? ¿Y la madre, le pasa

dinero? —otra vez, la atosiga con

preguntas.

—La madre murió hace años, ella se terminó de criar con su abuela, sí, le deposita todos los meses, pero escuchen esto —todas prestamos más atención— según pudo saber, por

Manu —me mira— la chica desde hace diez años no toca un peso de su cuenta bancaria, él habló con ella hace unos meses y ella le dijo que no la llame más, que él no era su padre y

que se guarde su dinero, que no lo necesitaba.

—¡Qué quilombo! Pero él tendría que haber viajado, hablado con ella —le

digo.

—Lo hizo Sofi, no lo atendió, se ve que tiene su carácter, igual a él, cuando se enoja,

se enoja, son dos cabezas duras. No quiere usar ese dinero, dice que no es de ella.

— Dime Sofi, ¿todas las argentinas son así? —me pregunta Ramona, me río.

—Lo que pasa es que él no la crio, seguramente cuando fue niña, necesitó del amor

del padre, pero él nunca estuvo presente, qué tristeza ¿no? —me dio mucha pena

por esa niña,

aun sin conocerla, la gallega cambió de tema, a todos nos pareció muy triste la historia, Marisa se levanta y se dirige al baño.

—¡Que lindos que están los chicos! —
expresó la gallega, cuando Joaquín se
arrió a

darme un beso, porque se iba a acostar.
Lo apreté todo y le besé toda su hermosa
cara, él se

deshizo de mi abrazo y corrió escaleras
a arriba.

—Está triste, el padre de su chica se la

llevó y no sabe dónde, es un
desgraciado está

haciendo sufrir a mi niño —Marisa, que
había ido al baño, llega en ese instante y
se mete en

la conversación.

—Es un mal nacido, dijo que no nos
quiere, ¿ustedes pueden creer? ¿Quién
no saldría

con mi sobrino? Un bombón, inteligente
como pocos, por favor, si lo agarro yo,
le canto unas cuantas.

—Pero ¿quién es el padre? —pregunta,
Miriam.

—No sabemos, es un fantasma —
murmuro— no sabemos si su nombre es
real, dijo

que trabajaba de algo, por lo que el
gallego pudo averiguar, es mentira. —
Todas nos quedamos callada.

—Yo lo vi triste, cuando no la vi a la
chica supuse que se habían peleado,
pero al saber

esto, ahora entiendo, por lo que sé, él
cada tanto se aleja de España y vuelve a
su país, Argentina, no entiendo cómo la
deja sola a la hija tanto tiempo —
expresa Marisa.

Vamos a ver a los hombres que están

jugando al truco, ya se tomaron todo.
Cuando

Marisa ve todo lo que tomaron, empieza a sacar las copas y el vino y les sirve café, ellos la

acribillan con los ojos y ella les sonríe.

—Dale, Frank termina y vamos a casa
—la mira, ya está en pedo, tiene los ojos
chiquititos, se para y la abraza, ella se
ríe.

—¡Por Dios, qué olor, Falcao! Vamos,
nos vamos chicos —afirma, lo abraza
empujándolo hacia la puerta de entrada,

—Mañana nos vemos —grita
alejándose.

Los acompaño hasta la puerta y así se van yendo todos, el brasilero, que se había repuesto, con el café que Marisa le había servido, se quedó tratando de acomodar el desorden.

—Nena, cierra el jardín de invierno y la puerta del fondo, ya cerré adelante —me pidió el gallego, mientras me besaba la cabeza, dirigiéndose al dormitorio.

Cerré todo, conecté la alarma y me fui al dormitorio, la custodia trabajaba de lunes a

sábado al mediodía, ya después estaban mis hombres en casa, hasta el domingo. Cuando, entré

Manu luchaba con Davy tratando de correrlo a su lugar en la cama, mientras me desvestía, me

reía sola, observando la imagen.

—Déjame a mí —le pedí al gallego, me arrimé, le susurré algo al oído y él se corrió,

sin chistar.

—¿Qué le has dicho? —lo mira y ve que se agarra los testículos y rezonga

adormilado, me mira —¿Qué hace? — pregunta con el ceño fruncido, me largo a reír.

—Córrete bonito o quieres que esta argentina te cape, eso le he dicho —él me mira incrédulo.

—Eres terrible, pobrecito, mira qué eres mala —nos acostamos, nos damos unos

besos y nos acomodamos como nos gusta, los tres abrazados, dormimos a hasta la una del mediodía. Cuando me despierto estoy tapada en la cama y sola. Me ducho y me dirijo hacia la

cocina.

Entro en la cocina, llamándolos, ellos me contestan desde el living, entro y están

absortos, observando la computadora en la que se muestran todo lo que han grabado las cámaras, que están ubicadas en mi casa. Las imágenes muestran a un hombre encapuchado, a

las cinco de la mañana, mirando la puerta del garaje, ni siquiera toca la manija de la puerta, se aleja y se acerca varias veces, por supuesto no se le ve la cara, solo el cuerpo alto, de contextura grande, con una campera con capucha, está ahí parado observando todo, veinte minutos después, se aleja caminando.

Manu se refriega los ojos y vuelve a pasar la imágenes

varias veces, se abrigan y se van a fuera, pero todo está en su sitio, la cerradura no está forzada. Mis hombres ya están re locos, conjeturando mil hipótesis, desayunamos, se levantan

los chicos y cuando estamos todos sentados en la cocina, el gallego les habla, a las nenas, también, les muestra las imágenes en la cámara. Las nenas un poco se asustan, los varones, no

tanto, mis hombres abrazan a sus hijas.

—Si cuando salen de la escuela, no nos ven a mamá o a nosotros, a sus hermanos

o mi

chofer, quiero que vuelvan adentro de la escuela, ¿escucharon? Nadie más las puede retirar,

¿escucharon bien? —ellas asienten, se levantan y se van a la pileta.

—¿Quién es? —pregunta Bruno, pensativo—¿Será un ladrón?

—No hijo, este no es un ladrón, este tipo busca algo más, esto ya me está poniendo nervioso—responde Davy tocándose el pelo.

—Tengo el presentimiento, que el padre de tu chica esta atrás de todo esto, ese

desgraciado me tiene harto—se levanta y se dirige al jardín de invierno, Davy lo sigue y mis

hijos se van con las hermanas a la pileta, me pongo a pensar, que espero que no sea el que pienso, pues si es así, temo lo peor.

Después de hablar una hora con mi suegro y contarle todo, mis hombres vuelven a la

cocina, estoy abriendo mi computadora, justo en el momento que ellos entran, como una idiota, la cierro de golpe y Manu se da cuenta, pero calla. A la tarde, llevamos a las nenas al

shopping, los varones también vienen con nosotros, entramos a comprarles algo de ropa a los cuatro y después nos sentamos a merendar; unos amigos de Davy se acercan y se ponen a

conversar, Manu me abraza y me dice al oído.

—¿Qué quieres que te compre? ¿No quieres algún libro? —susurra acariciándome, el

rostro.

—Tengo tres sin leer, vamos a caminar —le respondo.

Nos paramos y con los varones

empezamos a caminar, las nenas van adelante,

mirando las vidrieras, Davy nos mira, se despide de los amigos, y de dos grandes zancadas,

camina al lado de sus hijos. Vemos una casa de antigüedades y entramos, a los tres nos encantan. En ese preciso momento sale una mujer, vemos que nuestros hijos se hacen seña y

los miramos, la mujer pasa cerca de ellos y les toca los brazos, sonriéndoles, la miro, tiene

unos cuarenta, no le saco la mirada de encima, ella saluda con una sonrisa a

mis hombres y

sigue de largo. Los cuatro se sonríen, «la madre que los parió, seguro que es alguna que trabaja en la casona» — pienso.

—Mira esto, Sofi —es una fuente de agua, más grande de la que tenemos en casa —¿te

gusta? Es hermosa —exclama Manu, todos se arriman a mirarla, yo estoy furiosa, Manu se da

cuenta, me abraza y me besa —Vamos hermosa no es nadie, tú eres todo —me mira —¿la compramos? —me pregunta, sonriendo.

—Si te gusta, cómprenla —respondo.

Me separo de ellos y voy a mirar unos
atrapa sueños para las nenas, a ellas les
encantan, empiezan a elegir los colores,
cuando deciden, se los doy a la
vendedora junto con

la fuente de agua, la muy desgraciada no
le saca los ojos de encima a Davy. Me
arrimo a él,

me mira, sabe porqué me arrimo, me
pasa la mano por el hombro y la mujer
se queda dura,

yo le sonrío. Cuando salimos mis hijos
varones desaparecieron.

—¿Dónde están los chicos? —les pregunto mirando, hacia todos lados.

—Fueron con unos amigos, vamos que es tarde, después vienen —responde
Manu

tomándome de la cintura —¿Qué hay para cenar? o ¿quieres que compremos algo? —ni

contesto, sé dónde fueron mis hijos y eso me enfurece.

Las nenas caminan delante de nosotros con sus regalos en las manos, felices, esta es la

mejor edad, pienso mirándolas. Mis

hombres hacen chistes y se ríen tratando de que olvide a

mis hijos, de camino a casa paramos en una rotisería, donde compran la cena, yo me quedo

adentro de la camioneta, enojada con todo el sexo masculino, puteo por lo bajo, ellos esperan

con sus hijas, cada tanto me observan de reojo, saben lo que estoy pensando.

—Mira mami, lo que compramos —me muestra Emily, la miro y me compraron

arroz con pollo, Manu me mira, ni lo miro, llegamos a casa y cenó en

silencio, las nenas se

van a sus dormitorios con el helado y mis hombres me ayudan a levantar los platos.

—Sofi, por Dios nena, son grandes, ¿qué quieres que hagamos? Son hombres, tienen

necesidades —me doy vuelta y lo enfrento a Manu, ve reflejada la locura en mis ojos y sin

quererlo, retrocede.

—¿Qué hombres? Todavía son unos niños —ellos sonrían con ironía, lo que me

enfurece más aún.

—¡Por favor! —grita Davy mirándome, secando los platos —ya tienen pelos, ¿de qué

niños me hablas? Nena, hazte a la idea que ellos son hombres —me deletrea cada palabra, Manu quiere agarrarme y yo me alejo.

—Un día de estos me agarra un ataque de locura, y le prendo fuego a ese antro de perdición, a ese puterío, porque solo es eso, un asqueroso puterío —se miran sorprendidos.

—Primero, que eso no es un puterío, como lo llamas, segundo viene Falcao y

te mata,

por favor, no peleemos, ellos ya son grandes, saben lo que hacen —el brasilero estira su mano y sonrío irónicamente.

—No le tengo miedo ni a Falcao, ni a ustedes, y sí, es un puterío, ustedes no tendrían

que dejarlos ir, pero claro, ¿cómo van a hacer eso? si ustedes se cansaron de ir, aun hoy no sé

si van, machistas eso son, mierda todos son machistas, me voy a dormir, no me jodan más bonitos, porque estoy muy, pero muy enojada —giro sobre mis

talones y entro en mi

habitación, me ducho y me acuesto, ni los escucho cuando se acuestan, me duermo puteando.

Pasaron unos días y no se volvió hablar más del tema, mis hombres se hacían los

olvidados y yo recibí más mensajes del loco, ya no sabía qué hacer, no podía confiar en nadie,

Manu se daba cuenta que algo pasaba, con Marisa empezamos a pensar en vender la empresa,

había varios candidatos, el gallego se encargaría de las conversaciones.

—Tengo una muy buena oferta —dice
Manu, una tarde tomando mate en mi
casa y

menciona la suma que estarían
dispuestos a pagar. Nos quedamos sin
palabras, solo nos miramos. —Lo que
mucho no me gusta, es que, el que firma
es un testaferro, pero bueno si a

ustedes les va, la vendemos, —nos dice.

—¿Qué tiene que ver que sea testaferro?
—pregunta Marisa, tomando un mate.

—Nena, que es no es plata limpia,
seguro que es un lavado de dinero.

—Gallego, no me hagas reír, toda la

plata que entra en tu banco, ¿es dinero limpio? —

exclama, Frank, Davy y él se enfurecen, Marisa no sabe dónde ponerse, Frank se la quiere comer cruda, el gallego la mira desafiante.

—Yo sé de dónde viene cada puto billete que entra en mi banco, la cuestión es que no

quiero que ustedes tengan problemas, no sé si me explico, argentina —el tono de su voz es

amenazante, Marisa se hace chiquitita y pide perdón.

—Manu, perdóname, soy una idiota no quise decir eso, perdóname —Frank se levanta

y se va sin saludar, está furioso, al salir golpea la puerta, Manu sigue observándola con rabia, yo no sé qué decir, verlo enojado a Manu es como ver al coludo mirándote, te intimida, tienes

ganas de correr, Marisa se levanta y lo abraza, él se queda inmóvil—haremos lo que tú digas,

si te parece la vendemos, si no esperaremos, vamos no te enojés cuñado, abrázame —Davy lo

mira y le hace señas, el gallego la abraza sin ganas y ella se va, cuando está en la puerta me

mira.

—Sofi, Dios, fui una idiota, dile que me perdone, sé que lo ofendí, ahora tengo que aguantarlo a Frank, por favor, dile que me perdone —la beso y asiento, sabiendo que va a tardar en perdonarla, él es así.



CAPÍTULO 11

Ese sábado, mis hombres se pasaron la tarde en el despacho con papeles y hablando

por teléfono, solo salió Davy a buscar algo para picar, mis hijos se levantaron como a las cuatro de la tarde a almorzar, justo cuando Manu entraba a buscar unas bebidas.

—¿Cómo están mis chicos? ¿Cómola pasaron ayer? —preguntó al pasar, hombres, que

los parió, pienso.

—Todo, de diez y papá —respondió Joaquín, escondiendo la vista— Sofía, ¿nos das

algo para almorzar? —pidieron
sentándose en los taburetes de la cocina,
en pijamas y todos

despeinados, no hay duda alguna, son
dos bombones, me recordaron a sus
padres años atrás,

pero enseguida pensé dónde habían
estado y mi estado de ánimo, cambio.

—Mira bonito —el gallego que iba a
entrar en el despacho, se detiene para
escuchar

sin darse vuelta— tenés lo que quieras
en el freezer, abrílo con esas manitos
hermosas que Dios te ha dado, prendés
el microondas y te la calentás, agarran

dos platitos, unos cubiertos y

se la comen, ¿entendiste, o te lo explico otra vez? —el gallego, larga una carcajada y entra en

el despacho, mis hijos se quedan pasmados, solo me observan, yo les pongo carita, me levanto y me voy.

A los diez minutos la casa estaba llena de humo, mis hombres salieron corriendo del

despacho, yo de mi dormitorio y las nenas a los gritos bajaban la escalera, la cocina no se veía del humo que había, a mis hijos les había explotado el microondas, se los veía desesperados,

con el matafuego en la mano, sin saber manejarlo, mis hombres puteando y yo muerta de risa.

—La madre que los parió, ¿qué mierda hicieron? —gritaba Manu, sacándoles el matafuego de las manos.

Davy abría las ventanas y las nenas lloraban a los gritos, las abracé y las llevé al jardín de invierno. Hasta el vecino de enfrente vino desesperado al ver el humo, Frank llegó

corriendo con los bomberos, era un lío tremendo, la cocina se había prendido fuego, y una

parte del mueble, junto con las cortinas. El gallego estaba enardecido, se le fue encima a Joaquín, pero yo me metí en el medio, Frank lo calmó, sacándolo afuera, mientras los bomberos hacían su trabajo.

Marisa y Frank nos ayudaron a limpiar, la cocina era un desastre, mis hijos se

recluyeron en sus dormitorios y se quedaron ahí hasta la noche que bajaron a cenar; tuvimos

que pedir comida hecha, ya el gallego se había tranquilizado a medias.

—Mañana voy a mandar a arreglar, este puto desastre, y ustedes dos lo van a

pagar con su mensualidad, ¿entendido?
—clavó la vista en los varones, que ni respondieron—

aunque les lleve meses pagarlo, ¿en qué mierda estaban pensando? Se pudo haber prendido fuego toda la casa, y de castigo por dos meses no van a salir a ningún lado, si quieren ver a

sus amigos jódanse, no van a salir —mis hijos terminaron de cenar y huyeron a sus dormitorios, cuando iban subiendo las escaleras, Manu les grito.

—Mañana a las seis todos arriba, que hay mucho trabajo, escucharon —los dos sin

darse vuelta contestaron.

—Críos de mierda, casi nos matan a todos —puteó el gallego.

—Ya pasó, basta que te va a hacer mal, mañana arreglamos todo y listo —exclamo

Davy tocándole el hombro.

Aunque mis hijos no salieron, en dos meses, Davy, sin que Manu supiera, pagó todos

los arreglos, compraron muebles nuevos, cocina, cortinas, microondas, todo quedó mejor que antes. Manu ya había perdonado a Marisa y yo seguía

recibiendo mensajes del loco, cada

vez más subidos de tono, vivía en una angustia permanente, sin poder contárselo a nadie. Una

noche que todos dormían me quedé escribiendo hasta la madrugada en la cocina, cuando de

repente llegó el vigésimo mensaje, cuando lo terminé de leer, lo vi a Manu apoyado en el marco de la cocina; con la velocidad de un rayo lo borré, sentí que me había descubierto, no

me dijo nada y tomándome de la mano me llevó a dormir.«Me salvé». ¡Qué ilusa!

Al otro día, me levanté, me duché, ya todos se habían ido, me vestí y me fui a la cocina

a tomar el desayuno. Antes de irme a la empresa, al mirar sobre el mueble de la cocina veo

que mi computadora no está, la miro a Ramona que está haciendo tostadas.

—Gallega, ¿no viste mi computadora?

—Pregunté— Estoy segura que anoche la dejé

sobre el mueble —ella, como si nada, me observó.

—Se la llevó el gallego, dijo que te la

iba hacer arreglar —abrí mi boca como un pez

y se me cayó el culo a los pies,

—Me descubrió, sabía, sabía —empecé a gritar, Ramona, no entendía nada.

Le conté a la gallega, ya estaba acorralada, con lo celoso que era, podía pasar

cualquier cosa, pensé.

—Sofi, ¿porqué no le contaste? Niña, te va a matar, va a pensar que lo estas

engañando, no quiero estar cuando vea los mensajes, espera, si los borraste

¿cómo los va a

ver? —la gallega sonrío, yo la miro.

—Porque tu niño, es un desgraciado, tiene un amigo, que es ingeniero en informática,

sabe que los mensajes quedan almacenados y tu niño —le grito, pobre, como si ella tuviera la

culpa —la madre que lo parió —la gallega se persigna, por la madre, me agarro la cabeza con las dos manos — me va a matar, ¿porqué mierda no le conté? Dime, ¿qué hago ahora? —

la gallega me observa.

—Lo único que te queda es rezar, ay mi niña, en esta casa, nunca se terminan los problemas.

—Dios cuando Davy, le vea la cara, le agarra un ataque —pienso en voz alta.

—Entonces, ¿lo conoces? Dime ¿es el del estacionamiento? —me pregunta.

—Sí, el mismo, Ramona, creo que hoy me quedo todo el día en la empresa —en ese

preciso momento, suena mi celular, observo la pantalla, me tiemblan las manos, es Marisa.

—Sofi apúrate, que tenemos muchas

cosas que hacer.

—Me tomo el último sorbo de café y me voy —respondo.

Marisa me ve la cara que tengo, pero no pregunta, hoy el trabajo es tanto que no damos abasto, solo Miriam me nota rara, pero le digo que me duele la cabeza y no pregunta

más. Ya son las seis y nos preparamos para irnos, ellas me miran y Marisa tiene que preguntar.

—Nena ¿estás bien? Te noto mal —me abrazo a ella, me acuna entre sus brazos y me

consuela hasta que mi boca se abre y le cuento todo lo ocurrido, me mira incrédula y se enoja.

—Tú estás completamente loca, de remate, ¿cómo mierda no has dicho nada? Ese

desgraciado es peligroso, es capaz de cualquier cosa, ¿no recuerdas lo ocurrido años atrás?

Dios mío, tus hombres van a querer matarte, pones en peligro a todos, hasta tus hijos, ¿no pensaste en eso? —me siento más culpable que antes y me desespero, pero ya estoy muy jodida, ella ve mi rostro inundado de lágrimas y me abraza.

—No llores, mi querida, yo iré contigo, vamos lo malo hay que pasarlo lo antes posible.

Miriam también viene con nosotras, cuando llegamos a casa el auto del gallego ya

está guardado en el garaje, guardo el mío y las tres entramos, como quien va al cadalso.

Marisa entra riéndose, los saluda a mis hombres que están en el living jugando con mis hijas,

ellas me saludan y les entrego unos chocolates que la tía les compró. A mis

hombres, los saludo besándolos en las mejillas, ni me miran, Marisa al sentirse incomoda, les habla directamente, Miriam ni se sienta, está parada en un costado, tiesa, observo mi computadora

abierta sobre la mesa de vidrio del living, «Estoy frita, de esta no me salvo» pienso.

—Bueno cuñado, no es tan grave, hablemos —Manu, la incinera con la mirada, se

para y su metro noventa la hace retroceder, Davy sigue sentado, mirando al piso, pensativo.

—Niñas, vayan a sus cuartos, papá tiene

que hablar con su madre —las nenas

obedecen y suben las escaleras, Marisa lo mira, pálida, Miriam ya quiere irse, pero no se anima.

—Tú cuñada, hazme el favor de retirarte, esto es entre mi mujer y nosotros —les

sonríe a las dos, con toda la ironía del mundo y su mejor cara de culo, ellas se van, pero, antes de irse me dice al oído.

—No dejes que te intimide —la miro, está loca, claro que me voy a defender.

El gallego se acerca a la computadora y la prende, lo miro y pienso atacarlo

primero,

pero me gana.

—A ver ¿qué es lo que tienes que decir?, explícame, sales con este tipo, es tu amante,

ya no nos amas, ya no te calentamos, estamos viejos para ti —veo como la vena del cuello le

palpita, lo miro a Davy agarrándose los pelos, nervioso, también se para y se recuesta contra

la pared, me mira a los ojos.

—Si buscabas un amante, ¿justo ese

tenía que ser? ¿otro no había? —Davy
tiene

lágrimas en sus hermosos ojos grises—
el que casi mata a mi hijo, ese hijo de
puta —grita,

Manu se pone enfrente de mí, cuando él
se acerca.

—Me has decepcionado, tu traición me
mató, mi niña —Manu no deja de
mirarme,

piensan que es mi amante, en qué lío me
metí, por no hablar, como no pienso
quedarme callada los ataco de la única
manera que puedo, me paro enfrente de
los dos y les grito.

—Malditos hijos de putas, los dos son una mierda, los quiero fuera de mi puta vida—

no esperaban que los echara, saben que cuando estoy loca nadie me para, no me importa nada,

Manu traga saliva y se me acerca—
jamás los he engañado, aguanté todo de ustedes, sus putas,

sus trabajos de mierda, jamás he mirado a nadie más y sabe Dios que he tenido mil oportunidades, si no me miren así, si hubiera querido los hubiera hecho cornudos hace años

—ellos no pueden creer lo que les grito

— con sus propios amigos que cuando me ven, me

desvisten con las miradas —ellos abren sus bocas, quedándose duros— yo, yo, jamás los engañe ni lo he pensado, pero juro que hoy, sí lo estoy pensando — Davy se acerca a mi cara

y me susurra.

—Explícame, ese mensaje, ese encuentro en el estacionamiento, explícalo si puedes —

me grita.

Mis hijos varones escuchan los gritos y se paran delante de mí, el gallego se

sorprende y los mira a los dos.

—Hijos no estamos peleando solo —me mira— solucionando un problema con tu madre, —yo asiento y ellos se van.

—Solo les voy a decir esto, sí, me mando mensajes, sí, me encontró en el estacionamiento, sabes ¿porqué no lo dije? Porque no quiero que les pase nada, porque yo sin

ustedes no soy nada, porque yo muero por mi familia, estoy cansada de siempre tener problemas, siempre aparece algo y nunca somos totalmente felices. Estoy cansada de

celarlos, cansada que siempre aparezca alguna de sus putas, estoy cansada, si no me creen, allá ustedes.

Manu, se acerca y me abraza de atrás, me besa la cabeza y suspira.

—Mi amor por favor, tienes que creer en nosotros, te amamos, ¿qué quieres que

pensemos al ver esto? Dime que aún nos amas, dímelo —susurra en mi oído.

—¿Qué hubieran hecho si se los contaba? No quiero más problemas estoy muy

cansada, muy cansada, ya no puedo más,

hace años que siempre pasa algo —me
largo a llorar

y los dos me abrazan, Davy con lágrimas
en los ojos y Manu puteando por lo bajo.

—Mi niña, pensé, pensé, perdóname, no
debí ni siquiera pensarlo, soy un animal,
pero

si nos dejaras otra vez no lo
soportaríamos —me da vuelta y seca
con sus labios mis lágrimas—
escúchame Sofi, ya te lo dije, falta poco
amor, muy poco para descansar como tú

quieres, como los tres queremos —lo
miro y lo abrazo, él me sostiene contra
su pecho, besándome la cabeza, los tres

nos sentamos en la cocina a deliberar
qué es lo que podemos

hacer con este loco, que me acosa cada
vez más. Empezamos a pensar que era él
quien una

madrugada, estaba en la puerta del
garaje.

—¿Y si voy yo a su encuentro? —ellos,
se quedan pensando —así ustedes lo
pueden

atrapar.

—¡Ni loco! No te voy a arriesgar, ese
hombre está desquiciado, si saca un
revólver y

te mata, ni lo sueñes esa no es la manera
—concluye el brasilero, observo cómo
el gallego

está pensativo, oímos como llega un
mensaje en la computadora, los dos se
paran y los tres la

abrimos, el gallego abre el mensaje, ahí
está el.

*Sofi, nena, estoy esperando tu
respuesta, por favor solo un café,
mañana te espero en (y pasa una
dirección), solo un café, solo eso, una
hora de tu tiempo, por los viejos
tiempos, a las tres te espero, sé que vas
a venir, te amo, nena, nunca te haría
daño, te espero.*

Manu cierra tan fuerte la computadora que creo que la rompió, me abraza y me contiene, sabe que tengo miedo, sé de lo que ese loco es capaz y también sé, que, llegado el

caso, mis hombres son más peligrosos que él. Nos quedamos minutos eternos pensando, hasta

que el gallego se levanta y marca el número del padre, habla media hora, después viene a nuestro encuentro, seguimos sentados en la cocina, tomando café con Davy.

—Mañana lo vas a ver —me dice, acariciándome la cabeza, estaremos

vigilándote,

llevaré varios hombres, no tienes que temer, será muy fácil atraparlo, si va a la cita —Davy se

para y lo mira.

—No, ella no va a ir, si le llega a pasar algo, juro por Dios —Manu, lo sujeta del hombro y lo hace sentar.

—¿Tú crees que yo dejaría que algo le pase? ¿Te crees por un instante que lo permitiría? Antes muerto, cálmate, todo va a salir bien, lo vamos a atrapar y cuando caiga en

mis manos, se va arrepentir de haber nacido.

Manu hace todos los arreglos, yo no voy ese día a la empresa, estoy muy nerviosa, ellos se van como cualquier día, pero me llaman cada media hora, lo que me pone más nerviosa, me ducho y cuando estoy por salir el gallego me llama.

—¿Estás nerviosa nena? Te estamos vigilando, no sabes la vigilancia que tienes,

escúchame bien, quédate tranquila nada malo te sucederá ¿escuchaste?

—Estoy muy nerviosa, Manu y ¿si

ustedes no lo ven y si me agarra y me lleva? Dios

me estoy arrepintiendo —le cuento.

—Amor te juro que nada te va a pasar, tengo muchos hombres vigilando todo, desde

casa hasta el shopping, nena si tienes miedo lo dejamos, no quiero obligarte, cree en mí, vas a

estar muy bien custodiada.

—Está bien, por favor no dejes de mirarme, Manu te amo.

—Yo más nena, te amo tanto que moriría

si me dejas, lo sabes ¿no?

—Claro que lo sé, ya salgo, te amo —
subo a mi camioneta y me dirijo hacia el
shopping, voy hablando con él, que me
va tranquilizando.

—¿Ves la custodia? debe ir atrás de ti.
No muy cerca, ¿la ves amor? Dime —

me pregunta el gallego, sé que también
está nervioso, miro hacia tras y observo
un auto negro

con dos hombres, uno saca lamano por
la ventanilla y levanta su dedo pulgar,
suspiro.

—Sí, ahí están, gallego, tengo miedo algo va a pasar —oigo cómo suspira.

—Tranquila amor falta poco, ya llegas, tranquila, mi amor, te amo, siempre voy a estar

cerca de ti, tranquila —repite, una y otra vez, tratando de calmarme pero en un semáforo.

Mis dedos tamborilean en el volante, miro hacia atrás, ahí está la custodia, cuando va a

cambiar el semáforo, un auto se para adelante de mí, escucho tiros, pongo primera y salgo

disparada como un rayo, arrastrando al auto que está adelante, no llego muy lejos, otro auto

se pone a la par y le disparan a las gomas de mi auto.Me paralizó, me tapo la cara con las manos, me siento perdida y grito como una loca, desesperada miro para atrás, la custodia está

a metros de mí, con las gomas agujereadas por los tiros, los observo, dos hombres de dos metros, vienen corriendo, con el revólver en las manos.Siento, como en un segundo, se abre

la puerta de mi auto y unas manos me arrancan de él, subiéndome a otro, la

custodia disparada

varios tiros al aire y del otro auto le responden con vehemencia, me tapo la cara y sigo gritando el nombre del gallego, me tapan la cabeza y me acuestan en el asiento trasero de un

automóvil, me retuerzo, lloro y lloro, se sienten más tiros y después, de minutos, la nada.

—Manu, rápido, la estamos perdiendo, la subieron en un auto —le decían, le pasan la

patente —es negro, no podemos seguir, me escuchas rápido.

Manu estaba en la puerta del shopping con Davy cuando escuchan el llamado de la

custodia, se miran sin alcanzar a entender, arrancan y llegan en cinco minutos, al lugar, Manu

embravecido le da una trompada a la custodia, que se queda quieto, Davy grita como loco, llega Frank en otro auto y empiezan a buscarme desesperados por todos lados, sin saber dónde hacerlo.

Creo que me desmayé, cuando volví en mí, estaba en una cama, acostada boca arriba,

con las manos estiradas, atadas desde las muñecas al cabezal de la misma, solo veía la tenue

luz de un velador a mi derecha. Observé el lugar, sentía que tenía sangre en el labio inferior,

su gusto metálico me lo afirmaba, me moví tratando de desatarme, pero lo único que hice fue

lastimar mis muñecas, grité, mil veces lloré otras más, nadie entraba en esa habitación, no se

sentía ni un puto ruido a nada. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, parecían siglos, solo pensaba cómo poder

escapar y por qué el loco no llegaba, ya empecé a dudar si era él o si era

otro, algún enemigo de mis hombres, sabía que los tenían en demasía.

Mis hombres, sudados, cansados enojados con ellos mismos, con otros, trazaban

círculos sobre unos papeles con los lugares que quizás podría estar, estaban enloquecidos, furiosos. Davy le echaba en cara que me expuso y Manu con la presión que le había subido a

mil. Mi suegro llegó de la isla poniéndose a cargo de la investigación, mis hijos lloraban por

los rincones de la casa y Marisa trataba de calmarlos. Miriam y la gallega ayudaban en mi empresa y Ana llamaba tres veces por día, para tener noticias, no querían hacer la denuncia.

No sabía cuánto llevaba ahí, solo una vez, un hombre con su rostro tapado me trajo agua, seguro eran horas, quizás un día, empecé a pensar que solo era un secuestro extorsivo,

nada tenía que ver con el loco. Mil conclusiones, sacaba, sin tener respuesta alguna, tenía ganas de ir al baño, grité como loca hasta que entró el mismo hombre, con su cara cubierta.

—Quiero ir al baño —le grité, se acercó

y se sentó en la cama, tenía un olor que me

dio repulsión me corrí de su lado y lo insulté —una sombra, se asomó y le grito.

—No la toques, indícale el baño —me desató y me acompañó unos metros dentro de

la habitación, al baño, sentí que el que estaba en la sombra le decía al otro, que me trasladarían, me desesperé, agarré un jabón que estaba en el botiquín y escribí atrás de la puerta.

“Manu, te amo, me trasladan dos hombres, ¡ven por mí!”

No sabía si el gallego, iría ahí, estaba tan desesperada que solo atiné a eso. Me sentaron en la cama con las manos atadas y me dieron dos empanadas horribles, que solo mordisqueé, ante la atenta mirada del que me cuidaba, la sombra había desaparecido.

—¿Qué quieren? ¿Dinero?, ¿Qué mierda quieren? —grité con todo mi odio

acumulado, él solo me miraba, una mirada horrible, espantosa, fría.

—Yo te querría a ti nena, eres muy hermosa, pero tienen otros planes para ti, acuéstate

—lo hice y me volvió a atar.

Pasaron horas, hasta que se abrió la puerta, nuevamente y el mismo hombre me soltó

de la cama y me paró, sentía su respiración sobre mi cabeza, lo que me dio mucho asco, hasta

ganas de vomitar.

—¡Cómo jugaría contigo muñeca! —me olió el pelo— tu olor me fascina.

Lo empujé y corrí a la puerta, él sin esfuerzo alguno me agarró y me dio una cachetada

—¡Perra! —me gritó, la puerta se abrió

y la sombra se hizo presente.

—Te dije, que no la toques —le recriminó, con voz grave y ronca.

Pensé, «conozco esa voz, no era del loco, no, él no era».

Me llevaron no sé dónde, cuando salimos de la habitación me taparon la cabeza,

subimos a un auto y creo que nos detuvimos una hora después, sabía que entramos en un garaje, porque el ruido del portón era muy parecido al de mi casa, me encerraron en otra habitación, atada como en la anterior, al dorsal de la misma.

Ahí estuve horas hasta que una mujer entró, me desató y me dio comida, un pedazo de

pollo frío y un vaso de agua, ella me miraba sin hablar, era alta, rubia y muy bonita. Su mirada era piadosa, me aclaré la garganta y me animé a preguntar.

—¿Qué quieren? Si es por dinero, pidan que se los van a dar —cerré mis ojos y me

largué a llorar, pensando en mis hijos, mis niñas, me sentí desesperada, ella me acarició el

pelo y me alcanzó servilletas de papel, la miré mientras me sonaba la nariz—

Tengo cuatro hijos a los que amo, por favor, pidan el dinero, pero déjenme volver con mi familia, por favor —le supliqué.

—No creo que eso sea posible, no es lo que van a hacer.

Me asusté, como nunca en mi vida, tenía ganas de echarme encima y arrancarle los

ojos, pero sabía que no iba a llegar muy lejos, saqué fuerzas de la nada y le grité.

—¿Que mierda, quieren? Contéstame —ella me observaba, ya sobrándome, lo que me

irritó, más aún.

Me eché encima de ella y la arrastré por la habitación, ella gritaba y yo la maldecía,

estaba desquiciada, furiosa, entraron dos hombres y nos separaron ella me puteaba en alemán,

era alemana, la muy zorra.

—Te dije que no te acerques —le gritó a la mujer— ácala a la cama —ordenó un

hombre a otro; me ataron y yo seguía gritando hasta que me cansé, creo que me dormí o me

desmayé.

Mis hombres están sin dormir, los nervios a flor de piel, ya discutían entre ellos, habían hecho la denuncia, por orden de mi suegro, toda la policía me buscaba, gracias a los

contactos de él, sin ningún resultado. Hasta que un buchón que siempre tiene la policía, dio un

dato que los llevó a la anterior casa donde me tuvieron secuestrada. La policía la allanó a las

tres de la mañana, por supuesto, estaba vacía, registraron cada uno de los ambientes hasta dieron vuelta todos

muebles.

Manu, Davy y Frank estaban enloqueciendo, la policía les había dicho, que a medida

que pasaba las horas, las probabilidades de encontrarme, con vida se reducían, mi suegro agotó todos los contactos que tenía, hasta él se desesperaba. Antes de irse, Manu quiso pasar

al baño, creo que siempre tuvimos una conexión especial con él, algo nos unía más allá de todo; al salir se chocó con la puerta que se había cerrado de golpe, pegó un grito, que llamóla

atención de todos los que ya se iban.

Todos corrieron, y lo encontraron
sentado en el baño,

llorando a mares, había visto mi
mensaje, y los hermanos se abrazaron.

La policía entró, saco a todo el mundo
afuera y entraron los de policía
científica, a tomar las huellas dactilares,
había sangre al lado de la nota de mis
muñecas lastimadas. La angustia seguía
viva como el primer momento de mi
desaparición, aunque ahora tenían

esperanzas, sabían que seguía con vida.
Manu estaba temblando, ante el pedido
de mi suegro

lo llevaron a mi casa, donde le dieron, a

él y a Davy, un tranquilizante. Cuando llegaron, Marisa ya estaba loca, no sabía cómo contener a mis hijos que ya no querían comer, Ramona

se había descompuesto, toda mi casa se había convertido en un lío total.

—Decime que la encontraron —exclamó ella, cuando todos entraron.

Manu la abrazó y lloraron todos, Marisa supuso lo peor, pero mi suegro la tranquilizó.

—Escúchame, encontramos una casa donde parece que la tuvieron secuestrada —

Marisa, se tapó la boca y gritó, Frank la abrazó —alcanzó a escribir atrás de la puerta una nota.

Mi suegro lo miró a Manu que, hacía fuerzas por no desfallecer agarrado al taburete

de la cocina, Davy le sujetó el hombro, Marisa lo miro, pidiéndole que le contara lo escrito.

—Manu, ven a buscarme, me trasladan —dijo, el gallego cayendo de rodillas, llorando, puteando.

Davy se arrodilló a su lado y los dos se cansaron de llorar hasta que Frank y

Marisa

los levantaron y los sentaron en el sillón grande del living.

—Voy a buscar a ese hijo de mil putas, por los años que me quedan de vida y si ella no

aparece, me mato, no quiero vivir más, ya estoy muerto.

El brasilero, lo abrazó y así quedaron horas adormilados por las pastillas que les

habían hecho ingerir. Después de una hora, mi suegro los obligó a bañarse, hacía tres días que

no lo hacían, tomaron una taza de café y salieron otra vez a buscarme.

Me notaba sucia, traspirada, pero ni loca me iba a bañar, tenía miedo a que me

violaran, la mujer no había aparecido más, solo el mismo hombre, que cada día que pasaba

me miraba desnudándome, con esa mirada lasciva que me daba asco y miedo a la vez.

Hasta que un día, entró ese hombre con esa voz que creí reconocer, caminó a ambos

lados de la cama y sentía su miraba, aunque no lo veía, la sensación, que me miraba, me aterrorizaba.

—La verdad, que los Falcao, siempre tuvieron buen gusto con las mujeres, pero en tu

caso se excedieron, eres muy bella nena, más de lo que recordaba, ahora quiero que me cuentes con quién de ellos te acuestas, ¿con Manu o Davy? —se agachó y me acarició la pierna, le pegué una patada y largo una carcajada—¿o con los dos?

Gritó y con ese grito le reconocí la voz, se me estranguló la garganta, me corrió un

frío por todo el cuerpo, no podía ser, él no podía ser, callé tuve miedo, de pronunciar su nombre.

—Con Manu —respondí, bajando, mi cabeza.

—Mientes, ¡PERRA! Te acuestas con los dos —seguía con ganas de tocarme, imaginé,

sus ojos, dilatados y babeando, con una bolsa en mi cabeza, solo imaginaba — ¿Sabías que ellos se acuestan hacen años? Ellos son pareja, solo te buscaron a ti porque querían hijos,

¡Ooohhh! La descendencia Falcao, eso querían. Se creen superiores a todos,

pobres tipos eso

son, muchas mujeres y a la noche se acuestan juntos, ¿sabías eso? ¿qué hacen? ¿tríos? —

seguía provocándome, era él, no había duda, quería gritarle, escupirlo, hijo de puta, mal padre, mal hijo, pero debía callar, pero los nervios me traicionaron y grité, con la poca fuerza, que me quedaba.

—¡Vos sos poco hombre, una mierda, hijo de puta! —le grité con la poca fuerza que

me quedaba —cuando te agarren, ellos te van a despellejar vivo, ¡cabrón!

—Si me agarran, nena —se rio— yo no te quiero, solo ayudo a un amigo, él sí te

quiere y vas a ser de él, mil veces, te va poseer de todas las formas posibles, nunca más vas a

ver a tus hombres.

Prefería morirme, le pedí a mis padres, morir en ese mismo instante, ya no quería

vivir más, si no era con mi familia. De pronto, se empezaron a escuchar muchos ruidos, él se

dio vuelta y se fue; yo empecé a gritar, me cansé de hacerlo, después de cinco

minutos no se

escuchó nada más, fue como el silencio antes de la tormenta, a los minutos, los ruidos empezaron, otra vez, pero esta vez eran tiros y más tiros, tiré de las ataduras, aunque lo único

que conseguía, era seguir lastimándome las muñecas, sangraban a mares, sentía la sangre corriendo por mis brazos.

Otra vez el silencio, no sabía a qué atenerme, temblaba del miedo, hasta me meé

encima, estaba hecha un asco, de golpe la puerta se abrió, cerré los ojos llorando, los abrí muy lentamente y eran

dos policías se acercaron, retiraron la bolsa, que me cubría el rostro,

los miré sin entender qué era lo que realmente pasaba.

—Por favor llamen a Manu,
¡Maaanuuuu! —grité, con la poca voz que me quedaba.



CAPÍTULO 12

Vi cómo mi gallego todo sudado empujaba al policía y corría a mi lado,

con lágrimas

en los ojos, me desató despacio,
ensuciándose las manos con mi sangre,
me apoyó en su enorme pecho,
apretándome con toda su fuerza, me besó
la cabeza, la cara, los labios, me alzó y
me sacó de ese espantoso lugar. Cuando
salimos, a un costado estaba tirado Alex
el hermano, con un tiro en el pecho,
Davy se acercó y Manu me puso en sus
brazos, el brasilero

no dejaba de besarme la cabeza, la
policía nos abrió la puerta de mi
camioneta y nos fuimos,

custodiados por dos patrulleros, no
quise ir al hospital, me llevaron a mi

casa. Cuando llegamos, Marisa me abrazó a los gritos, las nenas no paraban de llorar y mis varones nunca

me habían abrazado tanto, tan fuerte, Ramona, la gallega, Miriam todas estaban esperándome,

al fin estaba en mi hogar. Después que Ramona, me curó las heridas de las muñecas, se puso a

llorar, la abracé y nos quedamos así, abrazadas fuertemente, «mi fiel gallega siempre a mi lado», pensé. Manu, con Davy me llevaron al dormitorio, con todo el amor del mundo me desnudaron, estaba meada y toda sudada, ellos me abrazaron, llenándome de besos.

—Creí que no te vería más, tenía mi corazón roto, nena, creía que moriríamos,

hubiéramos muerto de amor —susurraba Manu, lavándome la cabeza, suavemente.

—Por Dios Sofi, cuánto que te amamos, eres todo lo que queremos, ya nada más, nos

hace falta, solo tú, solo tú —exclamaba Davy.

Sin más palabras nos pusimos a llorar los tres juntos, me metieron en la bañera y entre los dos me bañaron, yo no podía hablar, todo lo vivido había sido tan

horroroso, aún

sentía miedo, mi cuerpo temblaba,
aunque me negué, Manu, trajo un médico
amigo, me

examinó y me dio unas pastillas, me
acosté, me tapé y el brasilero se quedó a
mi lado, Manu

hablaba con el médico en voz baja.

—Lo que vivió fue muy traumático,
déjenla descansar unos días, está muy
asustada, si

quieres mañana me llamas, a ver como
está, no la dejen sola, bueno me voy —
los saludaba el

médico.

Manu le metió unos billetes en la mano, él se enojó, pero el gallego se los metió en el

bolsillo, se dieron la mano y se fue. Ya todos se habían ido, mi suegro se quedó en la casa de

Frank, Ramona se quedó a dormir en mi casa y se encargó de las nenas. Nos acostamos los

tres como nos gustaba, ya me sentía limpia, ya estaba en casa, Manu a mi espalda olía mi pelo

y me besaba la cabeza, nadie hablaba,

hasta que les susurré.

—Creí, morir, pensaba en ustedes, en mis hijos, en mi hogar, lloraba todo el tiempo

—ellos escuchaban, tiosos —me meé—
Davy me beso las manos y Manu se apretó más a mi

cuerpo. —El ultimo día, supe que era él, cuando se rio, pero me asusté, no le dije que lo reconocí, antes que ustedes llegaran me habló mal de ustedes, lo puteé, lo insulté, había una

mujer rubia, era alemana, lo supe porque un día me enloquecí y la golpeé y ella me puteó en

alemán —ellos, me miraron me puse boca arriba y me preguntaron.

—Estás, segura Sofí —preguntó, el gallego.

—Segura —respondí, acariciándole esa barba crecida, de días y sentí cómo suspiraba.

—Nena, ¿había alguien más, otro hombre? —Davy quería saber.

—Sí —ellos se miraron —pero no pude ver su cara, siempre estaba con una máscara,

lo pasé tan mal, fue horrible, horrible,
—me tapé la cara con las manos

tratando de olvidar.

—Ya pasó, ya pasó amor, yo tuve la culpa, yo no tendría que haberte expuesto, soy un

estúpido, si te pasaba algo, no lo me lo hubiera perdonado, nunca —afirmó Manu.

—Basta por hoy, vamos a dormir, mañana nos quedaremos contigo, mi pequeña Sofi,

mi nena —susurro Davy, besándome las manos, nos acurrucamos como más nos gustaba y

nos dormimos, ya estaba en mi hogar, ya

estaba segura entre los brazos de mis
hombres, mis
amores.

A la mañana siguiente, me desperté a la
una de la tarde, me estiré en la cama sin
ganas

de levantarme, después de hacer fiaca,
me levanté, me dolía todo el cuerpo,
como si me hubieran dado una paliza. Me
duché y me puse un vestido y unas botitas
cortas, cuando me estaba secando el
pelo, entró Manu, me miró y se acercó,
me abrazó y me hizo bailar muy juntos,
me olía el pelo, me agarré a su cintura
como una garrapata, sentía cómo
sonreía, me

tomó con un dedo la barbilla y me cantó
la canción que tanto me gustaba.

No sé si aún me recuerdas,

nos conocimos al tiempo

tú, el mar y el cielo

quien me trajo a ti

Abrazaste mis abrazos

vigilando aquel momento,

aunque fuera el primero

y lo guardara para mí.

*Si pudiera volver a nacer
te vería cada día amanecer,
sonriendo como cada vez,
como aquella vez.*

*Te voy a escribir la canción más bonita
del mundo*

*voy a capturar nuestra historia en tan
solo*

un segundo.

Y un día verás que este loco de poco se

olvida

*por mucho que pasen los años de largo
en su vida.*

Por supuesto, nos abrazamos,
recordando solo los buenos momentos,
bailamos sin

música, no la necesitamos, solo los
latidos de nuestros corazones,
acompañaban nuestros pasos, lentos
acordes, levanté mis brazos y los
enrosqué en su cuello, me miró y nos
besamos

suavemente.

—Sabes, jamás he amado así, tú nena, te metiste en mi vida y ya no quiero que te vayas, solo los tres recuerdas —asiento con mi cabeza y pasa su mano por mi cuello, se agacha y me besa— te amo, tanto —susurra, con esa voz ronca, que me enloquece.

—Yo también, galleguito, yo también —susurré sobre sus labios que me pedían que

los besara, me puse en punta de pies y le comí la boca, el gruñó y con su mano en mi nuca me

devoró, escuchamos que las nenas peleaban —nos sonreímos —me acomodé la ropa y

salimos a ver a mis hijas.

—Eh, ¿qué pasa? —gritó el gallego, mis hijas discutían —a ver ¿porqué discuten? —

me senté en un taburete, alcé a Emily y el agarró a Lucía —cuéntenle a papá ¿qué pasa?

Como siempre Lucía, empezó hablar, Davy se reía mientras servía una bandeja con

tostadas, sentimos que abrían la puerta de calle, supimos que era mi suegro, era el único que

tenía la llave de mi casa.

—¡Dios mío, qué olorcito! Hijo cómo cambian las cosas, antes las tostadas las hacían

las mujeres, un Falcao haciendo tostadas, no me lo creo —murmuraba, mirando a Davy que

se mataba de risa, se acercó, besándolo en la mejilla.

—Los tiempos cambian, esta argentina nos tiene a sus pies, qué puedo hacer, nada más

que amarla —se acercó y me besó la cabeza, el gallego seguía deliberando con las hijas, cuando consiguió la paz, suspiró.

Mi suegro me preguntó, por lo sucedido y le conté hasta los más íntimos detalles, él

escuchaba atentamente, me colgué a su cuello y lo besé en la mejilla, él me separó y me miró

sorprendido.

—Gracias, Falcao, viniste en mi ayuda
—mis hombres lo miraban.

—Menina, ¿cómo no voy a venir?, eres de la familia, sabes lo mucho que te amo,

sabes lo que mis hijos y nietos son para mí, creo que estos grandulones estaban

muriendo, algo tenía que hacer.

—Espera un poquito, nosotros te salvamos, no él —responde Manu, haciéndose el

ofendido, mi suegro lo mira con cara de culo.

—Diles argentina, diles que me amas, así se ponen loquitos.

—Yo creo en mi suegro —lo abrazo, él se pone ancho de orgullo, mis hombres abren

sus bocas —la próxima vez solo lo llaman a él —Manu larga una carcajada.

—No va a haber, próxima vez, porque no saldrás sola ¡nunca más! —me sonrío y yo

rezongo, todos se largan a reír, Manu me saca de los brazos del padre y me abraza de atrás,

mirándolo, mi suegro arruga su frente.

Nos sentamos en los taburetes y mi suegro se pone triste por el final del hijo, yo no

entiendo qué es lo que pasó y aunque me duela, le pregunto, mi suegro me contesta.

—Antes de irme quiero hablar con todos

—nos miramos, sabemos que es algo importante lo que tiene que decir.

Después de almorzar, mi suegro se recuesta en la habitación de invitados, a las siete

antes que él despierte mis hombres van a comprar la cena, todos nos reunimos en mi casa, llega Frank, Marisa, Miriam y Candy, mi suegro pide que mis pequeñas estén en la habitación

y así se hace.

Después de cenar, Falcaonos reúne en el jardín de invierno, le pregunto a Manu, de qué va a hablar, me asegura que no

sabe nada, le creo, veo en sus ojos un tono de preocupación, Frank también pregunta, Davy susurra que quizás se trate de temas de los negocios, aunque Manu asegura que no.

—¡Qué lindo es ver a toda mi familia reunida! Aunque faltan mi querida Ana y mi

madre, ellas ya saben lo que les voy a confesar —se produce un murmullo, que él enseguida

acalla, levantando su mano.

Veo a sus nietos expectantes, pasea su vista por todos nosotros, les dedica una mirada

cómplice a sus nietos varones y suspira, sus ojos expresan el amor que lo une a ellos, todos

sabemos que son su debilidad.

—Hace muchos años atrás —empezó, diciendo— Ana me pidió que adoptáramos a un

menino, primero me negué, saben cómo soy —todos lo conocemos lo suficiente para

saberlo.

Es reacio a relacionarse con gente que no sea de la familia, es algo que siempre debo

agradecer, porque sé que, desde el primer momento, me integró a su hogar, a pesar de haberlo desafiado, sin importarme quién era. Aún recuerdo su cara de estupefacción, no podía creer que una chica de poco más de veinte años, lo desafiara al gran Falcao, me sonrió,

al recordar.

—Pero mi Ana, es muy hinchapelotas y me pinchaba con su pedido todos los días—

todos sonreímos, menos mis hombres que no salen de su asombro.

AManu lo veo tranquilo, sabemos su

historia y mi suegro siempre afirmó que era su

hijo, sentimos el nerviosismo de Frank y Davy, uno de ellos es el adoptado. Davy lo empieza

a mirar mal, Manu le pasa la mano por el hombro para tranquilizarlo y Marisa le aprieta el

brazo a su marido, Miriam y yo nos miramos, sorprendiéndonos ante su declaración, mi suegro mira a Davy y Frank y estos ya se creen morir.

—Un día ante tanta insistencia, le dije que sí. Era hijo de su hermana, que había fallecido tres meses después de

dar a luz y el padre del pequeño no se hacía hecho cargo. —El

ambiente, se torna pesado, nadie respira, estamos atónicos con su confesión y más cuando dice —Era un hermoso varoncito —siento como Frank y el brasilero, quieren salir

corriendo, Frank se para en un impulso, pero mi suegro lo hace sentar con solo una mirada,

Davy suda como loco, yo me siento a su lado y le aprieto la mano, mi brasilero está temblando —lo criamos con todo el amor del mundo igual que a todos mis otros hijos, —los

mira a todos —pero me salió torcido,
sin corazón, sin amor por la familia—
entonces la mira a Miriam, Bruno agarra
la mano de Candy, que ya tiene lágrimas
en los ojos— me robó,

robó a su familia, maltrató a su mujer —
Candy tuvo un ataque de llanto y se
abrazó a Bruno

que no paraba de contenerla, «mi bebé
ya es un hombre», pensé al verlo,
cuidando a su amor,

todos empezamos a llorar, menos
Miriam que se puso dura en su sillón,
quizás recordando

los malos momentos que le hizo pasar.

—No solo se conformó con eso, lastimó a mi menina

—Manu me apoyó en su cuerpo, besándome la cabeza —a la que amo como si fuera mi hija,

pues la conozco de niña, siempre maltrató a su hermano —Manu bajóla cabeza —gritándole

que era un bastardo, cuando el único bastardo en mi familia, era él. Por respeto y pedido de

Ana, no lo eché como a un perro, hace meses que no quería saber nada más de él, para mí ya

estaba muerto, nunca fue un Falcao, si lo hubiera sido, hubiera cuidado a su familia, con su

vida —Candy se levanta y lo mira, mi suegro, le sonrío.

—Por un lado, estoy contenta, porque ahora puedo estar con Bruno, pensar que

éramos primos, me impedía ser feliz, pero, por otro lado, abuelo, él era mi papá, yo lo amaba aun cuando se portó mal, sé que él me amaba, aunque estaba perdido —mi suegro le

estira los brazos y la sienta en su falda, los dos se abrazan y nadie puede reprimir el llanto, mi suegro le acaricia

la cabeza —abuelo ¿tú me vas a seguir queriendo, aunque no sea tu nieta?

—mi suegro se seca unas lágrimas y la mira serio.

—¿Cómo me preguntas eso, menina?, siempre vasa ser mi nieta, siempre vas a contar

conmigo, ¿escuchaste? —ella se apoya en su pecho y llora, él le levanta la cabeza y la mira a

los ojos.

—Escucha, lo que este viejo te va a decir —todos lo miramos atentos, secándonos las

lágrimas —tú siempre serás una Falcao, ¿escuchaste?, y más ahora que te unirás a mi adorado

Brunito, pero ustedes deben formalizar, después que su relación se afiance, cásense y denme

muchos bisnietos, que la sangre de los Falcao, no termine, ¿de acuerdo? —ella asiente con una débil sonrisa— Mi nieto no pudo haber elegido mejor —le acaricia la cabeza y nos mira

a nosotros— No hagan como sus tíos que no se casaron, ¿me van a dar ese gusto?

Bruno se levanta y abraza a su abuelo,

susurrándole en el oído.

—Te amo, te amo abuelo —él se emociona y todos sus nietos corren a su lado y

lloran todos juntos.

La escena es de película, jamás vimos al gran Falcaorodeado por sus nietos llorando,

Marisa le saca varias fotos y todos reímos, él reacciona y se saca a los chicos de encima, sonriendo.

—Dios, meninos, ¿qué es esto? Que los parió, elimina esas fotos, un Falcao nunca

llora. Ya es hora, antes que me muera quiero verlos a todos casados —y me mira.

—A mí ni me mires, yo estoy bien así —
Manu y Davy me observan— ¡Ni loca,
no me

miren! —Frank, me señala.

—Si Sofi se casa, nosotros también —
Marisa, larga una carcajada.

—Lo dices porque sabes que ella, nunca
lo va a hacer —responde Marisa.

Después de esa tarde, en la que, las
palabras de mi suegro, anidaron en
nuestros

corazones y nuestras almas, mis hombres me volvieron loca cada día, con la idea fija de casarse; como al principio, no me daban paz, por supuesto que yo siempre desviaba el tema,

ni en sueños, ni mamada pensaba en casarme, jamás de los jamases, ni muerta me van a agarrar.

El problema, que nos produjo Alex, aún lo recordábamos con tristeza, Candy con

Bruno estaban de maravilla, solo con verle la cara a mi hijo, sabíamos que esa niña hacía lo

que quería con él. Mis hombres a veces rezongaban decían que era un pollerudo,

pero Frank

riéndose les contestaba, “¿y nosotros qué somos?, al final todos reíamos.

La situación de Joaquín seguía teniéndonos en ascuas, su chica no aparecía, sabíamos

que él seguía sufriendo, ya no quería salir y Bruno se desesperaba, no podía verlo tan triste.

Solo iba al banco con el padre, luego se encerraba en casa, o en el gimnasio, o bien, practicando boxeo, deporte que le apasionaba, como a todos los hombres de la familia.

Mía seguía con su galleguito, que era inteligente y muy cariñoso, Frank estaba encantado con él.

La gallega, mi amiga, me acompañaba siempre hacer compras, desgraciadamente con

la custodia atrás, estábamos a punto de vender la empresa, un argentino y un alemán estaban

interesados, Manu se encargaba de las negociaciones. Lo que le sorprendía y le generaba dudas, era que la querían comprar a cualquier costo, no tenían problema por el dinero, aceptaban lo que pedíamos, Manu había exagerado en

el monto y aun así la querían.

—Creo, que la vamos a vender —nos contó a Marisa y a mí una tarde en mi casa,

mientras todos tomábamos un café sentados en el living— ¿están de acuerdo? —nos

preguntó, mirándonos.

—Sí cuñado, si a ti te parece bien el precio, hazlo, ¿quiénes son? ¿los conoces? —

preguntó ella.

—No, averigüé poco, el alemán cobró

una herencia, pero del argentino no sé absolutamente nada, que paguen y listo.

—¿Cuándo sería eso? —pregunté, acariciándolo en la cabeza.

—Esperan un dinero, pronto, van a dejar una seña, por supuesto importante. Les

comuniqué que, si no pagan en dos meses, la seña no se devuelve, el argentino me consultó

quiénes eran los dueños, el alemán ni habló.

—¿Qué les dijiste? —le seguí preguntando—¿Les dijiste que eran dos

bellas niñas? —

Manu largó una carcajada.

—Les dije, que eran dos locas argentinas, que nos vuelven locos de amor —me hizo

cosquillas y me pidió algo para tomar.

Esa noche, mis hombres estaban ardiendo, «¿qué pasa?» me pregunté, claro, con todos

los líos que pasamos, hacía días que no teníamos una noche loca, preparamos todo el ambiente, nos fuimos a la casa de Manu, al lado, preparamos la pileta, el vinito blanco dulce,

reserva tardía y nos entregamos al
placer. Nadamos, como siempre,
hablamos y cuando sus

miradas se oscurecieron, cuando sus
grandes manos empezaron a pasear por
mi delgado

cuerpo, todo el morbo ya estaba servido.
Nuestros cuerpos se encontraron, se
entregaron, se

lamieron, se excitaron, ya nada paraba
la lujuria, llegaba como un huracán,
arrasándolo todo

a su paso, no quedó un milímetro de
nuestros cuerpos por recorrer, solo los
tres UNO MAS

UNO SON TRES repetían,
embistiéndome ferozmente. Manu
adelante y Davy por detrás, no

me daban tregua, me subían al cielo y
me bajaban al infierno, sus movimientos,
exactos y sus

penes grandes y duros, me colmaban por
completo, hasta el fondo de mis
entrañas. Las oleadas de placer, nos
hacían gritar, me quedé inmóvil, ellos
segúan moviéndose,

entregándome más allá de lo que podían
dar, sus cuerpos temblaban, sus labios
resbalaban por todo mi cuerpo, su saliva
se mezclaba con el sudor de nuestros
cuerpos, gritamos nuestros nombres, los

mordí, excitándolos más aún, llegando a un orgasmo, que nos desarmó

por competo, ellos gruñen y yo gimo.

—¡Llegamos al cielo! Mis amores quedémonos aquí —susurra, el gallego casi sin

voz, sudado y con su pecho agitado.

Davy descansa sus labios sobre mi cuello y Manu, hurga mi boca con su lengua,

buscando la mía. Después de semejante acto sexual, nos relajamos, tomamos algo y nos sentamos en las reposeras, frente al parque. Estoy sentada en medio

de ellos, tomamos un vinito blanco, frío,
y mientras, ellos me cuentan cosas que
me hacen matar de risa; después

Manu, se pone de costado y me mira a
los ojos, de un modo, que me hace morir
de amor.

—Sofi, amor —empieza a decirme— tú
tienes esa pizca de locura que me robas
el

corazón, eres tan atrevida, me desafías
cada cinco minutos, a veces tengo ganas
de

estrangularte —Davy sonríe— eres
altiva y muy boca sucia —me mira con
una media sonrisa

— pero te amaremos hasta el fin, jamás,
te engañaremos, nunca más —concluye,
sin dejar de

observarme.

—No creas bonito, que soy tonta, no
insultes mi inteligencia, sé bien, cómo
las

mujeres aún los desean, varias veces los
he descubierto mirando sus tetas —los
dos giran sus

cabezas, negándolo—. Sí no me miren
así, por eso he decidido hacerme las
lolas —me las toco con ambas manos y
las levanto hasta la garganta, ellos
quedan pálidos —así no miran a

otras, solo miran las mías —los dejé sin habla, solo me miran como a un bicho raro, de repente Manu da un salto de la reposera y me grita.

—¡Solo sobre mi cadáver!, ¡ni lo sueñes!, no quiero que te toques ese hermoso cuerpo

que tienes, ¿escuchaste? —me señala con ese puto dedo, yo también me levanto y lo enfrento,

la pelea está servida.

—Como bien dijiste, este cuerpo, es solo mío —me paso las manos por él— lo voy a

hacer quieras o no, ¿me escuchaste? —
sus pupilas, penetran las mías.

—No me desafíes, no me provoques, no
harás eso y punto.

—No me hagas reír, bonito, a mí no me
mandas, no soy empleada tuya —agarro
mi

ropa, me cambio y me voy a mi casa, los
dejo parados a los dos,
solos observándome, muy

enojados.

Fue una semana movidita, mis hombres
enojados conmigo y yo con ellos, ni nos

mirábamos, dormíamos sin tocarnos, yo no iba a aflojar, ni muerta. Hacía lo que a ellos les

daba bronca, todos los días iba a la empresa, me iba a comprar al shopping, burlaba la custodia y ellos se volvían locos. Una tarde, le compré un celular a Ramona, tenía uno viejo

que apenas le andaba, pasé por la librería le compré un libro que me pidió Emily y unos guantes de boxeo a Lucía; como llegué tarde, mis dos desgraciados ya estaban con unas caras

de culos que se las pisaban, y entré muerta de risa, cosa que les revolvió el estómago.

—¿Dónde están mis amores? —grité,
entrando con los paquetes en las manos.

Los miré de reojo sin saludarlos, ellos
me miraron directo a los ojos, mis hijas

corrieron a mi encuentro y les di lo que
les había comprado, llamé a Ramona y
le di la cajita,

ella me miró emocionada; nadie le hace
regalos, no tiene familia, me dio mucha
ternura, ver

cómo con dedos temblorosos abría la
bolsita.

—Jesús, mi niña ¿qué es esto?, Dios es
un avión o ¿qué? —su exclamación me

dio

gracia y le sonreí, lo armé, mientras lo cargaba le iba explicando, ella no agarraba una, lo que me causó mucha gracia.

—Mira, gallega esto es táctil —le dije, mirándola, ella me miró sin entender, después

de explicarle mil veces algo entendió, mis hombres entran en la cocina, cuando estoy enseñándole a la gallega, ni me miran, pero se dirigen a ella.

—¿Puedes preparar la cena?, tenemos que salir —el vozarrón de Manu, enojado daba

miedo, menos a mí, ya que su enojo siempre sacaba lo peor de mí y de mi mal hablada boca,

le clavé la mirada y me tuvo que mirar.

—Ramona ahora, está muy ocupada, si quieres cenar, calienta lo que tengas ganas,

bonito —ya estaba ardiendo, de bronca, Davy sonriendo, se dirigió al living, sabía que venían

los gritos, la gallega me pedía a gritos con su mirada que no lo desafiara.

—¿Podemos hablar? —me pidió, mirándome tratando de contener la rabia

que lo

consumía por dentro.

—Pero, a ver, ¿sos sordo o tardas en entender?, ¿no ves que estoy ocupada?

—dio un

paso hacia adelante, la gallega desapareció en un segundo, me levanté y lo miré con mi mejor

cara de culo— ¿qué pasa? ¿Por qué no vas a que te den de cenar por ahí? —me agarró de los

hombros, arrimándome a su bella cara y me habló sobre los labios.

—¡Basta de desafiarme! ¡Este jueguito conmigo, no! ¿escuchaste? —cuando me iba a

besar, lo aparté y se volvió loco —
termínala o te arrepentirás —entonces,
percibí su olor a

alcohol y me enfurecí.

—¿Vos estuviste tomando? ¡estás loco!
¿qué mierda te pasa? —grité hecha una
loca,

Davy entró y nos separó, éramos dos
perros furiosos.

—Tú, por ti, estoy así, esto es lo que me
haces

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Quieres hacerte las lolas? Pues está bien, háztelas, pero termina con este jueguito —grita el brasilero, en el medio, separándonos.

—Pues mira vos, ahora no me las hago, me las voy hacer cuando yo quiera, no cuando al gran Falcao se le ocurra — está por decir algo y Davy se lo lleva al dormitorio, a los empujones.

La llamo a la gallega, aunque se niega, la obligo a que se siente y temblando de la rabia que tengo, continúo enseñándole.

—Mira, gallega presta atención, a ti te gusta leer ¿no? —le pregunto, ella asiente

sonriente, la miro y pienso lo mucho, que amo a esta mujer—, pues mira, te voy a meter en

un blog de lectura que se llama, DIVINAS LECTORAS ¿ok? —la miro, no me entendió un carajo, sonrío y vamos de nuevo —es un blog donde hablan solo de libros ¡está buenísimo!

—Ya me está entendiendo, suspiro y le muestro unas fotos —Mira esta es China, es quien hace las portadas de los libros, esta es Ceci, ella se encarga de la publicidad, las dos administran el

grupo, son muy simpáticas.

Después de dos horas, entendió, eso creo.

Mis hombres están re calientes, ni salen de la habitación, pero como soy una kamikaze

y mis hijos varones no vienen a cenar, Ramona se va a su casa, llamo a Marisa. Me voy a su

casa a cenar con mis dos hijas, sé que ellos enfurecerán más de lo que están, pero me importa

nada, me voy igual.

Cuando vuelvo, a las once de la noche no se escucha un ruido, acuesto las nenas y me

voy a mi habitación a ducharme, entro y los desgraciados se han ido, me enfurezco y lo llamo a Davy.

—¿Dónde, carajo están? —me va a contestar, pero ya no me controlo, imaginando

dónde pueden estar —decime que no están donde pienso, porque cuando vengan... —no me

deja terminar de hablar.

—Estamos en el hospital —me quedo

helada, pienso en mis hijos y me
desespero,

pobre no pienso en ellos.

—Por favor, dime, mis hijos ¿están
bien? —siento su sonrisa.

—Sabía, que me ibas a preguntar eso, a
Manu le subió la presión —«La madre
que lo

parió» pienso.

—Ahora voy, llamo a Marisa que se
quede con las nenas y me voy.

—No vengas, el gallego me dijo que te
quedes en casa —la vena se me hincha y

sin

querer lo puteo y corro al hospital.

Cuando llego, está en una habitación en observación, Davy está asustado, lo abrazo y

me cuenta que se empezó a sentir mal y lo trajo, ubico al médico que lo atendió, no quiere

dejarme pasar, pero me enojo y entro a verlo, está acostado, con los ojos cerrados inmóvil,

me acerco despacio y abre sus lindos ojos, me mira enojado, hasta enojado, amo a este hombre cabrón y arrogante.

—No te acerques, no quiero verte, por tu culpa estoy aquí —me detiene haciéndome

seña con una mano, «¡será desgraciado!»).

—Pues mira qué mala suerte tienes, porque de aquí no me iré, hasta que te levantes de

esa puta cama y te vuelvas conmigo — me mira sin poder creer lo que le digo.

—Te pido que te retires, después hablamos —expresa de mal modo, justo, cuando una

enfermera entra a la habitación, más que

enfermera parece una ramera, su boca,
pintada de rojo furia, lo mira
insinuándosele, «¡la madre que la parió,
ni loca me voy!»), ella me mira.

—Por favor retírese, el enfermo no
quiere que este acá, —la miro, mi boca
se abre y

Manu que me conoce, me hace seña que
calle, doy unos pasos hacia ella y la muy
cobarde retrocede, Manu me grita.

—Sofi, nena, ven acá —creo que su
presión, ha vuelto a subir.

—Decime, ¿quién te crees que sos, para
echarme de al lado de mi marido?,
¡habla! —

grito queriéndole arrancar esas secas y horribles extensiones que tiene, ella abre su gran boca

y calla.

—No es mi mujer —responde el cretino, me doy vuelta y me sonrío.

—¿Quién mierda soy? ¡Contesta! —le exijo —¿tu puta, tu querida? —me acerco a él.

Veo de reojo cómo la enfermera sale disparada hacia afuera y entra con la seguridad y

Davy atrás, espantado por nuestros gritos, nos mira a los dos.

—Sofía, ven vamos a fuera —pide con ternura, agarrándome del brazo.

La custodia se acerca para agarrarme y Manu les grita.

—¡Es mi mujer, no se les ocurra tocarla!
—me mira y me estira su mano para que se

la agarre, Davy suspira y la custodia se va.

Tomo su mano y acercándome a su cama, me recuesto a su lado, el me abraza y

suspira, mientras mis dedos recorren ese rostro que tanto amo, Davy no deja de observarnos.

—La próxima vez que tomes, te rompo todos los huesos, hace tres horas que estamos

acá, ahora viene ella y ya se te pasó todo, ¡locos de mierda! —nos grita, sonreímos y lo beso

a mi gallego en los labios.

Cuando estamos saliendo, yo del brazo de ellos dos, se acerca la enfermera con unas

indicaciones, que el médico ha dejado, «zorra» observo cómo le sonrío, Davy se hace el disimulado y me lleva un poco más adelante, no quiero ser pesada, y los dejo que hablen, veo

que el gallego sonríe y se guarda las indicaciones en el bolsillo, mientras me mira de reojo,

vuelve a nuestro lado y los tres salimos rumbo a la salida.

— Que te ha dicho, esa zorra? —Manu larga una carcajada.

Se sienta adelante junto a Davy y yo atrás, esperando su respuesta, se da vuelta y me

mira.

—Quiere a tomar un café, pero le he dicho que tengo mujer y soy fiel —hijo de puta,

ni él se cree lo que dice, se miran con Davy largándose a reír.

—Mira, ¡qué bien! Pues a mí el doctor, que está mejor que el dulce de leche, me ha dicho justamente lo mismo, podemos salir los cuatro —la sonrisa de su cara se borra al instante, ahora soy yo la que ríe a boca de jarro.

—Eres vengativa, argentina, ¡era un chiste! —sonríe el brasilero, mirándome por el

espejo retrovisor, el gallego quedó mudo, ni me mira.

—Tienes que hacer dieta, seguro, muéstrame las indicaciones —Davy lo

mira de

rejo.

—Cuando lleguemos, haré algo de dieta, no fue nada grave, me voy a cuidar unos días

—responde, sin darle mucha importancia.

Después de ducharnos, nos acostamos como más nos gusta, los tres abrazados, Manu

huele mi pelo y me llena la cabeza de besos, Davy se agarra a mis brazos, toma una de mis

manos y la besa.

—Dime ¿por qué, eres tan vengativa?
Solo era un chiste, no podría cambiarte
por nadie

lo sabes, ¿no? ¿O quieres oírlo, cada
cinco minutos? —suavemente me da
vuelta la cara y me

besa los labios.

—A veces lo dudo, siempre hay alguien
que así me lo demuestra, siempre hay
una

zorra, acorralándolos —me arrima más
a su cuerpo, se inclina sobre mi oído y
susurra.

—Ellas se quedan con las ganas, esto —
siento como apoya su miembro en mis
cachas

—esto es solo tuyo, nunca lo olvides y
esto —apoya la palma de su gran mano
sobre mi sexo

—esto es solo, solo nuestro, tampoco lo
olvides, pues si lo haces, tendrá que
rodar alguna cabeza —sonrío y nos
dormimos.



CAPÍTULO 13

Ramona estaba chocha con su juguete nuevo, al que venía a casa se lo mostraba, ya estaba aprendiendo a manejarlo, aunque a veces me llamaba a las once de la noche, pues tocaba algo que no debía, yo me reía y le volvía a enseñar. Nuestra empresa estaba a punto de

venderse, la verdad es que habíamos ganado una fortuna, nos daba lástima, pero nuestros hombres tenían razón, teníamos que hacerlo, si queríamos descansar.

Ellos por su parte ya se estaban deshaciendo de muchos de sus negocios, Falcao, daba

la orden, desde la isla y ellos lo hacían, solo quedaría el banco, la empresa de publicidad y

desgraciadamente la maldita casona, y aunque no lo dijeran, era un negocio que jamás dejarían, que ya la manejaban nuestros hijos, muy bien, aunque aún dirigidos por los padres.

Todavía no conocía la casa de la playa, Manu insistía para ir, hacía meses que la había

comprado, y cada vez que pensábamos ir ocurría algún contratiempo, por el cuidado

estábamos tranquilos, pues el gallego

tenía quien se la cuidaba y mantenía.
Solo el padre de

mis hombres sabía de esa adquisición,
queríamos que fuera una sorpresa,
sabíamos también

que iba a ser un disgusto, pues mis hijos
querrían ir con sus chicas, justo, cuando
a Manu se le ocurra ir.

El próximo sábado es el cumpleaños de
Miriam, nos pusimos de acuerdo con
Marisa,

para llevarla a algún lado, solo mujeres
y pasarla bien. El problema era ¿dónde?
Hasta que la

gallega, descubrió un lugar para gente adulta, no al que fuimos, que era para abuelos y dijo

que también había un pub y un karaoke donde se reunía mucha gente. La idea nos encantó, pero no sabíamos si los hombres nos dejarían ir solas, lo dudábamos bastante. Toda la semana, les preparé sus platos de comida preferidos y ellos estaban chochos, Ramona les preparaba los dulces que les gustaban, los atendía mejor que nunca, hasta que Manu, el más

inteligente, una tarde me preguntó.

Llegó del banco, con ojeras, sabía que el pobre, que estaba cansado, sus ojos

así lo delataban, se duchó y tomamos unos mates, en silencio, hasta que llegaron los chicos con Davy, y llenaron la casa con sus risas y charlas.

—Papá, ¿estás cansado? Tienes una cara
—preguntó Joaquín, comiendo una factura.

«¿Cómo? ¿No estuvo con el padre en el banco?», ya empecé a mirarlo mal y lo

ataqué, sin pensar en mi salida con las chicas, ni las consecuencias de lo que pasara, sabía que a él le molestaba mi desconfianza, igual pregunté.

—¿Cómo, tu padre hoy no estuvo contigo?, ¿no sabes que tuvo mucho

trabajo? —

Manu lo miró y Joaquín se quedó en una nube, sin saber qué mierda decir, el gallego me miró.

—Tuve toda la mañana una reunión en la empresa de publicidad—Davy miró hacia

otro lado, y entendí que mentía, la sangre dentro de mí estaba llegando a punto de ebullición,

era el momento justo para disparar.

—El sábado es el cumpleaños de la tía Miriam, vamos a salir todas las chicas —lo

largué de golpe sin darles tiempo a contestar —solo las chicas, —aclaré— iremos a un pub a

tomar algo y divertirnos.

Ellos se miraron y callaron, desgraciado, mi intuición era cierta andaban en algo,

quedó claro. Enseguida pensé en la zorra de la enfermera, jamás me mostró las malditas indicaciones, «¿o sería alguna empleada?», eran todas muy bellas, me hacía la cabeza todos

los días, él volvía cansado, triste, cada día le preguntaba a Davy, me conformaba diciéndome

que tenían mucho trabajo, algo que no me lo creía y mi pobre cabeza, como en otros tiempos,

empezó a funcionar a mil.

Lo cierto era que algo andaba mal, mi suegro llamaba todas las noches y hablaba con

él por horas, siempre que el gallego terminaba de hablar con el padre, quedaba peor; hasta que un día que volvió, a las tres de la tarde, completamente abatido y solo, le pregunté. Le serví algo para picar y me senté a su lado, la gallega, se dio cuenta que quería hablar con él y se fue, dejándonos solos. Me senté a su lado, lo

acaricié, él suspiró y me miró.

—¿Qué quiere, mi niña? No te preocupes por mí, estoy bien, solo es mucho trabajo,

ve a ese cumpleaños y diviértete.

Esas palabras me dejaron pasmada, mi deducción era cierta, él andaba en algo,

¿cuándo me habría dejado ir, sin hacerme un berrinche?, nunca.

—Cuéntame, si tienes un problema, vos siempre me decís que no me guarde nada,

dime Manu ¿qué te pasa? —le besé la

mejilla.

Casi abre su boca, pero en ese momento entraron mis hijos varones, riendo y con

hambre, la conversación se cortó, él se levantó y se fue a descansar un rato. Yo me quedo puteando sola, muy desconcertada, después de atender el hambre feroz de mis hijos y que ellos se ducharan y se recostaran llamé a Marisa, quizás ella sabía algo.

—Hola Marisa, tengo que preguntarte algo —calló y me escuchó— sabés que el

gallego está muy raro y Falcao llama todas las noches, dicen que es por la

empresa, pero no

le creo.

—Mira Sofi, a mí me pasa lo mismo, Frank está callado y Falcao también llama, no

todas las noches, pero algo está pasando, no sé qué, pues le pregunto y me contesta lo mismo

que Manu a ti, por la empresa. ¿Vamos a ver a la bruja? —sonríó y entristezco, recordando a

la bruja, pues siempre ha acertado en todo lo que nos ha dicho.

—Mañana, a media mañana, podemos dejar a Miriam un rato a cargo en la empresa y

vamos —me da un poco de miedo, sé que sus palabras pueden a llegar a decepcionarme y en

estos momentos de mi vida ya no sería capaz de perdonar ninguna traición.

Esa noche fue interminable, Manu se durmió temprano y Davy me incitaba hacer el

amor, pero antes de comenzar, los dos nos dormimos sin hablar. Miriam se quedó a cargo de

todo y salimos rumbo a nuestra bruja,
Manu me llamó justo cuando subíamos
al auto, tenía

ese poder de saber que algo iba a hacer.

—Sofi, nena, ¿dónde estás? —ya lo
sabía, «por el GPS», pensé —voy
saliendo de la

empresa, con Marisa —la miro a ella,
que sonreía— la acompañó a hacer unas
compras, en

una hora vuelvo, ¿cómo estás?

—¿Qué van a comprar? —suspiro, si me
mentía, no sería capaz de perdonarlo,
pensé

en decirle, “un cuchillo para caparte, cabrón”, pero callé.

—Un regalo para Miriam, ¿estás bien?

—su voz, delataba lo agotado, que se encontraba.

—Sí amor, te amo, recuérdalo —esas palabras hicieron ruido en mi cabeza, parecía

más un “perdóname”.

Después de algunas palabras más, cortamos la comunicación, mi corazón se negaba a

creerlo, pero mi sexto sentido, sabía que

algo ocurría.

Dios mío, llegar a esa casa terrorífica y entrar, nos ponía de la nuca, entramos del brazo, sin respirar, la mujer muy atenta nos recibió y nos sentamos en un lugar que daba escalofríos, en un desorden descomunal, con Marisa no mirábamos a ningún lado, solo a ella, empezó tirándole las cartas a Marisa, que estaba blanca como un papel.

—¿Cuánto hace que no las veo? — empezó preguntando, la mujer—¿los maridos se

están portando bien? Preguntó, «yegua», sabía que si íbamos era porque no.

—Estamos apuradas —pronunció mi tía, ya queriendo irse.

—Está bien mi niña, lo haremos lo más rápido posible, tu vida está en orden— dijo,

mirando unas cartas, Marisa suspiró— pero acá, hay un problema de familia, a punto de descubrirse, cuando eso ocurra será como una bomba —las dos nos miramos, más

problemas, ya estábamos cansadas de ellos— Tú tienes una niña bellísima ¿no?, algo pasará

con ella, que traerá, primero peleas en la familia, después mucho amor —las

dos nos miramos.

—Dígame por favor que no va a quedar embarazada, porque me muero y el padre la

mata —la mujer se echó a reír y contesto.

—Aún no, pero esa niñita les va a poner la vida patas arriba —ya Marisa no quería

preguntar más, estaba ida, angustiada.

Le hizo seña que siguiera conmigo, la mujer me tiró a mí y enseguida me miró, la madre que me parió, lo suponía, algo hay, pero nunca imaginé qué.

—Tus hombres, Dios mío que hombres tienes mi niña —las tres sonreímos —te aman

hasta la locura, pero uno de ellos tiene un secreto bien guardado, que no se anima a confesarte, eso lo está volviendo loco, pues no sabe cómo vas a reaccionar —la miré incrédula, «si me engaña, ¿cómo cree, que voy a reaccionar?, esta mujer me hace reír».

Pensé.

—Pero, ¿ama a otra? ¿Sale con otra? ¿Cuál de los dos? —ella me observa y vuelve a

mirar las cartas y se me para el corazón.

—El de pelo negro, el que es inteligente y temido a la vez, por mucha gente, menos

por ti —levanta su vista y me observa directamente a los ojos —tú lo enfrentas de tal manera

y eso es lo que lo enamora cada día más de ti —la miro a Marisa para que me dé ánimos, ella

me aprieta la mano.

—Es algo referido a una mujer, a su pasado, pero que va a explotar en su presente, pero no desesperes, él te ama, solo a ti, tiene miedo de revelarte ese aspecto de su vida, pues

sabe que puedes abandonarlo. Si ese fuera el caso, te aseguro que lejos de ti, se derrumbaría

como un castillo en el aire, tú eres el aire que respira, solo pensar en ello, lo deprime, se encuentra muy turbado, desesperado diría yo.

No entiendo un carajo, «¿me engaña o no?» Ella presiente mi pregunta y responde.

—No te engaña, ahora, solo vive pensando en ti, pero algo muy grave pasará y eso

hará temblar sus vidas, aun no sale qué es eso, tómalo con calma.

Que me tome con calma algo que seguramente nos hará temblar, me siento peor de lo

que vine, no sé qué pensar, qué puede ser peor que la traición, no creo que haya algo peor,

solo la mentira. Subo a la camioneta, más muerta que viva, Marisa me mira de reojo, tengo la

vista perdida, es justo el momento, que una quiere salir corriendo, estar sola, no hablar con

nadie, ella para la camioneta, la miro, toma mis manos.

—Sofi, no te pongas mal, esperemos a saber qué es, por favor, quizás se equivoca,

quizás esté preocupado, sabes que la vida de ellos son los negocios, sabes que están haciendo

todo para retirarse, ponle una ficha.

La miro, sin poder creer lo que se anima a pedirme.

—Una ficha, ¿sos consciente de las fichas que les he puesto a los largos de todos estos

años? Me han engañado, más de mil veces, los he perdonado, me han

ocultado y siguen ocultando asuntos de sus negocios —ella desvía su mirada, sabe que tengo razón —Y ahora

¿qué?, se enamoró de otra, ¿cuándo me lo va a decir?, dime —le grito.

—Quizás no haya otra mujer, quizás es otra cosa, no creo que Manu, se arriesgue a perderte, él te ama, no lo haría —lo dice, convencida.

El trayecto hasta mi casa lo hicimos calladas, pensativas, no sé qué voy hacer, otra vez

peleas, gritos, ya estoy harta.

Y llegó el sábado, su cara, está por el

suelo, aunque no le agrade mi salida, su cara es

por su problema, lo sé. Apenas come, se lo nota triste, se pasa horas en su despacho encerrado, mi suegro sigue llamándolo todas las noches, ya no pregunto nada, de sexo ni hablar, ninguno de los tres estamos con ganas, solo nos acostamos nos abrazamos y nos dormimos sumidos en nuestros propios pensamientos, los míos se debaten entre la angustia y

la locura, los de él seguro, en cómo decirme que tiene otra mujer.

Me preparé de temprano, ante su atenta mirada me probaba distintas ropas, él

me

observaba, en silencio, me decido por un monito blanco, que me marcaba bien la cola, me encantó su mirada cuando me solté el pelo y enderecé mi cuerpo, pero aun así calló. «Dios

tiene su culo sucio», medité, en caso contrario me hubiera hecho una escena, digna de una novela, pero el desgraciado, apartó la vista y calló, no sucedió lo mismo con Davy que al entrar y verme, se le salieron los ojos.

—Tú ¿estás loca?, así no vas a ningún lado, mira cómo se te ve el culo, ¿quieres enloquecernos? —Gritó, sin dejar de observarme, giró la cabeza y

miró a Manu —Dile algo,

¿Qué pasa acá? Habla —seguía gritando, el gallego me miró.

—Está bien es joven, ve a divertirte no te olvides que acá te estamos esperando —

respondió, con toda la ironía del mundo.

Me di vuelta como si me hubiera puteado y le contesté, arrimándome a su hermoso

rostro.

—¿Vos nunca te olvidaste que yo los esperaba acá, con sus hijos?, ¿vos te has

portado

bien todos estos años? —sé que di justo en el clavo, se arrima a mí y me enfrenta.

Davy se pone en el medio y le pone una mano en el pecho.

—Basta, van a escuchar los chicos, si tienes que contestarle, vayan a tu casa y hablan

—Manu, calla y yo ya estoy embalada, Davy lo sabe y me abraza —por favor nena, basta él se

siente mal —abro la boca, observándolo.

—¿Él se siente mal? Vos sos un caradura, los dos —los señalo, con el dedo, índice—

¿sabes cómo me siento yo?, no me tocás hace un mes, porque estás así. Si tenés otra ¡andate!

¿qué es lo que te detiene? Hacé tu puta vida como siempre la has hecho—los dos se miran.

—Lo único que voy a decir en mi defensa, es que yo no te engaño, tengo un problema,

sí, grave, sí, tengo miedo de hablar contigo, sí, porque tú no escuchas, nunca dejás que nos

expliquemos y no nos vamos a ir de acá,
¡ni lo sueñes! —se acerca y me toma de
la nuca, con

mucha suavidad y arrima sus labios a
los míos— te amamos, entiéndelo de una
puta vez. Sí,

me equivoque, sí, pero acá vamos a
estar, tú solo eres nuestra que te quede
claro y nosotros

tuyos —siento su respiración sobre mis
labios —¿o tengo que repetirlo otra vez?

Lo empujo y me dirijo al baño a
maquillarme, Davy se va a la cocina y
Manu se queda

apoyado en el marco de la puerta,
observándome; está en cueros, en pijama
y cruzados de brazos, lo miro de reojo
ignorándolo, se acerca, se para atrás de
mí, se agacha y me respira

en la oreja. Mientras su rostro me mira a
través del espejo, lo miro, él cruza sus
largos brazos

por mi cintura, apretándome contra su
cuerpo, me lame el lóbulo de la oreja, el
fuego dentro

de mí, va encendiéndose. Mi cuerpo
traicionero se arquea sin permiso, sube
sus grandes manos y me cubre los
pechos, masajeándolos suavemente, el
morbo va ocupando todo el

espacio, los dos cerramos nuestros ojos y los sonidos salvajes que salen de su maldita boca,

atrapan todos mis sentidos. La libido está instalada, él es endiabladamente sexy, dejo caer mis

brazosal lado de mi cuerpo, suspiro entregándome por completo a lo que quiera hacerme, a

todo.

—Te amo, nena, más de lo imaginable, si me echas de tu lado moriré, lo sabes ¿no?

—me sigue mirando en el espejo, yo me

retuerzo, una de sus manos está
masajeando mi clítoris,
volviéndome más loca de lo que me
encuentro, mi cabeza se inclina,
asintiendo—

después de lo que te diga te enojarás,
putearás —expresa, sin dejar de
mirarme.

Sus palabras ya no me agradan, trato de
desembarazarme de sus brazos, pero él
me

sujeta con toda su fuerza, me da vuelta
quedando frente a frente, sus ojos negros
penetran los

míos, y en un instante de duda de mi

parte, enreda sus largos dedos en mi pelo y toma mi nuca, apoya sus deliciosos labios en los míos y con su lengua, los abre, lentamente, suavemente, sin prisa, sin pausa, se va apoderando de ella. Su lengua dentro de mi boca va recorriendo, mis dientes, toda la cavidad, mis brazos se trepan a su cuello y profundizo el beso, nos besamos con furia, sin descanso hasta que nuestros labios, nos gritan parar, en un

segundo nos sacamos las ropas y me penetra frenéticamente, salvajemente, sus embestidas hacen saltar lágrimas, de mis ojos, se encuentra poseído, yo lo ayudo gritándole más, más.

Quizás este, sea nuestro último
encuentro, quizás él lo sabe y yo
también, lo que tenga

que decirme, seguramente no me gustará,
estoy convencida de ello. Después de
una hora, me

ducho, ante su atenta mirada y solo con
un pequeño beso de sus labios me voy,
dejándolo desnudo en el baño.

Por más que traté de divertirme, bailar y
reír, fue una noche de mierda, pensando
solo

en el gallego, en qué es lo que realmente
le pasa. A las cuatro de la mañana, ya
me quería ir,

era suficiente, todas habían tomado de más, menos yo; nos marchamos y las fui dejando en

sus casas. Cuando llegué a la mía, todos dormían, me duché y me acosté en medio de mis dos

amores, ellos apenas despertaron se acomodaron y se volvieron a dormir. A la mañana siguiente me desperté a las doce, sola en la gran cama, me duché, me puse un short y una remera y entré en la cocina. Manu estaba tomando mate con la gallega, me senté a su lado, besó mi cabeza y me dio una tostada, la gallega disimuladamente se fue.

—¿Cómo dormiste? ¿Te divertiste

anoche? —preguntó distraídamente.

«¿Cuándo me iba a preguntar eso?
Nunca» Es más, nunca me hubiera
permitido salir

sola, ni loca, sabía que se sentía
culpable, su mirada reflejaba el miedo
que sentía.

—¿Fueron las nenas a la escuela? —
cebió un mate y me lo puso en la mano.

—Sí, les di el desayuno y las llevé.

Su intención era contarme su problema,
pero no se animaba, lo miré, le acaricié
la mejilla, agarró mi mano y me besó la
palma.

—¿Estás dispuesta a escucharme? —
asentí, aunque el miedo me paralizaba
—solo

déjame terminar, no grites antes de
tiempo —sus palabras me pusieron más
incómoda aún.

—Hace, dos meses apareció una mujer,
pidiendo una cita conmigo, mi secretaria
le

dijo que solo la podía atender en unos
diez días y así fue, mes y medio atrás, se
presentó en

mi despacho, en el banco. Pensé que
quería hacer una inversión, ella era una
mujer grande, muy educada se presentó,

la hice sentar y me contó porqué había llegado a mí—me miró, sentí su nerviosismo, empezó a moverse en el taburete de la cocina —me conto que tenía una

sola hija, que tendría mi edad, aproximadamente, la miré sin saber adónde quería llegar, me

dijo que la hija era una prostituta, desde muy joven, que se había ido de su casa desde muy joven, pero que un día volvió con una criatura y le dijo que la había tenido, pero no la quería.

Ella la crio con su marido, la niña era inteligente, era profesora de inglés — seguía sin entender absolutamente nada,

veía como él instintivamente se iba corriendo del taburete hacia

atrás y yo ilusa, no entendía por qué — bueno resulta que... —respiró profundamente y me miró —esta niña, quiere saber quién es el padre —la fichas me cayeron de golpe, casi me dio

un ataque, me paré de golpe y me tapé la boca con una mano, ante mi reacción el dudó en seguir hablando —la madre le dijo antes de irse otra vez, que yo era el padre.

Nos miramos, mi cabeza quería tratar de procesar la noticia, pero no podía, me está

jodiendo, pensé, sin sacarles los ojos de encima

—Antes que nada, pedí un análisis de ADN —siento cómo mis ojos se llenaban de

lágrimas —sí Sofí, es mi hija, te juro que no sé cómo pudo pasar, siempre me cuidé, siempre

—pronunciaba, nervioso una y otra vez.

—Solo voy a preguntarte una sola cosa —él adivinó mi pregunta y supo que su fin, se

acercaba —cuántos años tiene esa chica, contesta —le grité, al verlo confundido.

—Sofi, por favor, solo fue una vez —se me acercaba y yo me alejaba, furiosa — fue

una vez que nos peleamos, ¿recuerdas que me echaste?, era una más, sabes que te amo, deja

que te explique, no sé qué hacer, ayúdame —me alejé lo que más pude y volvía preguntar.

—Dime, bonito ¿cuántos años tiene? — me conocía, estaba furiosa.

—Dieciocho años, fue solo esa noche por Dios, cree en mí —le lancé una mirada,

mortífera y lo cacheteé, lo puteé mil veces, él solo bajó su cabeza.

—Siempre pensé que eras el más inteligente, me confundí, no solo eres un burro, sino

que mentiste, “siempre me he cuidado”, le repetías a tu hijo que se cuidara y ahora, ¿qué me

vas a decir? No solo me engañaste si no que tienes un hijo con una puta, sos una mierda, no te

voy a bancar en esta, hacete responsable de esa chica, es tuya, pero yo bonito, no soy más tuya, tenelo bien presente. No te echo, pero de ahora en más, solo sos el

padre de mis hijos y

el día que esa mujer aparezca si quieres,
puedes irte con ella.

Se paró y me tomó por los hombros,
mirándome a la cara.

—Siempre vas a ser mía, eso no es tema
de discusión, me equivoqué, me voy
hacer

cargo de ella, eso es todo. Tú eres mi
mujer y mis hijos son los que yo elegí,
nunca nos separaremos, perdóname,
pero por favor no me alejes de tu lado,
sin ti mi vida es nada,

¿entiendes mi niña? —miré hacia otro

lado, con mi rostro lleno de lágrimas,
otra vez me han

defraudado, pensé—Tú eres mi refugio,
mi paz, la mujer que elegí para tener a
mis críos, ¡no

me hagas esto! Ellos y tú, son lo que más
quiero en la vida, sin ustedes no me
queda nada, ellos representan un
pedacito tuyo y mío —repetía,
abrazándome con vehemencia —di que
lo

entiendes, ya estoy grande, niña dilo—
suplicaba.

—No te voy a perdonar, esta vez no —
me alejé de él, que quedó con los brazos

al lado

de su gran cuerpo, incrédulo ante mi negativa— te amo y te voy amar siempre, pero esta traición, no la voy a tolerar, lo lamento, espero que te hagas cargo de esa chica, que no le falte nada, pero en lo que a mí respecta, sigue viviendo aquí, si así lo deseas, solo por tus hijos a mí ya no me cuentes. Tu niña se cansó, los problemas de esta familia la abrumaron, y

quiero que sientes a tus hijos y les digas que tienen una hermana —se sentó en el taburete, sin

hablar, pensativo, triste— si quieres traerla acá, avísame que yo me voy a

otro lado,

¿escuchaste? —pegué media vuelta y me fui.

Me arrepentí enseguida de mis palabras, pues esa chica no tenía culpa alguna, pero su

confesión me devastó.

Los días, los meses fueron pasando para mí, sin consuelo, me sentía aturdida,

traicionada y terriblemente enojada, a medida que pasaba el tiempo el enojo era mayor, mis

hijas y Bruno, aceptaron a la hermana,

pero Joaquín puso el grito en el cielo y un día en su

despacho los gritos llenaron el ambiente.

—Y tú eras el que me pedías, que me cuide, tú eras el que te ufanabas que siempre te

habías cuidado, ¿cómo pudiste ser tan estúpido?, ¿cómo pudiste dejar embarazada a alguien

que encima es una puta? —le gritaba al padre.

Entré de sopetón, en el despacho, Manu, se veía abatido sentado en su sillón,

agarrándose la cabeza con sus las
manos, Joaquín apoyaba las manos
sobre el escritorio y seguía increpando a
su padre, se lo veía sacado, enojado.
Los miré a los dos, Manu se sentó

bien y me miró, mi hijo ni me había
visto, seguía gritando como un loco, me
acerqué por detrás y le toqué la espalda,
se dio vuelta quedando frente a mí, sus
ojos verdes, siempre que

estaba ofuscado cambiaban de color.

—Pedile perdón a tu padre —le ordené
— nunca más en lo que tengas de vida le
grites

a la persona que te ama como a nadie, se

equivocó, pero en todo caso es un problema mío y

de él —mi hijo se limpiaba las lágrimas con la manga de la camisa —tu padre es un gran hombre que vive pensando en ustedes, la próxima vez que te escuche hablarle así, te pongo

sobre mis piernas y te doy la paliza que jamás te di, ¡hacelo! ¡pide perdón, mierda ya! —le exigí.

Manu se paró, con lágrimas en los ojos, mi hijo se abrazó a él y los dos se perdieron

en un abrazo profundo, mi gallego pidiendo perdón y Joaquín secándole las

lágrimas al padre que lloraba como un niño. Antes que me vieran, me di vuelta y me fui, me encerré en el

sótano, sabiendo que a ese lugar nadie entraba y lloré como una loca. Manu trataba por todos

los medios de hablar conmigo, pero yo le rehuía, estaba lastimada, lo quería tener entre mis

brazos y a la vez quería matarlo, no podía creer lo estúpido que fue. No lograba perdonarlo,

Davy me insistía para que lo haga, hasta Ramona pedía por ello, pero lo que yo sentía era mucho más fuerte, yo hablaba

con todos, menos con él, era como si él no existiera, lo ignoraba, sabiendo que esa actitud lo llevaba al borde de la locura.

Él se había mudado al dormitorio de los invitados, yo dormía con el brasilero, aunque

no nos tocábamos, ninguno de los dos quería. La noticia, nos afectaba a todos, me enteraba

por él, que estaban vendiendo muchos de sus negocios, lo que me alegraba, la casa de la playa

nos seguía esperando, todavía no habíamos ido. Y como siempre mi

suegro llamaba tratando

de poner paños fríos, en la pelea.

—Mira, Falcao no me pidas eso, ya perdoné bastante, si llamas para eso, desde ya te

digo que no lo perdonaré, hablamos de otra cosa o corto —terminaba diciéndole sería, él asentía y cortábamos la comunicación.

Los días eran largos, las noches insoportables, los dos nos extrañábamos, sé que iba a

ver a su hija, mis hijos, después de pensarlo decidieron no conocerla, la

veía en casa de su abuela, la llevaba al shopping, le compraba de todo, “parece una buena chica” me dijo una vez Ramona, que los había visto.

Un día, cuando volví de la empresa me estaba esperando el gallego sentado en los

sillones del living, entré, saludé y me dirigía la cocina, me siguió, se paró detrás de mí, pasó

sus grandes brazos por mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo, mientras con sus dientes mordisqueaba mi oreja y entre susurros me dijo que no daba más, que estaba muriendo, de

amor, que lo perdonara, lo miré y me alejé.

—No lo voy a hacer, no te perdonaré, debiste haberte cuidado, estoy muy cansada, no

quiero hablar más del tema —respondí, alejándome hacia el dormitorio, me sujetó de un brazo y me detuvo.

—Voy a comprarle una casa cerca de acá, para saber que se encuentra bien, debo

hacerlo, se lo debo, ella no tiene la culpa de nada —me miró, esperando mi aprobación.

—Hacé lo que te venga en ganas, no me interesa, es tu hija —apoyé mi dedo índice sobre su pecho y lo empujé— le debes veinte años de tu puta vida, andá a vivir con ella.

Al decir eso me sentí patética, pues ella no tenía la culpa, el único responsable era él,

me sentí celosa de una criatura a la que habían privado de su padre por tantos años, él me miró y me acarició la mejilla y me di vuelta para que no viera mi impotencia, mis celos. Se

paró frente a mí y en un segundo, su perfume me embriagó, la calidez de su mano en mi brazo hizo que se me erizara

la piel.

—Te amo, mi niña, no me hagas esto,
solo tú me importas —sin mirarlo le
respondí.

—Yo también te amo, ella te necesita
más que yo, andá con ella —me di
vuelta y salí

antes de caer en el embrujo de sus ojos
negros, antes que viera la desesperación
en mi mirada

y me tirara en sus brazos, mentira yo
también lo necesitaba, cada día, cada
noche, aunque nunca se lo iba a
confesar.

A los pocos meses, la hija vino a vivir a nuestro barrio, solo a unas cuadras, cuando

volvíamos de la empresa con Marisa, veíamos el coche de Manu, estacionado en la entrada del garaje, se notaba que se había encariñado con ella, era lo que debía hacer. Mis hijas más

chicas estaban muy celosas, él llegaba a las siete a casa, cansado, estaba media hora con ellas, cenaba y se acostaba, si nuestra vida antes era un poco complicada, ahora se había convertido en un desastre.

Un día fuimos con mis hijos a almorzar,

no sabía qué hacer para distraerlas, había mesas dentro y afuera, era un lugar muy bonito mis hijas quisieron ir afuera porque había más lugar, les hicimos caso y allí fuimos; nos sentamos pedimos el almuerzo, todos me hablaban a la vez, como en casa, era un loquero, hasta que oímos la voz de un hombre que saludaba,

—¿Cómo estás Manuel? ¿Almorzando?

Todos nos miramos y giramos nuestras cabezas hacia la izquierda, ahí estaba el gallego, con su hija de un lado y otra mujer, se paró y saludó al hombre, a los pocos minutos,

después de intercambiar algunas palabras, el hombre se fue. Me quedé muda, mis hijos me miraban, Joaquín se paró, con la intención de hablar con él, yo lo detuve de un brazo, almorzamos, pero ya el ambiente no era el mismo, yo observaba cómo la mujer, apoyaba su mano en el brazo y él sonreía, me aguanté todo, solo observaba.

Cuando mis hijas terminaron de almorzar se pararon y fueron a correr, yo con los

varones solo lo mirábamos de atrás, él en un momento vio a sus hijas, se quiso matar, se paró

para saludarlas y ellas corrieron hacia mí, él se dio vuelta y nos vio tomando café con mis

hijos, se le cayó la mandíbula, qué podía decir, nada, absolutamente nada. Se quedó parado junto a la mesa, solo mirándome, la mujer que estaba con él, lo tomó del brazo y él le saco la

mano, nos levantamos, pagué la cuenta y cuando me estaba retirando, lo miré a la cara, con

todo el veneno que tenía encima.

—Buen provecho, Manuel Ocampo —
cuando me enojaba lo llamaba así, él

rápidamente se encaminó hacia mí, la mujer que estaba con él lo llamaba, pero él caminaba

sin escucharla, mi hijo lo paró antes que me tocara, se puso en el medio.

—Papá, después hablamos —le pidió, él lo miro y se alejó.

Joaquín me abrazó y Bruno agarró a las hermanas de las manos, hasta que llegamos al

estacionamiento.



CAPÍTULO 14

Manu se dio cuenta que, por primera vez en su vida, estaba haciendo todo mal, ver a su

familia alejarse delante de sus ojos, le rompió el corazón; sus niñas ni lo miraron y su hijo

lo separó de la madre, miró a su nueva hija, miró a la madre que había aparecido de la nada

reclamando no sé qué y se sintió morir.
¿Qué estaba haciendo? Otra vez
perdería a Sofi, a la

mujer que amaba, a sus hijos, a Davy,
por esa mujer que no lo merecía, estaba
loco, qué hago

acá, pensó, la miró otra vez a la madre
de la hija y le habló.

—Ni sueñes que tú y yo, tendremos una
vida juntos, jamás dejaría a mis hijos y a
mi

mujer por ti, nunca, eso no va a pasar
nunca —repitió enérgico y rabioso, su
hija lo miró.

—Sabía que esto no iba a funcionar, te lo dije—le recriminó asu madre.

Manu las miro y entendió todo, qué estúpido había sido, esa mujer solo volvió para atraparlo como años atrás no lo pudo hacer, la miró con todo el odio del mundo.

—¿Tútramaste todo esto? ¡Contesta! —le pedía, a la mujer y observó a la hija que

lloraba—¿Tú sabías de todo esto?

La hija asintió, el gallego no podía creer cómo había caído en esa mentira, él que se

sabía inteligente, cómo lo habían embaucado tan fácilmente, por esa zorra que lo único que deseaba era su dinero, solo eso le importaba. Después de desaparecer por años y encontrar que el gran Manuel Ocampo la había reconocido como hija en su ausencia, sería muy fácil sacar provecho de esa situación, teniendo a su hija como legítima, de unos de los hombres más ricos, la había utilizado para su propio beneficio. Manu se agarró la cabeza, las volvió a

mirar, la señaló con el dedo a la mujer.

—La casa que compré está a mi nombre, mañana mismo la venderé —la miró a la

hija

—compraré otra, en la otra punta de la ciudad, por supuesto solo a tu nombre, te daré lo que

te corresponde en vida, no quiero más problemas, ¿escucharon? ¡y a ti, no quiero verte nunca

más! —dijo, dirigiéndose a la mujer

Ella se paró y quiso agarrarlo, él se movió rápido, soltándose.

—No vuelvas a acercarte a mí, ¿me escuchas? ¿Entendiste?

Ella asintió después se dirigió a la hija

que no paraba de llorar, la llevó a un costado y

le habló.

—Tú no eres como ella, no te dejes influenciar, ella no vale nada, tú sí, mañana

llámame y hablaremos —la besó en la cabeza y se fue.

Davy no podía creer lo que los chicos le contaban, estaba anonadado, furioso con él,

no podía entender cómo el gallego hacía algo así, esperó que llegara y encerrados en la habitación ardió Troya,

se dijeron de todo, menos lindos, el
brasileño le recriminaba su accionar y él
gritaba que había sido una argucia de
esa zorra, para separarlo de su familia.

—¿Y piensas que ahora, ellos te
creerán?, dime, ¿cómo vas a hacer para
reconquistar

a nuestra mujer? Debes estar loco, para
dejarte embaucar de esa manera y por
una zorra —

gritaba agitando su mano.

Manu se reclinaba en el sillón del
dormitorio, sabiendo que él tenía razón,
todo se le había ido de las manos, ¿qué
haría ahora? Sofilo debía odiar, pronto

le pedirá que se vaya y

sabía que estaba en todo su derecho.

Pero nunca hubiera imaginado lo que su nueva hija, estaba a punto de hacer, algo para

salvarlo de esa situación tan embarazosa, trataría de sacarle ese peso de encima. Ella sabía que

él se sentía responsable de ella y a la vez de su familia, una familia, que pareciera nunca terminaría por aceptarla, algo que le dolía en el alma, pues era la única que tenía. Aun así, decidió hablar en favor de su padre, la había reconocido y estaba atento a sus necesidades, se

creyó con el deber de ayudarlo, se lo debía, pensó.

—¿Sabes? no puedo creer lo del gallego, no lo creo, pero cómo puede ser que se haya

dejado embaucar por una zorra, ahora que lo pienso hasta creo que se hizo embarazar, aprovechando que él esa noche estaba borracho —Marisa hablaba con Sofi mientras firmaban unos documentos, a punto de entregar.

Pero ella ni la escuchaba estaba harta de todo, tenía ganas de desaparecer, hacerse humo y volar, sin rumbo, Marisa la observó.

—Eh, tierra llamando a Sofi, me escuchas, o ¿estoy hablando al pedo? — le gritó.

—Hablas al pedo, porque no pienso perdonarlo, en cuanto se venda la empresa y las

nenas tengan sus vacaciones me iré un mes a Argentina. Además, no creo que él haya estado

borracho, las dos sabemos que a los Falcao les gustan las putas —Marisa largó una carcajada,

moviendo su cabeza, en señal de aprobación.

—Pues yo me iré contigo, hace rato que quiero visitar mi país.

Las dos sonreían, cuando por interno la secretaria les comunicó que una mujer pedía

hablar con Sofía, la hicieron pasar, la observaron era joven y bonita alta, de tez blanca y ojos negros, Sofía enseguida reconoció en ella los ojos de Manu, Marisa hizo ademán de irse, pero ella la detuvo con la mirada.

—Siéntate —pidió, la chica nerviosa se sentó, pero antes de hacerlo se presentó, dejándolas muda a las dos.

—Soy la hija de Manuel Ocampo —
dijo, nerviosa, bajando la cabeza.

Marisa se quedó de piedra, Sofi le
sonrió irónicamente, haciéndola sentir
de más, ya

la había reconocido por los ojos, esos
ojos que tanto amaba y la habían
traicionado de la peor

manera.

—Yo soy Sofía, dime ¿qué vienes a
buscar acá? tu padre no trabaja acá —le
respondió

de mala manera, aun sabiendo que ella
no era culpable de nada.

—Enseguida la reconocí, usted es la modelo, usted es hermosa, mis medios hermanos,

son muy bonitos—expreso ella, Sofía, se calló y no supo qué responder, mientras que Marisa

sonreía— vine para salir en defensa de mi padre —las dos la observaban— cuando mi madre

volvió y le conté que mi padre me había reconocido, me instó, me obligó a que

almorzáramos juntos. Aunque me negué, ella me insistió a que lo haga, sabe, yo quiero a mi

padre, pero soy consciente que él es su marido, que tienen hijos, no quiero que se peleen y mis hermanos se sientan mal, él ama a sus hijos siempre habla de ellos y de las pequeñas, dice

que son tan hermosas como usted. Mi madre mañana se va a otro país, no quiero tenerla cerca, por favor no se enoje con él, mi madre me contó que esa noche él estaba borracho y

ella aprovechó la situación.

Sofía y Marisa, se habían parado, sin dejar de mirarla, esa chica era buena persona, sin conocerlos se preocupaba por sus hermanos, las había dejado a las dos sin palabras, su actitud las había

sorprendido y conmovido, a la vez.

—Sabes, borracho o no, me ha
engañado, tu padre es un buen hombre,
pero no puede

tener su bragueta cerrada y después de
tantos años, estoy muy cansada de lidiar
con los Falcao —trató de cambiar el
tono de voz— él también me dijo, que te
quiere y que sos muy

inteligente, saliste a él, no creo que sea
a tu madre —Marisa le hacía seña para
que se callara, pero Sofi seguía
hablando— te agradezco que hayas
venido a defender a tu padre eso habla
muy bien de ti, aunque es tarde.

La chica la miró y se le acercó, ante el repentino movimiento, Sofía se paralizó.

—Por favor, Sofía no prives a sus hijos de vivir con él, es muy triste criarse sin papá.

Marisa se limpiaba las lágrimas y Sofi, miraba hacia arriba tratando de evitar que las

lágrimas desbordaran sus ojos, jamás pensó que esa niña le diera una lección de humanidad,

sabía que sus hermanos no la aceptaban, e igualmente los defendía, sintió culpa por los celos

que, en determinados momentos, sintió de esa chica, se aclaró la garganta y se limpió las lágrimas.

—Mirá, vos debés seguir viéndote con él, él siempre será tu papá, siempre puedes

contar con él, no olvides eso —estuvo a punto de abrazarla, pero su maldito orgullo no se lo

permitió.

—Yo me voy a mudar, él no quiere que esté cerca de ustedes, tiene razón yo solo soy

su hija, una hija que nunca quiso tener,

ya no los voy a molestar, ya tengo una vida, trabajo y

con lo que él me da, es suficiente. No vengo a dar lastima, solo quiero que no se separen por

mi culpa. Sofi, él te ama más que a nada en este mundo, por favor vuelve con él, sin ti no es

nada, está muriendo poco a poco.

Marisa no aguantaba más las ganas de llorar, el corazón de esa chiquilla era muy

grande, la miro a Sofi secándose unas lágrimas y se acercó.

—Tiene razón, basta de peleas
perdónalo de una vez, tú también lo
amas, piénsalo

Sofi, los dos están sufriendo —Sofía
miró a la chica.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó
acercándose.

—Zoe —respondió, secándose unas
lágrimas —Mi madre nunca me quiso,
me dejó

muy pequeña con mi abuela que ha sido,
madre y padre, cuando fui creciendo
nunca me importó tanto mi madre, como
mi padre, aun sin conocerlo lo quería,
pues él no me había abandonado, él

nunca supo de mi existencia, después de mucho insistirle a mi abuela, ella me

confesó quién era, mi abuelo falleció años atrás y ella pobre se está muriendo, por eso me dijo el nombre de él, para que no me quedara sola.

Después de hablar y contar su triste historia de vida, con mucho aplomo, la angustia y

el llanto la vencieron, se tapó la cara y se largó a llorar como lo que era, solo una chiquilla

asustada. Sofi salvó los pasos que la separaban de ella y la abrazó, las tres lloraron como niñas, Marisa sabía, que

nadie mejor que Sofi, para saber lo que era quedarse sin madre ni padre, después que las tres se calmaron, Sofía la tomo por los hombros y le habló.

—Mira, yo sé lo que se siente, lo viví en carne propia, a vos te quedó una abuela y a mí

me quedo una tía —la miró a Marisa, que no podía parar de llorar y la señaló con el dedo—

ella es mi tía y ha sido mi madre, desde que mis padres fallecieron en un accidente en Argentina. Piensa que no estás sola, no vas a estar sola, nosotras vamos a estar con vos, dejame tu número de celular, después que arregle

unos problemas, te voy a llamar y tendremos otra charla, pero por Dios, no lloremos más, ¿sí? —y mientras, le secaba unas lágrimas.

Zoe, en un acto reflejo se abrazó a su cintura, apretándose muy fuerte, a pesar de que

la abuela la había criado, con todo el amor del mundo, sintió que ella, necesitaba el amor de

una madre, más a esa edad, la cobijó entre sus brazos y le besó la cabeza, había llegado el momento de hablar con Manu, jugaría su última carta, ¿perdonaría o lo desterraría de su vida,

para siempre?

Pasaron unos meses, en los cuales, Manu se debatía entre irse a su casa o seguir

aguantando la indiferencia de su mujer, ella ya no se acostaba con ninguno de los dos, los problemas que tenía que resolver no le daban posibilidad de pensar en otra cosa, Davy por su

parte se encontraba triste, había intentado varias veces, intimar con Sofía, pero ella lo rechazaba constantemente. Los varones vivían en su mundo, Joaquín aun pensaba en su chica,

aunque Sofi sabía, que picoteaba de vez

en cuando por ahí, Bruno seguía con Candy, aunque

ella intuía que esa relación terminaría, la amaba más de lo que ella lo amaba a él, solo con

ver cómo ella lo trataba delante de todos, la llenaba de rabia, había veces que ella y Marisa,

que adoraba a su ahijado, no comprendían cómo él, aguantaba todo eso. A las nenas se les había pasado el enojo con el padre, él no perdía momento para abrazarlas y decirle lo mucho

que las amaba. Después de la cena se

pasaba horas enteras, encerrado en su despacho, hablaba

por teléfono, o solo, meditando, desde la noticia de la llegada de su hija, estaba viviendo en

un infierno.

«Siempre fui muy sensato, prudente, unas en los negocios», pensaba una madrugada,

sentado solo en su despacho, con los brazos apoyados en el escritorio y un habano. Después

de años, había vuelto a ese hábito, el sueño se diluía como el humo de su habano, ante tantos

interrogantes, sonrió en la soledad del mismo, al recordar lo que Sofi, siempre decía “los Falcao no pueden tener sus braguetas cerradas, un día de estos te capo”. lo que ella no sabía,

era que, hacía años que, para ambos, solo existía ella, con Davy habían jurado no engañarla

nunca más y así lo hicieron. Aunque la tentación siempre estaba a la orden del día, ellos, solo

sonreían sabiendo que ella era su niña,

la que los esperaba en casa con sus hijos, hijos que,

solo con ella quisieron tener, hijos que habían implorado tener y ella en un acto de profundo

amor, aceptó darles. Cuatro niños hermosos, iguales a su madre, pensó y después de años de

felicidad, su vida estaba perdida, por un acto estúpido del pasado, que volvía a golpearlo de

frente, debilitando toda su fuerza, sacándole lo que más amaba, a su Sofí, a su niña. Apagó su

habano, estiró sus manos al cielo, como suplicando sosiego, estirando su metro noventa y caminando con paso lento y cansado, entró en la otra habitación, se duchó y antes de acostarse, lo miró a Davy cómo dormía plácidamente, lo tapó, pensando que también él era

su amor, se acostó tratando de dormir, ya eran las cuatro de la madrugada.

Marisa y Sofi, llevaban meses encontrándose a escondidas, con Zoe, charlaban y reían

contándose intimidades, ella, era muy simpática y muy extrovertida. Un día, antes de irse le

contó a Sofi que el padre hacía un mes que no la veía, le giraba el dinero y la había llamado

por teléfono solo una vez y en las ocasiones que ella había llamado al banco, la secretaria le

decía que estaba en reunión o en la empresa de publicidad. La miraron sin entender, porque se

negaba, Sofi le llevo unas ropas, que ella agradeció con un beso, les contó que la madre ya no

estaba en el país y que su abuela estaba internada y al nombrarla, sus ojos se llenaron de lágrimas, se notaba el

inmenso amor que sentía por esa mujer. Sofi se ofreció para acompañarla al día siguiente, al hospital y así lo hizo; terminó temprano en su empresa y la

pasó a buscar, Manu le había comprado la casa y aunque chica, era muy bonita y bien lejos de

la de ellos.

—Vamos sube —la instó, Zoe subió admirando el vehículo.

—¡Dios mío es hermosa esta camioneta!
—dijo observándola.

Sofía le conto que hacía dos años, su padre se la había regalado.

—Mi papá me llamó —le contó muy alegre— dijo que tiene mucho trabajo y que se

va a ir unos días a Brasil, ahí viven mis abuelos ¿no? —pregunto.

Sofía la miró, pensando que iba a hablar con el padre, seguro le preguntaría qué

mierda hacer, si irse de la casa o quedarse, sabía de la influencia de Falcao sobre sus hijos,

aún hoy, aunque los negocios los manejara el gallego, el padre era el que siempre tenía la última palabra, sonrió y la miró.

—Sí, ahí viven tus abuelos, ellos te van a amar, estoy segura, yo los amo y los respeto,

aunque a veces me peleo con él —la miró de reojo y sintió, cómo esa chiquilla se le estaba

metiendo en el corazón, era dulce, educada, se parecía mucho al padre y también tenía esos

ojos negros igual a los de él, que siempre la impactaron y tanto amaba.

Cuando llegaron al hospital y después de subir al quinto piso, se detuvo delante de la

puerta donde se encontraba su abuela, ella la miró.

—Entremos —pidió, tomándola de la mano.

Sofi dudó, pero ante su insistencia entró, vio a una mujer grande dormida, la miró, la

volvió a mirar y entonces la conoció, se tapó la boca con las manos y lentamente se acercó,

ante la atenta mirada de Zoe, la abuela de repente abrió sus ojos y la conoció.

—Sofi —gritó llena de emoción.

Sonriendo, se arrimó y le tomó sus manos arrugadas y se las besó, Zoe no entendía

nada, solo las observaba, esperando, que le dijeran de dónde se conocían.

—Mi querida profesora —Sofi se apoyó en la cama y la abrazó —cuánto hace que no

nos vemos —iba a preguntar por el marido, que también había sido su profesor de literatura,

el Rector, que le había pedido que dictara clases con él, pero ella había decidido, brindarle todo su tiempo a su familia.

Su recuerdo le vino a la memoria y los ojos se le llenaron de lágrimas, la anciana se

dio cuenta y apretándole las manos, dijo.

—El falleció años atrás, siempre se acordaba de ti, fuiste una buena alumna —la

abuela se secó unas lágrimas y volvió hablar —cuando supe el nombre del padre de mi nieta,

que Dios me perdone, maldije a mi hija pues sabía que él era tu marido, me desesperé y me

prometí, no decirle nunca a mi nieta, su

nombre, pero ya ves, ante su insistencia y sabiendo

que pronto no estaré a su lado, tuve que decirlo, perdóname Sofi, seguro has tenido problema

—ella le sonrió, antes de responder.

—Nada que perdonar, Zoe es una gran mujercita, le prometo que la cuidaremos, la

niña se ha hecho querer, ya arreglaré los otros temas, que nada tienen que ver con usted, tiene

que mejorarse, por ella, nada tiene que temer —la abuela le beso las manos.

—¡Cómo Dios acomoda cada cosa en su lugar!, pensar que tenía miedo de dejarla sola

en esta vida y él me manda un ángel como tú, que sé la cuidará.

Zoe, estaba parada, observándolas, callada.

—Sofi, Zoe no es como mi hija, ella es un ángel, cuídame la por favor, hasta que crezca, no la abandones, por favor, fue la luz de los ojos de mi marido, prométemelo, por favor—las tres se abrazaron y la habitación se llenó de llanto y tristeza.

Sofí, salió de esa habitación destruida, Zoe se había quedado con la abuela, ella le había prometido ir a la noche un ratito, sabía que esa promesa la cumpliría, estando con el gallego o no, no iba a desamparar a esa niña, ella no solo necesita dinero, sino alguien que la contenga, un hombro para llorar y un abrazo. Cuando esa gran mujer no esté más a su lado,

ella está dispuesta a dárselos, le contó todo a Marisa y las dos por muchos días, iban a la noche a cuidarla y a estar con Zoe, quien no tenía a nadie más, que a esa abuela; sus hombres

preguntaban dónde iban, pero ese era un

secreto que por ahora no iban a develar.

—Sofi, otra vez vas a salir, Frank me conto que Marisa también sale, ¡basta! ¿qué estás

buscando, que nos vayamos, que te dejemos, que mierda buscas? —le gritó Davy observando

cómo se iba.

Manu también la miraba sentado en el sillón del living, sin hablar.

—No tengo porqué darle explicaciones a nadie, ya estoy bastante grandecita ¿no te

parece? —dijo con ironía.

Manu se paró y le habló, después de meses.

—Cuando quieras traer a ese hijo de puta con el que sales, avísame que nos vamos—la

voz irónica que utilizó, y el modo despectivo en que se expresó, la sacó de sus casillas.

—No te quepa duda alguna, unos días antes les aviso, bonitos —respondió, los dos

puteaban en alemán y se metieron en su habitación.

Sofi salió sonriendo, sabiendo que los había dejado más caliente que una cuba.

Aunque ella hizo traer una droga carísima de Canadá, que solo allí se conseguía, la abuela de

Zoe, no tenía mejoría, su destino estaba marcado, lo inevitable ocurriría de un momento a otro.

Una mañana cuando fue a verla, ella ya estaba en coma, verla a Zoe, solita en esa habitación, besándole las manos a su abuela, fue una escena que le partió el corazón, se acercó, la levantó de la silla y la abrazó. La obligó, a ir a ducharse y que durmiera un poco,

ella se quedó hasta las seis de la mañana que ella volvió, llegó a la empresa con los ojos hinchados de tanto llorar. A media mañana llegó Manu, hecho una furia a su oficina, abrió la

puerta sin llamar y la enfrentó, ella estaba agotada, de pasar toda la noche en el hospital.

—Vergüenza, me das vergüenza, anoche no viniste a dormir, con quién mierda sales,

quién es ese pendejo, lo voy a matar con mis propias manos, escuchaste, contéstame, ¡mierda!

—gritó, ella seguía sentada en su sillón

sin ganas de pelear, solo lo miraba, lo que lo enfureció más aun de lo que estaba— y me vas a decir en qué mierda gastas tanta plata, ¿en

él? Te creía más viva, le pagas para que te coja ¿es eso? —ella seguía observándolo, sabía que lo descubriría, el dinero que pagaba por esa medicación lo había pagado con su tarjeta,

era una pequeña fortuna, aunque era el dinero de ella, todas las tarjetas pasaban por las manos

del, se paró y se puso a centímetros de su cara, él retrocedió.

—Sabes que sí, pago para que me coja y no sabes lo bien que lo hace se merece cada

dólar —él apretó sus puños y la respiración se le agitó, quería torcerle el cuello, matarla por

lo que decía, pero ella no se conformó con eso y lo provocó aun, más— hacía tiempo que nadie me poseía con tanto fervor, con tanta maestría, sí, tienes razón es un pendejo, un pendejo que me vuelve loca en la cama, ¿estás conforme? ¿eso querías saber? pues bien ya lo

sabes, ¿algo más? —lo desafío con la mirada, él se fue golpeando la puerta

con tanta fuerza

que Marisa corrió a ver qué es lo que ocurría, al entrar la encontró sentada en su sillón, con

sus brazos y cabezas apoyadas en su escritorio llorando.

Ese mismo día sus dos hombres, se mudaron a la casa de Manu, estaban muy enojados, heridos en su orgullo de hombres, convencidos que ya la habían perdido.

Por otro lado, los médicos les avisaron que ya nada había que hacer, solo debían

rezar, Sofi casi no iba a la casa, solo a dormir, se la pasaba con la hija de Manu, en el hospital esperando el triste momento, de despedir a un ser querido. Sofi, habló con sus hijos, una noche los sentó a todos en el jardín de invierno y les contó todo, ellos la miraban, las nenas

mucho no entendían y los varones sintieron una pena inmensa por Zoe.

—He decidido que ella vivirá en casa —expresó, mirándolos, a todos—ella es su

hermana les guste o no y está sola en esta vida, ¿la vamos a dejar sola? — nadie contestaba,

hasta que Joaquín respondió.

—Está bien, Sofi, a mí me parece bien, es de la familia, pero porqué no le dijiste nada

a papá, ellos pensaron que tenías otro, por eso se fueron —todos esperaban su contestación.

—Porque en vez de preguntarme, él me atacó, jamás los engañe a ninguno de los dos,

ahora ellos van a tener que tragarse sus palabras, tu padre tenía que estar en estos momentos

con ella, ¿no te parece?

Bruno, también le contesto.

—Ellos te aman, Sofía, él se equivocó, pero fue hace años, tráela a vivir acá, yo también estoy de acuerdo —ella miró a sus nenas que movían sus cabecitas, para todos lados.

—Nosotras también la queremos acá —respondieron las nenas, todos se abrazaron

sabiendo que existía una Falcao más en sus vidas.

Les prohibió que les comentaran algo a sus padres, sus hijos varones, se negaron,

pero ante la insistencia de ella, aceptaron.

A los dos días la abuela falleció, Zoe había quedado sin esa mujer que la había criado.

Después del funeral, al que solo asistieron, Marisa, Miriam y Sofi, con todos sus hijos, la hija de Manu, por orden de ella se mudó a su casa, se le dio un cuarto que tenían vacío, arriba, junto a los de sus hermanas. Paso a ser una más de la familia, Manu y Davy no sabían nada,

hasta que un día a Joaquín, estando trabajando en el banco se le escapó.

—Tengo que ir a ver a tu hermana, hace días, creo que un mes que no la voy a ver, bueno, por lo menos dinero no les falta —decía Manu a su hijo.

—Creo, que hace más, que no la ves —respondió, observando al padre, él levantó la

vista de los papeles que tenía en el escritorio y lo miró, sorprendido —¿sabías que la abuela

falleció? —el gallego se quedó mudo.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿La viste? —Joaquín sonrió irónicamente, sin mirarlo

—

responde hijo, cuéntame —Joaquín se enderezó y levantó su voz.

—Hace una semana que vive en casa, Sofía así se lo prometió a su abuela, cuando

ustedes le reprochaban que ella salía con otro, no era así, ella se la pasaba con Zoe y su abuela en el hospital, —el gallego lo observaba, sin pestañar —Le compró una droga

carísima, para ayudar a salvarla, pero no pudo, ustedes la atacaron sin preguntar —Joaquín,

subió su voz, considerablemente —sin saber lo que ella estaba haciendo, lo que

tendrías que

haber hecho, tú —exclamó.

Manu no podía creer lo que escuchaba, miró hacia abajo, por primera vez en su vida,

al gran Falcao sintió vergüenza ante las palabras de su hijo, se levantó y se fue, Joaquín enseguida llamó a su madre para contarle, la conversación con su padre, ella a su vez, rápidamente se dirigió a su casa, no quería que se enojara con su hija.

Sofi, llegó primero a su casa, no entró la camioneta, la dejó en la puerta del garaje,

abrió y la buscó dentro de la casa. La encontró leyendo un libro en inglés, sentada en el living, le contó lo que pasó rápidamente, la chiquilla se asustó, imaginando lo furioso que su

padre se pondría. Sofi no alcanzó a cambiarse de ropa, que Manu ya estaba tocando el timbre

de su casa. Zoe se puso atrás de ella y se quedó quieta, Sofi se arregló el pelo tratando de parecer lo más relajada posible, respiró profundo y abrió, Manu estaba colorado como un chancho, apoyado en el marco de la puerta, observándola, furioso, miró hacia un costado y la

vio a su hija, enseguida percibió su miedo y lo enterneció verla escudándose en su mujer.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dijiste lo que pasaba? —el gallego estaba furioso, pero

no quería asustar a su hija, más de lo que estaba, trató de relajarse —dejaste que dudara de ti, piensas que soy tan ogro, ¿no me conoces aún? —la miró a la hija —¿y tú por qué no me llamaste? ¿no te dije que me llamaras, si necesitabas algo? —Zoe no se movía, se había prendido a la cintura de Sofi y de ahí lo miraba, nunca lo había visto enojado.

—Si hubieras ido a verla, te hubieras enterado, pero claro, primero los negocios,

después la familia.

Sofi lo desafiaba con la mirada, como siempre lo había hecho, como siempre lo haría,

pensó él. Su niña, su pequeña Sofi, había acogido a su hija, la observó, estaba bellísima con ese

trajecito y su trenza torcida, sonrió, solo él sabía hacérsela. Quiso abrazarla, acunarla entre sus brazos, llevaba meses sin hacerlo, meses deseándola, el deseo estaba terminando con su

cordura, solo ella, solo los tres, meditó, recorrió su carita aniñada, sus pecas, sus ojos, Dios cómo amaba a esa loca argentina que tenía enfrente de él, desafiándolo, provocándolo, los años la habían vuelto más mujer, más hermosa.

—¿Podemos hablar a solas? —le preguntó, sin alejar la vista de ella.

Zoe giró sobre sus talones y se escondió en la cocina, Sofi abrió de par en par la puerta y él entró, hundió sus grandes manos en los bolsillos del pantalón de vestir, sus largas

piernas abiertas y la miró. Ella sabía que, si se acercaba, caería rendida a sus pies, retrocedió, él sonrió, como una

fiera acorralando a su presa, ella quedó atrapada contra la pared, él seguía acercándose, acechándola, sonriente.

«Desgraciado, ya me tiene a sus pies» pensó ella.

—No te acerques, ni loca voy a dejar que pongas un dedo en mi cuerpo, ¿escuchaste?

—gritó, pero ya lo tenía encima, sin tocarla, se agacho y le hablo sobre los labios, ella ya estaba mojada, entregada.

—No te voy a tocar, ese va a ser tu castigo —Sofi abrió sus ojos y lo miró, el muy

desgraciado largó una carcajada y se alejó— te portaste mal, tendrías que haber acudido a mí

—se acercó nuevamente y con sus manos le tomó a cara— ¿quieres que te toque? —preguntó

riendo, ella lo empujó y se alejó.

—Sos un engreído, Falcao, tengo unos cuantos, que quieren más que tocarme, idiota,

¡sal de mi casa ya!

Manu se enfureció, de dos zancadas la abrazó de tal manera que la ahogó, levantó su

mentón, con un dedo y su lengua luchó por entrar en su boca, Sofi luchaba con sus brazos alejándolo, aunque su corazón le exigía lo contrario, en segundos, sedesarmó entre sus brazos, la sujetó de la cintura, metió su lengua suavemente en su boca, devorándola, con ansia, con amor, con pasión, terminaron extenuados, la miró y le acarició el rostro, le besó la nariz y metió la nariz en su pelo.

—Hueles, a gloria mi niña, como siempre, no me alejes de tu lado, ámame, mi niña —

su voz, pesada, ronca, daba la pauta de lo que sentía por ella. —Eres la mujer

más increíble,

que conozco, primero tenías celos de ella —observó su actitud y sonrió, al verla bajar la cabeza suspiró al ver que sus dedos agarraban sus grandes brazos —ahora la traes a vivir a casa, dime argentina, ¿quieres volverme más loco de lo que ya estoy? —Sofi no contestó, solo lo miró —dime ¿qué quieres hacerle a mi pobre corazón? ya no sé cómo tratarte, qué

decirte, ¿me amas? Porque sé que es así, ¿Por qué me haces sufrir tanto? Ya te dije, sí, me equivoqué —ella, al escuchar eso quiso alejarse de su lado, pero él, la envolvió entre sus brazos,

muy fuerte— eso fue veinte años atrás,
mi niña, no te he engañado, nunca más,
ninguno de los dos, tu ausencia me está
matando —levantó nuevamente su
mentón y le habló

poniendo su frente sobre la de ella y sus
manos sujetaron su cintura —Dime que
todo pasó, vivamos en paz con nuestros
hijos, si quieres que ella se quede, no
me opondré, una vez

te dije y lo vuelvo a decir, solo tú, mi
niña, solo tú, solo los tres.

Sofi, pasó sus brazos sobre su cuello,
abrazándolo, tomo su nuca, con sus
dedos,

acercándolo más a ella, se puso en punta de pies y le lamio los labios, el cerró sus hermosos

ojos negros y suspiró, el beso se acrecentó y sus manos pasearon, sin permiso, por el cuerpo

delgado de ella, provocándola, olvidándose de todo, apretando su cuerpo y olvidándose del

mundo, gimieron de placer. Sofi se apartó y le acarició la cara, lo tomó de la mano, sentándose en el gran sillón del living a conversar, se abrazaron, y él empezó a hablar y ella

rodeó con sus manos, su cintura, había

extrañado tanto, ese gran abrazo de oso, pensó.

—Dime que está todo bien, que podemos volver. Te extrañamos, te amamos, dilo—

ordenó el gallego, ella levantó su cabeza y le sonrió.

—Quiero que te quedes, quiero envejecer, juntos los tres, que esta noche me hagas el

amor como nunca —la apretó más a su cuerpo, suspirando aliviado— y quiero que quieras a

Zoe, como quieres a tus otros hijos.

La miró con lágrimas en los ojos, le besó la cabeza y se secó una lagrima que se le

había escapado.

—Sofi, yo la quiero, pero sabes cómo pienso —ella le tapó los labios, con sus dedos,

él se los retiró— los quiero a todos, pero sin ti, sin mi argentina, me muero, dime ¿cuándo lo

entenderás?

Como tiempo atrás ella se subió a sus piernas y le besó todo el rostro, se tocaron, se

lamieron, la lujuria hizo acto de presencia sin poderparar, la recostó en el sillón, le desabrocho la camisa y desesperado succiono sus pezones, que al tacto de sus labios endurecieron al instante.

Sofí se paró como pudo, sonriendo, prendiéndose los botones de la camisa, la miro

mal, su pene luchaba por salir, se paró y se lo acomodó, ella se colgó de su cuello, mientras,

la levantó agarrándola de la cintura, poniéndola a su altura, su lengua enloquecida entró en su

boca, devorándola, otra vez, no quería separarse de ella, estaba feliz de tenerla de nuevo entre

sus brazos, estaba feliz de tenerla en su vida.

—A la noche, está Zoe —murmuró ella, sonriendo— habla con ella por favor, avísale

a Davy, quiero que a la noche se queden conmigo —pidió, besándolo en los labios.

—A la noche —le respondió, achinando sus ojos— ya traemos la poca ropa que nos

llevamos, ahora hablo con ella y después nos duchamos —Manu estaba ardiendo, se besaron

y entraron en la cocina, donde la pobre hija se comía las uñas, se soltó de Sofi y abrazó a la

hija, que se largó a llorar.

—¿Quieres vivir con nosotros, con tus hermanos? —ella asintió, secándose las

lágrimas— bueno, seremos una gran familia, tus hermanos te querrán, como te queremos nosotros. —La besó en la mejilla y ella corrió a los brazos de Sofi, que la recibió como a una

hija.

Manu, se sintió orgulloso de su mujer,
de su niña, una vez más, esa argentina
loca, lo

llenaba de orgullo, lo dejaba con la
boca abierta, le daba una lección de
amor difícil de olvidar.



CAPÍTULO 15

Los meses fueron pasando, los varones
se fueron a vivir a la casa de Manu, al

lado,

¿cómo no se iban a ir? Ahí tenían la libertad, de traer a quien les plazca, amigos seguros que

no, pero, yo los tenía cortitos, cuando volvían del banco y la empresa de publicidad, pasaban

a tomar mate o a saludarme, sabían que si no lo hacían a la noche me presentaba en su casa a

cualquier hora, tomándolos de sorpresa, el gallego y Davy se mataban de risa. Zoe se llevaba

bien con Emily, que era la más dócil,

Lucía era otro cantar, siempre la miraba mal, hasta que

un día ante mis suplicas el padre habló con ella.

Manu llegó cansado y se tiró en el sillón del living, lo besé y le traje un vaso de agua,

entró Davy se sentó junto a él, habían tenido una reunión importante en la empresa y estaban

agotados.

—No te olvides de hablar con la nena
—los dos me miraron.

—¿Con cuál de las dos? —preguntó el
brasileño, sacándose la corbata y
tirándola

sobre el sillón, aunque ya sabía mi
respuesta.

—Con Lucía—Manu largó una
carcajada, siempre decían que Emily era
de él, por ser

más rebelde, él me miro.

—¿Qué hizo? Siempre a mí me toca,
hablar con ella.

—Es tu hija, ve y habla de lo mal que
trata a Zoe, que es más buena que el pan

respondí, acariciándolo.

Se levantó y la fue a buscar a su habitación. Nos quedamos solos con el gallego y me

contó que el argentino que quería comprar mi empresa había llamado y ya tenía el dinero.

—¿Qué van a hacer con el dinero de la venta? —preguntó.

Lo miré y me tiré encima de él a caballito, me tomó la cara con las dos manos y me

besó profundamente, pasé mis brazos por su cuello y le mordí el labio, sonrió,

sin dejar de

mirarme.

—Nada, lo mío lo guardarás vos,
¿querés que te preste? —me miró serio y
se

descostillóde risa, tomó mi cintura con
sus dos grandes manos, apretándome
más a su cuerpo.

—Mi niña, no necesito, ¿quieres que la
invierta?

Bajé mi mano, lentamente y toqué su
bulto, que ya estaba latiendo
desaforado por salir,

sonreí al ver que cerraba los ojos y se retorció, echando su cabeza hacia atrás, me calentaba

verlo disfrutar cuando mi mano traviesa jugaba con su bulto.

—Haz lo que te plazca, mi vida —
respondí, jugando con mi lengua sobre sus labios,

baje mis labios a su mentón y se lo mordí provocándolo.

—Me vas a matar —respondió con la respiración entrecortada y gruñendo, con una

mano, tomo mi nuca y me mordió

suavemente el labio—siempre, siempre,
se hace lo que yo

quiero, ya deberías saberlo—
susurrósonriendo, me acosté sobre su
pecho, tenía razón todos

éramos conscientes, él era el que
llevaba las riendas no solo de los
negocios, sino de nuestra

loca vida.

—¿Sabés que sos un arrogante? —
respondí mientras, el me sacaba el pelo
de la cara.

—Sí y así te gusta a ti, ¿no? —tomó mi
mentón y me levantó la cara—dime que

te

gusta—me besó la nariz y me abracé más a él.

Entro Davy, duchado con el pelo mojado, tenía puesto un vaquero y una remera,

negra, lo miré y se me cayó la baba, Manu que se dio cuenta se levantó y se fue a duchar.

—Te la presto un rato, me voy a duchar

—Davy lo miró mal.

—¿Estás loco? yo la conocí primero, yo te la presto.

Mis hijas entraron corriendo y escucharon, Lucía se tiró encima del padre y lo abrazó.

—¿Qué le vas a prestar? —preguntó, mirándolo a Manu, los dos se largaron a reír.

—Una campera, hija, ¿ya habló tu padre contigo? —el brasilero, lo miró.

—Sí, papi voy a ser buena con Zoe, aunque no sea mi hermana, la quiero — el gallego

y Davy se miraron.

—Es tu hermana, nena ¿qué dices? ¿no entendiste lo que te dije? ¿quieres que te

lo repita? —Lucía calló y miró hacia abajo.

La tomé de la mano, mientras la llevaba a la cocina, observé las caras de mis hombres,

queriéndola matar.

Un día, Zoe quiso ir a buscarlas a la escuela, pobre, no sabía qué hacer para ganarse el

cariño de Lucía, que aún no la aceptaba, le di la llave de mi camioneta y Ramona la acompañó, a la vuelta iban a hacer unas compras. Me dediqué a escribir, faltaba poco para

terminar mi novela, mis hombres llegaron y después de ducharse se sentaron a comer algo.

Mientras ellos hablaban de un negocio, yo no los escuchaba, sonó mi celular, Manu como siempre, me lo arrebató de las manos y atendió él, Davy sonreía al ver mi expresión.

—Pero, ¿están bien? —exclamó, mirándonos ya parado— no, no vayan a comprar

nada, vengan directamente a casa, ¿escuchaste hija? —le pedía a Zoe.

—¿Qué pasó? Decime, por favor — Manu, se quedó callado pensando.

—Las nenas se asustaron, dicen que un hombre las llamó por el nombre y se les acercó a hablarles, pero justo llegó Zoe y se fue, no me gusta, ¿quién sería? —lo miró a Davy.

—No tendría que haber dejado que las vaya a buscar —afirmé, nerviosa. Manu se

acercó y me abrazó, consolándome.

—No es tu culpa, quizás es el padre de alguna compañerita, quizás solo quiso saludarlas—pensó el brasilero, en voz alta.

—Y ¿por qué se fue, como rata por tirante? —el gallego, ya estaba nervioso.

Fuimos a la puerta a esperarlas, bajaron del auto asustadas, los padres las abrazaron y

les preguntamos, por el hombre, Lucía que era la más despierta nos contó.

—Yo los otros días, lo vi que nos miraba, pero esta vez se agachó y nos habló, no contestamos, pero sabía nuestros nombres—mis hombres se miraron.

—¿Lo viste Zoe?, ¿cómo era?, ¿alto, bajo? —la hija lo miró a Manu

desconcertada.

—No, cuandome iba acercando, se subió rápido a un auto y se fue —pero la gallega

que era más despierta nos comentó.

—Yo alcancé a escuchar algunas palabras, hablaba como tú niña —dijo, mirándome—

para mí, era argentino.

Los hombres se miraron y me miraron a mí, ninguno sabíamos qué pensar.

—¿Cómo era? Gallega, ¿alcanzaste a verlo bien? —sé lo que pensaba Davy.

—Alto, grandote como ustedes, piel blanca, bien vestido—me volvió a mirar, yo no

entendía hasta que me di cuenta y me tapé la boca con las dos manos, todos me miraron.

—Dilo, Ramona ¿era él? —ella lo había visto en el estacionamiento, la miramos, ella

asiente con la cabeza—¿era Maxi?

—Sí mi niña, para mí era él, yo me adelanté rápido y tomé mis niñas de las manitos

alejándolas, él se marchó enseguida, no

sin antes clavarme la mirada, una mirada fría, sus ojos destilaban veneno, era como si la rabia la tuviera metida en el cuerpo, me dio escalofríos, creo que está loco —afirmó, haciéndose la señal de la cruz.

El gallego se quedó sin habla, se dio cuenta que no era un rival cualquiera, era de temer, lo miró a Davy y sin abrir su boca se encerraron en el despacho, a los diez minutos

llegó Frank, su cara de preocupación, lo decía todo, Manu lo había llamado, sabía que estaba

furioso. Nos sentamos en la cocina a tomar unos mates con Ramona y Zoe,

cuando

escuchamos el timbre de casa, eran los primos de ellos, dos hombrazos de dos metros, supe

que la cosa se iba a poner fea, la presencia de ellos, me lo confirmó. Como siempre, solo saludaron con un movimiento de cabeza, los acompañé al despacho, donde se pasaron horas

encerrados, hablando, cuando salieron sus caras eran más fieras que cuando entraron,

después que el gallego se duchó, salieron dándome un beso en la mejilla y

los acompañé a la

puerta.

—Manu, por favorcuídense, si les pasa algo —no dejaron que terminara de hablar,

Davy se acercó y me beso en los labios.

—Tranquila, tú cuida a nuestros hijos, ya volvemos —respondió, saliendo primero,

Manu se detuvo en el umbral y me abrazó.

—No pasa nada, espéranos con la cena, dile a Ramona que me haga esa

empanada

gallega que le sale exquisita —se agachó y besó mi cabeza.

Vino Marisa y me contó que lo salieron a buscar, Manu les dijo que lo quería a Maxi

costara lo que costara, Frank fue con ellos, los primos y otros lo estaban buscando por todos

lados, la guerra estaba declarada, supe que el gallego no pararía, hasta tenerlo entre sus manos, pero también sabía que Maxi le daría pelea, él no era cualquiera, tenía dinero e inteligencia, no sería fácil encontrarlo. Y así pasaron

dos meses, hasta que una noche mientras cenábamos todos juntos, con los chicos, Marisa y Frank, reían de las ocurrencias de

Lucía, que siempre daba la nota, todos la hacían hablar y ella se explayaba a sus anchas, cuando de pronto me llegó un mensaje, Manumanoteóel celular, riéndose.

—¡Eh bonito, es para mí! —grité, parándome, el muy desgraciado con sus brazos

largos lo subió arriba de su cabeza, yo saltaba para agarrarlo y él se mataba de risa, se dio

vuelta sujetándome con un solo brazo y
atendió, la sonrisa se le borro de su cara
y la furia se

apodero de él.

—¿Por qué mierda llamas a mi mujer?,
imbécil, cuando te ponga las manos
encima—

gritó, pero la voz no dejo que terminara
hablar, respondiéndole.

—Tú mujer, dejate de joder, ella
siempre va a ser mi mujer—el celular
estaba en

manos libres todos escuchábamos.

Ya el brasilero y Frank estaban parados
y yo temblaba de miedo, el gallego
temblaba

de rabia, Marisa me apretaba el brazo y
mis hijos varones escuchaban sin
pestañar, las nenas

se asustaron y fue la primera vez que
Lucía, se abrazó a su hermana Zoe.

—Vos no podés conmigo, Falcao, te voy
a dar batalla, me vas a encontrar cuando
yo

quiera que lo hagas, mientras tanto, no
me busques porque no me encontraras,
¿escuchaste?

—su voz sonaba amenazante.

—Mira, solo te digo, una puta cosa, aléjate de mi familia, no te acerques a ellos, arreglemos esta cosa entre hombres, tú y yo, solos los dos o ¿me tienes miedo? —esa pregunta sacó de quicio a Maxi, lo descolocó.

—La madre que te parió —gritó.

Manu ante su puteada se volvió loco, empezó a caminar de un lado a otro como un

desquiciado, moviendo su brazo, ya todos estábamos parados observándolo

—Yo no le tengo miedo a nada y menos

a vos, cuando menos te imagines, la voy
arrancar de tu lado y me la llevaré,
nunca más la verás —gritó.

Davy no aguantó más y le arrancó el
teléfono de las manos.

—En vez de hablar tanto, ven, que no
solo te voy a romper otra vez las
piernas, esta

vez te voy a matar, no lo dudes, si no
tienes miedo, ¿por qué no das la cara?,
¡cabrón! —

exclamó Davy.

Maxi largó una carcajada y cortó

dejándonos a todos más confundidos y furiosos de

lo que estábamos, otra vez se había burlado de mis hombres.

Lo buscaron por cielo y tierra sin encontrarlo, cuando parecía que tenían una pista, desaparecía haciéndose humo, ellos estaban empeñados en encontrarlo, no se daban por vencidos. Un viernes a la tarde, temprano ya estaba en mi casa, siempre con custodia, me llama el gallego.

—Hola Sofi, ¿ya te vas a casa? —me pregunta mimoso.

—Sí amor, ya terminé, ¿dónde están? ¿Y

mis hijos? —pregunté, tenía terror que les

pasara algo, aunque no lo decía, vivía pensando en ellos, por ser los más vulnerables, sabía

que Maxi podía vengarse de esa manera, el solo pensarlo me aterraba.

—Tranquila, nena están bien, ahora viene Davy con Bruno al banco y nos vamos los

cuatro, tu hijito está comiendo, ¡Dios cómo come este crío! —se carcajeó y oí que Joaquín algo le decía, sonreí, y me quedé tranquila.

Mis hijas, estaban muy custodiadas,
pero mis hijos salían de noche y aunque
también

tenían custodia, ellos muchas veces se
las arreglaban y reían alburarla y se
iban por ahí, quién sabe dónde, sus
padres se enfurecían, pero ya estaba
hecho, esa noche iban a salir con

un grupo de amigos y yo hasta que no
volvían, no dormía, me consumía la
angustia, lo creía

a Maxi capaz de cualquier cosa.

Prontos para cenar, mis hombres se
cansaron de jugar con las hijas, estaban
agitados,

los hicieron correr por toda la casa, yo los miraba sonriente, «están viejos mis hombres»

pensé con congoja. Amaba a esos desgraciados, que muchas veces me hicieron sufrir, me encantaba verlos en plan de padres, cómo se reían a carcajadas, me enternecía verlos, abrazarlas y hacerles cosquillas, ellas los disfrutaban tanto, sin querer se me escapó una lagrima, «¿Será que yo también estaré vieja?». Sentados ya a la mesa, todos hablaban a la vez,

como siempre mi familia era de locos, la única callada era Zoe, que observaba y sonreía, ya

con Lucía estaban en paz.

—Atención que quiero decir algo —
interrumpí los gritos de todos— vamos a
mirar

una película y hacer pochoclos, como
antes, cuando eran chiquitos—mis
hombres sabían que

quería retener a mis hijos en casa,
sonrieron, mis hijos varones ni me
escucharon y siguieron

hablando con los padres, solo las nenas
gritaron que sí —¡Eh, estoy hablando!
—los miré a

ellos— quédense en casa hoy, veamos

una peli todos juntos.

Joaquín, se levantó me abrazo de atrás y me besó la mejilla.

—No Sofí, hoy no podemos tenemos unas citas —movió su hermosa cara, me sonrió

y lo miré mal.

—¿Y yo no era la novia de ustedes?
¿Dónde quedaron esos niñitos, que se peleaban

por ser mi novio?

Bruno se paró y se arrodilló a mi lado, puso la cabeza en mi regazo, mientras yo

le

acariciaba el pelo y me habló.

—Sofi, tú siempre vas a ser nuestra novia, nuestra madre, nuestra amiga, te amamos

más que estas crías —dijo mirando a las niñas que empezaron a quejarse y le tiraron con una

servilleta, por la cabeza, mis hombres empezaron a reír— pero querida Sofi, hoy tenemos que salir, ¿sí? —me besó y los dos se fueron a sus dormitorios.

—¡Traidores! —grité a sus espaldas— me dejan por una zorritas.

Manu me gritó.

—Nena, por favor que están las nenas.

—Nosotros no te dejamos —me dijo Davy abrazándome.

Cuando me di cuenta ya estábamos los tres solos sentados a la mesa todos se habían

ido, así vamos a terminar, como cuando empezamos, los tres solos, pensé.

Ellos me ayudaron a limpiar, acostamos a las nenas y después de tomar un café

sentados en el living, hablando de que ya era un hecho, la venta de mi empresa,

pues al otro

día, iban los compradores, mis hijos se acercaron para saludarnos. Dios estaban bellísimos,

no era porque fueran mis hijos, pero eran guapísimos, igual que sus padres a su edad, se habían perfumado y vestido de una manera, que nadie se les podría resistir, Manu le habló a

su hijo y Davy a Bruno.

—No quiero que se separen, ¿escuchaste? y lo digo en serio, nada de burlar a la

custodia como las otras noches, porque

cuando vengan los cago a patadas en el culo,

¿entendieron? —decía Manu, serio.

—Bueno papá, pero en algún momento nos tenemos que separar—

Joaquínsonrió,

moviendo su cabeza, tenía la misma sonrisa del padre, quien lo miró y asintió, como siempre,

yo no caí, los cuatro se miraron y se largaron a reír, la puta madre, entonces me di cuenta y

me puse loca.

—Sucios, son unos sucios —afirmé.

Los cuatros se reían más fuerte, mis hijos me corrieron, me abrazaron y me besaron la

cabeza, yo me abracé a ellos y ellos me hicieron cosquillas, mis bebés ya no eran tan bebés,

se habían convertido en dos hombres, hermosos y con necesidades.

—No te pongas celosa, Sofí —iban a seguir hablando y los callé.

Recordé cuando los desgraciados de los padres me decían es sexo, nena, solo sexo, no

te enojas, lo único que me faltaba que ellos me lo dijeran y los mato.

—Vayan, cuando vuelvan se bañan y se lavan los dientes, ¡sucios! —grité.

Mis hombres se pillaban de risa, mientras les hacían señas con sus manos que se

salgan rápido, sabían que ya estaba enojada.

Nos duchamos y nos acostamos, tuvimos una gran noche de pasión donde el morbo

era el plato fuerte. En nuestro mundo, todo estaba permitido, éramos un

revoltijo de manos y

piernas, los besos, recorrían los cuerpos de los tres, nos sumergíamos en nuestra burbuja, era

tanto lo que nos producían nuestros encuentros sexuales, que los tres perdíamos la razón.

Nuestro placer no tenía límites, sus sonidos salvajes me excitaban más aun, mis gritos los encendían, elevándolos al cielo. Mi cuerpo se estremecía y temblaba ante cada una de sus embestidas, cortas, largas, brutales, entraban y salían de mí, sin piedad, sin permiso, sin control. Éramos un torrente de emociones, que nada nos conformaba,

nuestros cuerpos se descontrolaban pidiéndonos más y más, hasta que caemos rendidos, exhaustos, muertos de cansancio, nos acomodamos como más nos gusta y nos vamos durmiendo. Como siempre

escucho la voz de mi gallego, que susurra casi sin aliento, UNO MAS UNO —siento la sonrisa de Davy— SON TRES —susurra, ya cerrando sus hermosos ojos grises, sonrío, al escuchar nuestro mantra, me abrazo más a él y caemos en ese sueño que nos lleva a un descanso profundo, reparador. Sé que mañana les costará levantarse, siempre pasa lo mismo,

sonrío entre dormida.

Cuando me despierto ellos ya no están, mi gallego me dejó unas tostadas hechas, lo amo, pienso, con una notita en la mesa de luz.

“ESTUVISTE DE DIEZ, TE AMAMOS”.

Me ducho y enseguida llegan Ramona y las empleadas, empiezan sus tareas, me siento

con ella a tomar unos mates mientras me como unas tostadas con queso y mermelada y me

acuerdo de mis hijos.

—Gallega, ¿fuiste al dormitorio de mis hijos? —pregunto, prendiendo mi computadora, ella me mira.

—No durmieron en casa, sus camas están hechas —responde, puteo por lo bajo y ella

sonríe, llamo a Manu.

—Sofi, te levantaste temprano, ¿cómo estás amor? —pregunta, mimoso.

—Decime, que mis hijos están trabajando, porque me va a dar un ataque —contesto,

sin saludarlo, oigo cómo habla con

alguien.

—¡No me jodas! Pensé que estaban durmiendo, no quisimos llamarlos, ¿te fijaste

bien? Por favor ya estoy nervioso — pero, se cree que miento que le pasa, ya me pongo loca

— Nena, ¿te fijaste en mi casa?

—No Manu, cuando salen de noche vienen a dormir acá, saben que me gusta ver que

llegaron—respondo, ya con la presión en las nubes— ¿Cómo te voy a mentir?, ¡los chicos no

están! —grito, ya me paré y Ramona también se pone nerviosa, sube otra vez a sus cuartos,

baja y me hace seña que no están—
Manu por favor, ¿dónde están mis hijos?

Estoy fuera de mí, enardecida, él me consuela y corta, sé que los va a buscar, ¿dónde?

No sé. La gallega me consuela, diciendo que quizás se quedaron en casa de algún amigo, alguna chica, lo pienso, aunque nunca faltaron a casa.

«¡No puede ser!» y justo, llega Marisa, Manu la llamó para que me acompañe, sabe

que estoy furiosa.

—Quédate tranquila —dice Marisa— se calentaron con alguna, están bien —me

tranquilizaba, pero yo sentía que no, que algo pasaba, pensé en la custodia, otra vez lo llamé a Manu.

—Decime y la custodia, ¿no los vio?, ¿para qué mierda le pagás? ¡Inservibles de

mierda! —grité, se oían muchas voces, entendí que algo pasaba, lo que me puso más nerviosa

aun —Manu —volví a gritar.

—Te escucho Sofi, la custodia los dejó en la puerta de casa y se fueron, no sé, no entiendo por qué no entraron a casa, fíjate en mi casa, por favor, los voy a matar—no creía

que pudieran estar ahí, pero me fui corriendo abrí con otra llave, despacio, Ramona me seguía agarrada a mi cintura, parecíamos dos ladronas.

—Mi niña, capaz que están con algunas, mejor llámalos —me decía con miedo, la

miré mal y calló.



CAPÍTULO 16

La casa tenía cuatro dormitorios, ¿dónde revisar primero?, empecé por el dormitorio

grande, nada, no se sentía ni un ruido, daba la impresión que era una casa abandonada, daba

escalofríos, seguimos con otra, nada, faltaban dos, la gallega se persignó, la empujé para que

se fijara ella, no quería ver a mis hijos en pelotas. Ella con miedo asomó su cabeza y se tapó

la boca con las manos para no gritar, al ver su reacción la corrí del medio y asomé mi cabeza, la madre que me parió, mi hijo Bruno apenas tapado con una sábana boca arriba en la

cama y ¿quién estaba a su lado en bolas, como Dios la trajo al mundo? La alemana, zorra de

mierda, seguía con los Falcao, casi cincuenta años y con mi hijo, me dio un ataque de locura

que la gallega no pudo parar, entré en el

dormitorio y prendí la luz. La muy yegua, se dio vuelta culo para arriba y le dijo a mi hijo, que ni se percató que alguien entró.

—Nene, apaga la luz, mi amor —se me fue toda la sangre a la cabeza y me tiré sobre

ella en la cama.

La saqué de los pelos, arrastrándola por el dormitorio, gritaba como una loca, mi hijo

se despertó, no sabía dónde estaba, cuando me vio le entró la desesperación y no sabía cómo

taparse, lo miré y le grité, sin soltar los pelos de la zorra.

—¡Tapate sucio! —corrió al baño y se puso una toalla en la cintura, la gallega miraba

para otro lado y la alemana seguía gritando, la arrastré hasta el living.

—Abrí la puerta de calle —le pedí a la gallega, que me miraba atónica, como si viera

al coludo —¡abrí! —le grité, más fuerte.

Lo hizo y la saqué desnuda a la calle la arrastré hasta la vereda, ella lloraba y pataleaba, justo cuando el auto del

gallego llegaba con Davy y Frank, se les salieron los ojos

cuando la vieron en la vereda a la zorra desnuda, Davy se empezó a reír y Manu no me la podía sacar de las manos, le daba patadas y trompadas, me desquité por todas las que me hizo.

—Zorra, puta, te voy a matar, si te acercas otra vez a mi hijo, juro por Dios que te mato, ¿escuchaste? —gritaba en medio de la calle.

Davy me abrazó y me metió adentro de la casa de Manu, me solté y le grité al gallego

al ver que la levantaba del piso.

—Aléjate de ella, ¡ya! Dejala así, para que todos vean lo que es ¡zorra! — seguía

gritando.

Manu, sabía que hablaba enserio, se alejó de ella, entró conmigo y Frank se encargó

de ella, entramos y me solté de mis hombres y corrí a buscar a mi hijo que estaba en el baño,

lo saqué a empujones y lo llevé al living, el pobre estaba descompuesto, sus ojos llenos de lágrimas, bajó la mirada y calló.

—Sos un sucio, desgraciado, esa es una puta, una zorra, querés agarrarte una

enfermedad, ¡mierda! ¿No hay otra? o ¿es tan fácil que todas la buscan?

Encima puede ser tu

madre, ¿no te da vergüenza? ¡sucio!

Mis hombres me querían sujetar, pero no los dejaba, estaba fuera de mí, sentimos

ruidos en la vereda y salimos, Marisa le estaba dando la paliza de su vida a la zorra, se le había subido arriba y Frank no podía sacarla, mis hombres corrieron a ayudarla, cuando sintieron mis gritos se pararon.

—Si le ponen un dedo encima —no me dejaron terminar de hablar, los dos se volvieron y me abrazaron.

Entramos, Frank se tuvo que arreglar solo, sacar a su mujer de encima de la alemana y

llevar a la zorra a la casa, Marisa entró y preguntó por Joaquín, que con todo el lío me había

olvidado.

—¿Dónde está tu hermano? —Pregunté a Bruno que se escondía atrás del padre solo

con una toalla en la cintura.

Davy lo mandó a cambiar y cuando vino nos dijo que él se fue otra vez a buscar a una

mujer, Manu lo miró.

—¿Qué mujer? —preguntó Manu ya enojado.

Bruno bajó la cabeza, todos lo miramos, de qué estaba hablando, nadie entendía nada,

yo estaba toda despeinada, sudada y furiosa, Marisa tenía la ropa rota y estaba arañada.

—Contesta, a tu tío, te voy a matar si a Joaquín le pasó algo, por dejarlo solo —el brasilero lo tenía agarrado del cuello de la camisa y le hablaba delante de la cara, él se cohibió y se largó a llorar como un crío.

Frank fue en su defensa y lo sacó de las manos de su padre, lo sentó en el sillón y le

acarició la cabeza.

—Contesta, Brunito, dinos ¿Qué mujer?
—pidió, más calmo Frank.

El gallego y Davy se lo querían comer crudo, a mí y a Marisa nos dio lastima, a pesar

de su metro noventa y ese cuerpo robusto solo era un crío, solo era mi hijo, me senté a su lado, se inclinó y me abrazó fuerte, lo abracé y le besé toda esa linda carita, le corrí el pelo de la cara, secándole las lágrimas.

—Por favor, hijo decime, ¿qué mujer?
—con miedo, nos respondió.

—Su chica lo llamó, le dijo que estaba en Barcelona y quería verlo, estaba en la casa

—el gallego salió con Davy, disparado como un rayo a buscarlo.

Frank iba tras ellos, pero Manu lo detuvo pidiéndole que se quedara con

nosotras,

cerramos todo y nos fuimos a mi casa,
cada cinco minutos Bruno me pedía
perdón, lo mandé

a bañar.

—Después hablaremos —le respondí.

—Sofi nena, es un crío, por favor
perdónalo —Marisa me pidió.

—Ya lo perdoné, amo a ese pendejo, a
todos mis hijos, ahora quiero ver a
Joaquín, Dios me van a volver loca, mis
hombres y mis hijos, no me dan paz —
susurré, tomando un

mate que cebaba Ramona, que me miró y sonrió, la miramos.

—Dios mi niña, creí que estabas poseída —aunque todas estábamos nerviosas nos

largamos a reír, al recordar a la zorra desnuda en la vereda.

Manu no llamaba y no atendía el celular, empecé a preocuparme, no sabíamos qué

hacer, cuando escuchamos la puerta de calle, sus miradas lo decían todo. Me paré enseguida y

el gallego me abrazó, tenía la mirada perdida, anegada de lágrimas que no

caían, lo miré al

brasileño.

—Dime por favor que Joaquín está bien, dímelo.

Él se dejó caer en el taburete de la cocina y nos contó lo que se enteró, Davy lo miraba

mal al hijo, sentí que quería saltarle a la yugular, sin decir nada se abalanzo sobre él, me paré enfrente llorando como loca, lo manoteó y Frank lo alcanzó a parar si no le daba una piña, en

medio de la cara.

—¡Tu culpa es tu maldita culpa! —le gritaba al hijo, que no hacíamos que refugiarse

atrás del tío —Te enseñamos que tienen que cuidarse entre ustedes, ¿te lo dijimos o no?

¡Mierda, contesta! ¿Vale más una puta que tu hermano? —seguía gritando.

Manu seguía con la mirada perdida,
Marisa lloraba agarrada a la gallega,
Zoe,

entretenía a las nenas en sus cuartos y yo me metía en el medio, el brasilero parecía querer

matar al hijo

—Se lo llevaron, ¿entiendes?, él nunca te hubiera dejado solo —le gritaba.

Al escuchar eso casi me muero, «¿quién se lo llevó? ¿dónde?»

El gallego, se dejó caer en el sillón y un mar de lágrimas recorrió su hermoso rostro,

amaba a todos sus hijos por igual, pero todos sabíamos, que Joaquín era su debilidad, ese hijo

soñado, esperado por años, ese crío que llegó de grande, el que, me suplicó tener, el que seguía sus pasos, el que en

ocasiones era más inteligente que él y eso era decir mucho. Con

casi veinte años, nada más, el padre observaba cómo conducía el banco, estaba al tanto de todo y todos lo respetaban, no solo por ser el hijo del dueño, sino porque, como el padre, exudaba autoridad por todos los poros, serio, arrogante, bello, del mismo modo lo hacía con

su progenitor, yo había visto cómo daba órdenes y me inflaba de orgullo, con autoridad y a la

vez con humildad. Su sonrisa, derretía a más de una, cabroncito, sabía que era bello, pero no

salía con ninguna de ahí, eso le había enseñado el padre, aunque él, no dejó de llevarse ninguna a su cama. Sonreí, sé que quería, que en ese aspecto fuera distinto a él, lo miré y me

puse de rodillas a sus pies, le tomé las manos y me tomó de los hombros y me sentó a su lado, nos abrazamos y lloramos. Cuando se tranquilizó, me miró, me corrió el pelo de la cara, se limpió las lágrimas y empezó hablar.

—Escúchame Sofi, fuimos a la casa de esta chica, nos atendió la empleada, nos informó que el padre y ella se habían ido de madrugada, con el novio de ella —no entendía

nada, lo observé, él se dio cuenta y me aclaró lo que no entendía— él se lo llevo, lo habrá amenazado, no sé, no sé qué mierda pensar —se pasó la mano por la cara y miro hacia arriba

— recorrimos todos los amigos de ambos, ese hijo de puta es un fantasma, más inteligente de

lo que pensé, quiero que te quedes acá —me puso un dedo sobre los labios, cuando estaba por

abrir mi boca— por favor, esta vez no me contradigas, no sabemos quién mierda es este loco,

pero ten la seguridad que no descansaré

hasta traer a mi hijo de vuelta a nuestro lado y arrancarle el corazón, con mis propias manos a ese mal nacido —me apretó contra su pecho

y me besó la cabeza— necesito saber que estarás a salvo con mis hijas, en casa. Las nenas no

irán a la escuela, Bruno se encargará de la empresa de publicidad, con Frank, el gerente y otros amigos del banco, Davy yo saldremos a buscarlo, ya unos amigos lo están buscando, por cielo y tierra — me recosté en su pecho y lloré de desesperación, mi bebé, pensé, el brasilero me sentó a su lado y me apoyó en su pecho, besándome la frente.

—Por favor, nena haz caso, no te muevas de adentro, no vayas a ningún lado,

promételo —con su dedo índice, me levantó el mentón y me miró.

—Acá voy a estar, por favor tráiganlo de vuelta —giré mi cabeza y me dirigí a Manu

—gallego, trae a mi hijo, por favor —asintió con la cabeza, cerró los ojos y vi cómo otra vez

las lágrimas inundaban sus mejillas —avisa a la policía —pronuncié, me observó.

—No, sabes muy bien que yo tengo mis recursos, mis amigos y yo lo encontraremos.

Manu se fue con Davy, las nenas, como él había ordenado, no fueron a la escuela, la

gallega lloraba por los rincones y Marisa había dejado en manos de Miriam, Candy y Mía, la

dirección de nuestra empresa, ella se la pasaba en mi casa, a la espera de noticias, que no llegaban, mis hombres volvían de noche, cenaban, dormían y las seis de la mañana salían de

vuelta, nos estábamos volviendo locos.

Bruno casi ni comía, era un alma en pena, se responsabilizaba por su hermano y el padre no le hablaba, todo era un caos total, ya habían

pasado dos días. A Manu, se lo veía muy triste, dejó de comer y apenas dormía, una mañana,

de sopetón, llegó mi suegro, me abracé a él y los dos lloramos, sabía del profundo amor que

sentía por sus nietos varones. Se quedó en mi casa, desde su celular se la pasaba llamando a

todos sus contactos, hasta que una noche, antes de cenar, mis hombres aún no

habían llegado,

estando en el despacho de su hijo, oímos que gritó. Nos miramos y salimos corriendo a su

encuentro, pensando que le había dado algo, antes de abrir la puerta, él abrió y me miró.

—El hijo de puta está en Argentina —
quién ¿Joaquín? Pensé— pero se van a morir al

saber dónde vive —exclamó, Marisa lo miró y yo como siempre no caí, él me volvió a mirar

— dime la dirección de tu piso —estaba

muy desconcertada, era imposible que él estuviera en

mi casa, la cual está alquilada hace años, me quedé muda, él me gritó y reaccioné, le di la dirección y me sonrió.

—Está ahí, con su hija y un chico joven, hace tres días, mis informantes dicen que los

chicos no salen del piso, solo él por horas y vuelve a entrar con comida.

Marisa y Ramona empezaron a gritar y yo me largué a llorar, no podían hacerme callar, cuando entraron mis hombres y

escucharon tanto alboroto se miraron, sin saber qué pensar. Davy me abrazó y mi suegro lo agarró de los hombros a Manu

—Hijo, tu crío está en Argentina, en la casa de Sofi, recién me lo confirmaron —

Manu, se abrazó al padre y lloró en sus brazos.

Cuando nos tranquilizamos todo resultó más claro, el gallego me ordenó hablar con

el conserje del piso.

—Manu, es temprano allá —no me dejó

terminar de preguntar y me ordenó, lo que

tenía que preguntar, tomé el celular y tratando de tranquilizarme, le hablé con voz segura.

—Hola ¿cómo estás? Habla Sofi, la dueña del piso —el hombre no me dejó terminar

de hablar.

Hacía dos meses que no hablaba con él, después de mucho pensarlo, lo alquilé, me

giraban el monto del alquiler al banco del gallego, como siempre confié en el

conserje, cuando quiso decir el nombre del inquilino no lo escuché, sabía que él solo lo alquilaría con

todas las referencias que le indiqué, fue por eso que nunca me enteré, de saberlo jamás se lo

hubiera alquilado.

—¡Qué alegría! ¿cómo estás? ¿y tu familia? —el pobre me preguntaba, mientras

nosotros nos comíamos las uñas.

—Bien todo bien, sabes que voy a viajar a Argentina —otra vez me interrumpió,

Manu estaba por sacarme el celular de las manos, cuando el conserje me dijo, como si yo supiera.

—¡Qué bueno! ¡Cuánto hace que no te veo! Sabes que Maxi, te tiene el piso espléndido,

quedate tranquila, lo pintó y abona puntualmente, hace unos días que llegó de España, con la

hija de la mujer y su novio, un chico muy educado, pero parece enfermo, triste — Manu levanto sus largos brazos, agarrándose la cabeza, el padre lo abrazó y se lo llevó al jardín de

invierno, tuve que tapar el celular y

meterme en el dormitorio para que el conserje no escuchara sus alaridos, estaba furioso.

—Escúchame, te pido un favor —le dije, con mi mejor voz.

—Lo que quieras, Sofi —respondió, sonriendo.

—No le avises a Maxi, es una sorpresa, quiero verlo, hace mucho que no lo hago,

¿serías tan amable de no decirle nada?
—rogué, esperando que mantuviera su boca cerrada.

—Quédate tranquila, va a ser un secreto,

a ¿qué hora vienes?

Todavía no sé, pero quiero que sea una sorpresa, sorpresa era la que se iba a llevar Maxi, cuando viera llegar a mis hombres, y sus amigos, pues era consciente que no irían solos, iban dispuestos a todo para salvar a mi hijo, después de darle las gracias, corté. No podía creer que hubiera secuestrado a mi hijo, ¿qué lo motivó a hacer semejante barbaridad?

¿Por qué? Estaba completamente loco de atar, nadie en su sano juicio haría algo semejante, en

ese momento quería tenerlo ante mí, para arrancarle los ojos, era tanta mi

bronca, que le pedí

a Manu, ir con ellos, algo a lo que, por supuesto, se negó rotundamente. Lo vi al brasilero llamar al hangar para que le prepararan el avión, lo querían listo en una hora, no lo pidió, lo

ordenó a los gritos, todos estaban nerviosos, mi suegro se quedó con nosotras, vi a Manu entrar en el dormitorio y lo seguí. Se duchó, se cambió, sacó un fajo de billetes de la caja fuerte, los guardó en un bolso, lo llamó al hermano y se metieron en el sótano. A los pocos

minutos salieron con otro bolso, lo miré, sabía que llevaban armas, los conocía

bien, aunque

muchas veces miraba a un costado, se pararon a mi lado y me morí de miedo, mi barbilla empezó a temblar, el gallego dejó el bolso en el suelo y solo con una mano me levantó de la

cintura, me apoyó contra su cuerpo y me miró a los ojos.

—Te amo, mi niña, nunca lo olvides —
lo abracé, y me largué a llorar ¿era una despedida?

—Por favor, vuelvan los tres, si no lo hacen me moriré, lo saben ¿no? —
susurré, lo

mordí en su barbilla y él apoyó sus labios en los míos.

—Claro que vamos a volver, no salgas
—me ordenó, me bajó y me besó la cabeza,

Davy se agachó y me besó en los labios.

—Por una vez en tu vida haznos caso,
para que nos vayamos tranquilos, ¿sí?
—me

preguntó, volviendo a besarme.

Me apreté a su cuello y aspiré su perfume, sabía que lo que iban a hacer era peligroso,

se fueron y yo me quedé temblando, rezando para que los tres volvieran, sanos y salvos.

Con Marisa y mi suegro, empezamos a tejer todo tipo de conclusiones, nos dimos

cuenta que Maxi, tampoco quería a esa niña, que nos enteramos que no era su hija, sino no nunca la hubiera dejado sola tanto tiempo, fue él quien la obligó a que llamara a mi hijo, él

nunca se hubiera acercado a su casa. Mi suegro pensó, que, como decía el gallego, era un loco, muy inteligente y opinaba que estaba obsesionado conmigo, sus palabras hicieron que

se me erizara toda la piel. Él dormía con el celular en la mano, yo también estaba atenta a la

llamada que mis hombres pudieran hacer al otro día, calculando la hora que llegarían, pero

ellos aún no habían llamado. Obligué a comer a mi suegro, rezongando se llevó unos bocados a la boca, Frank, Marisa, Bruno y Zoe, preguntaban cada media hora si había novedades, cosa que nos mortificaba más de lo que estábamos. Mi suegro y Frank ya estaban

insufribles, calculando el horario de llegada del avión y ellos sin llamar, los llamábamos y

no contestaban, no sabíamos qué mierda hacer, hasta que sonó mi celular, corrí a atender, me

quedé muda, ante la atenta mirada de todos.

—¿Vos te pensás que ellos, son más vivo que yo? Idiota, te volviste una idiota, tengo a

tu hijo, antes que ellos llegaran me fui, vas a ver a tu hijo cuando a mí se me dé la real gana,

¿escuchaste? —gritó Maxi, su voz temblaba, de furia.

No podía responder, mi suegro me saco

el celular de la mano y escuchó

—Creo que voy a hacer un canje, tu hijo por ti, ¿qué te parece? Si querés a tu hijo aceptá mi proposición, de lo contrario, lo van a juntar con cucharita —me tapé la boca con

las manos para no gritar.

Frank, ya estaba al lado de mi suegro escuchando la conversación, me hizo señas para

que diga que sí, mi suegro decía que no, me estaban enloqueciendo, se me hizo un nudo en la

garganta y sentí un temblor en todo mi

cuerpo.

—Acepto, pero deja a mi hijo libre hoy mismo —le ordené, se rio muy fuerte, Frank

me hacía seña que el encuentro tenía que ser pronto y mi suegro se retiró hablando por celular, después se arrimó a mí y me hizo seña que mañana.

—Está bien, mañana, entrega a mi hijo y me voy contigo —esas palabras me dolieron,

en lo profundo de mi alma, sentí como su burlona risa, entraba en mis tímpanos.

—No estás en condiciones de exigir

nada, lo haremos a mi modo y cuando yo quiera

—respondió rápido y cortante, ya no sabía qué contestar, mi suegro me dijo que siguiera hablando y así lo hice.

—Escúchame Maxi, hablemos, por qué llegar a esto, mi hijo es inocente de todo, por

favor no le hagas daño —sentí que me escuchaba, como en otros momentos de nuestra vida.

—Mañana te llamo, sabés, jamás te olvidé, nunca dejé de quererte, tendrías que

haberme elegido a mí, no a esos mafiosos —mi suegro me sacó el teléfono, de la mano, enardecido, furioso para contestar, pero Frank fue más rápido y cortó.

Nos abrazamos con Marisa, dentro de todo lo malo sabíamos que Joaquín estaba bien,

pero, ¿hasta cuándo? Y ¿dónde?

Mis hombres llegaron destruidos, con peor cara de la que se fueron, cuando llegaron

allá, el conserje les dijo, que hacía una hora que ellos se habían ido, ¿quién le aviso? No supieron. Manu pidió ver las

cámaras de seguridad y comprobó lo que tanto temía, a Joaquín

se lo veía más delgado y triste, lo que lo angustió sobremanera, se volvieron sin pena ni gloria. Por supuesto, me ofrecí a hacer el intercambio, nada era más importante que él, solo

pensaba en él. Mi casa era un caos, todos puteaban, el celular de Falcao sonaba cada cinco minutos, sabía que estaba utilizando todos sus contactos, Manu se duchó y se encerró en la habitación solo, estaba desesperado. Davy hablaba con Frank y el resto llorábamos a moco tendido. Solo una madre sabe lo que se siente tener a un

hijo secuestrado, sin saber si lo vería otra vez con vida, las horas pasaban y los ánimos caían como por una vertiente. Manu nos llamó a la habitación, a Davy y a mí, nos sentamos en el sillón de la habitación y nos habló,

sin dejar de mirarnos, su mirada, era otra, perdida, aturdida, fría.

—Sofi, no sé qué hacer —quise abrir mi boca para responder, pero me tapo

suavemente los labios con su dedo índice, como tantas veces— escúchenme estamos tratando,

no solo con un loco, si no con un tipo muy inteligente —me observó— él te

quiere a ti, solo

en el caso que te deje ir, que no lo voy a hacer, pero solo imaginemos que lo hago, jamás te

volveré a ver y eso me mataría, lo sabes ¿no? —por supuesto, ante sus palabras me largué a

llorar, Davy estaba inmóvil, tieso— Pero dime ¿cómo recupero a mi hijo? Me entregaría por

los dos, ya he vivido lo suficiente, he tenido dos grandes amores en mi vida — nos miró con

lágrimas en los ojos, Davy se había

parado y sus lágrimas bañaban su rostro
— me has dado,

lo mejor de mi puta vida, tres hijos
hermosos, ya no quiero nada más, si él
aceptara, yo me

entregaría— me abracé al brasilero y él
se nos unió, quedamos los tres, muy
juntos, como siempre y lloramos como
tres críos. El brasilero se paró de golpe
y lo enfrentó a Manu.

—Jamás nos entregaremos, ¿escuchaste?
Haremos lo que sea, pero nunca
permitiré

que ese loco de mierda, nos venza,
recuperaremos a mi ahijado.

No sé lo qué tramaron, pero, fuese lo que fuese, no me gustó, todos los hombres se

fueron al hotel, todas las mujeres nos quedamos en mi casa, a las dos horas volvieron. El gallego me dijo que cuando hable, le diga que me voy a entregar, lo miré, sabiendo que ni loco me dejaría en las manos de él. A la mañana siguiente, llamó Maxi, se lo oía más relajado, y nosotros estábamos muertos de miedo, sudados y sin dormir. Me citó, en un lugar

público, todo lo contrario de lo que mis hombres esperaban y antes de cortar nos desconcertó

otro pedido.

—Quiero que vayas con el brasilero, tengo que arreglar un temita con él —

recordamos tiempo atrás, la paliza que le había dado, con Frank, Manu no estaba de acuerdo,

dejarlo ir era mandarlo a la muerte, Davy me hizo seña que le dijera que sí y así lo hice.

—Tú no vas a ir, ni lo sueñes, ¡si vas te mata! —exclamó el gallego, a boca de garro,

mi suegro y Frank también se negaron.

—Nadie lo va a impedir, voy a ir, no le tengo miedo y si me muero moriré en paz—el

gallego lo empujó, para no darle una piña, Frank se metió en el medio a separarlos, todos estaban desquiciado se gritaban diciéndose de todos, hasta que mi suegro se metió en el medio y los detuvo.

—¿Quieres que yo me muera? ¿Eso quieres? —le dijo mi suegro a Davy, que se

paseaba de un lugar a otro, el brasilero se paró y se quedó contra la pared, apoyando su cabeza y sus largos brazos en ella, callado —tú no vas a ir, acá el

que da las órdenes, es Manu

—lo agarró del brazo y lo dio vuelta, lo miro a la cara y lo abrazó— sabes que si te pasa algo

moriría, no me hagas esto, ya estoy viejo, ¡por favor! —se abrazó al padre y tomaron, asiento.

—Lo vamos a hacer como dijimos — habló el gallego, con seguridad— todo saldrá

bien, ese hijo de puta, pagará con su sangre lo que nos está haciendo sufrir y por tocar a mi

hijo, cuando termine con él, deseará no

haber nacido —mi suegro, lo miro.

—Sabes, lo que te dije, yo quiero verlo vivo, después haz lo que quieras —

Manu

asintió con su cabeza.

Esperábamos la hora del encuentro, apretando las mandíbulas, rezando, cuando llegó

el momento, los tres hermanos antes de irse se despidieron, sus semblantes estaban tensos, Davy me abrazó y me besó en la cabeza, Manu me llevó abrazada hasta el puerto, se agachó y susurró sobre mis labios.

—Te voy a traer tu hijo, cueste lo que cueste, solo hazme caso, no salgas, promételo,

dilo, Sofi, dilo —me ordenó, ni loca lo iba a hacer.

—Te lo prometo, cuídense, los quiero a los tres de vuelta —me abracé a su pecho y él

cerró sus ojos negros y suspiró.

Cuando cerré la puerta, mi suegro estaba, observándome, parado contra la pared, en

sus ojos vi lo que nunca, vi el terror, sabía que si les pasaba algo a algunos

de los tres moriría, de pena, el gran Falcao se abrazó a mí. Nos sentamos con los que quedábamos en la

cocina, en silencio, ese que se escucha, antes de una gran tormenta, cada uno de nosotros rezando o simplemente perdidos en nuestros pensamientos.

La gallega se puso hacer esos buñuelos que tanto les gustaban a los hombres, yo sabía

que eran para Joaquín, él era quien siempre se los reclamaba, la miraba cómo a medida que

mezclaba, sus lágrimas se iban mezclando con la preparación, sentí un

amor infinito por esa

gallega, que siempre estuvo a mi lado, ayudándome a criar a mis hijos, tuvo que parar de mezclar porque sus ojos eran una catarata interminable de lágrimas, que no la dejaban ver, mi

suegro se paró y la abrazo.

—Todo, va a salir bien, galleguita, ten fe, mis hijos volverán con mi nieto — aseguró,

levantando la cabeza hacia arriba, quizás rezando o suplicando.

De pronto sentimos un golpe tremendo, en el piso de arriba, Zoe me miró, hacía

diez

minutos que habíabajado, corrimos con Marisa, en dos segundos entramos en la habitación de

mis hijas, Marisa gritó y yo la miré. Emily gritaba desesperada y Lucía trataba de levantarla

del piso, ella tenía su pierna doblada para atrás. Se había caído, sus gritos eran atroces, la quise levantar, pero Marisa me gritó que no, seguro estaba quebrada, corriendo el riego, la

levanté y corrí hacia abajo, todas tras de mí a los gritos, mi suegro desesperado, agarró las

llaves de la camioneta y salimos
disparados, como un rayo, al hospital.

En el camino mi hija me gritaba, que le
dolía, yo le exigía a mi suegro que
fuera más,

rápido y Marisa lloraba como loca. En
fin, todo era una locura de gritos y
llantos, mi suegro

no respetó semáforos, ni a nadie,
llegamos a los bocinazos y a los gritos.
Enseguida salió una

médica con una camilla, yo agarrada a la
mano de mi hija, que seguía gritando
como loca, la

llevaron enseguida adentro y la revisaron, tenía una fractura en su piernita. Después que le dieron calmantes, ella se serenó y ahí los médicos pudieron hacer su trabajo. Me pidieron que

saliera, aunque me negué, tuve que hacerlo, me reuní con mi suegro, que pobre estaba pálido,

tomando un café, y observaba su reloj cada cinco minutos. Me aparté hacia un costado, tratando de comunicarme con Manu, se teléfono estaba apagado, miré la hora, justo era la hora del encuentro, recé por todos, rezaba y puteaba, no entendía que nos pudieran pasar tantas

cosas, cuando todo estaba tranquilo y se iba ordenando, algo surgía y ponía todo patas

a arriba otra vez, parecía una maldición.

—No llamaron, estoy empezando a pensar que algo salió mal —comenté,

mordiéndome el labio, mi suegro me miró.

—Tranquila, todo tiene que ir bien —su voz y su mirada decían lo contrario.

—Voy a ver la nena —les dije, mientras me ponía de pie.



CAPÍTULO 17

Me dolía todo el cuerpo, como si me hubieran pegado, caminé por esos pasillos

vacíos, antes de entrar en la habitación, tuve la sensación que alguien me observaba, me di vuelta despacio, me agarraron de atrás y me pusieron un pañuelo en la boca y el olor que tenía me ahogó.

Davy todo lastimado, Frank, Manu y

Joaquín, entraron al hospital todos hechos un

asco, mi suegro se paró y el nieto se tiró en sus brazos, lo besó y no terminaba de abrazarlo,

Manu lo miró a mi suegro.

—¿Dónde está Sofi? —Preguntó furioso, —puede ser posible, que nunca me haga caso, ¡mierda! —gritó, Marisa lo miro a Falcao.

—Está con la nena, recién fue a verla, se quebró una piernita —Davy se agarró la cabeza y gritó.

—Eso ya los sé —gritó el gallego—
fuimos a casa y me dijeron, pero recién
vimos su

camioneta que salió, como si se la
llevara el demonio.

En un segundo entendieron la situación,
corrieron a la habitación de la nena, y la
vieron dormir sola, entraron en el baño,
buscando a su mujer, salieron afuera,
después de cerrar con cuidado la puerta,
se apoyaron en la pared, suspirando,
Sofi había desaparecido.

Falcao y Marisa los encontraron en el
pasillo destruidos, les comentaron que
una enfermera

la vio salir del hospital, por la parte de atrás, un hombre la llevaba casi alzada. Parecía descompuesta, la subió a una camioneta y se alejaron, ella presintió que algo sucedía, llamó a

seguridad, pero ellos ya habían desaparecido.

Mis hombres no encontraban consuelo, habían recuperado al hijo después de poner de

señuelo, a una mujer de pelo rubio, la cubrieron cuatro amigos de ellos, cuando ella se encaminó al estacionamiento, se le tiraron encima a él. Maxi no era cualquier rival, iba acompañado de dos amigos, se trezaron

en una pelea, en la que Davy llevó la peor parte, lo

golpearon en la cabeza y cuando cayó lo le siguieron dando patadas, Joaquín tomo a uno por

sorpresa y lo noqueó. Para algo le sirvió, practicar boxeo tantos años, Manu se peleó mano a

mano con Maxi, las piñas y patadas, volaban, el gallego le ganaba en tamaño y cuando tiró al

piso, se cansó de pegarle, hasta que unos tiros los alertaron. Se levantó, sacó su arma, se dio

vuelta para ubicar a su hijo y a Davy, vio a Joaquín ayudar al tío a levantarse y ese fue el momento preciso que Maxi aprovechó para escapar.

Y ahora su mujer, su niña había desaparecido. Ya en la casa, no podían reponerse, la

gallega curaba la cabeza del brasilero, los hijos lloraban acunando a sus hermanas entre sus

brazos, mi suegro, seguía con el celular, la gallega y Zoe, consolaban a Marisa que lloraba a

los gritos y el gallego, pobre, no se perdonaba haberlo dejado escapar. Se

duchó y salió con

Frank, era un fantasma, no comía ni dormía, estaba al borde de la locura, a nadie escuchaba,

ni al padre, al que amaba, solo deambulaba, entrando y saliendo de la casa, sin afeitarse, sin bañarse, sin comer, pensaba que él la estaría violando y la furia lo transformaba, desataba en él

todo lo malo, todo lo que fue unos años atrás.

—Tienes que comer, por favor, vamos dúchate —le pidió una noche, Davy en el

dormitorio, agarrándolo del brazo, cuando estaba por salir otra vez.

Manu lo tomó del cuello con una mano y lo pegó a la pared, lo miraba con los ojos

impregnados de odio, Frank, al escuchar ruidos, entró y al verlo cómo se encontraba el gallego, retrocedió y solo observó.

—¿A ti no te importa, que ese hijo de puta la esté violando? ¿No te importa que a la

madre de tus hijos la estén cogiendo? — le gritó fuera de sí— pues a mí sí, si no la encuentro

me mato, me mato entiendes, no me interesa vivir más —lo soltó y el brasilero, cayó de rodillas al piso, agarrándose la garganta, Frank lo ayudo a levantar, mientras Manu salía a la

calle, con sus ojos enrojecidos de furia y dolor y seguía buscando a Sofi.

Cuando volvió, el padre no lo dejó hablar, los llevó a los empujones hasta el

despacho, y se encerraron por una hora. Las nenas pedían por la madre, Marisa, Zoe y la gallega no podían consolarlas, todas las noches se dormían tardísimo pidiendo por ella; Bruno y Joaquín casi ni comían, y se encerraban en sus

dormitorios a llorar. Frank trataba de consolar al padre, al que ya le había subido la presión varias veces, Davy se había encerrado

en el jardín de invierno, donde lloraba a moco tendido. Manu salió hecho una seda, el padre

en algún punto lo hizo entrar en razón.

—¿Dónde está Davy? —le preguntó a Frank, quien, con los ojos hinchados de llorar,

le indicó con el dedo, el jardín de invierno.

Lo vio arrinconado en el sillón, lo levantó del brazo y lo llevó al dormitorio, entraron

y lo hizo sentar en el sillón, se arrodilló a sus pies y lo miró, mientras con una mano acariciaba su hermosa cara.

—Perdóname, sé que tú también sufres, solo que estoy loco de rabia, por dejar que ese

hijo de puta se llevara a nuestra mujer, el solo hecho de pensar lo que le hace—
Davy no lo

dejó terminar de hablar, lo insultó, sin darle su perdón.

Manu se levantó, con la poca paciencia que tenía y como en otros tiempos, lo arrinconó contra la pared, se miraron intensamente

—Te amo y lo sabes, no hagas que me enoje más de lo que estoy —le tomó la cara con las dos manos y lo besó profundamente, como hacía años no lo hacía, después lo soltó y

se abrazaron—tenemos que encontrarla, no viviré en paz, mientras no lo logremos, ayúdame,

no te rindas, por favor, quiero que siempre seamos tres, ¿recuerdas? —dijo apartándose y mirándolo a los ojos,

Davy lo beso en los labios y los ánimos se calmaron, por el momento.

Apenas salieron de la habitación, sonó el teléfono de Manu, atendió y la voz de Maxi,

se le clavó como una aguja en el oído.

—Habla el todo poderoso, banquero — se rio fuerte, Manu puso en manos libres y

todos escucharon su voz.

—Devuélveme a mi mujer, ¿cuánto quieres? Lo que pidas te lo daré — respondió el

gallego con los dientes apretados, nadie respiraba, solo escuchaban.

—¡Ja ja ja ja! ¡Ni lo sueñes! Se va a quedar conmigo, es mi mujer, me va a dar un hijo

y viviremos felices, como siempre tuvo que ser, no quiero tu dinero, nada nos va a faltar —

mientras hablaba, grababan la conversación, el gallego había hecho intervenir todos los teléfonos —solo quería decirte que ya hemos dormimos juntos —aun ante las señas de todos

para que no gritara, Manu no aguantó más y lo puteó— no te enojés, ¿sabes lo

buena que es

en la cama? ¡Oh, sí que lo sabes! ¿no?
—lo provocó.

—Hijo de mil putas, te voy a despellejar vivo, esta vez vas a sufrir —no terminó de

hablar cuando escuchó el grito de Sofi

—¡MAAANUU! —eso lo descolocó, se arrodilló y empezó a gritar, agarrándose la

cabeza, ya no podía seguir hablando, el padre agarró el celular y hablo.

—Mira, ¿cuánto quieres? sabes que

disponemos de dinero, solo di cuanto,
¡cabrón! —

la risa de Maxi, no tardó en llegar.

—El gran Falcao en persona, deben
estar asustados para que corrieras en
ayuda de tus

hijos, pues mira, no quiero dinero, la
quiero a ella —y sin más con una risa
sarcástica, corto

la comunicación.

Enseguida sonó el celular del padre,
Maxi, había cometido un error, hablar de
más, la

llamada estaba localizada, estaba más cerca de lo que ellos, suponían.

Me encontré sentada en una silla, atada de manos y pies, la cabeza me daba vuelta, mi

pelo sobre la cara, en la boca, un trapo, no sabía qué era, y veía todo nublado; me dolía todo

el cuerpo, era como despertar de una pesadilla. Abrí mis ojos lentamente y recobré

parcialmente la memoria, la realidad me golpeó de frente, lloré al recordar a mi hijo, mis hombres, mi familia, recorrí, con mi mente cada imagen, cada palabra

de lo vivido. Volví a

revivir, lo que este hijo de puta le dijo a Manu supuse que el gallego estaría furioso, sabía que, con el trascurso del tiempo, se había vuelto más celoso que Davy y eso ya era mucho decir, sería un torbellino de locura, su pobre cabeza estaría trabajando a mil. Quizá Davy llorase por los rincones, pero mi hombre, que parece tan fuerte, solo es un niño grande.

Observé el lugar, aun con la vista nublada por el llanto, era una habitación grande, una

cama y pocos muebles, una ventana enorme y una puerta cerrada, en el

silencio se escucharon

pasos, recordé otra vez a mi hijo, ¿estaría a salvo? ¿Lo tendría en otro lado? La puerta se abrió de golpe, levanté mirada y lo vi a él, sentí tanto odio, como jamás lo sentí por nadie,

quería que me soltara para poder arrancarle los ojos, lo miré, con total ira que era capaz. Se

aproximó, cuando estuvo a mi lado, me sonrió, advirtió en mi mirada la furia contenida, le

hice señas para que me sacara el trapo de la boca, con mucho cuidado lo hizo, y vi que era

una corbata.

—¿Te despertaste, hermosa? —asintió

—si te suelto, no querrás escaparte ¿no?

—me

preguntó.

«Si me sueltas te mato,» Se arrimó y me secó las lágrimas, cuando su dedo iba a tocar

mis labios, estiré mi cabeza y lo mordí, apartó la mano y me dio una cachetada, que me dobló

la cara.

—Hijo de puta, mal nacido, devuélveme

a mi hijo, él no le hizo mal a nadie,
cuando

mis hombres te encuentren te van a
matar, no sabes a lo que te enfrentas,
asqueroso, miserable

—legrité, desgarrándome la garganta.

—Tu hijo ya está en tu puta casa —
aseguró, limpiándose la sangre de los
dedos —y

no me insultes, porque me excitás más
de lo que estoy —un frío me recorrió la
espalda—

ahora vos y yo hablaremos, ¿entendido?
—me tomo el pelo y tiro mi cabeza

hacia atrás, con

rabia.

—Yo no tengo nada que hablar con vos, nada, ¿escuchaste? desátame, quiero ir con mi

familia, ¡ahora! —le grité moviéndome de un lado a otro, tiró más de mi pelo, acerco su cara

a la mía y me miró.

—Me parece que no estás entendiendo nada, Sofi —aseguró— vos y yo nos iremos

lejos, muy lejos —expresó, recalcando

cada una de las letras, clavé mis ojos en él, estaba completamente, loco— yo soy tu familia, solo yo, olvidate de todo, no me hagas enojar —su

expresión me asustó, bajé mi cabeza, pero el sujetándome y tirando más de mi pelo, me levantó la cabeza, me miró a los ojos— me vas a dar un hijo, el hijo que le diste a ese hijo de

puta tenía que ser mío, nunca debí que dejarte ir, vos eras mía, yo fui tu primer hombre, yo te

enseñé a amar, —sus ojos destilaban veneno, mi cuerpo temblaba, pensando que me violaría,

sus actos así lo indicaban, saqué fuerzas de donde no tenía y lo enfrenté.

—Jamás te daré un hijo, vos solo fuiste mi amigo, solo eso, jamás te amé, ni te amaré,

te has vuelto un ser despreciable, un asco de persona, ¿en qué te convertiste? Decime —me miró, parecía que su furia se había esfumado por mis palabras.

Bajó su cabeza, pensativo, pero como si fuera otra persona levantó su mano y me

abofeteó varias veces, sentí como la sangre caliente corría por mis labios, lo que me enardeció más de lo que estaba

—Piensa en tu hija, se quedará sola, porque cuando mis hombres te encuentren no lo

dudes, se quedará sin padre —grité en su cara.

—Mi hija, jaja ja, ella no es mi hija, es la hija de una puta, que quiso pasarse de lista,

no quieres saber lo que le paso o ¿sí? —yo sabía cómo esa pobre mujer había terminado, la

verdad que no quería terminar como ella.—Y sí, me convertí en un loco—afirmó, sin desviar

la vista de mis ojos —loco de amor por ti, te he pensado, extrañado, cada noche de mi vida y

no creas que no he buscado en otros brazos lo que tú me robaste. Lo he hecho, ya no vivo en

paz, nos iremos lejos, poco a poco te enamorarás de mí, tengo mucho dinero y vos sabrás por tus hombres que el dinero abre muchas puertas ¿no? — preguntó, sin dejar de

observarme.

—¿Qué tienen que ver ellos?, ellos son buenas personas, me aman, me cuidan — largó

una larga y sonora carcajada.

—Ellos son unos delincuentes, ellos son unos mafiosos, recién ahora de viejos, están

por retirarse, pero los negocios los seguirán tus hijos que son dignos hijos de sus padres, o

¿te creés que el dinero solo entra del banco y la empresa de publicidad? ¡Oh, nena, qué inocente sos! —vio en mis ojos inseguridad, lo sé y arremetió, escupiéndome en la cara lo que siempre supe— el dinero grande viene del Brasil, de las piedras preciosas, el negocio que jamás perderán, porque fue eso lo que los hizo millonarios y tus

queridos hijos lo saben,

no puedo creer que vos no lo sepas —en un descuido me besó en los labios, con rabia, lo empujé con mi cuerpo, sin importarle, se arrodillo a mis pies y me secó las lágrimas que no

dejaban bañar mi rostro y mis labios todos rotos por sus bofetadas, lo miraba sin dar crédito

a que ese hombre, años atrás, había sido alguien importante para mí.

—Te amo Sofi, te amo como el primer día, confía en mí —suplicó— todos estos años

hice mucho dinero, solo pensando en ti,
nada te faltará, vivirás como hasta
ahora, hecha una

reina, viajaremos por el mundo y
viviremos, donde más te guste,
buscaremos una isla, si así

lo prefieres. —me miraba con amor,
reconocí esa mirada, «este hombre está
delirando», pensé, mirándolo. Con sus
dos manos me tomó la cara y con un
dedo limpió mi sangre—

Sofi, dime que no me has olvidado, que
todo puede ser como antes, ¿te acordás,
nuestros paseos por los bosques de
Palermo?, nuestras risas, las películas
tirados en el sillón, ¡nena te amo! Por

favor no quiero hacerte daño, solo quiero amarte —estiré mi cabeza hacia atrás cuando sus labios se aproximaban a los míos, con intención de besarlos.

Su mirada cambió, vi la de un animal herido, se paró de un salto y volvió a ponerme

la corbata en la boca.Me resistía, movía mi cabeza de un lado a otro, pero su fuerza, ganó la

batalla, me levantó de los hombros y me tiró sobre la cama; vi cómo se desprendía el pantalón, se bajó el cierre y se empezó a masturbar.Mi cuerpo se estremecía, ante su atenta mirada, mis gritos quedaban en mi anidados en mi

garganta, sin salir, se acercó despacio, gateando sobre la cama, mientras yo rezaba en silencio, estaba perdida, acorralada.

—Si lo querés así, así será, de todos modos, serás mía, como siempre lo fuiste,

preparate porque hoy, quiero ese hijo que nunca me diste, hice tanta fuerza con la boca, que la

corbata zafó y un grito atroz salió de mi garganta, pataleé, lloré, pero no podría detenerlo en

su intento, estaba enloquecido. Sus manos recorrían mi cuerpo, sus dedos

presurosos,

intentaban abrirse camino hacia mi sexo,

—¡Basta! —gritó abofeteándome otra vez— te voy a coger mejor que ellos, no te

resistas, pues me estas calentando más —su voz era ronca y su cuerpo empezó a temblar.

Creí morir, luchaba sin poder moverlo de encima de mi cuerpo, mi corazón latía

desafortunadamente, cuando de pronto escuchamos que la puerta se abría y una voz, miré sobre

su hombro y vi a la niña la de quien estaba enamorada mi hijo, según él la hija de una puta. Vi

como él sonrió, se levantó despacio y la observó, ella tenía un arma en la mano, su cara desfigurada, contenía una fiera expresión, le apuntaba a él.

—¡Baja esa arma, ya! —le gritó sin dejar de observarla, ella me miró, quieta,

expectante, ida.

—Te voy a matar, por mi madre, por ella —me miró— por mí —se me heló la sangre, supe que él abusaba de ella, me

enloquecí y le grité.

—Hijo de puta abusaste de ella, una niña, mal nacido, ojalá te pudras en el infierno —

ella, con su hermosa cara me observó, sus lágrimas desbordaban su pequeño rostro, quise matarlo, me sentí presa de un delirio total, le gritaba como una loca y él permanecía atento a

la chica, quien no bajaba el arma, la cara de él había cambiado, ya no sonreía.

—No sabes lo que decís, bajá el arma y hablaremos —él intentaba acercarse.

No sé si para darse valor ella misma, le disparó un tiro a sus pies, yo salté de la cama

como pude y me puse de pie, la miraba a ella y ella me miraba a mí

—Vamos dámela, te vas a lastimar —
estiró su mano, yo quería gritarle que lo matara,

pero no reaccionaba, solo observaba.

—No creo, ya me lastimaste bastante,
me vejaste cuantas veces quisiste, me alejaste de

Joaquín, mataste a mi madre, ¿qué más quieres hacer? te la quieres llevar a ella,

a la fuerza, te voy a matar para que no lastimes más a nadie —levantó el arma y le apuntó a la cabeza.

—Vos sos una puta como tu madre y sabés muy bien que yo no te obligué, vos

quisiste, vos me buscaste —me miró, enajenado de odio— no me mires así, tus hombres también se acostaron con ella, la miré a ella quería que me diera el revólver, yo quería matarlo, descuartizarlo, mi veneno era tan grande que no cabía en mí.

—Jamás sería como ella, yo tenía una vida con Joaquín hasta que tú la arruinaste, reza

hijo de puta, ¡este es tu final!

Abrí grande mis ojos y él suspiró, la chica sin más, disparó, él cayó boca arriba, ni lo

miré, corrí junto a ella justo cuando llegaron mis hombres con la policía. La abracé y ella se

largó a llorar desconsoladamente, la cubrí con mis brazos y la acuné, quizás como nunca lo

hicieron, la sentí débil, muy niña, pensé en mis hijas y las dos nos abrazamos.

Todos estaban tiesos, Manu me miraba sin saber qué carajo pasó, se acercó me

levanto

y me limpió la sangre de los labios,
Davy la agarró a la chica, mientras la
policía se arrimaba

al desgraciado, Marisa y Miriam
observaban, sin dar crédito, en qué se
había convertido Maxi.

—¿Estás bien? ¿estás bien? —repetía
Manu, mirándome y tocándome el
cuerpo, con

sus largos y blancos dedos.

Me apoyé en su pecho, lloré como loca
y me acunó en sus brazos; mientras él me

besaba la cabeza y ya nos retirábamos, cuando Maxi se levantó como pudo, la escena fue de

película, sacó su arma y apuntó, nadie se movió, solo el brasilero, atinó a tocarse el arma, pero en un segundo, Miriam que estaba cerca de un policía, le arrebató el arma y le disparó.

Davy se la sacó de la mano y la acogió en su pecho, Miriam temblaba, como una hoja, de bronca o de miedo, pero mi amiga, nos había salvado. La policía comprobó que estaba muerto, el gallego se acercó, lo miró y lo maldijo; mi boca empezó a sangrar y sentí que me

desvanecía, Miriam al darse cuenta me

tomo por la cintura y Manu corrió a agarrarme.

—Por favor nena, todo está bien, despierta Sofi, no me hagas esto — gritaba el

gallego, asustado.

Davy me alzó y entro los dos me metieron en el auto, sentí que hablaban con la

policía, todos subieron en los autos y enseguida llegamos a mi casa. Solo preguntaba por Joaquín, era mi mayor preocupación, ni mi boca, ni mi cuerpo solo él, solo mi bebé, el gallego me apretaba en su pecho y Davy me besaba

las manos.

—Pequeña, él está bien, te está esperando, tranquilízate, ¿quieres que te vea mal? —

susurraba, el brasilero en mi oído.

Me sequé las lágrimas, con mis manos todas sucias y me tiré el pelo hacia atrás, el coche entró en el garaje y mis hijos varones corrieron a abrazarme. Joaquín me levantó en

brazos y lloró en mi cuello, Bruno me besaba la cabeza y me miraba con lágrimas en los ojos, mis hijos, pensé. Ya más tranquilos, me duché y mis hombres, me secaron, con el mismo

amor que yo sentía por ellos, no dejaban de mirarme, de acariciarme, de decirme lo

mucho que me amaban, me recostaron y los dos lo hicieron conmigo.

—¡Dios mío, mira esa boca, hijo de puta! —murmuró el gallego mirándola—
ya

viene el médico, quiero que la mire —el
brasileño no paraba de besarme la
cabeza y acomodarme el pelo.

—Estoy bien, solo fueron unas
cachetadas, ya me curaré —dije
abrazándolo.

—No, no estás bien, ven acá —Davy me atrajo hacia él y me cubrió con sus brazos—

gallego, dile a Ramona que le traiga algo de comer, ¿cuánto hace que no comes? —me levantó con su dedo índice, la barbilla y me miró.

—No tengo hambre, solo quiero ver a las nenas —respondí.

—Las mandamos a la escuela, allí están más entretenidas, aunque no querían ir, las

obligamos —Davy movió su lindo rostro y rio.

Manu llego con una sopa que hacía la gallega, que, según ellos, levantaba hasta los muertos, me la dio a cucharaditas; pues la boca seguía sangrando y me dolía horrores. Llegó

el médico me curó, me dio unos analgésicos, por supuesto era el amigo del gallego, pensando que yo no los escuchaba, seguía recostada en los brazos de Davy, a unos pasos, le comentaba al gallego.

—¡Por favor gallego! No paran de pasarle cosas, pobrecita tu mujer, ¿porqué no se

van a vivir a otro lado? Un día te la

matan —el gallego lo miró mal— y con lo bonita que es,

—ya el gallego, se le paró adelante y él se rio— era un chiste loco, no me hagas caso, pero

debo decirte que yo me la llevaría bien lejos —Manu lo miró y le puso una mano en el hombro.

—¿Sabes? Tienes razón, pronto nos iremos los tres, con las más chicas, queremos

vivir en paz, estoy cansado de tantos líos, ya lo pensamos, necesitamos un lugar tranquilo, esto no es vida.

«¿Dónde nos iremos?», como siempre yo era la última en enterarme, «¿y mis hijos

varones? Jamás los dejaría solos, ¡ni loca, ni lo sueñen!»



CAPÍTULO 18

El gallego, iba solo dos veces por semana al banco, mi hijo Joaquín estaba al frente,

estábamos orgulloso de él, era un genio,

tomaba decisiones y llevaba el banco adelante mejor

que el gallego; lo único que, al padre, no le gustaba mucho, era lo severo que era con los empleados, cuando él estaba, todos trabajaban sin chistar; era un banquero excelente y cuando

llegaban las grandes transacciones, entonces llamaba a Manu. La novia iba con él al banco, estaba muy enamorado de ella, pero el gallego decía que había algo en la chica que no le terminaba de cerrar; a mi suegro se le caía la baba, con Joaquín, pero Bruno, Dios mío, era

como el padre, aunque iba a la empresa de publicidad y cumplía su horario,

hacía lo que quería. Se perdía por horas, y nadie sabía dónde estaba, Davy cansado de lidiar con él, le pidió

a Manu que tomara las riendas del asunto. Un día cuando llegó a las seis de la tarde a casa, el

gallego lo llamó a su despacho, ahí se encerraron por horas, lo vi salir a Bruno con lágrimas

en los ojos, el gallego lo abrazó y le besó la cabeza, los dos se miraron.

—Gracias, tío —susurró Bruno, Manu le pegó en el brazo.

—Anda, ve dúchate y esperaremos a

Joaquín y a tu padre. Vamos a ir a la exhibición

de boxeo.

Lo miré, ¿no lo iba a retar? ¿Qué paso?, el gallego tenía ese don de convencer hasta

las piedras, miraba cómo Bruno subía las escaleras y el gallego me miraba sonriente, lo miré

con desconcierto.

—¿Qué le dijiste? ¿No ibas a retarlo?

—exclamé, se sentó a mi lado en el taburete de

la cocina y me susurró al oído.

—No me gustan los gritos, ya deberías saberlo, argentina —le sonreí, sabía que lo

decía por mí— le hablé como lo haría con mi hijo, entendió, se va a portar bien —largué una

larga carcajada, se rio conmigo, en un segundo me sentó sobre sus piernas, haciéndome cosquillas— ¿Qué apostamos? —movió su cabeza de lado, se inclinó y me mordió la

barbilla, su perfume entró en mis fosas nasales y sentí punzadas en mi sexo, ellos tenían ese

poder sobre mí.

—Lo que vos quieras —me volví a reír, provocándolo —¡te voy a ganar!

—¡Ay, Dios mío, qué fanfarrona eres! Bésame —ordenó, inclinándose sobre mis

labios, lo agarré del cuello y le devoré la boca en un segundo, me introdujo su lengua, mientras su mano, hacia presión en mi nuca para tener más profundidad.

Cuando se cansó de explorarla, dirigió su mano a mi pecho y lo masajeó, sentía cómo

su bulto iba creciendo en su entrepierna,

bajé la mano y lo toqué, muy suavemente, me miró,

con esos ojos negros hechiceros-

—Vamos a la cama, no doy más, quiero entrar acá —pronuncio, tocando mi sexo, con

voz ronca y la respiración agitada, pero justo se abrió la puerta de entrada y oímos las voces

de Joaquín, Davy, Marisa y Miriam, me bajé rápido de sus piernas, me arreglé la ropa, el pelo

y él se acomodó el bulto hinchado, sonreí y él puteaba por lo bajo y me

besó en los labios.

—Me la debes, esta noche te como toda
—sonrió y todos entraron en la cocina.

Davy trajo masas finas, se arrimó a mí y me besó la cabeza, mi hijo y los demás hicieron lo mismo, Marisa preparó el mate y todos se sentaron.

—¿Estás bien Sofía? —preguntó mi hijo sentándose a mi lado, lo abracé y le toqué el

pelo.

—Sí mi amor, ya estoy bien, ¿dónde está tu novia? —me miró.

—Fue a comprar ropa, después viene.

Observé cómo Manu ponía mala cara, hacía meses que vivía con nosotros, decía que

no tenía dónde ir y a mí me daba lastima, pero sabía que abusaba del amor que mi hijo le profesaba. Una vez por semana se ausentaba con cualquier motivo, a nadie le caía bien, noté

que Zoe la rechazaba descaradamente y Bruno ni se le arrimaba, sin entender el motivo, no

preguntaba, solo observaba.

Después de una noche de amor

descontrolada, como siempre los tres en nuestra

habitación, hablamos del tema, el gallego insistía que Tatiana, la novia de Joaquín, no les gustaba, los mire disgustada.

—Esa chica está sola en la vida, no sean malos, no tiene a nadie —Manu, estiro su cuerpo, puso sus brazos tras su cabeza y me respondió.

—Sofi, no me gusta, creo que es una puta como la madre —abrí grande mi boca, sin

poder creer, lo que los desgraciados, pensaban de ella. Aunque Davy no

dijera nada, sabía que

opinaba lo mismo, sentí la risa de Davy, se sentó en la cama y tomó un trago de agua.

—Escúchame, piensa en esto —habló el brasilero, con ese acento que me calentaba

tanto, giré mi cabeza y fui todo oídos—
¿Dónde carajo va una vez por semana?
Dime,

¿siempre a comprar ropa? Cuando vuelve, apenas trae una bolsita, ¡vamos nena, no somos críos!, tiene una carita, no sé cómo mi ahijado no huele a las de su clase —Manu, también inclinó su

cabeza hacia un costado y le respondió.

—Porque es un crío y tiene una calentura madre con ella, que, a pesar de su edad, creo

que él no fue el primero, tiene unos cuantos tiros en su haber —los dos largaron unas carcajadas que me pusieron furiosa, salí de la cama, desnuda y los miré, con mis manos en la cintura.

—¡Son unos desgraciados!, solo es una niña —afirmé.

Ellos se descostillaban de risa, miré sus cuerpos sin saber, si pegarles o

comerlos, estaban para lamerlos muy lentamente y a puro fuego, de repente observaron en mis ojos, el

morbo que me producían, se callaron y empezaron a tocarse, hijos de puta sabían que eso me

calentaba, se sonreían y me llamaban. Corrí al baño, en un segundo estuvieron sobre mi pobre cuerpo, me reí, terminamos en la bañera, como siempre los “TRES, UNO MAS UNO,

SON TRES” repetimos,

—La noche recién comienza, nena —
pronunció Manu.

A la mañana siguiente, mientras salía medio dormida hacia la cocina, mis hombres

desayunaban, sentados en los taburetes de la cocina alcancé a escuchar que hablaban de Maxi,

agudicé el oído.

—¿Dónde lo enterraron, al desgraciado?

—preguntaba, Davy.

—No sé, ni me interesa, solo me interesa saber, que está bien muerto, hablé con la policía y así me lo confirmó, lo demás no me importa — contestó Manu, comiendo una

tostada, hice ruido al salir y ellos callaron.

Con Marisa y Miriam salíamos siempre de compras, una tarde que mis hombres no

estaban, nos fuimos a comprar ropa, paseamos, nos detuvimos a almorzar, me quedé dura cuando Miriam, me dijo.

—Sofi, perdón por lo que te voy a decir, pero si no lo hago dejaría de llamarme tu amiga —nos miramos con Marisa — Tatiana no me gusta.

—¿A quién le gusta? A ella, que no ve lo qué es esa chica —Marisa me señaló con la

cabeza—Esa chica, que Dios me perdone, va a ser como la madre.

—Si no la has visto en nada, cállate, es muy chica, no sé porque se agarran con ella,

sufrió mucho, el hijo de puta la violó — las dos me miraron.

—¿Estás segura que la violó? — preguntó Miriam, tomando su taza de café.

—¡Por favor! No va a mentir en eso o ¿sí? —ya no sabía qué pensar.

Miriam me clavó eso ojos negros, hermosos que tenía, lo que dijo a

continuación, me

dejó de la nuca.

—¿Viste cómo lo mira a Manu? Dime que no te distes cuenta y te mato, se lo come con la mirada, cuando lo hace, él se pone incómodo, se levanta y se va — Marisa la miró como bicho raro y al segundo desvió la mirada hacia mí.

—Sabes que yo también, hace unos días lo noté, pero me dije, ¡qué mala eres Marisa!

—sonrió y continuó— entonces es cierto, es una pequeña puta —la sangre me subió a la cabeza.

«¿Cómo no me había dado cuenta? ¡Qué boluda que soy!» me dije.

—No me hagan la cabeza, que yo arranco enseguida, ¿están seguras?, quizás fue un

momento que uno está boba.

—Esa chica no tiene nada de boba, a esa le gustan todos, ¡pobre mi ahijado! — afirmó

Marisa —Va a ser cornudo, no sé cómo no se da cuenta, es más pregúntale a Zoe, para mí, ella

sabe algo, porque eso no la quiere, estoy segura de ello.

Esa tarde, llegue a mi casa con dolor de cabeza, ya mis hombres estaban sentados en

los taburetes picando algo, la gallega antes de irse los sirvió.

—¡Qué cara, amor! —pregunto el gallego, mirándome.

Me duele la cabeza —respondí, enseguida se levantó y me dio un analgésico—Siéntate

acá ¿qué te compraste? ¿Cómo la pasaste? —los dos me miraron y como yo no tengo pelos

en la lengua y estaba muy enojada, abrí

mi boquita y les conté lo que las chicas pensaban.

—¿Qué te dijimos nosotros? —
respondió Davy picando un pedazo de queso, tomó

uno y me lo puso en la boca.

—Manu, ¿a vos te buscó? —pregunté de golpe, se ahogó con el pan, me miró.

—¿Estás loca? Ya la hubiera echado, es la novia de mi hijo, ¿estamos todos locos?, si

lo hubiera hecho te lo hubiera dicho, —
hice ademán de levantarme, me tomó del brazo y me

sentó otra vez— nena, mi vida, no ves
que estamos viejos, te damos todo, por
favor, solo los

tres, mírame Sofi —lo miré y lo besé en
los labios— Mi vida, te amamos,
nosotros estamos

celosos de ti —vi que Davy sonreía,
desgraciado sabía que algo iba a decir.

—¿Qué? —lo miré— ¿Qué estas por
decir? Te conozco, decilo —le grité, se
empezó

a reír, después detuvo su risa y me
miró serio.

—Sabes que no te engañamos más —ya

me paré para pegarle, Manu me detuvo de la

mano— salvo que encontremos a una con unas tetas así, dijo tocándose las tetillas,

apretándoselas, sabía cuál era mi trauma.

—¡Sos un hijo de puta! —me paré y lo corrí hasta el jardín de invierno, Manu me

gritaba que era un chiste.

En ese momento entró Tatiana a la cocina, lo miró a Manu sentado y le fue a dar un

beso, él ni se inmuto, pero ella lo besó cerca de la comisura de los labios, él levantó su cabeza para decirle algo, justo cuando yo entraba a las risas con Davy, que me llevaba abrazada.

—Hola, Tatiana, ¿cómo estás? —saludé, dándole un beso en la mejilla.

—Bien, hola Davy —saludó, él solo respondió con un movimiento de cabeza, se sentó

al lado de Manu y recordé lo que las chicas me habían dicho y mis hombres también.

—Ven acá Sofi, a mi lado —tomó mi mano y la hizo correr a ella, era muy

ingenua o

una pequeña zorra, se corrió con una sonrisa, mis hombres hablaban de trabajo y al ver que

no le dirigían la palabra se fue a su dormitorio.

Cuando mis hijas llegaban de la escuela, la casa se encendía de gritos, risas y peleas,

pero eran tan bellas, a los hermanos se los metían en los bolsillos, a Joaquín lo tenían de maestro, no entendían matemáticas, que a él le encantaba y se pasaba horas enseñándoles. A la

novia no le hacía mucha gracia que le destinara tanto tiempo a las hermanas, eso fue lo que

no empezó a gustarme y como decían mis amigas, empecé a abrir mis ojos, no solo era así

con las hermanas, sino también cuando lo veía hablar con Zoe, su hermana mayor, que ya estaba dando clases en un instituto de inglés. Manu se sentía orgulloso de ella, era tan dulce

con todo el mundo, menos con Tatiana, que la ignoraba. Empecé a controlar las veces que salía, cuando volvía le hacía mostrar lo que se compraba, hasta que un día que veía a mi hijo

preocupado porque no llegaba, me enfurecí, cuando llego la encaré a solas.

—Te quiero preguntar algo —ella se dio vuelta y me sonrió, recién en ese momento

vi su carita, de quien esconde algo —
¿Todas las semanas, tenés que comprarte ropa?

—Joaquín me ama, dice que me compre lo que quiera —esas palabras me pusieron

alerta —como a todos a acá les dan una mensualidad y a mí no, él me la da —me quise morir,

mi hijo era un boludo.

—Por supuesto, porque son nuestros hijos, tu contestación está fuera de lugar,

mostrame qué te compraste —ya está ardiendo de rabia, levantó sus hombros y me respondió.

—Nada, hoy solo paseé, no me compré nada —mis ojos la fulminaron.

—Estuviste cuatro horas afuera de casa y ¿no compraste nada?, no te creo.

—Mira Sofía, si no me quieres más aquí, solo dilo y nos vamos con Joaquín —quise

estrangularla, la zorra mostraba las uñas, pero no me conocía.

—Hacé lo que te plazca, pero tené en cuenta una sola cosa, si lastimás o engañás a mi

hijo, juro por Dios que te voy a buscar y te corto la cabeza, ¿escuchaste? —se plantó frente a

mí, desafiándome.

—Le diré a él, que quieres que nos vayamos, ¿está bien así?

—No me desafíes, no sabés lo que soy capaz de hacer por mis hijos —le iba a decir

mil cosas más, cuando entró Joaquín al living y nos miró— Bueno, voy a poner los platos,

para la cena —dije mirándola y poniendo mi mejor sonrisa.

—Cuando esté la cena ¿me llamas? — me pidió ella.

Me quedé parada, mirando cómo se llevaba a mi hijo de la mano a la habitación,

estaba envenenada de furia, casi rompo los platos de la bronca que tenía. Esa noche mis hombres se habían ido a una exhibición de boxeo, les di cenar a las nenas y después llamé a

los grandes, les serví la cena y me encerré en el dormitorio, lloraba de la bronca que esa pendeja me hizo agarrar. La llamé a Marisa y le conté lo sucedido.

—Vos estás loca, ¿qué te pasa? Te desconozco, échala a la mierda de tu casa, por Dios,

te vas a dejar llevar por delante por esa zorra, ¿lo sabe Manu? —me preguntó, claro que no,

de lo contrario ya estaría en la calle.

—Se va a llevar a Joaquín, ¿qué mierda hago? —sentí cómo ella suspiraba, pensando

también en mi hijo.

—Mira, déjalo así, ahora sal y hazle lavar los platos, y habla con Zoe ella sabe algo —

así lo hice.

Le hice lavar los platos mientras me iba con la hija de Manu al jardín de invierno a hablar. Apenas entré vi la cara de Zoe, preocupada, la abracé y me miró.

—No pasa nada, solo quiero preguntarte algo, sé que no me vas a mentir —
asintió con

su cabeza y esperó mi pregunta, sentí que sabía lo que le iba apreguntar, nos

sentamos en los

sillones.

—Dime ¿porqué no quieres a Tatiana?
¿Te ha hecho algo? —se mordió el labio
y bajó

la cabeza.

—A mí directamente no, lo que le hace a
mi hermano, es lo mismo que si me lo

hiciera a mí —pequeña yegua pensé—
días atrás, salimos más temprano del
instituto con una

compañera, fuimos a tomar un helado al
shopping y ahí estaba ella coqueteando

con un hombre grande, la tomaba de la mano y ella le sonreía. Cuando la vi, quise correr hasta ella y

cachetearla, pero solo me acerqué caminando y la miré, ni se inmutó solo me sonrió, después

en casa la agarré sola. Le dije de todo, que se lo iba a contar a mi hermano —a esa altura, yo

estaba hecha una fiera— me contestó que, si se lo decía, se lo llevaría lejos de todos nosotros, nunca más lo veríamos.

Ya en ese momento de la conversación estaba como un perro rabioso, si la

hubiera

tenido enfrente, no sé qué le hubiera
hecho y eso que todavía faltaba lo mejor

—¿Sabes que lo busca a papá? —la
miré recordando lo que mis amigas me
habían

dicho —sí Sofi, lo provoca a cada
instante, papá la ignora, pero ella es una
zorra.

Después de esa confesión, no me pude
dormir, me puse un top, un short y me
encerré

en el gimnasio, caminé en la cinta como
loca, le pegué al saco de boxeo sin

piedad, como si

él, fuera la pequeña zorra, ni escuché cuando mis hombres llegaron.

Manu detuvo la cinta y tomándome de una mano me bajó.

—¿Te quieres matar? —preguntó, mirando cómo me corría la transpiración por todo

mi cuerpo, me abrazó, mientras Davy me sacaba los guantes de boxeo, me separé del y le conté todo lo que Zoe me había dicho.

—Dime, si es verdad. ¿Ella te busca? — le pregunté, lo miré y supe que sí, me

sentí una

idiota— la voy a matar, es una zorra, está viviendo en mi casa —Davy me sujetó del brazo.

—Deja que el gallego arregle esto, no te metas —respondió el cabrón, Manu me miró

me quiso abrazar, pero yo me corrí, me tomó por la fuerza apoyándome sobre su gran pecho.

—Amor, hace años que para nosotros no existe nadie más, solo tú, yo voy arreglar

esto, cree en mí, mañana por la mañana,

esa zorra solo será un mal recuerdo —lo
abracé a

con desesperación.

Davy me besó la cabeza y los tres
entramos en nuestro dormitorio, nos
abrazamos

como siempre y nos dormimos, yo con
rabia, el gallego me besó la cabeza,
hasta que me dormí.

Manu había tomado una puta costumbre,
tenía que ponerle leche tibia en un
termo, a la

noche se despertaba y tomaba, a veces
me olvidaba, entonces, él se levantaba y

se la calentaba.

Lo que yo no sabía era que Tatiana,
esperaba cada noche que él bajara para
poder seducirlo,

aunque la ignoraba, ella seguía con su
intento, esa noche adrede no se llevó la
leche, fue a la

cocina y ahí estaba, la pequeña zorra,
Manu la escuchó bajar las escaleras,
casi en bolas y se

quedó quieto sobre la mesada.

—Acá está el hombre de mi vida —
susurraba ella acercándose, como una
gata,

mimosa— ¡Dios mío! Eres tan hombre,
tan hermoso —lo abrazo de atrás, el
gallego casi no

respiraba, los dedos de ella se
deslizaron sin permiso, dentro de su
pijama, cuando casi llego

a su miembro, él se dio vuelta, y le sacó
la mano.

—Escúchame lo que te voy a decir, pues
lo diré solo una vez, ¿te crees por un
solo minuto, que yo engañaría a mi
mujer con una zorra como tú? ¿Lo crees?
Mi mujer vale diez

veces más que tú —se inclinó y la miró
a la cara— Vas a terminar como tu

madre, quiero que

te vayas de mi casa —ella se rio.

—Si me voy, me lo llevo a tu hijo, que está muerto conmigo, si me quedo los tengo a

los dos, ¿qué quieres? —al gallego ya se la había agotado la paciencia.

—No tienes una puta idea, con quién estas tratando —la sujetó del brazo y la dio vuelta

—¿Ves esa cámara? ¿Crees que mi hijo, después de ver cómo quieres seducirme, te seguirá

queriendo? —ella lo miro, seria.

—Diré que me quisiste violar —el gallego la soltó y largo una carcajada.

—¡Estas completamente loca! Mañana a primera hora mi hijo, verá esta grabación, te

recomiendo que te vayas antes, no sé si podré sujetar la furia que desatará sobre ti —Tatiana,

subió rápido las escaleras, Manu sacó y guardó las grabaciones.

Cuando me desperté, estaba sola, como siempre una notita del gallego me aguardaba

sobre la mesa de luz, TE AMO, NENA.
Me duché y salí rumbo a la cocina,
encontré a Joaquín

sentado con Ramona y Miriam tomando
mate, nos saludamos.

—¡Qué alegría amiga! ¿Viniste a tomar
unos mates? —le pregunté, tomando el
mate

que me daba Ramona.

—Sí, Marisa me dijo que venga un rato
—miré hacia todos lados y la zorra no
estaba

—. ¿Dónde está tu novia? —le pregunté
a mi hijo.

—Discutimos, no sé dónde fue —
levantó sus hombros y siguió hablando
con Miriam

del banco.

Mi amiga estaba anonadada por como él
se expresaba sobre su trabajo, empujé
mi

taburete y lo abracé, él me miró y
también me abrazó, mientras me besaba
la cabeza, así nos

encontró Manu al entrar a la cocina.

—¡Ey amigo!, suelta a esa mujer, que es
mía —bromeó, acercándose, me levantó
de la

silla, me puse en puntas de pies y nos besamos, todos se reían.

—¿Qué hacés a esta hora acá? —

Pregunté acariciándole su incipiente barba.

—Tengo que hablar con mi hijo —lo miré levantando mis cejas, él asintió, puso su

cara en mi cuello y me besó, luego entraron en el despacho y estuvieron una hora. A mi amiga, le conté lo que había pasado la noche anterior.

—¡Es una hija de puta!, tienes que sacártela de encima, yo ya la hubiera agarrado del

cogote, meterse con Joaquín que es más bueno que el pan, si me hubieras dicho Bruno, que

no le hace asco a nada, sería otra cosa —las dos largamos una carcajada — Mierda, ese chico

es como el padre, ¿te acuerdas lo que te hizo pasar? Jesús bendito, tenía un problema con su

bragueta —me miró— ¿ahora no? —me pregunto.

—Mira amiga, quiero creer que no, sigue siendo un bombón, claro un bombón grande

—ella sonrió— está mucho más tranquilo, pero Manu, Dios, las empleadas del banco le revolotean como moscas a la miel, aunque él lo niegue, es así y para colmo de males es más celoso que Davy.

—Para mí, el más bonito siempre fue Davy, pero ahora que los años pasaron, el más

seductor es el gallego, tiene esa sonrisa que te desarma, ¿cómo quieres que no se fijen en él?

Tendrían que ser ciegas.

—Hijo de puta, está muy fuerte, de todos

lados —nos miramos, sabiendo a qué me

refería, ella hizo una seña y yo con mi cabeza asentí —decime, tu gallego no se queda atrás.

—No, tiene más pene, que sentido común —nos descostillamos de risa.

En ese momento, justo, mi hombre salía del despacho con el hijo, quien me miró y sin

decir palabra alguna, se fue a su dormitorio. Lo miré a Manu, sin saber qué era lo que había

pasado, se sentó a mi lado y cuando nos

fue contando, me enfurecí, ¿se había dejado tocar por

esa zorra? Quise ver las grabaciones, y así lo hicimos los tres.

Entramos al despacho y Miriam que jamás había estado allí, nos miró.

—Sofi, ¡esto es hermoso! —exclamó.

Sí, era un despacho enorme, con muebles de algarrobo, traídos de Madrid, con dos

sillones de cuero negro, un baño, sobre un gran escritorio se divisaba una computadora de última generación, detrás del sillón donde él se sentaba, las

fotografías de sus hijos cuando

era niños y la de nosotros tres estaba, sobre su escritorio. Sobre la pared que daba a nuestra

habitación, una biblioteca de muerte, abarrotada de libros, mi amiga estaba sin aliento, le encantaban los libros, se acercó y empezó a tocarlos, le hice señas que no lo hiciera, el gallego era muy celoso con todas sus cosas y viendo la cara de culo de él y se alejó.

—¿Te gusta?, este es el refugio de mi gallego —pasé mis brazos por su cintura y lo

abracé, él me sujeto fuerte y me besó la

cabeza —acá mi amor cuando no va al banco, se pasa

horas trabajando.

—Increíble, le voy a decir al gallego que quiero una así —y seguía con su dedo en los

libros, la volvía mirar y sonrió— perdón Manu, pero me encantan los libros, no puedo dejar

de mirarlos —él se sonrió.

Nos acercamos a la PC, la encendió y nos mostró las grabaciones, al ver que la pendeja le metía la mano adentro del

pijama, casi me da un infarto, puteé y él me abrazo de

atrás, di vuelta mi cabeza y lo miré.

—¿Dejaste que esa zorra te tocara? — me quise parar, pero él me sujetó fuerte y me volví a sentar.

—Nena, jamás dejaría que ella me ponga un dedo encima —susurró en mi oído, me di

vuelta de golpe, ya Miriam se quería ir, veía que la pelea estaba servida, le hice seña que se

quedara y así lo hizo.

—Pero te abrazó, sucio —le grité en la cara.

—Tenía que dejarla hacer, para que tu hijo viera con la zorra que estaba.

Después de ver semejantes grabaciones, supuse que mi hijo estaría hecho mierda,

pobre, después que mi amiga se fue, fui a su habitación, lo encontré tirado en la cama y con

lágrimas en los ojos.

—Mi vida, vas a conocer a tantas mujeres, sos hermoso, inteligente —le decía, me

había sentado en la cama y él había puesto su cabeza en mi falda— ella es una de las tantas

niñas, que conocerás hasta que llegué la elegida —me miró y supe que estaba destruido.

—¿Cuándo me daré cuenta? Si son todas iguales —me preguntó, le sonreí, le acaricié

el pelo.

—Mira hijo, cuando encuentres una que te dé batalla, que se te resista, aunque te

quiera, porque así somos las mujeres —me miró sonriente— vas a querer estar

con ella día y

noche, te va a hacer enojar y te va hacer llorar. Cuando la veas, vas a sentir como toda la piel se te eriza, y te reirás sin sentido, cuando sientas todos esos sentimientos, amor mío, esa, será la mujer de tu vida. La que te dará hijos y a mí, nietos, —le levanté la cara hermosa y lo miré, le sequé las lágrimas—, pero no te apures por los hijos, no quiero ser abuela todavía —le besé la frente y mi niño, se rio, supe en ese momento, que lo más importante para una madre es ver sonreír a su hijo.



CAPÍTULO 19

Pasaron, los días y el sufrimiento de él también, salía con el hermano, los fines de semanas volvían tardísimo y el domingo dormían todo el día. Manu quería cambiar el living,

tenía que venir un diseñador que había contratado, como él no podía estar presente, le pidió a

Davy que llegara más temprano a casa. Esa, mañana los acompañé a la puerta y

los despedí, y

antes que se fuera, me colgué a su cuello
y le comí la boca, me miró y me regaló
su más linda

sonrisa.

—Después viene Davy, él sabe cómo
quiero el living —me dijo, lamiendo mis
labios

—voy a tratar de venir temprano, ¿me
vas a esperar? — luego metió su lengua
en mi boca,

sonrió, cuando Davy le gritaba de afuera
—¿Todavía estás enojada? —me
preguntó.

—Sí, no me gusto ver cómo esa zorra te abrazaba —respondí mirándolo.

—Solo los tres, ¿recuerdas? No seas tonta, te amo, me voy que es tarde, —me besó en

los labios y se fueron.

A Ramona, la mandé al supermercado y las otras empleadas ese día tenían franco, mis

hijas en la escuela y mis hijos trabajando, aproveché que estaba sola y me dediqué a escribir,

y perdí la noción del tiempo. De repente escuché que tocaban el timbre, miré por

la merilla,

Dios mío, me sonreí, un hombre de unas cuarenta y tantos, estaba parado en la puerta, sus ojos azules me impactaron, alto y delgado, era el diseñador.

Enseguida, pensé, Davy que no vino, abrí y su prestancia y sonrisa me invadieron en

pocos segundos. Jamás miraba, bueno, sí lo hacía jajá, pero nunca con malicia, pero este hombre era para mirarlo de todas maneras. Entendí, al observarlo, sacándole una radiografía,

porqueManu no quería que estuviese sola con él; era un espécimen hermoso,

me sonreí, se presentó, lo hice pasar y estiró sobre la mesa ratona del living, unos cuantos planos. Le ofrecí café, él que aceptó, no hablaba mucho, pero sus ojos me desvestían. Al ver libros por todos

lados, empezamos hablar de ellos, me senté y sin quererlo nos reíamos de algunos de sus títulos. Me contaba, que le encantaba leer, no le dije que era escritora, pero ojeando uno, lo

tomó y lo abrió, miró la foto y me volvió a mirar, le sonreí.

—¿No me digas, que sos escritora? He leído algunos de tus libros, quedé fascinado,

sabes me quedo hasta altas horas de la noche leyendo.

Sin quererlo, me contaba su vida, yo lo miraba sin poder creer el color bellísimo de

sus ojos, entre azules y turquesa, supe, que era viudo, hacia unos años y que tenía un hijo de

veintidós años.Me preguntó si era la señora de Ocampo, le conteste que sí y me consultó por

algunos trámites bancarios, pues le habían aconsejado invertir, en el banco del gallego.Me reí

porque no sabía nada del banco y cuando me preguntaba por un libro que había escrito, se abrió la puerta y Manu me miraba con su mejor cara de culo.

—Sofí —dijo serio, observándome y sin quitarle la vista de encima al pobre

diseñador, que lo miró asustado, se paró, extendiéndole la mano.

—¿Dónde está Davy? —me preguntó— ya tenía que estar acá —afirmó.

—No vino, habrá tenido alguna reunión —le respondí, me puse de pie, me tomó de la

cintura y adelante del hombre me besó

en los labios, sabía que era una reacción de macho, mostrando que él era mi dueño, le acaricié el rostro y respondí a ese beso.

—Ella es mi mujer —afirmó mirándolo — ¿trajiste los planos? ¿Los vemos? — casi se

lo ordenó, se agachó y susurró en mi oído— espérame en la cocina, con una picadita, ya voy.

—me palmeó la cola y me fui saludando al diseñador, que no daba crédito a lo celoso que era

mi gallego.

«¡Prepárate, Sofi!» pensé, iba a tener que aguantar una linda escenita; a los veinte minutos el diseñador se fue, Manu entró en la cocina, deshaciendo el nudo de la corbata.

—Sitú me encuentras riendo con algunas de mis empleadas, ¿qué dirías? —
empezó la

escenita, sonreí, lo que no hizo más que acrecentar su enojo, se sentó sin mirarme, me acerqué y lo abracé de atrás —con mimos, no te voy a perdonar estabas coqueteándole —lo

miré seria.

—¿Estás loco? ¿Qué te pasa? Estás

enfermo de celos, el hombre fue muy educado y

vos también les sonreís a tus empleadas, o ¿te creés que soy estúpida?

Como sabía que tenía razón, bajó los humos, me tomó de las muñecas y me acercó a su

cuerpo, deslicé mis brazos por su cuello, su mano fue despacio a mi nuca, me atrajo hacia él,

y me mordió los labios, me aparté y le tomé el rostro con mis manos.

—Sabés que te amo, ¿cómo querés que te lo demuestre? —él me observaba,

devorándome con ese par de ojos negros
hechiceros— TE AMO —deletreé cada
maldita

palabra— sin ti moriría, no necesito a
otro, solo a ti —dije sobre sus labios y
sin dejarnos de

mirarnos, suspiró, apoyó su cara en mi
cuello y me abrazó, con todas sus
fuerzas.

—Tengo miedo que te enamores de otro
—quise, deshacerme de sus brazos, pero
me

apretó más fuerte y siguió hablando, sé
que tenía vergüenza, mi grandulón—, sé
que estamos

grandes, tengo miedo que nos dejes,
tengo tanto miedo que a veces me duele
el alma, de solo

pensar que te puedo perderte, si así
fuera, creo que me mataría —me
enternecieron tanto sus

palabras, que lo acuné como a un niño
entre mis brazos, y así nos quedamos
minutos eternos,

solo muy juntos los dos.

—Mírame —le ordené, lo vi con
lágrimas en los ojos, sentí un amor tan
profundo y

sincero que me llenó el alma, le besé

lentamente, los ojos, las mejillas, la nariz y los labios—

quiero envejecer contigo y Davy, quiero pasar nuestros últimos días en la casa de la playa, esaa la que aún no pudimos ir, quiero amanecercada mañana besándote y quiero escuchar siempre estos labios, —se los mordí suavemente—“ese niña, que me calienta tanto”, si esto que te digono es amor, —lo miré, apoyando mi frente en la de él—dime mi niño, ¿qué lo es?

—Perdóname, perdona a este gallego que ya está cansado y se siente viejo —expreso

mirándome directamente los ojos— sé

que me amas, no creas que no lo sé, solo que a veces

pienso que eres mucho más joven que nosotros, quizás desees otras cosas y nosotros ya estamos de vuelta —sonreí y me senté en su falda.

—No están viejos, están hinchapelotas —sonrió, haciéndome cosquillas— vamos a

tomar y a picar algo, ni tú miras ni yo lo hago, ¿sí? ¿Qué te parece? —asintió con su cabeza y

nos levantamos de los taburetes, entre los dos, preparamos la mesa, llegó Davy y lo vio con

los ojos llorosos y con la vista me pregunto ¿qué paso? me arrimé y lo besé.

—Estamos melancólicos, brasilero, sentate —le respondí, me miraba sin entender

nada.

Manu le pegó en el antebrazo y nos dedicamos a picar, hasta que llegaron todos y la

casa se llenó de voces y risas, como siempre, todos mis hijos entraron, matando el silencio,

los tres los miramos sonriendo, aunque

muchas veces nos apabullaban, con tanto ruido, esa

tarde nos llenaron el corazón de amor, de pronto las nenas se empezaron a pelear, mis dos hombres me miraron, para que detuviera semejante barullo.

—Ustedes, ¿querían más niños? Ja ja ja ahora tomen la rienda del asunto, —mis hijos

varones se reían, observando a los padres y mis hombres me querían matar.

Manu gritó, pero ninguna de las dos se calló, hasta que me pare enfrente de ellas y mirándolas con mimejor cara de loca, grité

—A ver ¿quién quiere ir a nadar con mamá? —mientras corría a mi dormitorio a

cambiarme, las dos corrieron a ponerse sus mallas, en un segundo estábamos todos en la pileta. Estuvimos tres horas todos nadando y jugando, las nenas y Zoe estaban muertas de cansancio, les dimos la cena y se fueron a dormir, mis hijos varones salieron, mis hombres

me ayudaron acomodar todo, nos refugiamos en nuestro dormitorio, donde como cada

noche, el morbo y la lujuria fueron nuestros amigos.

El gallego, pasó cuatro días, sin ir al banco, se comunicaba con el hijo por teléfono,

Davy y yo, sabíamos el motivo. El brasilero lo cargaba y él se enojaba, yo solo miraba, mi hombre estaba celoso, fue el tiempo que el diseñador empleó para su trabajo, el living era otro, bellísimo, había cambiado todo.

—Dime que te gusta —quiso saber, abrazándome de atrás, besando mi cuello, lo veía

tan entusiasmado, ¿qué le podía contestar?

—¡Me encanta! —y acariciaba sus

brazos— solo dime si pronto nos iremos a la casa

de la playa, ¿para qué cambiaste todo?
—ladeé mi cabeza esperando su respuesta.

—Pero, va a quedar mi hijo, aquí —me di vuelta de golpe y lo miré.

—¡Ni loca, nos vamos todos! —puso sus ojos en blanco, me tomó de los hombros y

exclamó.

—Ellos están grandes, me dijeron que no van a ir —me atraganté con la noticia, le saqué las manos de mis

hombros y le grité.

—Si ellos no van, nosotros tampoco —
veía, cómo de la alegría su cara iba
cambiando

a la rabia, tenía una gran facilidad para
ello.

—¡No jodas! Ellos tienen sus cosas,
déjalos vivir —de pronto asumí que
tenía razón,

mis niños ya eran hombres, lo abracé y
me puse a llorar, me apretóen su pecho y
me habló.

—Tienen que hacer su vida, van a tener
dos empleadas, que les van hacer todo,

los sábados van a ir a la casa de la
playa y se quedaran hasta el domingo a
la noche —me instó a

levantar la cara y me secó con su dedo
índice, las lágrimas.

—Los voy a extrañar, son chicos aún,
nos van a necesitar —se rio— si les
pasa algo

¿quién los va a cuidar?

—¡Sofi, por Dios! Estamos a una hora y
media de viaje y nada va a pasar.

—Dos horas de viaje, yo les voy hablar
—me sonrió y me besó la cabeza— las
nenas

se vienen con nosotros, ¡ni loca las dejo!

—¡Por supuesto! Zoe también,
el problema es Ramona que no quiere ir.

—¿Cómo que no quiere ir? ¿Está loca?
¿Qué mierda le pasa? Ella tiene que
estar con

nosotros —le respondí, justo cuando
ella entraba.

Me vio la cara y enseguida supuso lo que
Manu me contaba; aunque le rogué que
fuera

con nosotros, me dijo que su lugar
ahora, era con mis hijos, que ella los
cuidaría, que el mar

no le gustaba. Mi gallega querida, se quedaría para hacerse cargo de mis hijos, pensé, la abracé y lagrimeamos juntas, de todos modos, faltaba un tiempo para irnos. Todos los días les rogaba a mis hijos, trataba de convencerlos, no hubo caso, ellos ya habían decidido, su lugar era este, según me dijeron. Miriam y Marisa, se enojaron con el gallego por alejarme

de ellos, yo me sentía rara, feliz porque el mar me encanta y triste por dejar a mis hijos, a mi amiga y mi tía. Mis suegros, ya no venían tan seguido, estaban grandes y les daba “fiaca”, pero los nietos varones dos veces al año los iban a ver, y se quedaban con ellos

algunos días;

mis hombres se turnaban para ver a los padres.

Mi amiga la gallega, se había ennoviado con un empleado de la empresa de

publicidad, estaba feliz; en tanto, Miriam y Marisa algo se traían entre manos. Las veía cuchicheando, cuando pensaban que yo no las veía, el gallego iba y venía a la casa de la playa, la estaba dejando más hermosa de lo que era. Mis hijas eran otro cantar, estaban felices

de irse a vivir a la playa, aunque todos los días deberían levantarse a las seis,

para ir a la escuela. Salían a las seis y llegaban a las siete de la tarde, Manu las quiso cambiar de escuela, pero por los amigos no quisieron.



Una noche de las tantas que cenábamos solos, porque los chicos habían salido y las nenas ya dormían, Davy nos comentó, que se enteró que la madre de Zoe, había vuelto, el gallego se puso nervioso, no quería que viera a la hija, pero teníamos que decirle, pues la yegua, seguramente la buscaría.

—Cuéntale, dile que su madre está en Barcelona, antes que se la encuentre y la tome

por sorpresa —le pidió Davy a Manu y él apoyó los codos sobre la mesa y nos miró.

—Mañana se lo diré —enfocó su mirada hacia las escaleras, Zoe que bajaba. lo había

escuchado, ella se puso a su lado y puso sus brazos por su cuello.

—No me quiero ir con ella, no la quiero, papá no hagas que me vaya —pronuncio.

El gallego se paró y la abrazó, después la separó de su cuerpo y le habló.

—Jamás dejaría que te vayas con ella, ¿escuchaste? Tú perteneces a aquí, nosotros

somos tu familia, yo te protegeré, mírame —le pidió, Zoe levantó su cara y lo miró—quédate

tranquila, yo hablaré con ella —esas palabras, no me gustaron, ¿qué tenía que hablar con ella? me removí en mi silla y éllo notó, me observó de costado y yo miró hacia otro lado—

Davy me acompañará —agregó, mirándome.

Los días, pasaron y la madre de Zoe, pidió hablar con el gallego, yo me moría de celos, pero callaba, ese día estaba que me llevaba el coludo, no me aguantaba nada, antes de

irse, Manu me despertó, la habíacitado en el banco a las once de la mañana.

—¡Dejame dormir! —le grité, cuando se agachó para besarme, me dio vuelta de golpe

y sus ojos se clavaron en mí.

—Sofi, por Dios, ¿qué piensas que voy a hacer? —dijo, acariciándome la mejilla.

—Coger, eso es lo que hace ella, ¿no?

—estaba enferma de celos.

—Nena, ven acá —se sentó y me abrazó, me oville entre sus brazos y me miró con

todo el amor del mundo— sabes que hace rato quiero hacerte una pregunta pero no me animo

—sé lo que quería, tenía que zafar de esa pregunta que, como siempre me daba pavor, lo besé

en los labios, me tomó la nuca y su beso fue feroz, se alejó despacio de mí y me sonrió—

eres una yegua sabes lo que te pediré
¿no?—corrió su cabeza de costado y le
sonreí— vengo

a almorzar contigo, solo hablaré con
ella, para que deje tranquila a mi hija,
solo eso, aunque

sé que viene por la casa de la madre
—«¡Qué hija de puta!» pensé—pero no
sabe que ella, antes de morir la vendió,
y puso el dinero a nombre de Zoe, se va
a llevar una sorpresa —nos

besamos y se fue.

A las once en punto, llegó la madre de
su hija, vestía provocativamente, aunque
era ya

grande, era muy hermosa. Manu la miró con ironía, ella se acercó y lo besó en la comisura

de sus labios, el gallego, con sutileza se alejó, se sentó detrás de su gran escritorio y haciendo un ademán con la mano, la invitó a sentarse, delante de él.

—¿Cómo está mi hija? —ella se cruzó de piernas, provocándolo.

—¿Qué hija? ¿La que abandonaste, la mayor parte de su vida, con unos abuelos

enfermos?, ella, está bien, porque tiene un padre que la amay la protegerá de alguien como tú,

—Manu se había adelantado en su sillón y la observaba con todo el sarcasmo del mundo.

—No puedes, negármela, ella es mía —
sonrió y cruzó nuevamente las piernas,
para

que él se las viera.

—No me provoques, ni con tu cuerpo ni
con tus palabras, te conozco, ¿a qué
mierda

viniste? El amor de madre no va
contigo, si vienes por el dinero de la
casa de tu madre, ella

antes de morir la vendió y lo depositó a

nombre de Zoe —y sonrió mientras a ella se le salían

los ojos.

—¡No pudo ha3cer una cosa así! —grito parándose.

—Pues mira tú, lo hizo y ese dinero no se puede tocar, ¿ese fue el motivo de tu regreso?, no tu hija, me das lastima, quiero que la dejes en paz, ella no quiere verte,

¿entendiste o te lo explico de nuevo? — la zorra rodeóel escritorio del gallego y paso le pasó

sus manos por el cuello, le acarició la

espalda, la nuca, se agachó y susurró en su oído, mientras él se quedaba tieso.

—Solo una noche, solo una, por los viejos tiempos, vamos nene, sabes que soy muy

buena en la cama, después me iré y no volverás a saber de mí, ¿qué dices? —le lamió la oreja,

le acarició la cara, con la punta de sus dedos, le tocaba los labios, Manu permanecía, en silencio.

Cuando se abrió la puerta y unos ojos se clavaron en él, lo miraron con odio

contenido, ella se alejó y lo observó,

Davy los miraba con recelo.

—¿Qué mierda haces aquí? Quiero que te retires y no vuelvas nunca más —le pidió,

sin apartar la vista de ella, el gallego se paró y lo miró.

—Ya se iba, —se agachó sobre su escritorio, firmo un cheque y se lo entregó

Ella lo miró y evaluó la cifra de varios ceros, sus ojos se abrieron como platos y sonrió, tomó su cartera y al pasar cerca de Davy, le murmuró.

—Me había olvidado de ti, muñeco, —

le pasó los dedos por su incipiente
barba, el

brasileño se los retiró, mirándola con
asco— no sé qué le vieron a esa
argentina, siempre los

tuvo a sus pies —se dio vuelta y lamió
a los ojos a Manu— si aceptas, sabes
dónde encontrarme, mañana a la tarde
me voy —Davy lo fulminó con la
mirada, la tomó a ella del

brazo y la arrinconó contra la pared, el
gallego dio unos pasos hacia él, pero al
verle la mandíbula apretada, se calló.

—Quiero que te alejes de mi familia, no
quiero verte cerca de mi sobrina, sí, esa

argentina nos tiene a sus pies, ¿sabes porqué? —le dijo apretando la mandíbula, de la rabia que tenía y apretándole la cara con una mano— porque ella, es la madre de nuestros hijos, ella es una señora, no una puta arrastrada como tú, que abandona a una criatura —ella se retorció del dolor, el gallego lo agarró del brazo para que la soltara, la retiró a los empujones y cuando quedaron a solas, Davy enfrentó al gallego puteándolo. Se le acercó y como nunca lo había hecho, lo enfrentó, mirándolo directo a los ojos.

—¿Cómo pudiste, dejar que paseara sus sucias manos por tu cuerpo? Dime que no te

ibas acostar con ella, ¡dilo! —le gritó y el gallego bajó la mirada—. Imbécil, lo ibas a hacer,

pero ¿qué te pasa?, ¿estás enfermo? —preguntó.

—No me iba a acostar con ella, solo quería que se fuera bien, para que no vuelva a molestar.

—Mentira, lo vi en tus ojos te calentó, lo sé, ¿cómo pudiste? —se dio vuelta y en un

segundo se fue, dejando al gallego, pensativo, sin entender por qué había obrado de ese modo, ahora tendría que lidiar con los celos de Davy.

«No podía perdonarse, haberse dejado tocar por esa mujer, ¿qué quería probar?

¿Quería saber si podía sentir deseos por otra? ¿No pensó en Sofi? Era verdad lo que Davy le

dijo, estaba caliente con ella, después de tantos años. Se sintió malánimicamente, se enfureció

con él mismo, no fue solo eso, querer probarse a sí mismo, que en su vida solo existía su mujer»- pensaba Manu.

La tarde se le hizo larga, lo había mandado a Joaquín a hacer unos trámites, volvió a

pensar en esa mujer, la madre de su hija,
algo lo llevaba a ella,
irremediablemente, sin saber

porqué, se puso el saco, salió de su
despacho apurado, la secretaria lo miró.

—Ahora vengo, una hora —le
comentó mirándola, ella asintió con su
cabeza.

Sabía dónde se hospedaba la madre de
su hija, subió a su auto y allí se dirigió,
maldiciéndose a sí mismo por su
decisión, quería comprobar que no
sentía nada por ella, aun

sabiendo que perdería mucho en el
intento si alguien lo viera. Optó por

arriesgarse, la duda

lo estaba carcomiendo, hacía años que no se acostaba con otra que no fuera Sofi, guardó su

auto a una cuadra, en un estacionamiento, mientras iba caminando la llamó al celular.

—¿Dónde estás? Quiero hablar contigo, ¡ya! —le ordenó, como era su costumbre,

solo a Sofi, le pedía porfavor, a los demás les ordenaba.

Al pensar en ella, se le detuvo el corazón, paró de caminar un instante,

meditó lo que

estaba a punto de hacer, pero él era un hombre de determinación, haría lo fue a hacer, respiró

hondo y siguió su camino.

—Estoy por darme un baño, ¿quieres venir? Te echo mucho de menos, solo una

última vez —le suplicó la zorra.

—Ábreme, estoy en la puerta, —se deshizo el nudo de la corbata, estaba traspirando,

ni él creía lo que estaba dispuesto hacer,

su conciencia le gritaba que no lo hiciera, pero él no podía resistirse, apenas con una bata puesta ella le abrió, la miró con los ojos llenos de deseos, entró y con el pie cerró la puerta, ella se alejó y muy lentamente dejó caer por los hombros la bata, quedando completamente desnuda, frente a él.

—Solo he venido a cogerte, quiero comprobar si aún después de años, me gustas —le

dijo, con arrogancia, después de decir eso se acercó a ella, la tomó por la nuca y la besó en

los labios.

Ella estiró sus brazos y lo tomó de la cabeza, apretándolo más a su desnudo cuerpo,

estiróla mano, apoyando la palma sobre su pene que estaba completamente dormido; la soltó

de inmediato, dio un paso atrás y la miro de arriba a abajo

—No puedo, sabía que tenía que ser así, solo amo a mi mujer, fui un estúpido al venir,

perdona me tengo que ir —ella desconcertada, quiso retenerlo a la fuerza— Déjame y no olvides lo que te dijo Davy, no queremos verte más,

nunca más, lo que te di, es suficiente
para

que puedas vivir tranquila —antes de
abrir la puerta, ella lo abrazó desde
atrás.

—Quédate, yo lo despertaré —susurró,
mientras acariciaba su bulto, él se dio
vuelta y

la miró con una sonrisa a medias.

—Tú no entiendes, ella con solo
tocarme me hace sentir vivo, ella con
solo besarme

me calienta como a un pendejo,
¿entiendes? Amo a esa mujer, más que a

mi propia vida, vine

porque mi orgullo machista así me lo
exigió, quise comprobar algo, que mi
corazón ya sabía, no quiero estar con
nadie más, solo ella —casi se le escapa
de entre los labios solo los

tres, calló y la miró— te lo pido bien,
por lo que hubo entre nosotros, vete
lejos, déjanos en

paz —la mujer, se puso en punta de pies
y lo beso en los labios, fue un tierno
beso, un beso de

despedida.

Subió a su auto, se dirigió a su casa,

entró, todo estaba en silencio, se dejó llevar por

la música que provenía del jardín de invierno, sabía que ella, su amor, su argentina, estaba ahí, se escuchaba La Berisso, la banda de rock preferida de esa loca argentina. La miró, sonrió al

verla caminar en la cinta con su short y su top, se quedó parado en el marco de la puerta apreciando ese cuerpo, que, de solo mirarlo, lo estaba poniendo duro, ella siempre había tenido esa habilidad con ellos, era una hechicera, ella era su niña. Aún recordaba, la primera

vez que la vio en el banco, su meneo al caminar, su trajecito, ese pelo al viento,

sus ojos...

«¡Dios! ¿Cómo pude dudar que la amaba, cómo pude ser tan imbécil?»

Con los hijos

hermosos que le había dado, gracias a ella hoy estaba vivo, con una gran familia, si no la hubieran conocido, andarían de puta en puta, más solos que un hongo. Como si sintiera su presencia, ella se dio vuelta y lo miró sonriente, le estiró la mano, mientras paraba la cinta y se secaba la transpiración con una toalla, Manu se quitó el saco, caminando lentamente hacia

ella, lo tiró arriba del sillón, se arremangó la camisa y cuando la tuvo

enfrente, la abrazó, le dio ese abrazo de oso, que a ella tanto le gustaba.

—Te extrañé, quería que vinieras —se abrazó a su cuello y le comió la boca, el beso

fue tan intenso, que los dos temblaron de pasión, él separó su boca de ella.

—¡Mira cómo me pusiste! —sonrió, le tomó la mano, y se la llevó a su bulto, que

estaba enloquecido por salir, ella dejó su mano ahí, mientras otra vez lo besaba.

—Él —dijo Sofiirónicamente, mientras

lo apretaba y miraba hacia abajo —él sabe que

es mío, de nadie más.

El gallego largó una ruidosa carcajada que ella celebró, haciéndole cosquillas.

La

alzó en sus brazos, la bajó en el dormitorio, apurados se sacaron las ropas y se metieron en la

ducha, la euforia, la ansiedad estaban servidas, sus dos cuerpos se mezclaron, dando paso a la

lujuria, se saborearon, se lamieron, se tocaron, se besaron.

—Te deseo, como el primer día —
afirmó él, mordiéndole la barbilla —no
hay otra

que me caliente como tú —mientras ella
gemía descontroladamente— ¿Sabes por
qué? Eres

mía y yo tuyo —la apretó contra la
cerámica del baño, le tomó la nuca
mientras su lengua recorría cada espacio
de su boca— Ahora, te voy a coger, te
demostraré cuánto te amo.

La penetró sin piedad, su cuerpo
golpeaba contra la pared, provocando un
sonido

seco, ella subió sus piernas a su cadera

y las embestidas fueron profundas, increíblemente certeras, después de llegar al clímax le besó todo el rostro y la enjabonó con la esponja.

—Te amo, nena, siempre será así— la tomó de atrás por su pelo largo y corriendo su

cara la volvió a besar— terminemos que vendrán los chicos.

Él sonrió, pero al ver la agitación en el cuerpo de ella, añoró otra vez, penetrarla, y

así lo hizo, de espaldas, contra las cerámicas, después de morderle el cuello. Ella seguía gritando de

excitación, de tanto placer, el orgasmo se hizo presente y en segundos los devastó, como truenos en noche de tormenta. Sus cuerpos quedaron rendidos, sentados dentro

de la gran bañera, el gallego le había regalado el mejor polvo de su vida y ella apoyada en

su gran pecho, con las piernas cubriéndole la cintura seguía lamiéndolo y besando sus labios.

—Dime, que te hago feliz, dímelo mi niña —susurraba él.

Sofi sonrió, sus celos le provocaron gracia, lo miró con sus ojos

entreabiertos y

asintió, abrazándolo. Permanecieron en esa posición hasta que escucharon la voz de Davy, llamándola, ella se duchó, se puso un vestido y arreglándose el pelo se dirigió a la cocina, donde Davy estaba con una cara de culo que se la pisaba. La miró al entrar, la besó en los labios, se sacó el saco, la corbata y se sentó en el taburete de la cocina.

—¿Te estabas bañando?, ¿el gallego estaba contigo? —su pregunta, sonó dura, no le

gustó.

—Sí, ¿qué te pasa? ¿Problemas en la

empresa? —le preguntó.

Se arrimó y lo abrazó, él extendió sus largos brazos alrededor de la cintura de ella atrayéndola a su cuerpo y apoyó su cara en su vientre plano, Sofi se separó y con sus manos

le levantó el rostro y lo miró

—Dime, ¿qué te pasa? —él se volvió agarrar de ella y le contestó.

—Nada, estoy cansado, hay mucho trabajo, dame algo para comer.

Cuando ella se disponía a servirle algo, salió Manu con los pantalones del pijama y una remera puesta, miró a Davy

que lo observaba, se arrimó y le besó la cabeza, ella vio que

Davy estaba esquivo con él, supo que algo pasaba, pero calló. Mientras comían, el brasilero

contestaba a las preguntas del gallego, solo con monosílabos, hasta que se levantó y se fue a

duchar.

—¿Qué le pasa? No se habrán peleado, ¿no?

Sofi lo miraba al gallego, que estaba con la mirada perdida.

—No, déjalo ya se le pasará, está cansado —entraron todos los hijos y ya no pudieron

seguir hablando.

Mientras las hijas asaltaban a la madre con preguntas, los hijos varones, reclamaban

algo para comer, Sofi observó cómo el gallego se metía en la habitación. Cerró la puerta y se

encaminó hacia el baño, sabía que el brasilero se duchaba, lo esperó apoyado en la mesada

del baño, Davy salió secándose, cuando

lo vio, se tapó y se encaminó a la habitación, Manu lo

tomó del brazo, haciéndolo detener.

—Por favor, nene no pasó nada, ¿no me crees? —el brasilero lo empujó, entrando en

la habitación y Manu lo siguió— no soy tan estúpido para perder lo que tengo — le confesó

cerca del oído, a su espalda, el brasilero se dio vuelta enfrentándolo.

—Dime ¿por qué, entonces, fuiste adonde está viviendo? Dímelo —le gritó.

—¿Me seguiste? ¡No puedo creer que
hayas hecho eso!

Davy se puso un vaquero, una remera,
estaba para morderlo todo, el gallego, se
arrimó y de un tirón se la sacó.

—No vas a ir a ningún lado, ¡siéntate
ahí, ya!

Le contó al brasilerero lo que sintió,
porqué fue a ver a la mujer y cómo se
fue

enseguida; Davy estaba hecho un manojito
de nervios y celos, pero como siempre,
él se salía

con la suya, Manu, se arrodilló frente a él y le hablo.

—Sé que fui un estúpido, no lo volveré hacer, perdóname, ella no debe enterarse, si lo

hace se pondrá, ya sabes cómo —le pidió, mirándolo, acariciándole su hermoso rostro.

Después de hablar y convencerlo, el brasilero también se puso un pijama y se fueron a

la cocina, antes de salir, Manu lo dio vuelta de un brazo y lo besó en los labios.

—Te amo, los amo a los dos, eso nunca va a cambiar —le dijo, mirándolo

directamente a los ojos —recuérdalo siempre.

La sonrisa de infarto de Davy no tardó en llegar, tomó el rostro de Manu entre sus dedos y le comió los labios. Cuando entraron en la cocina, haciendo chistes, los dos en pijamas, sus imponentes físicos apabullaron a Sofía, que los miraba sin poder creer que esos,

eran sus hombres. Toda la cena, fue en paz, los chicos cenaron, entraron en la pileta hasta que

se cansaron, después todos a dormir.



CAPÍTULO 20

Al otro día, mis hombres al trabajo, mis hijas a la escuela, cuando vino Ramona

después de tomar unos mates me fui hacer las compras, tardé bastante, pues nos habíamos quedado sin provisiones, cuando estaba volviendo mi celular sonó, era Davy.

—¿Dónde estás? En casa ¿no? —sentí cómo sonreía.

—Estoy con dos hombres —me reí, lo que no le causó mucha gracia.

—No seas tonta, ¿estás comprando?

—«mi loco» pensé, al recordar tiempos atrás,

todo lo que este desgraciado me hizo pasar.

—Sí amor ya vuelvo, ¿querías algo? —oí que hablaba con alguien más.

—Sí, el gallego quiere que compres el postre.

—Dile al gallego, que está gordito—oí sus carcajadas, sonreí— ahora voy, dile que

me compre el libro que le pedí, que acá no lo conseguí.

Después de tontear un poco, corté la comunicación, cuando llegué la gallega estaba

mal, me ayudó a bajar la parva de bolsas, que traía.

—¿Te pasó algo? —la miré, no me gustaba su cara.

—Nada, creo que me bajó la presión —le di unas gotitas y se le pasó.

Mis hombres me avisaron que venían a las siete, tenían una reunión en la empresa de

publicidad, me fui un rato a la casa de Marisa, que estaba con Miriam, Ramona se quedó en

casa estaba mirando una novela.

Manu llegó primero, Ramona lo recibió con rabia en sus ojos, solo se había quedado

para hablar con él, Manu la observó extrañado.

—¿Todavía acá? Te voy a tener que pagar más, ¿dónde está Sofía? —le preguntó,

observando hacia todos lados.

—Está con Marisa y Miriam, ya viene, quiero hablar contigo, antes que ella venga —

el gallego la hizo sentar en el sillón del living y él se quedó parado, la gallega le dio un sobre abierto.

—Toma, esto llego hoy, mientras mi niña estaba haciendo las compras, di que yo lo

recibí y no estoy segura de no decírselo a ella, si lo hago te vas a tener que atener a las consecuencias —el gallego tomó el sobre, mientras la miraba desconcertado, lo abrió y encontró una

esquela que decía.

La pasamos bárbaro, ¿podríamos repetirlo?

Metió su mano dentro del sobre y extrajo su corbata. Aun dándole dinero y sabiendo

que nada había pasado, ¿le mandaba eso?

«Esa zorra» pensó. Hizo un bollo en su mano, mientras puteaba en alemán, se maldijo

en todos los idiomas posibles, si eso caía en manos de Sofi, el fin era inminente, tuvo que confesarle a la

gallega, lo que había hecho, con toda la vergüenza del mundo, lo estúpido que

se había portado. Ella le dijo de todo, pero como era tan grande el amor que sentía por el hijo

de su mejor amiga, lo cubrió, haciéndole prometer que jamás volvería hacer algo semejante.

Después de una noche intensa, los tres caímos exhausto en la gran cama.

Desperté, de

madrugada, como siempre atrapada entre los brazos y piernas de mis

hombres, muerta de calor, me deshice de ellos y me levanté lentamente, tratando de no despertarlos.Me acomodé

el pelo y los observé parada junto a la cama, los amé más que nunca, sus cuerpos desnudos de

metro noventa, estirados se veían enormes, con mis ojos fui repasando sus rasgos, el pelo revuelto, las bocas entreabiertas, el pecho enorme y su respiración, lenta y tranquila, casi los despierto para seguir hundiéndome en ellos, sonreí por mi pensamiento, la bruja me salió de

dentro y exclamo: “¡No seas yegua, déjalos descansar los vas a matar!”,

sonreí y desterré mis

pensamientos lujuriosos.

Me puse el pijama y las pantuflas,
sigilosamente me dirigí a la cocina,
apenas entré, la

encontré a Zoe sentada en un taburete,
tomando un té y con lágrimas en los
ojos. La miré, me

serví una taza y me senté a su lado.

—Dime nena, cuéntale a tu mamá del
corazón porque estás triste —le pregunté
mirándola a los ojos.

Manu se había despertado, siempre tuvo el sueño liviano, al contrario de Davy que no

lo despertaba una bomba, aún adormilado percibió que Sofí no estaba. Se levantó de golpe, se

puso el pantalón del pijama y se dirigió a la cocina; mientras se acercaba y escuchaba el murmullo, su corazón se desbocó, como siempre, pensó lo peor, su niña estaba hablando con

un hombre. Se pasó sus largos dedos por el pelo, sus piernas se detuvieron, no se animaba a

avanzar, tomó valor y se acercó a la puerta, que estaba entreabierta, agudizo su oído y escuchó.

—Por favor Zoe, confía en mí, cuéntame, ¿te enamoraste? —pregunté, quizás

llorisqueaba por amor, a esa edad es posible, me miró.

—No Sofi, no estoy enamorada, sabes yo siempre trato de llevarme bien con todo el

mundo, pero hay veces que quisiera putear y arrancarles la cabeza —la

observé, jamás la había oído hablar de ese modo.

Que la lastimaron era seguro, pero, «quién» pensé. Ya estaba levantando presión, ella

era tan buena que quise matar a quien le hizo daño, le apreté la mano y siguió hablando,

—Sabes, en el instituto, la dueña es una mujer, es una hija de puta —mis ojos se abrieron como platos— desde que se enteró que yo era hija de Manuel Ocampo Falcao, me

empezó a tratar mal, despectivamente — agacha su cabeza y rompe en llanto, la

cubro con mi

brazo y la arrimo a mi cuerpo, se limpia las lágrimas y me mira— ella tuvo algo con mi padre, la escuché hablando en la cocina, con otra mujer —«será hijo de puta, ya quiero matarlos a los dos» y como si adivinara mis pensamientos, me mira— anduvo con él hace años, pero nunca le dio el lugar que ella quería, siempre la trato como una más, le decía que

se había enamorado de una argentina, con la cual tuvo hijos, hijos que con ella no quiso, también dijo que mi mamá fue una puta.

La abracé muy fuerte, de la misma

manera que quería retorcerle el cuello a esa mujer.

—Mírame, nena, mírame —le pedí, ella lo hizo secándose los mocos— vos sabés lo

que era tu madre, ¿no es así? —ella asintió— pues no le des bolilla, déjala que hable; vos mi

vida sos todo lo que una madre quisiera que fuera su hija —ella se abrazó a mi cintura, sentí

un inmenso amor por esa niña— mañana buscaremos otro instituto, hay miles, no dejaré que

trabajos más, ahí.

—No Sofi, los chicos me quieren, no me quiero ir, ¿me entiendes? —la observé, estiré

mis dedos y limpié sus lágrimas.

—Pues entonces mañana iré yo y le arrancaré todos los pelos, no voy a permitir que

nadie te trate mal, vos sos muy buena e inocente esa yegua, se las verá conmigo.

Manu sonrió al escuchar la conversación de su hija y su mujer, sintió un orgullo

tremendo por ella, le gustó la manera de protegerla, contra todos y la amó aún más de lo que

lo hacía, no aguantó más, abrió la puerta y se sentó al lado de su hija, la abrazó y la tomó por las manos, mientras Sofi se secaba unas lágrimas.

—Mira, hija, mañana yo voy hablar con esa mujer, no me gusta verte así.

—Por favor papá, no quiero que vayas, me van a echar —el gallego, apretó los

dientes y negó con la cabeza— dime que no vas a ir —él asintió.

—Mi vida, eres una Falcao —ella elevó

los ojos al cielo y Sofi se largó a reír,
Manu

las miraba serio— no debes permitir
que nadie te trate mal, ¿escuchaste?
Puedes vivir sin trabajar dándote todos
los gustos que te plazcan, si permití que
fueras a trabajar ahí es porque eras feliz,
de otro modo no te hubiera dejado,
quiero que vayas a dormir, mañana
hablaremos

—la besó en la frente y ella devolvió el
saludo.

Mientras subía la escalera la cara de
Manu cambió, Sofía no dejaba de
observarlo, se

paró de pronto y entro en el dormitorio, abrazó a Davy, que nunca se enteró de nada. El gallego se quedó sentado, puteando en alemán, golpeó la mesa con el puño y se levantó, caminó por la cocina pensando lo que haría al día siguiente. Entró en el dormitorio, se desnudó y se metió en la cama, se abrazó a Sofía, ella lo rechazó, él sonrió, la apretó más a

su cuerpo y empezó a besarle el cuello, lamió el lóbulo de su oreja, pasó sus manos por su

cintura y se la acarició.

—Nena, eso fue hace muchos años, no me castigues por mi pasado, sabes que

muerdo

de amor por ti, lo sabes ¿no? —sintió cómo el cuerpo de ella se relajaba y caía en sus encantos, sabía cómo tratarla, se movió y el muy desgraciado sonrió, de un solo movimiento

la dio vuelta, la miró y ella lo abrazó y él le besó la cabeza,

—Dale un beso a tu gallego, vamos, no quiero dormirme enojado, bésame —le

suplicó ya sobre sus labios, observó cómo unas lágrimas se escapaban por sus mejillas y se

maldijo por hacerla sufrir.

Le secó las lágrimas con sus labios, el ambiente se fue calentando y terminaron desnudos en la cama y sus cuerpos fueron uno.

—Soy tuyo nena, nada más me importa, cree en mi por favor —sus manos empezaron

a recorrer su delgado cuerpo y su miembro jugaba con su sexo, ya mojado y palpitante.

—Te amo tanto, tanto, fuimos ciegos por años con Davy, hasta que te adueñaste de

nuestras vidas, tú amor, solo tú, con tu

luz iluminaste la nuestra, nos regalaste hijos hermosos, no debes sentir celos, soy yo el que debe sentirlos, cuando te veo caminar, moviendo ese culo por la vida, te encerraría, como dice mi papá y no saldrías más. —Sofi sonrió y le hizo cosquillas— Ríete, pero sabes que tengo razón, tu andar nena, hace que los

imbéciles se den vuelta y en ese momento muero de celos, a veces creo que tenerte a mi lado,

es un sueño del que un día despertaré y te perderé —bajó sus labios y la besó suavemente, ella

subió sus dedos que recorrieron ese hermoso rostro.

—Soy tuya, no te atormentes jamás me iré de tu lado, eso nunca ocurrirá.

—Quiero irme a la casa de la playa, creo que solo ahí conseguiré la paz y tranquilidad

que necesito, solo los tres —sonrió— bueno las nenas, también. Siempre supe que la

diferencia de edad, iba a hacer estragos en mí, aunque nunca imaginé cuánto, hay días que creo volverme loco, imaginando que te enamoras de otro y me dejas —la miró serio,

directamente a los ojos, ella estiró sus labios y lo besó tiernamente.

Sofía notó cómo los músculos de su cuello se tensaban y reconoció, sus celos y su miedo a perderla, jamás pensó que fuera a ser más celoso que Davy, pero estaba

comprobando que los celos muchas veces terminaban con su cordura. Él un importante

hombre de negocios, un banquero temido y reconocido por muchos, cuya sola presencia

ponía los sentidos de muchos de sus enemigos en jaque, del que ella conocía su lado perverso

y oscuro, y también el lado vulnerable,

vivía con miedo a ser abandonado, lo abrazó y suspiró, al fin de cuentas es como Davy, un chico grande, pensó, y le dio mucha ternura.

—También Dios, nena, cómo me calientas mira como estoy —llevó la mano de ella a

su pene, que ya estaba hinchado llamándola, repetía con la voz ronca entrecortada, ya dentro

de ella, le subió los brazos, al respaldar de la cama y la penetró con ansias, ella gimió, mientras las caderas del gallego la arrastraban por el camino de la lujuria y ella se debatía entre morderlo y marcarlo.

—¡Aaayyy! —gritó el gallego al sentir que los dientes de ella se clavaban en su cuello.

—Sos mío solo mío, que te quede claro —afirmó, arañando sus brazos, ante la pícara

sonrisa de él.

—Y tú eres mía, solo mía, no lo olvides, nuuuuncaaaa —pronunció serio,

mordiéndole el labio inferior, sin sacarle la mirada de encima— porque si así lo haces, mataría con mis propias manos, al que se digne posar un dedo en tu cuerpo —se devoraron,

se lamieron hasta que de pronto, Manu sintió unos dedos tibios sobre sus testículos, giró la

cabeza y sonrió, era Davy, el nene despertó —necesito refuerzos— susurró sonriendo.

Se besaron con urgencia, con desesperación, los tres se lamieron hasta el último

hueco que poseían, Davy tomó posesión de ella por la parte de atrás, lo cual amaba, los dos la

penetraron al mismo tiempo sin aviso previo, lo que hizo que ella gritara de pasión, eran tres

gatos en celos gritaban y se movían con movimientos sincronizados, los tres disfrutaban como siempre. Sus cuerpos formaban una poderosa corriente magnética, la que los juntaba cada vez más, hasta ser solo uno.

—Uno más uno, son tres —susurraba Davy.

Sus cuerpos se friccionaban, sus bocas se juntaban, sus labios se lamían, lo que sentían

era indescriptible, esa habitación se encendía de gritos, de gemidos, el morbo hacía acto de

presencia y la lujuria terminaba con la

cordura de los tres. Sus respiraciones agitadas, sus embestidas furiosas, los llevaban a un estado de excitación que creían desfallecer, segundo a

segundo el placer aumentaba y en un enredo de brazos, piernas y manos, la locura los poseía

como una gran tormenta en alta mar. Los cuerpos de ellos encajaban a la perfección en el de

ella, que se desarmaba entre sus brazos. Después de horas, donde todo era válido entre ellos,

como siempre, donde no existían reglas, llegaron juntos al punto justo donde un

gran orgasmo explotó, sus cuerpos convulsionaron y se apretaron más aún. Quedaron quietos, con

el entrecejo apretado y sus ojos cerrados, Sofi sentía cómo el semen ardiente de ellos, llenaban su cuerpo, se tendieron bocas arriba agitados, por el acto sexual violento que habían

consumado, por lo general, siempre era así, pero esa noche sus juegos habían sido violentos,

feroces. Fue una conjunción de sentimientos encontrados, Manu la penetró con una fuerza arrolladora, demostrándole que él era su dueño, su amo y señor, Sofi lo mordió todo,

marcando su territorio y Davy supo que sin ellos ya no podría vivir. Ya de madrugada, cansados se durmieron entre olor a sexo y sudor, abrazados y felices, como cada noche de sus locas vidas.

Cuando ella despertó, estaba sola, sus hombres se habían retirado a sus trabajos. Se duchó se vistió y se dirigió a la cocina, apenas entró, vio a la gallega tomando mate, mientras

comenzaba a cocinar.

—Ay mi niña, toma un matecito, recién lo empiezo —Sofi le sonrió y lo aceptó,

mientras peleaba con su pelo para hacerse una trenza que nunca le salía.

—¿Cómo has dormido? —preguntó la gallega, lo cual provocó una gran sonrisa en

su cara, Ramona la miró y se rio —No, mejor no me cuentes, no comas delante de los pobres

—susurró y las dos se largaron a reír.

—¿Mis hombres se fueron al banco? ¿a la empresa? y ¿las niñas fueron a la escuela?

—preguntó, comiendo una tostada.

—Sí, ellos llevaron a las niñas, por

cierto, Lucía llevó el celular, sabes que en la escuela se enojan, pero ya sabes cómo es, no me hizo caso y no dije nada para que no la retaran —levanté mis ojos al cielo, esa niña era de lo peor, pensé, seguro que traerá una nota

en el cuaderno de notificaciones— los hombres vienen a almorzar —sonreí, me gustaba que

vinieran a almorzar conmigo —dijeron que tenían que arreglar unos problemitas.

Ramona sacudió las manos, fue en ese momento que me despabilé y recordé lo ocurrido anoche con Zoe.

—¿Y Zoe? —pregunté, mirándola.

—Se fue con ellos, seguro la dejaban en el instituto, los varones también se fueron, pasó Frank a buscarlos.

Enseguida agarré el celular y lo llamé al gallego, cuando me atendió no lo dejé hablar.

—Manu, ¿dónde están? —lo apuré con la pregunta.

—Buen día, mi amor, ¿cómo estás?
¿Cómo dormiste? —sonreí.

—Hola amor —le dije mimosa y al segundo cambie el tono de mi voz—

decime

dónde mierda están —el largó una carcajada y Ramona se dio vuelta y me miró con la boca

abierta.

—A la una vamos a almorzar, te amo nena, mucho.

—Pero, ¿dónde están? —ya me estaba impacientando— decime que no fueron hablar

con esa mujer.

—Sí, ya arreglé todo, quédate tranquila, ¿quieres algún libro?, tengo que

comprarle

uno a Zoe y Emily me pidió otro,
aproveché y le encargué dos —después
de unos mimitos

cortó la comunicación.

Le conté a la gallega, lo que había
pasado con la hija de Manu, ella me
miraba

sacudiendo la cabeza en señal de
desaprobación.

—Yo la conozco Sofi, es una arrastrada
siempre lo fue, ella no sabe inglés, no sé
si es

de ella ese instituto, no tenía dinero, ¿cómo lo compro? Seguro alguno de los tantos con quienes se acostó, la ayudó, ella contrata niñas como Zoe, les paga un sueldo y se lleva una

comisión—la miré incrédula.

—Pero ella debe ser profesora — afirmé. La gallega se empezó a reír.

—Profesora de la calle, esa es y será una puta, nena, no sabes lo que es, ahora está más

vieja pero no quieras saber lo que era unos años atrás —se persignó y yo me maté de risa —

esa no se acuesta con los sapos porque no sabe cuál es el macho.

—Zoe dice que escuchó que se acostó, con —no me dejó terminar de hablar.

—Mira, no solo con ellos, se acostó con todos los que pudo, su cama es más

concurrida que la avenida principal — las dos nos reímos, pero yo pensé que sería bella.

—Dime ¿cómo es? —ella me miró.

—Dame otro mate, ya está vieja mi niña, no pienses en ella.

—Ramona, decime ¿cómo es? —le

insistí.

—Bella, muy bella, alta morocha con unas lolas impresionantes —hizo seña con sus

manos y me quise morir me miré mis dos limones, como si supiera lo que pensé, siguió hablando, me miró— por favor, no vas a tener celos de ella, mejor cambiar de tema —

expresó, dándose vuelta.

Ya mi cabeza empezó a trabajar a mil por hora, alta bella con lolas gigantes, las veces

que estos desgraciados habrán

terminado en su cama, pensé con rabia y el gallego me dice que

no le tenga celos, jaja. Sabía, lo comprobaba siempre, aun grandes como estaban, las mujeres

se babeaban por ellos, su altura, sus cuerpos las volvían locas, claro que los iba a celar, quién en su sano juicio no lo haría, estaba medio loca pero aun observaba lo que provocaban cuando sus labios se abrían y sonreían, tendría que estar ciega o muerta para no percibirlo.



CAPÍTULO 21

Manu y Davy llegaron al instituto, un gran edificio de dos plantas, lujoso, al cual asistían niños de familias adineradas. Sus grandes puertas de vidrios se abrieron a su paso, una secretaria los recibió con su mejor sonrisa, el brasilero le sonrió de costado, observando todo el lugar.

—Señores, ¿a qué debo esta visita? —
sonrió como lo que era, una gran

babosa.

Manu se acercó como un felino, sin sacar los ojos de su cuerpo, tanto que el perfume

de él, hizo estragos en su cuerpo, la yegua se deleitó al mirarle los labios entreabiertos y sus ojos negros, como años atrás, la hechizaron. El muy desgraciado sabiendo el poder que tenía,

apoyó los puños de sus manos en el escritorio y se le arrimó lo suficiente como para que ella

sintiera su aliento; por supuesto, ella ya tenía su bombacha húmeda, el muy

cabrón le habló

sobre los labios.

—Dime nena, ¿aún te acuerdas de mí?

—susurró levantando sus dedos y acariciándole

la mejilla, ella tragósaliva y se arrimó a su bello rostro.

—Si me olvido de ustedes, de sus cuerpos, rogaría morir, ¿quién podría olvidarlos?

Dime —afirmó, tirando su corbata hacia ella, él le sonrió y le sacó la mano.

—Llévame con la que manda aquí,

después hablamos, ¿sí? —le pidió el gallego, más

serio Davy los siguió, entraron en un pasillo y golpearon una puerta enorme de madera, al

segundo se abrió, una mujer alta y morocha los saludo, sin sorprenderse.

—¿Cómo está la puta más bella? —dijo Manu, mirándola sonriente.

Ella se acercó y lo besó suavemente en los labios, hizo lo mismo con Davy que cariñoso le acarició la cola, haciéndola sonreír, entraron en el gran despacho, Davy se acomodó en unos sillones,

mientras Manu se sentó atrás del escritorio, apoyando sus largas

piernas en él. Ella los observó con recelo, sabiendo a lo que venían, un frío le recorrió la espalda, había cometido un grave error, y lo iba a pagar.

—¡Que alegría, los Falcao en mi instituto! ¿A qué se debe esta visita? — preguntó,

arrimándose a un pequeño bar y sirviendo unas copas.

Ellos no aceptaron y ella lo miró a el gallego, vio furia en su mirada, se acercó lentamente a él, lo movió, haciéndole bajar las piernas y se sentó

en su falda, lo besó, él no

respondió, solo la miraba, estiró su mano y la tomó de la barbilla.

—¿Tu instituto? —le preguntó con arrogancia, al instante supo que estaba perdida—

Dime, ¿esto es tuyo? ¡contesta! —le preguntó, tocándole un pecho, sonriendo recordando

cómo tiempo atrás esos senos lo volvían loco— ¡Contesta! —le gritó sujetándola más fuerza.

—Tuyo, todo es tuyo gallego, no me echas, ya estoy vieja, ¿dónde iría?

Perdóname,

no quise ofender a tu hija —él levantó la cabeza y la miró con sarcasmo, la soltó y la obligo a

levantarse.

—Yo diría que, más que eso —empezó a caminar lentamente alrededor de ella, sin

dejar de mirarla y sin sacar las manos de sus bolsillos, ella sentía que su piel se erizaba a su paso— nombraste a mi mujer, ya deberías saber que con mi familia nadie se mete, mi familia

no se toca, hace años te di esto para que

lo trabajos, nunca te pedí un peso —la miró— te lo he

dado en recompensa por tus trabajos — la tomó del pelo por atrás y le inclino la cara hacia él

— lo que hiciste, no tiene perdón, meterte con una criatura, meterte con mi hija, con mi mujer

que ni la conoces, quiero que en este mismo momento tomes tus cosas y te largues de aquí, no

quiero verte más, según me enteré, tienes tus ahorros y propiedades, no te vas con las manos

vacías —acercó su rostro al de ella—
No quiero verte más —la soltó y ella se
arrió a él,

mientras su mano le acariciaba el rostro.

—Por favor Manu, perdóname, fui una
estúpida, déjame quedarme —él le
retiró la

mano.

—No quiero enojarme más de lo que
estoy, lárgate antes que el castigo sea
peor, te quiero lejos, si es posible vete a
otra ciudad —sus ojos despedían
veneno, ella asintió y salió

acompañada de Davy, cuando estaban

afuera se dirigió a él.

—Davy, habla con él, dile que me perdone —le pidió mimosa, él sonrió.

—¿Aún no sabes que él manda?, con Sofi nadie se mete, yo mismo te rompería el

cuello, jugaste con fuego y te quemaste. Vamos, te acompaño a buscar tus cosas, cuanto más

rápido te vayas, mejor para ti —la acompañó y no dejó que se llevara nada más que su cartera, ella salió lloriqueando, la secretaria la miró irse.

Manu, ya había llamado a su abogado,

que acudió enseguida, reunió a todo el personal

del instituto, les pagaría todo, hasta ese día y los despidió a todos, no quería que se quedara

nadie, no quería traidores. Se sentó en el gran sillón, respiró profundamente y marcó su celular.

—¡Hola amor!, ¿cómo estás? —saludó a su mujer, ensayando su mejor estado de

ánimo, Sofi ya estaba de muy mal humor, pensando en esa mujer.

—¿Dónde están?, ¡ven a casa! —la respuesta de ella, hasta lo hizo sonreír,

amaba a esa

mujer más que a sí mismo, hasta enojada lo calentaba, sonrió.

—Mi vida, te amo, se nos hizo tarde escúchame, almuerza con Ramona, tardaremos

unas horas más, cuando llegue te cuento, te amo —y le cortó, sabía que si seguían hablando

terminarían peleándose.

Llegó el abogado, firmaron un montón de papeles, llamaron a la hija, que entró en el

despacho preocupada, cuando lo vio se quiso morir.

—Papá, ¡te dije que no vengas! —la abrazó y le besó la cabeza.

—Firma estos papeles y me voy, que mi mujer está enojada, vamos que es tarde —ella

observó los papeles sin entender nada.

El padre le puso la lapicera en la mano y la apuró sonriendo, después de firmar todo,

Manu guardó todo en un sobre, con una gran carpeta y se los entregó, Zoe la tomó.

—Todo este edificio, mi niña, es tuyo mi amor, solo tuyo, haz lo que quieras, ahora

eres ama y señora de todo esto —afirmó extendiendo su largo brazo —eres tu propia jefa, nadie te dará ordenes —la hija no salía de su asombro, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pero, ¿y la mujer? —atinó a preguntar.

—Se lo compré —mintió con una sonrisa, la abrazó y le besó la cabeza, se separó de

ella y le tomó las manos— se la compré para ti, para mi hija mayor, estudiaste

muchos años,

esta es tu recompensa. Mañana mandaré a mi personal de recursos humanos, ellos te ayudaran

a contratar empleados, siempre que tú estés de acuerdo, quiero decirte que esto te va a dejar

mucho dinero, sé que eres inteligente como tu hermano y vas a saberlo invertir. Por supuesto

que papá te seguirá dando tu mensualidad como hasta ahora —ella iba a hablar, pero Manu la

hizo callar, la observó, lamentando los

años perdidos, años que no supo que tenía una hija, agradeció a Dios que no hubiera salido como la madre— harás lo que tu padre te dice y no se

hable más —ella lo tomó de la cintura y le dio las gracias— Me voy porque mi mujer, debe

estar puteando —todos se largaron a reír.

Cuando el gallego llegó con Davy, Sofia estaba en la casa de Marisa, con Miriam y la

gallega, su amiga, estaban planeando una salida, el problema era contárselo a sus hombres,

cuando no la vieron en la casa enseguida
Manu la llamo al celular.

—¡Hola nena!, ¿dónde estás? Llegamos
—ella ya sabía la compra que había
realizado

para Zoe, ella se lo había contado.

—¿Llegaron?, me cansé de esperarlos,
estoy con las chicas en la casa de
Marisa, en media hora voy —el gallego
suspiró.

—Ven ahora, así tomamos unos mates —
le pidió mimoso.

—Media hora gallego, no jodas,
dúchense mientas tanto —le respondió

cortando la

comunicación.

Él enojado se dirigió al dormitorio a ducharse, Davy se sentó a picar algo cuando de

pronto, llamó por teléfono Falcao.

—Hola papá ¿cómo va todo? ¿Mamá?

—ellos hablaban con el padre todas las noches,

necesitaban escuchar su voz y asegurarse que estaban bien, ese llamado lo alertó, pensando que algo podía andar mal, preguntó el brasilero comiendo, un trozo de pollo.

—Hijo, ¿cómo estás?, ¿está Manu por ahí? tengo una mala noticia —Davy levantó su

metro noventa de la silla y con el celular en la mano entró en la habitación, encontró al gallego secándose, quien al verle la cara se asustó, le sacó el teléfono de las manos y habló.

—Hola —respondió, sin saber quién era.

—Manu hijo, Davy ¿está bien? —el gallego miró al brasilero que estaba pálido —

falleció la nana, esta mañana la encontramos muerta, estoy muy triste

hijo los necesito a mi

lado —por segunda vez en su vida escuchó la voz del gran Falcao quebrarse, la primera fue

cuando su madre falleció, Manu se sentó en el sillón ante la atenta mirada del brasilero, que

se movía para todos lados, quizás pensando en la madre.

—¡Oh papá lo siento tanto! Pero, ¿estaba enferma? No me dijeron nada.

—No hijo estaba bien, pero ya sabes era grande, tenía noventa y pico avísales a todos,

la vamos a cremar, ese era su deseo, la pobre Ana está destrozada, díselo bien a Davy sabes

cómo es, sabes que ella ayudó a su crianza, la quería mucho —Manu observó al brasilero, prometiendo que en cinco minutos lo llamaba, cortó la comunicación.

—Decime que nada le pasó a mi mamá —el hermano lo miró al gallego con lágrimas

en los ojos, él lo agarró y lo sentó a su lado en el sillón del dormitorio.

—Es la nana, falleció, sabes que era grande, nene no sé cómo vamos hacer,

pero

tenemos que estar cerca de papá, él nos necesita —se abrazaron y se les llenaron los rostros

de lágrimas.

Así los encontró Sofí al entrar, sin imaginar qué era lo que sucedía, los miró y se arrodilló junto a ellos.

—Decime, por favor que Falcao está bien —los miró a los dos que se limpiaban con

sus dedos las lágrimas que se derramaban por sus mejillas, ellos sabían del amor que su mujer sentía por

ese hombre y viceversa.

—Es la nana, falleció —dijo Manu observándola, ella se abrazó con ellos y los tres quedaron en esa posicióndándose fuerzas, imaginando cómo se encontraría Falcao con la pérdida de su madre.

Ella había ayudado a criar a sus hijos, amiga fiel de su nuera Ana, era una de esas mujeres de fierro, dueña de un carácter fuerte a pesar de su edad, siempre tenía voz de mando.

Querida y respetada en la isla, era una habitante ilustre, una de las primeras que la colonizó,

su marido un respetable hombre de negocios, a veces no tan claros, hizo una fortuna que su

hijo triplicó, dueños de casi media isla, todos conocían a los Falcao.

—Nena, tenemos que ir, queremos estar con Falcao, ¿qué vas a hacer tú?

¿Quieres

venir o te quedas con las nenas? Los varones, seguro van a querer ir —los miré, sabiendo que

no iba a ir.

—Me quedaré con las nenas y Ramona, ustedes vayan tranquilos —el gallego me miro

supe al instante lo que me iba a responder.

—Vamos, Sofi no quiero que te quedes sola, acompáñanos —me pidió, acariciándome

la mejilla.

—No, ya te dije, me quedo con las nenas —respondí, besándolo en los labios.

Enseguida se comunicaron con Frank y llamaron al hangar para pedir que tengan listo

el avión, para dirigirse a Brasil. Cuando mis hijos varones llegaron y se enteraron, mi casa se

convirtió en un mar de lágrimas, ellos la querían mucho, ella los esperaba con ansias cuando

iban a pasar unos días a la isla, lo que hacían dos veces al año. A Manu lo veía muy nervioso

y Davy lloriqueaba a cada rato, mi chico grande, pensé, siempre supe que era el preferido de

su abuela. Frank llamó avisando que el avión estaba listo, Marisa vino a mi casa con Miriam,

Manu me llevó al dormitorio antes de irse.

—Escúchame bien, por favor no salgas, el chofer vendrá a buscar a las nenas para

llevarlas a la escuela y las traerá de vuelta, promételo, así me voy tranquilo, no quiero sorpresas —me levantó la barbilla y me besó en los labios— promételo mi amor, volveré lo

más pronto posible —lo abracé con todas mi fuerzas y me besó la cabeza— quisiera que vengas con nosotros, pero sé que no quieres, también pienso en las nenas y papá me dijo que

no las lleve, nena te voy a extrañar —
susurró, me apoyo en su pecho y mis
brazos se enroscaron en su cintura, Davy
entro y los tres nos abrazamos.

—Sofía, cuida a las nenas y cuídate —
hacíamuchos años que no nos
separábamos, me

tomó la cara con las dos manos y me
besó en los labios, oímos cómo Frank
los llamaba, salimos del dormitorio
agarraron sus bolsos y después que
saludé a mis hijos varones, se fueron.

Todas las mujeres nos quedamos en mi
casa, muy tristes, antes de abordar el
avión

mis hombres me llamaron, para
quedarse tranquilos, Manu tenía ganas
de quedarse, lo sentí

en su tono de voz, aunque se encontraba
en una encrucijada, el padre lo
necesitaba. Las nenas

se fueron a dormir y nos quedamos en la
cocina con Marisa y
Miriam conversando,

recordamos tiempos vividos, cuando las
tres estábamos solas, Marisa nos
contaba sobre los

Falcao, sus anécdotas nos hacían reír,
hasta que de la nada salió el tema de
Maxi y con Marisa nos miramos.

—Nena, por favor no lo nombremos,
mira si vuelve del infierno —ella hizo
una

mueca y Miriam se largó a reír.

—Déjate de joder, ese está más que
muerto, ¡qué hijo de puta resultó el
desgraciado!,

se volvió loco, ¡pero era tan lindo! —lo
dijo de una forma que largamos una
carcajada— no

se rían estaba muy bien, ¿no me van a
decir que era feo? —preguntó,
observándonos.

—No, era lindo tipo, pero se volvió

loco, esta yegua no sé qué tiene, los vuelve locos

a todos, nena, ¿qué les haces en la cama? —me preguntó Marisa mirándome, yo reí, ya todas

estábamos con unas copitas de más.

—Lo mismo que vos le haces a Frank y vos al gallego —ellas abrieron sus bocas y

me contestaron.

—Yo, agarro al gallego, pobre, que ya tiene más años que la humedad y lo mato, todas

las noches no le quedan ganas de ir por ahí a buscar a nadie más y ¿tú? — confesó Miriam, dirigiéndose a Marisa, que se ahogó bebiendo, cuando la escuchó.

—Bueno, qué se yo, hago lo que puedo —las tres nos matamos de risa— Frank es

como un chico grande, no exige demasiado, tiene más carreras el pobre, pero, —me miró a

mí—nena tú, ¿cómo haces? porque sé que los dos son muy activos —a Miriam se le salían los

ojos, le clavé la mirada a Marisa.

—Pues lo que pasa, que yo soy más joven que ustedes —les respondí altaneramente,

ellas me observaron abriendo grande sus bocas, me dio un ataque de risa.

En ese momento, escuchamos ruidos que provenían del garaje, nos miramos y yo ya

estaba temblando, Marisa y Miriam iban a salir, pero yo les pegué un grito.

—¡Ni loca, nadie sale! —les dije.

Fui corriendo hasta la computadora donde estaban las cámaras encendidas las

veinticuatro horas filmando, ellas venían detrás, las miramos todas, hasta que la que estaba fuera del garaje, mostraba a una persona forcejeando el portón para entrar, me tapé la boca,

para sofocar el grito.

—Llama, ya al gallego —le pidió Marisa a Miriam, veía cómo a ella le temblaban los

dedos al marcar, el gallego enseguida atendió.

—Nena, ¿pasa algo? —respondió él, preocupado.

—Ay gallego ven enseguida, alguien

quiere entrar, ¿llamamos a la policía? —
le

preguntó.

—No, no llames a nadie ya estoy
saliendo, enciérrense —a los diez
minutos el gallego

llegó con los primos del brasilero, no
había nadie, después de revisar todo
entraron a casa.

—No hay nadie, ¿están seguras que
vieron a alguien?, quizás están un poco
tomadas —

el gallego, nos hizo seña con los dedos y
Miriam se enojó.

—Sofi, muéstrale el video —me pidió.

Todos fuimos a verlos y ahí se veía a un hombre forcejeando el portón, para poder entrar, los hombres se miraron, desconcertados, esa noche, el gallego se quedó a dormir y los primos se quedaron de guardia afuera; estábamos desayunando cuando llamó Manu.

—¿Todo bien mi amor?, ¿están bien? — me preguntó, no sabíacómo decirle lo que

había ocurrido.

—Sí, gallego ven, te extraño —le hablé muy suave, al momento supo que algo pasaba.

Hacía mucho tiempo que no nos separábamos y lo quería a mi lado, sé que era egoísta

de mi parte, pero mi corazón lo reclamaba, sin él estaba perdida, sin ellos nada era lo mismo,

sentí como su respiración se agitó al instante.

—Dime amor, que nada pasó, dilo nena, por favor —me reclamó.

—Anoche alguien quiso entrar en el garaje, quizás era un ladrón, no sé, llamamos al

gallego, vino con los alemanes, ellos se

quedaron haciendo custodia afuera y él se quedó a

dormir, no sé qué pensar —no me dejó terminar de hablar.

—Mira Sofi, haré revisar el avión y saldré cuanto antes para casa, quédate tranquila,

Davy está muy mal, pero me lo llevo conmigo, no quiero que se quede acá, pásame con mis

primos —así lo hice, hablaron una hora, después me pasaron el teléfono a mí.

—Escúchame, mis primos se quedarán a cuidarte, el gallego tiene que hacer unos

trámites y vuelve a la tarde a quedarse a dormir, no mandes las nenas a la escuela, están más

seguras en casa hasta que nosotros lleguemos, si viajamos hoy, mañana estaremos contigo, te

amo, si tienes que comprar algo, encárgalo por teléfono, amor ¿entendiste? —sus palabras me asustaron más de lo que estaba.

Para colmo de males Marisa y Miriam tenían que ir a empresa, Mía y Candy estaban a

cargo ya hacía meses, pero Marisa tenía que ir a firmar unos documentos. Zoe iba

a ir al instituto, pero custodiada, ¿quién era ese hombre? ¿Qué es lo que buscaba? Sabía que mis hombres tenían enemigos, seguramente ellos sabían muy bien quién o quiénes eran, pero nunca me lo iban a decir.

—Sí Manu, perdóname, en este momento que están pasando, pero sabes todo lo que

pasamos, ven cuando puedas, pero por favor no tardes —sentí su respiración, sabía que él quería estar ya, conmigo.

—Sofi, vuelvo a casa como sea, hoy, papá quiere ir unos días con Ana, que está muy

triste, estoy pensando dejarles el avión y viajar con mis hermanos en un vuelo de línea, no veo la hora de verte, te amo, te doy con Davy que quiere hablar contigo —hablé con mi nene

grande unos minutos y después cortamos, con la promesa, que hoy mismo viajarían de

regreso.

Ese día fue el más largo de toda mi vida, Marisa y Miriam me llamaban cada media

hora, aunque quisieron venir a dormir, les dije que no, estaba segura adentro, afuera la custodia, mis hijas se

dedicaron a nadar, después las tres nos pusimos a leer. Ramona, mi gallega, también se quiso quedar, pero no la dejé; Manu me llamó a las siete de la tarde y me

confirmó que ya tomaban el vuela hacia Barcelona. Me quedé más tranquila, calculé el horario,

sabía que mañana temprano ya estarían en casa, cenamos con mis hijas y después cada cual se

fue a su dormitorio. Mis hijos varones me llamaron como a las doce, ellos venían en el avión con mis suegros al otro día; me tranquilizaron y también hablé por una hora con Ana,

que estaba muy angustiada, a la una de la mañana cuando ya me había cansado de leer, apagué

el velador y recibí una llamada que me enloqueció.

—Hola Sofi, ¿cómo estas hermosa? — su voz parecía de ultratumba, casi me muero de

la impresión, me quedé tiesa, sin hablar, las piernas me temblaron y las manos empezaron a

traspasar— Soy yo, nena, aún estoy acá —pegué un grito y solté el celular que se desarmó todo.

Me cambié y me fui al living, abrí la ventana y comprobé que la custodia estaba en la

puerta, no sabía qué mierda hacer, sola con mis hijas, conocí esa voz al instante, me duché rápido para poder despertarme bien, no podía ser, él estaba muerto pensé, cuando me estaba vistiendo sonó mi teléfono de línea, la misma voz, me puse furiosa y le grité.

—¿Quién mierda sos? ¿Te parece gracioso, asustar a una mujer? ¡infeliz!

—oí cómo

se rio y me aterricé más aún.

—No quiero asustarte, sabes que te amo,

tienes que estar conmigo no con ellos, tu

destino soy yo —respondió, no había dudas, era la voz de él, cómo podía ser, ¿me estaba volviendo loca? era él de verdad, con todo el miedo del mundo, susurrando, pregunte.

—Maxi, ¿sos vos? —solo al pronunciar su nombre, se me erizó la piel.

—Sí, nena soy yo, el que te cuidaba, cuando quedaste sola, ¿recuerdas? —mi rostro se

cubrió de lágrimas, no podía ser él, pensé, estoy desvariando, después de tantos problemas estoy perdiendo la razón.

—Estás muerto, desgraciado, ¡no vuelvas a llamar! —respondí y corté.

Por supuesto que me pasé la noche en vela, cuando llegaron mis hombres estaba hecha

un manojo de nervios, me abrazaron y no pude parar de llorar, les conté de las llamadas, ellos

me miraban como si estuviera loca, «¿había perdido la razón?»

—No puede ser, es un desgraciado que te quiso asustar —me decía Davy,

abrazándome —nena, él está muerto, bien muerto, entiendes, quizás lo

imaginaste, lo soñaste,

¿estabas acostada? —me preguntó, lo miré.

— Dios no lo he soñado, era él, estoy más que segura.

Sé que Manu no pensaba lo mismo, me miraba, me acariciaba, pero callaba, nos

dimos un baño de inmersión los tres, después comimos algo y nos recostamos, ellos se quedaron dormidos y yo me levanté. Ramona llegó con las empleadas, estaban ordenando toda la casa, le comenté lo que me había pasado y se persignó.

—Por Dios mi niña, pero si está muerto, ¿lo soñaste? —otra más que no me creía,

tenía ganas de gritar, pero callé.

—No sé, ahora ya lo dudo, pero parecía su voz; gallega, no estaba soñando —le afirmé, ella me miró.

—Sabes, a veces hay sueños tan reales, que parecen ciertos, no te atormentes ya están

los niños aquí, ellos te cuidaran, no pienses más.

Así lo hice, no pensé más, mis hombres

no me hablaron más del tema, pero al gallego

lo veía preocupado, preparamos un buen almuerzo, al otro día llegaban los padres. Cuando

llegaron, nos abrazamos con Ana y lloramos las dos, ella había amado mucho a la nana, durante años estuvieron juntas.

—Seguramente jamás la olvidaré —me confesó, limpiándose la nariz.

Vinieron Marisa, Miriam, todos sus hijos y nietos estuvieron presentes, almorzamos y

después los hombres se retiraron al despacho de Manu a hablar de negocios, nosotras las mujeres nos quedamos tratando de levantarle el ánimo a Ana.

—Salgamos, el sábado —todas la miramos a Marisa, que prosiguió— vamos

tomamos unos traguitos por ahí —hacía seña con la mano, riendo, Marisa siempre estaba lista para la joda— podemos ir a jugar al pool, ¿te acuerdas? —me dijo, mirándome.

Todas nos reímos recordando cuando recién lo conocí al brasilero, y él sin saber que

yo jugaba bien, me desafió; en ese momento salieron mis hombres del despacho y nos miraron.

—¿De qué se ríen las argentinas? — preguntó, curioso mi suegro.

—Nos acordábamos cuando fuimos a jugar al pool y uno que yo sé, me desafió

—
Davy me abrazó, se empezó a reír y lo miró a Manu.

—¿No sabías esa anécdota? —lo miró al gallego, quien negó con la cabeza, sonriendo

y mirándome de reojo —esta yegua, ¡no

sabes cómo juega al pool! bueno quizás ahora ya esta vieja.

Me di vuelta y le pegué en el brazo, mientras él se mataba de risa.

—Podemos ir todos a jugar, y ver si esta argentina me gana a mí —respondió el gallego poniendo su cara de costado, provocándome.

—Cuando quieras nene, ¿qué jugamos?
—lo apuré, mi suegro largó una carcajada y

todos lo siguieron— juguemos por algo
—Manu, me miró serio.

—Mira, si prometes cumplir lo que te pido, juguemos —me largué a reír, agarrándome la panza.

«¡Ni loca me va a ganar!» pensé. «¿Qué me va a pedir si ya le di todo?», me acerqué a

él, lo abracé y le respondí mimosa sobre los labios, yél me los mordió.

—Prometo cumplir, pero desde ya te advierto que no vas a ganar, bonito —mi suegro

se descostillabade risa.

—Argentina estamos ante testigos, tienes

que cumplir —me advirtió, el gallego,
serio

— Bueno, ¿aceptas? —me apuró,
cínicamente.

—Acepto, una argentina nunca se echa
atrásjaja ja —«tomá»

Marisa y Miriam gritaban y mis hijas
también, vi en los ojos de él, tal
seguridad, que

me asusté «¿y si me gana?, ¿qué me
puede pedir?» levanté las manos,
delante de él.

—A ver, a ver, espera un segundo,
primero dime ¿Qué es lo que tú quieres?

—él largó

una larga carcajada, acompañada por las de los demás hombres, que no dejaban de

observarme.

Enseguida noté que mi suegro y Davy se miraban, «adivinando el pedido», pensé,

achinando mis ojos, pero no conseguí descifrar los gestos de ellos.

—No te lo voy a decir, pero si pierdes, que así va a suceder —me recalcó cada letra—

tienes que cumplir —lo miré a él y al

brasileiro.

—¡Jamás perderé! Un gallego nunca me va a ganar, pide lo que quieres, pero yo

también voy a pedir y tú tienes que cumplir —me arrimé y lo miré, los dos nos calentamos

más de la cuenta, sentí como su cuerpo respondía ante mi cercanía y mi suegro pegó un grito

que nos hizo saltar a todos.

—¡Listo! No se hable más del asunto, mañana todos veremos quién gana, pero argentina, si no cumples te desheredo —

me largué a reír y lo abracé.

—Ni lo sueñes Falcao, lamento decirte que verás perder a tu hijo, por primera vez en

tu vida, ja ja ja —todos nos sentamos a cenar mientras los varones seguían haciendo chistes

sobre las apuestas.

—Yo lamento decirte, papá, que apuesto por Sofía —Bruno, las nenas, mis amigas,

Ana y Ramona dijeron lo mismo, mi suegro los miró a todos.

—Yo apuesto por mi hijo —Frank iba a abrir la boca, pero mi suegro le hizo una seña.

—Yo también —se retractó, iba a apostar por mí, sonreí, quedaba solo Davy quien

sentía todas las miradas encima de él.

—Bueno —nos miró— lo lamento amor, apuesto por el gallego —dijo casi en un susurro, lo miré.

—Traidor —le grité.

Todos empezaron a apostar ante mis

ojos, observé que Marisa y mi amiga sacaban

dólares y los tiraban sobre la mesa, mi suegro incrédulo, las observaba riendo.

—Vamos suegro quiero ver tu dinero, ¿o te achicas? —le dijo a Falcao.

—¡Dios mío! No se puede creer lo fanfarronas que son estas argentinas, van a llorar

—sacó un fajo de billetes de su bolsillo, todos quedamos quietos, mudos, los hijos se mataban

de ris — bueno a ver ahora, apuesten, vamos, quiero ver sus dineritos acá —

golpeó la mesa,

Marisa que era una kamikaze, fue corriendo hacia su cartera y le extendió un cheque.

—Acá, tienes no nos achicamos, ja ja ja
—mi suegro se descostillaba de risa.

Por un momento, en el que todos se quedaron en el jardín de invierno esperando la cena, nos encontramos solos con el gallego en la cocina, yo preparaba las ensaladas, él me

abrazo de atrás y olió mi pelo.

—¿Te dije que hueles a gloria?, mi niña, te deseo tanto, que entraría en ti en este

preciso momento, te voy a devorar entera, te extrañé tanto —sentí su bulto duro, en mi espalda, sus manosacariciaban mis limoncitos, mientras sus labios mordían mi oreja —

cuando te acercaste a mis labios me calenté, dime que sentiste lo mismo —sonreí, sabía el desgraciado que fue así.

Me di vuelta lentamente, lo besé en los labios, abrimos nuestras bocas y nuestras

lenguas se saludaron una vez más, mis brazos lo rodearon y mis dedos jugueteaban en su nuca, lo que no hizo más, que acrecentar su calentura, sentía como gruñía en mis labios, y entonces,

escuchamos unatosecитай los pasos de alguien entrando en la cocina, nos separamos

al instante, tratando de reponernos.

—¡Deja a mi niña en paz! —la voz de la gallega nos hizo sonreír —yatendrán tiempo,

¡sucio! —le gritó, el gallego largó una carcajada y se fue hasta donde estaban los demás.

Después de una larga cena, acompañada por los chistes de Frank y Manu tratando que

callara, ya que eran subidos de tono y el

gallego no quería que sus hijas los
oyeran; Emily, se

tapaba los oídos, lo que hacía sonreír a
mis suegros, pero Lucía se los festejaba
ante la cara

de culo del padre. Como mi suegro
observó que el hijo estaba levantando
presión, cambió de

tema y todos agradecidos.

—Bueno, organicemos la salida del
sábado, quiero reírme un rato, porque no
me van

a decir que no será divertido, quiero ver
perder la apuesta a las argentinas —

afirmó, mirándonos, todas nosotras le clavamos la mirada— bueno, no me miren así, no es para tanto, les tengo que advertir que mi hijo es un eximio jugador —todas giramos las cabezas y

nuestros ojos se depositaron en mi gallego, que me observaba sonriendo.

—No vale, así no, vos no dijiste que sabías jugar —le recriminé, señalándolo.

—Bonita, tú no lo preguntaste, la apuesta está hecha, no puedes tirarte atrás, tienes testigos —todos los ojos se posaron en mí, incriminándome.

—¡Ni loca! Empieza a sentirte perdedor,

pues eso es lo que haré con el gran Falcao, te

derrotaré—todos se empezaron a reír, menos él, que me miraba serio.

—Mira mi niña, ya todos saben que eres la dueña de mi corazón, pero cuando se trata

de una apuesta, este gallego, pone todo lo que tiene que poner, te comunico hermosa, que ya

perdiste —Davy largó una carcajada, mientras yo, abría mi boca como un sapo.

—Vos no serías capaz, ¿no? —le

pregunté, abrazándolo mimosa.

—¡Oh, sí nena! Sí seré capaz, te voy a ganar, te lo puedo asegurar, hay mucho en juego, no pienso perder y tú —me tocó la nariz— tú vas a pagar, como que me llamo Falcao.

Las carcajadas y risas de todos, no se hicieron esperar, Marisa me miraba y empecé a

temer.

«Sabía jugar, o ¿me estaba atemorizando?» ya dudé.

Después que todos se fueron y quedamos solos, acomodamos un poco el desastre

que

dejaron la cena, las entradas y salidas de la piletta, y las cartas que los hombres dejaron desparramadas al jugar. Nos duchamos y nos acostamos, mis hombres estaban cansados,

apenas pusieron sus hermosos rostros en la almohada, el sueño se adueñó de ellos, yo no me

podía dormir pensando en el juego, no por la partida en sí, sino porque presentía lo que Manu

me iba a pedir. Estuve una hora abrazada a ellos pensando qué mierda hacer, si el gallego me

pedía eso, lo que yo estaba segura pediría, si ganaba el juego.

Cuando me levanté, me habían dejado una nota, se habían ido al banco, volverían al mediodía con mi suegro y eso me daba tiempo para urdir el plan que tenía en mente. Las llamé a Marisa y a Miriam, ellas me ayudarían; después de comentarles lo que tenía en mente, ellas se descostillaban de risa, por supuesto se decidieron a ayudarme. Miriam se comunicó con un amigo del gallego, que era campeón de pool, sin que el gallego lo supiera,

él me iba a dar clases, sí o sí tenía que ganarle. Durante cuatro días, en el

horario que los hombres no estaban, iba a la casa de Marisa, ella tenía un pool, ahí repasé con él, todo lo que

sabía y me enseñó otras pasadas y algunas cosas más, pero había algo que no me salía y me

ponía muy loca. Mis amigas estaban seguras que le ganaría, yo no lo daba por hecho, pero no

me iba a echar atrás.



CAPÍTULO 22

El día llegó, estaba muy nerviosa, el gallego como si nada, todo el día se lo pasó haciendo bromas, lo que me hacía dudar más aún. El lugar elegido fue un pool muy chiquito,

mis hombres le pagaron al dueño y lo hizo cerrar solo para nosotros, bueno nosotros solos

ya éramos un batallón, más algunos amigos de ellos y amigos de mis hijos; observaba, cómo

el dueño se sobaba las manos, con el dinero que ellos le daban, nos sirvieron de todo, bailamos, hasta mi suegro y mi suegra se animaron a hacerlo, mis hijos se divertían con amigas, o algo más, no quería pensar, si eran algo más. Miriam estaba muy mimosa con el

gallego, él era un gran tipo la complacía en todo, Manu estaba ardiendo, no dejaba de besarme y acariciarme, Davy me sacó a bailar y me habló al oído.

—Sofi, hoy estás más hermosa que nunca, te amo nena —me susurró al

oído, ante la

sonrisa del gallego.

—Yo también te amo, brasilero. Dime,
¿Manu sabe jugar de verdad? —la duda
me

estaba matando, él me agarró de la
barbilla y me miró.

—¡No sabes cómo juega!, como dices tú
—me dijo sobre los labios —polvo—
lo

miré abriendo grandes mis ojos —¡te va
a hacer polvo!

Me quedé pensando «¿Me estaba

jodiendo o no?»

Si perdía, sabía lo que me esperaba y se lo comenté a Marisa.

—Nena, no puede jugar mejor que tú, ni loco, ni lo pienses, el brasilero te quiere asustar —sentí escalofríos, me transpiraban las manos, lo miré al gallego, reír y conversar con los amigos, muy seguro de sí mismo y supe inmediatamente que iba a perder.

—Bueno —escuché la voz de mi suegro — vamos, quiero verlos jugar, quiero ganar

unos dólares —los amigos de él se miraron.

—A ver, nadie nos dijo esto, ¡nosotros también apostamos! —gritaron— por supuesto

a favor de nuestro amigo —me miraron, sonriendo.

—Diles a tus amigos que se vayan a la mierda —le susurré al gallego en el oído,

cuando se agachó para besarme en los labios.

Sonrió y me tomó de la mano, me puso en taco en ella, él tomó otro, ante la atenta mirada de todos, el lugar se impregnó de un silencio pasmoso, nos miramos, nos

desafiábamos, mientras poníamos tiza a los tacos y ocupábamos nuestros lugares.

Miré de reojo y observé cómo el brasilero hablaba con Marisa, «¿Qué le estaba

diciendo?»

—¡Como voy a disfrutar esto, Dios mío!

—le susurraba en el oído, ella se dio vuelta

con mala cara y le contestó.

—¡Cállate pájaro de mal agüero! Sofia lo va a destruir —Davy largó una carcajada y

se acercó al gallego; veía cómo cuchicheaban entre ellos.

«Estos algo se traen entre manos» pensé.

Lo sentí tan seguro, tan arrogante, y con su media sonrisa, mientras ponía tiza al taco,

me advertía que no iba a ser fácil ganarle; me maldije por ser tan fanfarrona.

El juego comenzó, y yo perdía bola tras bola, me quería matar empecé a sudar, no

podía controlar mis nervios, el desgraciado sabía jugar, cuando le toco

a él me puse detrás le

susurréal oído.

—¿No la vas a dejar ganar a tu niña? —
odiaba arrastrarme, pero lo tenía que
hacer,

tragándome mí orgullo argentino.

Giró su cabeza y aún agachado, me
sonrió.

—Noamor, estoy dispuesto a ganarte, ya
estoy saboreando mi paga.

Lo miré, incrédula con todo el odio del
mundo

—Pues vete a la mierda gallego —le respondí enojada y le causó tanta gracia, que

dejó el taco sobre la mesa y me abrazó.

—Mi vida, esto es un juego, eso no quiere decir que no te ame —afirmó besándome.

Todos gritaban, me soltó, se puso serio y el juego empezó otra vez, ante mi angustia y

ganas de llorar y los gritos de los hombres. No podía creer, cómo me estaba ganando, me tocó el turno y me repuse, mis hijas y mis amigas me animaban, de reojo veía cómo Manu

observaba al gallego, no entendía el porqué.

Después de una hora, tranquilo, sin esforzarse, me estaba ganando, sentía un nudo en

la garganta y ganas de revolearle el taco por la cabeza, tenía que tirar mi último tiro, el que

no me salía, lo miré, me tiró un beso, «desgraciado», lo jugué y perdí.

El local se volvió un griterío, por supuesto todos se arrimaron a él a saludarlo, yo me

abracé con Marisa, con lágrimas en los

ojos, jamás había perdido y justo lo hacía con él.

Maldije mi suerte, Miriam me dijo que no le dé el gusto de verme llorar, me limpié las lágrimas y lo enfrenté. todos nos miraban, veía cómo mi suegro aplaudía y por lo bajo lo puteé. Observé cómo las luces se bajaban y Manu me señalaba una enorme pantalla frente a

nosotros, todos nos miramos, la pantalla se encendió lentamente, de fondo se escuchaba la música de la Berisso, no entendía nada.

Mis hombres se pusieron a mi lado, mis cuatro hijos a los costados, o cinco porque a

Zoe ya la consideraba mi hija, y se empezaron a ver las imágenes, que representaban nuestra

vida, me tapé la boca con las manos sin dejar de llorar. Ahí estábamos nosotros tres, años más

jóvenes, en la pileta de nuestra casa nadando, jugando, nuestros viajes a través del mundo, mis partos, mis suegros bailando, la nana, mis amigos, aquel recital que terminamos peleando

con Davy, el partido de pool con el brasilero, sonreí, cenas, almuerzos en familia, cumpleaños, toda nuestra loca vida estaba ahí, recordándonos gratos y felices momentos. Por

último, mis dos hombres me hablaban a través de esa gran pantalla, me quedé tiesa, sin aliento mirándolos.

“Hola, mi niña, acá estamos, te amamos más que a nuestra vida, sabes que cometimos

muchos errores, te hemos lastimado, nos has puteado y echado varias veces de tu vida; pero

ya ves, el amor es más fuerte, nunca nos separaremos de ti, jamás, sabes que ya estamos viejos y otra argentina loca como tú no vamos a conseguir”

Todos reían, yo los codeé y ellos me besaron la cabeza, Davy tomó su lugar y

siguió

hablando.

“Sabes que sin ti ya no podemos vivir, te damos las gracias por los hijos maravilloso

que nos diste, por los momentos felices, por aguantar nuestras cabronadas, por todo, mi pequeña Sofi, ahora hay algo que el gallego te va a pedir y tú, porque eres buena niña vas a

aceptar”

La música se escuchaba más suave y lo miré al gallego, no sé de dónde había sacado

un gran ramo de rosas rojas, que sostenía en sus grandes manos, me miró y me quise morir;

me iba a preguntar lo que no quería escuchar, todos estábamos llorando.

«La madre que me parió, que no lo pregunte, que no lo pregunte, que no lo pregunte»,

rezaba en silencio.

Pero lo tuvo que preguntar, se arrodilló frente a mí, y con una cajita blanca en la mano, dijo...

—Sofi, por favor, mi niña CÁSTATE CONMIGO —me largué a llorar y él

hacía

puchero, aguantando las lágrimas.

Lo miré al brasileiro, que sin ningún pudor lloraba y se mordía el labio, todos

esperaban mi respuesta, extendí mi mano y le acaricie la mejilla a Manu, su rostro se inundó

de lágrimas, le pasé los dedos a Davy limpiándole las suyas, los observe a los dos, «mis niños grandes», mis hombres.

Hacía años le había pedido a Dios un hombre que me diera vuelta en la cama, sonreí,

recordando el loco pedido, pero la vida me gratifico con dos, «¿podía esta vez negarme? Ni

loca, mi vida sin ellos no sería vida».

—Acepto —respondí, en un susurro, ni yo creía mi respuesta.

Mi bruja hizo acto de presencia y me gritó: “¿Qué haces? ¡Estás locaaaaa!”, le di un empujón y se cayó de culo.

Le extendí la mano al gallego, me abrazó y me besó en los labios, después Davy me

abrazó y me besó en la cabeza, todos nos felicitaron y mi suegro me abrazó.

—¡Por fin Sofi, vas a ser una Falcao! —
me largué a reír, ellos con ese apellido
me tenían los ovarios por el piso.

—Sabes que, para mí, sos como mi
padre, hace años que soy una Falcao,
suegro, te

agradezco que me hayas acogido en tu
familia cuando aún no me conocías —
nos abrazamos

con Ana y no parábamos de llorar, hasta
Manu me arrancó de sus brazos y me
secó las lágrimas.

—¡Basta!, no quiero verte llorar más,
señora Falcao —me abracé a su cuello,
la

música empezó y seguimos bailando con los cuerpos entrelazados.

Después fuimos a una habitación que se encontraba en el fondo del local y los tres nos

besamos con pasión y desesperación.

—UNO MAS UNO, SON TRES —
susurró Davy sobre mis labios.

A los minutos nos reintegramos a la fiesta, al baile, donde ya unos cuantos estaban con

algunas copas de más, entre ellos Frank, quien cuando nos divisó, entre el gentío, se acercó a

nosotros de la mano de Marisa.

—¡Por fin nena!, no te vas a escapar esta vez ¿no? —preguntó sonriendo, ante la mirada incrédula de mis hombres tras su pregunta.

—¡Por favor, hermano! ve a tomar agua, tienes un tremendo pedo encima —le recriminó el gallego, con mala cara, Davy no lo dejó responder, lo tomó del brazo y lo introdujo al baño, Marisa me saludaba y se disculpaba por las palabras de él.

—Sofi, ¡qué alegría nena!, ¿dónde será la boda? —me preguntó y como siempre,

el

gallego ya tenía todo planeado, me miró y me arregló el cabello, mientras me besaba la nariz.

—Será en la playa privada de nuestra casa de la playa, ¿verdad, amor?

—¿Eso es lo que quieres? —le pregunté acariciándole el rostro.

—Sí, eso es lo que quiero, solo la familia y pocos amigos, el mar será testigo del gran

amor que te tengo y te tendré, hasta el día del juicio final —lo abracé y lo besé en los labios, entonces, llegaron mis

hijos y me llevaron a bailar ante los rezongos del padre.

Después de ese día, el gallego empezó a estar molesto, inquieto al preguntarle el

motivo, aducía que la mudanza lo tenía ocupado, yo sabía que algo más había. La casa de la

playa tenía todo el mobiliario nuevo, nuestra habitación, su despacho y su biblioteca que era

para él su refugio, la había mandado a construir de igual manera que en mi casa, detrás de ella se encontraba un cuarto, a prueba de ruidos, con la caja de seguridad y documentos, solo

teníamos que llevar nuestra ropa, hasta llegué a pensar que se había arrepentido.

Con Marisa

y Miriam fuimos a comprar el vestido de novia, elegí un modelo hermoso, que me lo iban a

mandar directamente a la casa de playa, compramos los vestidos de mis hijas, Zoe y mis amigas también, se decidieron y eligieron los suyos. Cuando volvíamos le comenté a ellas, lo

inquieto que lo notaba al gallego.

—¡Por favor!, ¿cómo vas a pensar eso?, déjate de joder nena, ellos están muertos

contigo, ni locos se arrepienten —me dijo, Miriam riéndose.

—Nena, me dijo Frank, que en el banco tienen mucho trabajo, quizás es eso, debe

pensar que ahora lo deja solo a Joaquín. Es eso, no pienses más.

La miré, «pobre mi hijo, solito mi bebé, debe estar cansado», todavía era chico, pero

no era eso, yo conocía al gallego muy bien, algo lo estaba molestando, lo tenía preocupado,

algo le estaba quitando el sueño.

Mis suegros, ocuparon la casa de al lado de mi casa, la del gallego, aunque vivían en

la mía, solo iban a dormir ahí. Ana estaba fascinada con la boda y con las chicas prepararon

una despedida de soltera, algo que las tenía más entusiasmada a ellas que a mí, pero cuando

mis hombres se enteraron pusieron el grito en el cielo.

—¡Mamá! ¿Cómo se te ocurre? —gritó Davy, mirándola, todos la miramos, recién

terminábamos de cenar, en mi casa— ya estamos grandes para eso —lo miré mal, el gallego

no hablaba, aunque la inquietud estaba reflejada en su rostro.

—¿Por qué no? ¿Qué creés que vamos hacer? —le grité mal, mirándolo al ver a mi

pobre suegra cohibida, mi suegro y los demás, miraban hacia otro lado, sabían que la pelea

recién comenzaba.

—¡Manu, por favor dile algo! —le pidió, haciéndole señas con las manos,

él me miró

y miró a Ana.

—¿Dónde van a ir? —nos preguntó, lo que me sacó de mis casillas, «pero ¿quién se

creía? ¿quién era para darme permiso?» vio cómo perdía mi paciencia— No te enojés nena,

veo que te estás enojando, solo dime dónde irán, sabes que tengo miedo que algo suceda —

abrí mi boca y le respondí.

—¿Qué te parece que va a pasar? ¿Te

creés que yo soy como ustedes? —le
grité en la

cara, acercándome a él, sacó sus manos
de los bolsillos, se arrimó más a mí y se
agachó.

—No me provoques, hoy no estoy bien
¿escuchaste?, no vas a ir y punto —
susurró

sobre mis labios.

«Este desgraciado está loco» pensé y lo
enfrenté.

—Ja ja ja ¿no me digas? le puse un dedo
sobre su gran pecho —todos me miraron

pensando que me había vuelto loca,
quizás, sí —voy a ir, quieras o no,
¿escuchaste? vos no

sois mi dueño, no te equivoques Falcao
—le grité, y observé cómo mis palabras
desataron su

furia.

Manu tensó la mandíbula y apretó sus
dientes, una vez más la loca de su mujer
se atrevía a desafiarlo a delante de
todos, nadie daba crédito de lo que era
capaz esa loca argentina, en cinco
minutos la cocina quedó vacía, todos
huyeron al percatarse que la discusión

no se disolvía al contrario se
acrecentaba.

Sofía se dirigió al dormitorio, se
desnudó y cuando entraba a ducharse,
entró el

gallego, observó sonriendo cómo ella
por lo bajo maldecía, ella lo provocaba
y se enojaba.

Volvió a sonreír pasándose los dedos
por el pelo, ella salió y se cubrió con
una toalla sin mirarlo, al pasar por su
lado, él la sujetó del brazo y la apretó a
su cuerpo.

—¿Tú estás enojada? Tú que me
desautorizas ante mi familia, será

posible que

siempre me tengas agarrado de los testículos, me vuelves loco con tus contestaciones, con tu

preceder, dime mi niña, ¿qué más quieres de mí? —la miró de costado, ella le sostuvo la mirada, lo empujó para soltarse de sus brazos, pero ante la fuerza de él, se quedó quieta, pero

le contestó.

—¡Suéltame! Estoy enojada, muy enojada, no pienso hablar contigo, ahora no —gritó

soltándose de sus brazos.

La intención de él, fue matarla, pero sonrió y se quedó con las manos apoyadas en la

mesada del baño, su cabeza hacia arriba, tratando de calmarse, se miró en el espejo y suspiró.

Cuando entró en el dormitorio, Sofi estaba acostada abrazada a la cintura de Davy, se desnudó

y se acostó a su lado sin tocarla, solo observándola, solo admirándola, solo amándola.

«Sí, amo a esta loca, la única que me desafía» La única que lo calentaba de mil

maneras posibles, aún hoy después de tantos años, ella era la dueña de su corazón, ella era la

que lo hacía suspirar, sonreír y enojarse todo a la vez. Sin aguantar la tentación de tenerla a su lado desnuda, se acercó, paso sus brazos por su estrecha cintura y la atrajo hacia él, hizo lo

que siempre hacía, olió su pelo y se lo besó. Sintió el suspiro de ella y la amo más aun, «mi

niña, mi desobediente y dulce niña», así se durmieron los tres juntos, muy juntos.

Al otro día, cuando se despertó y abrió sus ojos, quiso levantarse de inmediato

pero el

gallego la detuvo al instante sujetándola
y besándola en los labios dulcemente,
ella cerró sus

ojos y aceptó ese beso, mordiéndoselo.

—Te amo, te amo tanto, no sé qué hacer
contigo ¿Por qué te comportas así? Dime
mi

niña —le preguntaba sacándole el pelo
de la cara y sus dedos se hundían en su
cintura, ella

gimió y bajo lentamente su mano hasta
sus testículos y los acarició, notó cómo
él

entrecerraba sus ojos, deleitándose, ante el suave contacto, de sus dedos—
ámame, ámame por favor dale a tu gallego lo que más le gusta —le pidió, con voz ronca y gruñendo en su oído.

—Te voy amar, pero recuerda bien, yo no soy tu empleada, no me ordenes, no me

mandes, acuérdate —susurró apretándose a su cuerpo, comiéndole la boca con apremio.

—Lo que tú quieras, pero ahora dame lo que más me gusta —afirmó el gallego,

apoyando su glande ardiente, en la entrada de su sexo.

Sabía que ella era la única que le robaba se voluntad, cuando quería, lo tenía asumido,

ella sintió el suave movimiento del cuerpo de Davy buscando su lugar, detrás de ella, se amaron con vigor, con urgencia, sin piedad, sin control, la pasión que sentían los consumía,

los elevaba al cielo y los bajaba al infierno.El morbo hizo acto de presencia y todo se convirtió en amor en estado puro, los gritos, los gemidos invadieron el espacio y los movimientos fueron duros, secos hasta que estallaron,

inundándola con su semen ardiente, abundante, sus cuerpos temblaron y se relajaron. Quedaron abrazados extasiados de tanto amor, se miraron, se besaron y se quedaron media hora más uno dentro del otro, quietos, solo observándose, después ellos se fueron.

Le dijeron que iban al banco, pero ella suponía que no, tenían algo entre manos, lo cual por supuesto, y como siempre, se iba a enterar cuando ellos quisieran.

Ese día nos fuimos de shopping todas las mujeres, compré ropa para mis hijas y mis

amigas también se compraron para ellas, cansadas nos sentamos a tomar algo cuando mi celular sonó, ya de antemano sabía quién era.

—Manu —puse cara de cansada y todas largaron una carcajada, que él seguro escucho.

—Sofi, ¿por qué todas se ríen? — preguntó sonriente— ¿ya compraste todo? ya

estamos llegando a casa, ¿ya vienes? — me acribilló a preguntas, como siempre.

—Estamos tomando algo, media hora y voy —respondí, sonriente.

—¿Te compraste el vestido? ¿qué colores? —ni loca le iba a decir el color, ni se lo

iba a mostrar.

—Rojo, ¿te gusta?, está espléndido —se hizo un silencio, sé que llegaba el reto.

—Sofi, ¿aún tienes ganas de pelear? —me respondió serio.

—No amor —me paré y hablé alejada de todas— gallego no puedo decirte el color,

tampoco te lo mostraré, por favor —no me dejó terminar de hablar.

—Lo sé, mi vida, con cualquier color vas a estar muy bella, no me lo muestres, sorpréndeme, sé que lo harás, después te llamo, vuelve rápido te extraño, ya estamos llegando

a casa, te amo.

—¿Qué pasó anoche, se mataron? — preguntó Marisa, tomando su jugo.

—No, nos fuimos a dormir y hoy temprano hubo reconciliación —Ana me miraba,

con los ojos grandes, la miré y se tapó los oídos con las manos.

—No cuentes, menina, no me cuentes no quiero saber —todas nos empezamos a reír

mientras ella seguía con los oídos tapados —escúchame ¿vamos a salir el sábado? Quiero divertirme un rato.

La miramos con Miriam, ya habíamos reservado un lugar espléndido, donde por

supuesto no faltarían los strípers, «si faltaran no sería fiesta», pensé sonriéndome.

—¡Por supuesto!, vamos a ir, nadie lo va a impedir, jajaja nadie, —dije y todas

levantamos las manos.

—Chicas, pero, ¿dónde vamos a ir? miren que ya estoy vieja —preguntó Ana.

—Tú quédate tranquila, divertir no vamos a divertir —le dijo Marisa, sobándose las

manos, mi suegra se rio, ya imaginaba dónde.

Después de saludar a todos, fui a guardar mi ropa a la otra habitación con llave, observé cómo Davy me seguía, cuando iba a entrar detrás de mí, le cerré la puerta en la cara,

lo que produjo su enojo.

—Eres una yegua, ábreme —gritaba en la puerta, escuché que Manu lo llamaba y él se

retiraba, me dirigí a la cocina y ahí están todos tomando la merienda.

—Ven siéntate aquí —me indicó un taburete— ¿estás cansada? —preguntó, haciéndome la trenza.

—¡No sabes lo que caminamos!, al fin compramos todo, les compré dos camperas, si

no les gusta las cambian, allá cerca del

mar va a hacer frío —le dije, mirándolo.

—Gracias, te acordaste, ya las vimos están muy buenas, ¿verdad Davy? — preguntó,

mirándolo.

—Sí, me gustaron, ¿cuándo nos mudamos?, ya quiero ir —Davy era como un chico

grande.

—Mañana, empezaremos a llevar algunas ropas, ¿sí? —me preguntó.

—Sí, pero, ¿no faltaba la seguridad?

—No nena, ya instalé todo, tú tranquila
—susurró en mi oído.

Manu se encerró en el despacho, con los dos hermanos, estuvieron ahí dentro, más de

dos horas interminables, cuando salieron se notaba en sus rostros la preocupación, los miré

al gallego y a Davy, callaron, cenamos y después de una ducha, nos fuimos a descansar.

Y llegó el día de la salida de chicas, mis hombres no habían dicho nada más, estaban

callados, no alegres, pero sin joder. Me preparé, me puse un pantalón ajustado a mi cuerpito y

una blusa de seda que mi gallego me había traído de unos de sus viajes a París, donde tenía

negocios; cuando salí del dormitorio, los dos sentados en los sillones del living, me desnudaron con las miradas.

—Sofi, no quiero joderte el momento, pero, ¿por qué no te quedas con nosotros? —

me pidió Davy, moviendo su cabeza de costado y sonriendo.

—Por favor, no empieces, voy con tu mamá vengo temprano —le contesté,

acercándome y besándolo en los labios, ante la atenta mirada de Manu.

—Ve y diviértete, si tomas no manejes, ¿escuchaste? —dijo, el gallego.

«¿Qué le pasa? ¿No me va decir nada más?», me senté en su falda y le acaricié la nuca

con los dedos, cerró sus ojos y me comió la boca.

—No sigas haciendo eso, porque te encierro en el dormitorio y entro en ti, sabes que

me estás calentando —sonrió,
mordiéndome el labio, me levanté
riendo y me arreglé la ropa.

—Va a manejar Carmen, ella no puede
tomar, está tomando antibióticos.

—Se puede saber ¿dónde van? —pidió
el brasiero, arreglándome el pelo.

—No sé, a tomar algo por ahí —percibí
enseguida la sonrisa de Manu, cabrón se
imaginaba dónde íbamos, pero ni loca se
lo confesaba.

—No vengas tarde, te esperamos, te
amamos —Davy me guiñó un ojo, me
saludaron

y salí apurada, huyendo de sus preguntas, me subí a mi camioneta y hui lo más rápido que pude, recogí primero a mi suegra que me esperaba al lado y después a las chicas.

—Nena, pensé que se nos arruinaba la salida, Manu, ¡qué hinchapelotas! —dijo Marisa

mirándome mientras mi suegra se mataba de risa hablando no sé qué, con Miriam, recogimos

por último a Carmen y a divertirnos, pensé.

—Sabes cómo es él, más celoso que antes, más de lo que fue el brasilero, —

mi suegra

me miro.

—Pobre, ¿más que mi hijo? ¡Dios te compadezco! —todas nos largamos a reír—pero

con mi hijo se sacaban los ojos ¿no? —preguntó.

—Sí, hasta que llegó el gallego, él hizo de mi vida, un bálsamo de paz; ¿sabes? él es el

hombre que toda mujer desearía tener, en su vida.

—Nena y mi hijo ¿qué mierda es? —

Marisa se descostillaba de risa, ante las palabras

de ella.

—Mira, Ana tu hijo es un rompe pelotas, infiel, celoso, arrogante es el hombre que toda mujer desea en la cama —los ojos de Ana, se saltaban de sus órbitas y Marisa se meaba

de risa— pero lo amo, ya no podría vivir sin ninguno de los dos —Ana movió su cabeza.

—Bueno, si los amas, allá ustedes, pero no me digan que los tres son normales, para

mí a los tres les falta un tornillo, un tornillo muy grande —expresó haciendo gestos, con sus dedos.

El boliche al que fuimos estaba muy bueno, poca gente, picoteamos algo, tomamos un

poco y después de la una de la madrugada, ¿quiénes aparecieron? Sí, los stríper, por Dios santo, unos hombres increíbles. Porsupuesto a todas se nos salían los ojos, mi suegra abría la boca como un sapo, lo que nos hacía descostillar de risa. Carmen ya le había echado el ojo a

un morocho que estaba para untarlo y lamerlo, pero a mí me preocupaba la cara de mis hombres, presentía que algo ocurría, algo que no me decían, los conocía demasiado. Mi suegra como siempre, ya estaba pasada de copas, Marisa y Miriam bailan desaforadas, con los

striper. Tuve ganas de ir al baño, cuando estaba allí, oí una voz, que me heló la sangre, era la

misma del celular, me persigné, no sabía si salir o quedarme a vivir ahí, me quedé callada, sin

moverme, creí morir, entonces escuché un grito y grité también, sentí la voz de

Miriam que

me llamaba, abrí un poquito la puerta con los ojos cerrados.

—Miriam, Miriam —respondí, casi en un susurro, abriéndola toda, me la encontré a

ella, apoyada en la mesada del baño, descompuesta blanca como un papel, me acerqué y ella

no podía hablar solo me señalaba la puerta.

—¿Qué te pasó? ¿Estás bien? — pregunté, pero ella solo me miraba estaba ida.

—Dime ¿qué te pasa? —la sacudí, justo cuando entraba Marisa y al verla en ese estado

se asustó, entre las dos la sacamos del baño y la sentamos en los sillones que estábamos, ella

no hablaba.

—Nena, ¿qué te pasa? parece que vistes al coludo, por favor habla —gritaba Marisa

—vamos, llevémosla a afuera, así hicimos salimos todas, cuando ella tomó una bocanada de

aire frío, volvió en sí y nos miró.

—Estaba en el baño, yo lo vi, yo lo vi
—gritaba sacudiendo los brazos, la miré
y supe

enseguida que yo no había soñado, era
la voz de él.

—¿A quién viste? dilo Miriam me estás
asustando, dime ¿a quién mierda viste?
—le

preguntaba Marisa sacudiéndola.

Me tapé la cara con las manos y mi tía
nos miró, al instante se dio cuenta.

—¡Ustedes están locas! El desgraciado
está muerto, fue alguien parecido —pero
vi en

sus ojos un dejo de duda, nos volvió a mirar, las otras no entendían nada, solo observaban —

Sofi, nena, dime que no era él.

—Entré al baño y al minuto escuché su voz llamándome —Marisa la miró a Miriam.

—Cuando yo entré, él estaba parado ahí, te juro que era él, me miró y salió, parecía un

fantasma, Dios, casi me muero, creí que me desmayaba, te juro que era él —a todas nos corrió un frío por la espalda, nos quedamos muda.

Manu, se reunió con el padre, Davy y Frank, en el jardín de invierno, cerraron la puerta y se sentaron en los sillones.

—Bueno, ¿pensaste? Dime ¿qué mierda haremos? —preguntó Frank observándolo,

quien al igual que los demás, esperaba su respuesta.

—Ya lo decidí, lo único que podemos hacer, es ir al cementerio y comprobar con

nuestros propios ojos, que el desgraciado está bien muerto, yo les

digo que lo vi en pool, era

él, fue un segundo, pero él estaba ahí observándonos, el muy hijo de puta no está muerto, si

no hago esto, enloqueceré —todos lo miraron como si ya estuviera loco.

—Conmigo no cuentas, ni loco, voy a ir al cementerio a esta hora, aunque fuéramos

no podrás entrar —afirmó Davy, fuera de sí.

—Ya está todo arreglado, nos dejaran pasar y nos ayudaran a sacar el cajón —
Falcao

padre, se pasaba la mano por la cara, el
brasileño negaba con la cabeza y Frank
estaba blanco

como un papel.

—Escucha hermano, ¿no hay otra forma
de saber? —preguntó Frank,
transpirando

como testigo falso.

Manu no lo dejó terminar de hablar, se
paró y los apuntó con el dedo,
amenazándolos;

ver el cuerpo del gallego, de un metro
noventa, erguido, amenazándote, no le
hace gracia a

nadie.

—¡Son todos unos cagones! Si no quieren no vayan, iré solo —el padre se levantó y

lo tomó del brazo.

—Voy contigo hijo, solo no vas a ir —expresó Falcao padre.

Sin tener otras opciones, los hermanos se pararon y aceptaron ir; los cuatro Falcao,

agarraron unas palas y las guardaron en el baúl. Entonces, Manu vio que Joaquín bajaba las

escaleras y los observaba sin decir nada,

—Hijo nos vamos dos horas, si viene tu madre dile que fuimos a jugar a las cartas —

Joaquín asintió y se quedó con Bruno, cuidando a las hermanas, que ya estaban durmiendo.

El camino al cementerio era largo, una hora de viaje, Manu encendió la radio, pues el

ambiente se estaba tornando pesado, nadie hablaba, hasta que como siempre, Frank empezó a

contar chistes de muertos lo que provoco en Davy cierta inquietud, el padre y el gallego se

mataban de risa, pero a él no le causaba gracia.

—¿Te puedes callar un poco? Cierra esa puta boca que tienes —gritóel brasileiro.

—¡Ey, hermano! ¡No me vas a decir que tienes miedo? Los muertos, están muertos,

témele a los vivos —sus palabras, crisparon aún más, el ánimo de Davy, que lo puteó y lo amenazó en alemán y como siempre tuvo que intervenir el padre para apaciguar los ánimos.

—¡Basta, termínenla!, me cansaron, y ya estamos llegando —con los ojos grandes, los

dos hermanos observaron al frente.

Manu y el padre sonrieron, con miradas cómplices, sabían que ellos estaban muertos

de miedo. Antes de llegar, el asfalto se transformó en adoquines, lo que producía un ruido molesto, sus calles arboladas y la existencia de poca luz, complementaba el paisaje de un lugar nada agradable, más bien tétrico. Falcao observó un auto parado a un costado que le hacía señas de luces, todos se miraron, pero él enseguida lo reconoció.

—¿Llamaste a los alemanes? —sonrió al preguntarle a Manu.

—Sí, no íbamos a venir solos —los hermanos suspiraron, sintiéndose más protegidos,

se bajaron e intercambiaron unas palabras con los primos.

El cuidador los estaba esperando, entraron los autos por el fondo del cementerio y se

bajaron. Caminaban, entre tumbas y bóvedas, era un lugar abandonado de la mano del

hombre, todas las tumbas estaban

descuidadas, todo era una escena de terror, un lugar siniestro, no había luz, se alumbraban solo con linternas, Frank empezó a transpirar y a Davy

le dieron ganas de vomitar, por el olor nauseabundo; se alejó del grupo y lo hizo, Manu se le

acercó y le dio su pañuelo.

—Déjate de joder, ¿qué crees que vas a ver? —le preguntó— vamos, cuanto antes

salgamos de esto mejor.

—¿Para qué me trajiste? No me gusta este lugar, me dan escalofríos, me quiero

ir —el

brasileño empezó a tartamudear, lo que provocó la risa de Manu y el enojo propio.

—¡Basta! Terminemos ya, no eres muy macho —Davy lo miró— sí, mírame, sabes a

qué me refiero, sabes que me entero de todo —Davy observaba a los demás que ya estaban

cavando en la supuesta fosa del muerto — Hicimos una promesa, que olvidaste, ayer te acostaste con esa pendeja —se refería a una de las modelos de publicidad— ¡Eres un imbécil!

—Davy iba hacer su descargo, que estaba de más, pues era verdad, pero Manu no lo dejó terminar de hablar— veremos cómo voy a vengarme de esta —concluyó hiriéndolo con la mirada, caminando hacia donde se encontraban los otros.

—Me trajiste acá, ¿para vengarte? —pregunto despacio, el gallego volvió sobre sus

pasos y le contestó.

—Todavía, no empieza mi venganza —Davy, con unas largas zancadas se alejó, ante

la vista del gallego que no dejaba de

observarlo, «Ésta me las vas a pagar»,
pensó el gallego

mientras caminaba, detrás de él.

Como el día anterior había llovido,
había barro por todos lados, los
hermanos veían

cómo sus primos se habían ensuciado
todos, cuando llegaron al lugar donde
estaba el cajón,

Frank y Davy se retiraron hacia atrás,
Falcao y Manu se adelantaron. Al
sacarlo hacia arriba,

los primos con la mirada, le preguntaron
si lo abrían, él asintió y así lo hicieron,

el silencio era total, nadie se movió, Davy se acercó a Manu y lo tomó del brazo, lo que provocó que el gallego lo mirara, mal.

Se escuchaba el crujido de la madera, al levantarlo, lentamente. De pronto todos observaron cómo una luz, se filtraba debajo de la puerta de una bóveda, se miraron, los árboles empezaron a agitarse por una leve brisa y los primos en un descuido, soltaron el cajón, que cayó nuevamente en la fosa, provocando un gran ruido. Manu puteó por lo bajo y les ordenó levantarlo nuevamente, el ambiente se volvió denso y el miedo se

instaló entre todos, cuando otra vez se vio la luz, el gallego de unas largas zancadas y revólver en mano,

se acercó a investigar. Los demás se quedaron parados, mudos, sin atinar a acompañarlo, Frank pensaba, «Cómo ellos, que habían hecho todo tipos de trabajos sucios, podían temerle, a

los muertos», volvió enseguida, eran solo velas que la brisa, movía suavemente.

Mientras caminaba, observaba que muchas de las tumbas no tenían flores, y le llamó la

atención que la del desgraciado, sí tenía,

«¿Quién visitaba esta tumba? ¿Quién, podía llevarle flores a ese desgraciado?», se preguntó. Entre el olor a flores marchitas y el olor a la descomposición de los cadáveres, tenía el estómago revuelto, otra vez levantaron el cajón, lentamente sacaron la tapa, todos los ojos se volvieron hacia él, la piel se les erizó al comprobar que el ataúd solo contenía bolsas con piedras. La confusión reinó en el lugar, a todos se le erizó la piel, en el silencio de la noche, se escucharon las puteadas del gallego y

las exclamaciones de todos los presentes.

—¡Hijo de puta! Lo sabía, no está muerto el desgraciado —gritaba Manu, fuera de sí,

se alejó pasándose la mano por el pelo, Falcao dio la orden y volvieron a enterrar el cajón.

Después de limpiarse los zapatos y pagarles con un puñado de billetes que el gallego

entregó a sus primos, que se fueron, el gallego estaba ardiendo de rabia, subieron al auto y

emprendieron el regreso.



CAPÍTULO 23

Sabía que lo había visto, era él, no tenía dudas, va a ir por ella, seguro estará pensando, en qué forma y el lugar, para secuestrarla, la madre que lo parió, maldecía, Manu,

golpeando con sus dedos el volante ante el silencio de los demás, nadie daba crédito, de la astucia de ese hombre.

—Hijo, ¿qué vas a hacer ahora? Está obsesionado con Sofi, tienes que

cuidarla, ya

pensaste, ¿cómo? —le preguntaba el padre mirándolo, e incomodándolo más de lo que

estaba.

—No, tengo que pensar bien, si le pasara algo me muero —Davy le tocó el hombro,

en señal de apoyo, pero lo encolerizó.

—Solo a mí, me importa —lo miro a Davy— a ti no te importa un carajo, solo te

importa meterla en cualquier lado, ¿no?

—todos los ojos se volvieron a él, el padre se dio vuelta y lo acribilló con los ojos.

—Davy ¿otra vez andas de joda? Déjate de joder, ya estás grande, ¿no amas a Sofi? —

pregunto recriminándole.

—Solo fue una vez, no volverá a ocurrir —respondió, mirando hacia otro lado.

Manu estaba enojadísimo, fuera de sí, todos se dieron cuenta y el resto del viaje se realizó, sin que nadie hablara. Primero, dejaron a Frank en su casa, quien al bajarse y antes

que el auto arrancara, le gritó a Davy.

—¿Qué tal estaba la pendeja? —sonrió, y el brasilero quiso abrir la puerta para

enfrentarlo, pero Falcao le pegó el grito y Manu aceleró alejándose del lugar.

Frank siempre había tenido su boca grande, eso a nadie le sorprendió.

Cuando llegaron, todos se fueron a dormir, Manu se duchó y se fue solo a la cocina, a

pensar una estrategia para atrapar a Maxi, estaba seguro que volvería por su mujer; en un momento dado entró Davy en pijama y lo enfrentó, aunque él lo

miró y lo ignoró.

—Solo fue esa vez, ¿no crees en mí? —
preguntó, acercándose, el gallego se
paró y lo

señalo con el dedo.

—No tengo tiempo ahora, para aguantar
tus estupideces, tengo cosas más
importantes

que hacer, está suelto ese loco de
mierda, ¿no crees que eso es más
importante que tú?

Cuando llegue el momento hablaremos y
veremos qué hacemos, por el momento
no te me acerques estoy muy loco, no

quiero que terminemos mal —Davy se alejó, al ver fuego en su

mirada, se dirigió al dormitorio y se acostó.

El gallego se quedó esperando a su mujer que a la media hora llegó, y lo encontró sentado en el taburete de la cocina, al observarlo supo que algo no andaba bien.

—Hola mi amor, ¿estás esperándome?

—Sofi tenía un sexto sentido, no se había

divertido, sabía que algo estaba sucediendo, lo presentía— ¡Qué cara! ¿Sucedió algo? —le preguntó al gallego,

que la envolvió entre sus largos brazos y le besó la cabeza— No me asustes, amor, ¿dónde está Davy? ¿Y mis hijos? —Manu le besó los labios y la hizo sentar a

su lado.

—Todos están bien, tranquila, sabes que te amo ¿no? —ella seguía sin entender.

Como hacía siempre, se sentó sobre sus piernas, mientras sus dedos jugueteaban con

su pelo, empezó a besarle la nariz, las mejillas, la frente y, por último, lo miró y le comió la boca. Fue un beso intenso, la aferró con su mano por la nuca y la

devoró, en un segundo, se

alejó de su rostro y la miró, mientras con sus manos sostenía su rostro, tanto adoraba.

—Mi niña me estas calentando, ¿te portaste bien? —preguntó con sarcasmo, mientras

le mordía el labio inferior.

—Bésame —pidió con los ojos cerrados, más caliente que una pava, la sonrisa de él

no se hizo esperar y la separó de su lado.

—Espera, hablemos, tengo algo que decirte —la sentó en el taburete y le tomó las

manos, y se las besaba —algo sucedió, no quiero que te preocupes, pero tengo que decírtelo

—el gallego no sabía cómo comenzar esa conversación y ella sabía que algo grave ocurría—

Maxi no está muerto, —disparó de repente y ella se cubrió la cara con las manos y se refugió

en sus brazos, la sostuvo fuerte sobre su pecho y siguió hablando— tenías razón era él quien

te llamó, hace unos días, yo también lo vi, fueron solo unos segundos, estaba espiándonos.

Escúchame, sabes que si te pasa algo me muero, ¿no? —ella asintió, callada—
Pues entonces,

vas obedecerme más que nunca —la separó de su cuerpo y la miró, tomándola suavemente de

los hombros— Amor, él está obsesionado contigo, sé que vendrá por ti, lo sé, pero no debes

temer, te protegeré, daré con él antes que se acerque, solo quiero que hagas lo que te pido, no

quiero que salgas sola, solo lo harás conmigo o con Davy, promételo, por favor, promételo

—ella asintió, nuevamente— Ahora vamos a dormir, no quiero hablar más del tema, estoy furioso.

—Dime, ¿cómo lo supiste? —preguntó abrazada a él, mientras entraban en el dormitorio, él se detuvo y la miró.

—No importa cómo lo supe, solo lo sé y con eso basta, vamos a darnos una ducha y a

dormir, mañana tengo mucho trabajo.

—No vas a ir al banco ¿no? —no quería quedarse sola.

—Sí, tengo que ir unas horas, Davy se quedara hasta que yo venga. Sabes, lo veo muy

cansado a nuestro hijo, los números te matan, vive adentro del banco, no se divierte, desde que le paso eso con esa niñita, se alejó de ellas, bueno, en sentido figurado —observó la cara

de su mujer y largo una carcajada.

Sabía que a ella no le gustaba que él fuera con las putas, como lo habían hecho su padre y su tío años atrás, pero después de la decepción que tuvo, no

quería tener nada serio

con nadie; se ducharon y se acostaron, a Sofi le costó conciliar el sueño, cuando se despertó

se encontró sola en la inmensa cama. Se levantó, se duchó como todas las mañanas, cuando se

dirigió a la cocina lo encontró a Davy con unos papeles sobre la mesa, lo miro, se acercó y

lo besó en los labios, sintió que él estaba callado, triste, mientras se servía café lo observó.

—¿Qué pasa, te peleaste con el gallego?

—preguntó sentada a su lado, le pasó la mano

por la mejilla, el dejó los papeles sobre la mesa y la miró directamente a los ojos.

—Te vas a enojar, pero te lo voy a decir de todos modos —ella bebió un trago de su

café y se sirvió una tostada, cuando se la iba a llevar a la boca, éllo dijo.

—Los engañé, ayer me acosté con una modelo, solo fue esa vez, me buscó y no pude

resistirme, perdóname Sofi, se lo que

prometimos, si quieres echarme hazlo, pero no va a volver a pasar—ella solo lo miraba, amaba a ese chico grande, sus ojos grises, su cuerpo, sus

brazos, «nunca cambiara», pensó.

Ya estaba cansada de luchar contra la corriente, Davy la miraba esperando una puteada

o una cachetada, como siempre, pero ella solo suspiro.

—¿La pasaste bien? —pregunto, ante un brasilero desconcertado.

—¿No me escuchaste? Te engañé —deletreó cada palabra, Sofi solo lo

observaba.

—Y yo te pregunté si la pasaste bien, mira bonito —al pronunciar esa palabra, él supo

que estaba enojada— ya no sé qué hacer contigo, sos como un niño grande, ya no tengo ganas de pelear y volverte a echar, lo que haremos es lo siguiente, vos seguí con tu vida y yo

seguiré con Manu —Davy se paró de inmediato, enfrentándola.

—Estás loca, yo te amo, los amo a los dos. Sí, me equivoqué, pero no los voy a perder, ¿me escuchaste? —le gritó en la

cara.

—Pues entonces aprendé a tener tu bragueta cerrada —le gritó— nunca pudiste y no

creo que puedas hacerlo ahora —él no la dejó terminar de hablar.

—Sí que puedo, solo fue un desliz — ella se empezó a reír a carcajadas.

—No pienso acostarme contigo, ve sabiéndolo, ¿el gallego lo sabe?

—Sí, pero ya pasó, no va a volver a pasar —trató de tomarle la mano, ella se levantó y

se fue al jardín de invierno a hacer gimnasia, él juntó los papeles y entró a ducharse.

Davy se sentía mal, por lo que había hecho, aun sabiendo que ellos eran los amores de

su vida, sin ellos estaba perdido, aun así, lo hizo igual, se maldijo y tomó la decisión de empezar terapia otra vez, odiaba hacerlo, pero si no lo hacía terminaría solo, pensó. Se cambió y al salir se lo llevó por delante a Manu, que entraba cansado.

—¿Dónde vas tan apurado? ¿Te llamó la de turno? —pregunto irónicamente,

asesinándolo con la mirada y sacándose el saco, Sofi apareció en el living toda transpirada y

sin dejar de mirar al brasilero, lo besó a Manu.

—¡No seas imbécil! Me voy a terapia
—los dos se quedaron mudos,
observándolo, ya

no sabían qué pensar de él, pero era tanto el amor que se tenían, que Manu lo tomó del brazo,

y lo detuvo en la puerta.

—Espera, vamos los tres, te acompañaremos, ¿no somos tres? —se

lo dijo mirándolo

y a Davy se le llenaron los ojos de lágrimas. Sofi corrió a sus brazos y los tres se abrazaron,

ella se duchó rápido y los dos lo acompañaron.

Ese amor, loco, tóxico, que sentían los tres se mantenía a través del tiempo, de los años, nada ni nadie los separaría, aunque Davy muchas veces faltara a su promesa, los tres sabían que solo juntos podían ser felices. Su amor era tan fuerte que ya no podían vivir separados, cuando llegaron a terapia, el brasilero entró y los dos esperaron en un café, enfrente del edificio.

Se sentaron frente a frente y se miraron mientras, el mozo les servía los cafés con medialunas, Manu estiró sus largos brazos y acaricio los dedos de ella, a la vez que jugaba

con sus anillos, Sofi lo miró, sabía que algo tenía para decirle.

—Él se va a curar, sabes que es un chico grande, pero lo amamos ¿no? —le preguntó

con recelo, temiendo que ella una vez más, lo echara como años anteriores, de su vida.

Vio cansancio en su mirada, esa mujer siempre los había perdonado a los dos,

todos

sus engaños, todas sus cabronadas, ¿qué más le podían pedir? Si lo echaba estaba en todo su

derecho. Aunque sabía que ella era distinta a las demás, fue ella la que los sacó de la oscuridad en que estaban sumergidos, fue ella la que les dio cuatro hijos hermosos, fue ella,

quien curó todas sus cicatrices, sin pedir nada a cambio y entregando todo, aun sin que ellos

lo merecieran. Solo ella, era la luz que iluminaba sus vidas, ella era su amor, su niña bonita,

le apretó las manos y la miro a los ojos, con toda la ternura del mundo, «Mataría por esta mujer».

—¿En qué piensas? mi vida —le preguntó temiendo a su respuesta.

Ella le sonrió, él amó esa sonrisa, como siempre, sus ojos negros hechiceros brillaron de amor.

—¿Sabes, por qué estamos juntos los tres? Porque armamos una familia.
¿Sabes por

qué lo voy a perdonar una vez más? —el gallego la observo, sin saber la respuesta—Porque

yo te amo, más allá de lo entendible,
porque si tú me faltaras yo me moriría
—a Manu, se le

nubló la mirada, apretó sus manos, sin
dar crédito a las palabras de su mujer—
escúchame gallego, lo que tengo que
decirte —él se enderezó sobre la silla y
se puso serio— yo los amo

a los dos, me han pedido hijos y se los
he dado, me han engañado y los he
perdonado. Cuando

tú llegaste a mi vida, que era un
desastre, a causa de sus engaños y
mentiras, tú me cuidaste, tú me diste
ganas de seguir viviendo, te amo y así
va a ser hasta el día que me muera,

aunque

tengas celos infundados en mí, jamás te engañé, ni lo haré. Ahora bien, sé también que tú lo

amas a él —Manu asintió, sabiendo que amaba a ese loco— pienso que quizás nos tendríamos

que mudar antes a la casa de la playa, ahí estaremos más juntos los tres, sin tantas obligaciones de por medio, estaremos casi todo el día solos, quiero que sepas que, no voy a

perdonar nada más, que te quede claro, si algunos de los dos me hace algo, tomaré a mis hijas

y me iré y nunca van a saber adónde—
el gallego se quedó helado, su cuerpo
dio un respingo

ante la respuesta de ella y la
contundencia de sus palabras.

Sin que se dieran cuenta, Davy había
entrado y había escuchado la
conversación, se

sentó y la miró.

—No vas a tener que hacerlo, porque yo
no lo haré más, si lo hago, el que se irá,
seré

yo—los dos lo miraron —sé que los tres
nos amamos, sé también, que tengo un

problema,

que quiero solucionar, y yo también quiero irme, cuanto antes a la casa de la playa.

El gallego, lo observó.

—Pues entonces no hay más que hablar, nos iremos cuanto antes, ya la casa cuenta con

la seguridad necesaria, para estar tranquilos, solo llevaremos algo de ropa, todo está amueblado —después que el brasilero merendó, se levantaron y se fueron a su casa donde sus

niñitas los esperaban y seguro sus hijos

ya habrían llegado del banco y la empresa de publicidad, las niñas los recibieron con abrazos y los varones con hambre.

—Sofía, por favor ¿dónde estaban?
Queremos comer —gritaron los varones,
mientras las niñas contaban las cosas que habían hecho en la escuela, bombardearon de palabras a la madre, los hombres se reían mientras se sacaban sus sacos, llegó Falcao con Ana y se sentaron a comer. Manu entusiasmado le contaba al padre que pronto se irían a la casa de la playa, con las nenas, los varones se quedarían a vivir ahí.

—Solo estamos a dos horas —afirmó
Manu, el padre sonrió, todos lo miraron
—¿qué

pasa papá? —preguntó el gallego, al
notar su sonrisa.

—Nada, solo les diré que tengo ganas
de vender la isla —los nietos no podían
creer lo

que sus oídos escuchaban— Ana quiere
venirse más cerca, de ustedes y yo
también, ya estamos viejos, para estar
alejados de la familia —en ese momento
llegó Marisa, con Miriam

y los maridos, escucharon la confidencia
de los suegros y Marisa los abrazó.

—Me parece bien, suegro, tenemos que estar todos juntos, aunque ellos se quieren ir

lejos, los desgraciados—respondió, Manu y Davy largaron una larga carcajada, Sofi le

sonreía.

—¿Dónde van a comprar? —preguntó el gallego, mirando a los padres, ellos se sonrieron nuevamente y contestaron.

—Cerca, no les voy a decir aún, pronto lo sabrán —Davy se puso serio.

—Pero han comprado cerca de los

chicos, de acá ¿no?

—No lo voy a decir, es una sorpresa, Marisa y Miriam vivirán cerca de nosotros—

Manu y Davy no salían de su asombro, habían vivido toda la vida en esa hermosa isla.

Se cambió de tema y los hombres como siempre se fueron al despacho hablar de negocios, los chicos a la piletta y las mujeres se quedaron en la cocina.

—Son unas traidoras, ¿no me van a decir dónde compraron? —les pregunto Sofi

enojada, recordando el cuchicheo de ellas, días atrás.

—No, porque tú te irás lejos de nosotras —exclamó Marisa— esos desgraciados te

alejan de mi lado —ella se paró y se abrazó a su tía, que siempre fue como su madre.

—No seas tonta, vendré a verlas o irán ustedes, tendrán una casa más para pasear por

la playa —afirmaba Sofi, mientras se secaba las lágrimas, cuando entró el gallego a la cocina, la vio llorar y la abrazó.

—Mi niña, ¿por qué lloras? ¿Qué le hicieron? —les preguntó, mirando a las mujeres.

—Nada gallego, solo que los vamos a extrañar —afirmó Marisa.

—Pero pueden venir cuando quieran, siempre que no se queden muchos días, todo irá

bien —respondió con una risa contagiosa, Marisa le pegó en el brazo, puteándolo, todos los

hombres salieron del despacho y se dispusieron a cenar.

Manu pasó unas semanas de locos, no

quería dejar nada librado al azar, revisó mil

veces todo, no quería olvidarse de nada, a los varones les daba mil recomendaciones, acá no

traigan a nadie, saben que mi casa de al lado estávácia, y amueblada, pero acá no.

—No se olviden que Ramona me contará lo que hacen —les decía, ellos levantaban

sus ojos, al cielo y él los terminaba retando.

Con Davy, viajaban todos los días a la

playa, no querían llevarla a Sofi hasta que todo

estuviera en condiciones, aunque ella se quejaba, sabía que el que mandaba era el gallego, las

nenas querían irse ya, y los varones no veían la hora que se fueran. Ya no soportaban a Manu

con sus consejos y enojos por no encontrar algo.

Bruno el mayor de los hijos, era un desastre, le encantaba salir y divertirse con los amigos y por supuesto andaba con todas, y aunque lo negaba, cuando su hermano le

preguntaba, seguía amando a Candy. Cuando se la encontraba acompañada, la rabia lo

consumía, la quería matar, la separación de ellos se debió, primero a la inseguridad de ella,

propia de su juventud, después por las infidelidades de él, cansada de soportar sus engaños ella lo dejó y él, arrogante como todo Falcao, no trató de reconquistarla. Cuando se encontraban, sus miradas se cruzaban muy a pesar de ellos, los dos sabían que se amaban, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a dar el primer paso. Así pasaban los años y ese, que

parecía un gran amor, se mantenía en una nebulosa, flotando en el limbo, aunque Sofía, que

era medio brujita, siempre decía que iban a terminar juntos, eran tal para cual. Ella veía que

por más que lo negaran, aún se seguían amando. Cuando no se veían, cada uno de ellos le preguntaba por el otro, a su prima Mía, que ya estaba cansada de estar en medio de los dos y

así planeo su venganza.

Lo vio en un boliche, Bruno, entro con la seguridad de un ganador, nadie negaba que

lo era, acompañado de sus tres amigos y dos mujeres, a una de las cuales, llevaba agarrada de

la cintura. Mía lo vio de lejos y se movió hacia un costado, para que él no la viera, pero él ya la había visto y se acercó a saludarla, la besó en la mejilla y ella le sonrió.

—¿Cómo está mi prima? —fue lo primero que preguntó, invitándole un trago, la

mujer lo abrazó y Mía la miró de reojo.

—Muy bien, tú no puedes decir lo mismo, con la compañía que traes — Bruno, la miro

y se largó a reír, ella siempre le decía que tenía un imán con las putas.

—Tu amiguita, ¿no vino hoy? —siguió indagando, buscando con la mirada a Candy,

ella le sonrió con sarcasmo.

—Está con el novio, ¿no sabías? está de ennoviado —exclamó, observando cómo se

tragaba la sonrisa y sus ojos grises se volvían oscuros de la rabia.

—Se puede saber ¿quién es? —ya no sonreía, solo quería saber el nombre del

desgraciado y apartaba de su lado a su acompañante, el humor con el que había entrado se le

esfumó, pensando que ella estaría en los brazos de otro, la prima lo vio transpirar y le gustó

su disgusto, sabía que él la amaba, que los dos se amaban y siguió con el juego.

—El padre tiene una cadena de farmacias, en Brasil, si todo va bien se la va a llevar

allá, no sabes lo bueno y lindo que es — Bruno la miró, no sabía si creerle o no.

—Pues que sea feliz, dile de mi parte,

que le deseo lo mejor —respondió,
pronto a marcharse, su rostro reflejaba
la rabia y el dolor por la noticia.

Cuando se estaba yendo, Mía vio que
Candy entraba acompañada de un chico
que solo

era un amigo y agradeció a Dios, que
llegara con él, volvió la vista a su
primo, que se quedó

parado observando a los recién
llegados, se inclinó sobre Mía y le
susurró

—¿Ese es el novio? —ella saboreó la
inquietud que eso le provocaba, le
encantó verlo

celoso, lo miró.

—Sí, ¿no es bonito? Y encima de buena posición, lo que toda mujer desea — susurró,

mirando cómo él apretaba los dientes y puteaba por lo bajo.

La tomó a la mujer de la cintura y se fue a la pista a bailar, Candy buscó a Mía con la

mirada y se acercó a ella, que por supuesto, nada le comentó del encuentro con Bruno.

El amigo de Candy la sacó a bailar, sin saber, que Bruno no despegaba los ojos

de ellos. Él había tomado un poco de más, los amigos querían llevárselo, conociéndolo sabían

que, ante la noticia, si se quedaba todo terminaría mal, pero él se rehusaba a irse. Tenía intenciones de enfrentar a Candy y pedirle explicaciones, por mucha seguridad que ostentaba

tener ante todo el mundo, sabía que su corazón aún sangraba y extrañaba a esa mujer, la primera mujer que amó, la única que lo dejó; con la que, siendo pequeños, proyectaron una vida juntos, hasta imaginaron hijos juntos, por más que su mente se resistía, su corazón solo

latía al verla, lo demás era solo

diversión de una noche. El momento se presentó cuando la vio

dirigirse al baño, sola, la esperó en la puerta, ella salió apresurada, lo vio y trató de esquivarlo, pero ese gran cuerpo, se impuso al de ella más delgado.

—Hablemos —le susurró, mientras se arrimaba a ella atrapándola contra la pared, ella

bajó la vista y lo empujó.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar, elegiste tu camino, deja que yo elija el mío —

respondió queriendo alejarse.

Él la retuvo del brazo y la abrazó contra su pecho, ella se perdió en él y al sentir su

perfume se dejó abrazar, como años atrás, se repuso en un segundo, intentó separarse, la miró directo a los ojos.

—Decime que no te vas a ir —le exigió en el oído.

Al sentir su aliento caliente sobre su cuello, ella suspiro, se separó y lo miro, vio sus

ojos grises devorarla y estuvo a punto de abrazarlo, apoyólas manos su pecho.

—¿Dónde, crees que me voy a ir? —le preguntó, sin saber las mentiras que Mía le

había contado.

Él ladeo su hermoso rostro y se agachó lentamente, estaba a centímetros de su boca,

cuando el amigo de ella la fue a buscar, se separaron rápidamente y Bruno enfrentó al chico.

—Está conmigo, estamos hablando — Candy, lo conocía bien a Bruno, sabía que, si le

contestaba mal, la pelea estaba servida,

le hizo seña al amigo y él se retiró—
¿Con este payaso te vas a ir? —ella se
enfureció.

—Pero, ¿quién te crees, que eres? Hazte
a un lado, déjame pasar —le gritó.

Él, lejos de moverse, la abrazó
nuevamente y la besó, ella lo dejó hacer,
se devoraron

solo en segundos, hasta que ella se
alejó, y lo dejó solo apoyado en la
pared, se pasó la mano

por los labios y se dirigió adonde los
amigos estaban esperándolo.

—Vámonos, Bruno, ¿qué quieres hacer?

Vamos amigo, esto va a terminar mal —
le

dijo uno de sus amigos, observando que
estaba bajo el efecto del alcohol.

Él estaba sacado, la quería a ella y
ella... «se la pasaba bailando con ese,
que no supo

defenderla ante mí» pensaba, sin saber
que solo eran buenos amigos.

Mía, sacó su celular y lo llamó a
Joaquín, sabía que solo a él le haría
caso.

—Hola, ¿gallego? —preguntó al
escuchar su voz.

—Mía ¿pasa algo? ¿Mi hermano está ahí? —sabía que, si ella llamaba, algo sucedía.

—Ven para aquí, tu hermano tiene un pedo asqueroso, si no te lo llevas habrá pelea, ya

sabes cómo es, está Candy también —al escuchar eso, Joaquín, se vistió, ya se había acostado,

mirando una película.

—Ya salgo, reténganlo ahí —saliendo apurado.

Cuando llegó era tarde, Bruno lo tenía al pobre chico, sobre el piso dándole

trompadas, nadie lo podía sacar de arriba de él, las mujeres lloraban y los amigos tironeaban,

Joaquín lo agarró de los pelos y le gritó.

—¡Basta, estás loco! ¡Lo vas a matar! — tiro de él y con la ayuda de los amigos lo sacaron afuera.

Tenía sangre en las manos y estaba furioso, Joaquín lo metió en el auto y se alejó rápidamente. En el auto Bruno seguía puteando y el hermano solo lo observaba, paró en un

café y lo empujó al baño donde lo hizo lavarse las manos, si la madre lo veía en esas condiciones se moría, después se

sentaron y pidió café, Bruno esquivaba su mirada, mientras

tomaba el café.

—¿Qué te pasa?, ¿enloqueciste? ¿Cómo le vas a pegar de esa manera? Si la perdiste,

fue tu culpa, ¿qué quieres hacer? déjala ser feliz —le gritó Joaquín.

—Ella me ama, lo sé —repetía, temblando de bronca.

—Pues entonces, conquístala de nuevo, pero este no es el modo, ni el lugar, así solo

logras alejarla más. Bruno tienes que madurar, ¿cuántas veces tengo que correr por ti? Hay

días que pienso que el niño eres tú.

Todos en la familia sabían que Joaquín, siempre fue muy maduro para su edad y al

igual que su padre, era un genio con los números; con los pocos años que tenía estaba dirigiendo el banco más grande de Barcelona, por supuesto, que siempre consultaba a su padre, en todo, él era su gran referente, amaba su inteligencia y seguridad, algo que por supuesto, él había heredado. Bruno bajó la cabeza, sabía que su hermano tenía razón, él era

el

mayor y siempre parecía lo contrario.

—Me pongo loco, cuando la veo con otro, me descontrolo, sé que nos amamos, pero

fui un imbécil, no me perdonará — repetía, agarrándose la cabeza, el hermano lo miraba, sintiendo compasión.

—Escúchame —Bruno levantó su cabeza y lo miró— ve tras de ella, pero haz las

cosas bien esta vez. Enamórala, mándale flores, lo que te plazca, invítala a algún

lugar que le

guste, si te ama volverá contigo, pero por favor no quiero volver a verte de esta manera, te

amo hermano, sufro al verte así —
Joaquín le estaba hablando con el corazón, Bruno lo miró.

—¿Cómo soportaste lo que ella te hizo?
—se refería a la novia que él había tenido, Joaquín dio vuelta la taza de café entre sus dedos y bajó la mirada, pensando quién sabe en qué, levantó sus ojos y lo miró.

—Me dolió, lloré de bronca, maldije, pero el tiempo ayuda a curar la herida,

aunque

no a olvidar, ya no quiero estar con nadie, ya sabes solo sexo, nada más, pero lo tuyo es distinto —se miraron— ustedes se aman, no la pierdas, lucha por ella, ve tras ella, pero no de

esta manera, recupérala y sé feliz, por mí también —las palabras, le llegaron al corazón y los

ojos se le llenaron de lágrimas, sabía que su hermano, aún no olvidaba a esa mala mujer.—

Vamos que, si se enteran en casa, nos matan a los dos —sonrieron y se fueron, Bruno haría

caso a su hermano y trataría de reconquistarla, aun sabiendo que sería difícil, lo intentaría, no la perdería otra vez, pensó.

Bruno siempre fue el más difícil, su padre, había sido igual, un tiro al aire. Decía su padre, que lo adoraba, que se había cansado de sacarlo de la comisaria y salvarlo en todo, hasta que los años le dieron la madurez, necesaria, lo que nunca pudo controlar bien fue su

adicción a las putas, eso el padre se lo perdonaba, sabía que era un problema de

familia. Después de conocer a Sofise calmó, no solo por ella, sino también

por Manu, que lo

tenía cortito, Falcao, siempre pensaba que era un gran, dolor de cabeza.



CAPÍTULO 24

Esa mañana de domingo, Manu se había levantado temprano, estaba solo sentado en la

cocina, tomando café, con medias lunas y leyendo el periódico, levantó la vista y vio acercarse a su hijo, en pijama y lo

observo mientras se servía una taza de café y lo besaba en

la frente. No podía creer que ese hermoso muchacho fuera suyo, amó más a su mujer por habérselo dado, Joaquín, era tan alto como él, piel blanca, corpulento, por la práctica de boxeo, durante años con su hermano y los ojos verdes de su madre.

—Te levantaste temprano hijo, ¿no saliste ayer? —fue la pregunta que desencadenó la

siguiente conversación.

—No—lo miró con la tasa sobre sus labios —pero fui a buscar a Bruno,

estaba

borracho y se peleó, ya te puedes imaginar por quién. —Manu no apartó la vista de él y le respondió.

—¿Por Candy? Pero ese tema ¿no estaba cerrado?

—Nunca se va a cerrar, ellos se aman, van a terminar juntos, lo sé —respondió

Joaquín, comiendo una medialuna, Manu pensó, antes de hablar.

—Tiene que hablar y listo, ¿con qué motivo sufren? Me hacen acordar a tu madre y

Davy que se amaban, pero no podían convivir.

—Pero el tío, siempre la engañaba —el padre bajó la cabeza, teniendo vergüenza

ajena, sabía que él también lo había hecho— cuando yo esté con alguien, no pienso engañarla,

si la amas, ¿por qué lo hacen?, no entiendo —la reflexión de su hijo, lo llevó a pensar lo mal

que se habían portado con esa mujer que decían amar.

—Sabes que tienes razón, no hay que

lastimar a quien amas, nosotros fuimos
unos

imbéciles, me incluyo, sé que si tu
madre me dejara moriría —Joaquín
escuchaba la

confesión de su padre y solo con su
mirada, se lo reprochó— también estuve
mal con tu hermana, sé que tengo que
redimirme de mucho, no siempre fui
buena persona, espero que de

ahora en más, actuemos bien con esa
mujer que te dio la vida a ti y tus
hermanos y que tanto

amo —los dos se miraron y Manu siguió
hablando— sabes que tenemos un gran

problema —

el hijo levantó la vista de la mesa,
mirándolo con preocupación— tu madre
no quería que te

lo dijera pero, ya que estoy ante ti
confesándote mis pecados —los dos
sonrieron —te lo contaré.

—Maxi, no está muerto, está más vivo
que nunca y creo que vendrá otra vez
por tu madre —Joaquín se paró
súbitamente, tomándose la cabeza,
empezando a putear—tranquilo

hijo, nos iremos como hemos decidido,
a la casa de la playa, tengo todo bajo
control, la casa

está monitoreada las veinticuatro horas, habrá guardias de seguridad en todo el perímetro de

ella, es más, también custodiaré la playa —Manu, bajo la cabeza—no sé qué más hacer, ese

desgraciado está muy loco, la policía me dijo que si lo encuentro, lo mate, y que después, los

llame.

—Papá, pero si él la agarra y ¿si no puedes defenderla? Dios mío, qué lío, ¿sabes dónde se encuentra él?

—No, investigamos, revolvimos cielo y

tierra, pero no dimos con él, pienso que se

fue del país, pero sé que volverá por ella, estoy seguro.

—Quédense acá, es más seguro, hasta que lo encuentren, es un peligro, allá van a estar

más expuestos, ¿cómo harás para tener vigilancia allá?, sabes que ella odia eso —observó a su

padre que miraba al techo, levantando sus brazos y agarrándose la cabeza—¿no me digas que

no le has dicho que va a tener custodia?

Papá —le gritó.

—No, no se he dicho, sé que se pondrá furiosa, pero dime, hijo ¿qué más puedo hacer? ¡Me estoy volviendo loco!

—Escucha, podríamos ir todos, así estarían más acompañados, si pasa algo, no

estarían solos. ¡Ay papá, por favor! Si le sucediera algo a Sofía, no sé qué haría —confesó Joaquín, con los ojos llenos de lágrimas, Manu se paró y lo abrazó.

—Nada pasará, tú y tu hermano tienen que cuidar los negocios, acá están cerca, no voy

a permitir que viajen tanto todos los días
—con sus manos levantó la cara de su
hijo y lo miró

directamente a los ojos— escúchame mi
niño, tranquilo aún no estoy tan viejo
como para no

defender a mi mujer, ¿sí? —lo besó en
la frente, se sentaron y por orden de
Manu, cambiaron

de tema.

Sofi entró en la cocina, ya duchada, traía
puesto un vestido hasta la rodilla y unas
chatitas, Manu le abrió los brazos y se
besaron en los labios, después ella,
abrazó a su hijo y

lo besó en la cabeza.

—¿Qué están hablando los Falcao? —
Pregunto, mientras bostezaba, los dos la
miraron.

—Nada, Sofía, solo negocios —mintió
el hijo, sonriendo, Manu le sirvió café y
se

sentó a su lado.

—¿Davy sigue durmiendo? —pregunto
mirándola.

—Sí, dejalo que duerma, así no jode —
todos se rieron, mientras las niñas
bajaban la

escalera, ya discutiendo, Sofi se rio y el gallego las retó.

—Papá, ¿cuándo nos vamos a ir?

¡Quiero irme ya! —pedía Lucía, sentada en la falda

de su madre— ¿Puedo invitar a unas amigas? —Emily, se sentó en el regazo de su padre y le

pedía que le compre un libro.

Joaquín las miraba embobado, esas niñas le divertían y las amaba, al contrario de

Bruno que las amaba, pero no las soportaba, sonrió al ver cómo volvían

locos a sus padres.

La madre se paró y les sirvió el desayuno, Davy salía de la habitación y su hijo Bruno también bajaba la escalera, listo para desayunar, las niñas después de tomar su desayuno se fueron a la piletta, mientras los hombres seguían sentados en la cocina hablando de negocios,

Sofía se aproximó a Joaquín y le susurró en el oído.

—¿Ninguna novia, hijo? —mientras lo abrazaba.

—No, para qué, si tú eres mi novia — ella sonrió, recordándolo con su capa de

héroe,

correr por toda la casa y rodearle con sus manitos la cintura y decirle que ella era su novia,

un nudo en la garganta le hizo soltar unas lágrimas, que enseguida con disimulo se limpió.

«Mi hijo aún tiene el corazón roto», pensó.

—¿Qué cuchichean ahí? —preguntó Manu, atento a todo, Joaquín abrazó a su madre,

besándole la cabeza, a todos los enterneció esa imagen, esos hijos

amaban a su madre, las niñas y Bruno se fueron encima de ella y la ahogaron en un hermoso y gran abrazo.

—¡Dios me van a matar! —protestaba ella, riendo— los quiero mis bebés, los amo, —

decía, mientras todos le hacían cosquillas, sus hombres no podían dejar de mirarlos, eso era

lo que siempre habían deseado, una familia, hijos y esa loca argentina a la que amaban más

allá de la razón.

—Bueno, ¡basta, dejen a esa mujer que

es mía! —gritó el gallego, levantándose.

—No seas celoso, papá, ella también nos pertenece —afirmó Joaquín sin soltarla.

En ese momento llegó Falcao con Ana y todos los chicos fueron a abrazarlos, el reía,

porque sus nietas les hacían cosquillas.

—¿Qué pasa acá? ¡Dios mío están todos locos! Heredaron la locura de la madre —dijo

y todos largaron una carcajada.

—No suegro, dirás la locura de tus hijos

—y empezó la discusión.

—Bueno ¿cuándo se van? Así yo también me mudo —por más que Sofi intentaba

averiguar dónde se mudaban, Ana sonreía y el suegro callaba.

—El viernes, papá, el viernes quiero instalarme allá —respondió, Manu, solo faltaban

tres días— Ustedes, ¿cuándo se mudan? —preguntó.

—El sábado, ¿no Ana? —le preguntó a la mujer, que la miraba a Sofi, sonriendo.

—Bueno, cuenta dónde, cerca de acá ¿no? —insistía Davy, queriendo saber dónde iban

a vivir.

—Pero, ¡qué curiosos! Ya sabrán, ahora vamos a almorzar, ¿vamos al resto? —

propuso, cambiando de tema, todos lo miraron.

—Sofi, ¿vamos? —Davy le preguntó, mirando a Manu y a ella, ellos asintieron y

todos después de conversar un rato, se fueron al resto, allá los esperaban, Marisa con Frank,

Marian y el gallego.

En el restó mientras almorzaban, el tema de conversación, muy a pesar del gallego,

era Maxi, nadie podía creer que estuviera vivo. A Manu también le importaba saber quién era

la persona que le llevaba flores, pues esa misma sería la que lo estaba ayudando, solo no hubiera podido hacer lo que hizo.

Los hijos varones se fueron a conversar con unos amigos que encontraron y las mujeres al baño, momento que

aprovechó Manu, para hablar con los hombres en la mesa.

—Sabes que ayer, Joaquín tuvo que ir a buscar a Bruno, se peleó y estaba borracho—

expresó mirando a Davy.

—¡Ahora, lo voy a agarrar! Seguro que fue por Candy, esa mujer lo enloquece—

afirmó, tomando de su copa, el gallego y los hermanos lo miraron.

—La culpa no la tiene ella, solo él es el culpable, no quiero gritos, cuando lleguemos

le hablas bien, él con su proceder la alejó de su lado, si la quiere, que hable con ella civilizadamente, no de ese modo —afirmó Manu.

—¿Cuál es el problema? Si los dos se aman —preguntó el padre, terminando con su

postre.

—El problema es que ninguno, quiere perdonar primero, pero si se aman, lo van a

tener que hacer —dijo Manu.

—Hablaré bien, lo haré entender —el gallego lo seguía mirando mal no —me

mires

así, te digo que le hablaré bien.

Sofía estaba con bronca pues quería saber dónde se mudaban, hasta pensó que lo

harían a la casa del gallego, fue un día a la casa, pero no vio nada fuera de lugar, les preguntaba a todos, pero nadie lo sabía.

—Mañana, es el día, ¿estás contenta? — preguntó el gallego, abrazándola de atrás

mientras ella preparaba una ensalada, paso su largo brazo por su cintura y la

apretó con suavidad a su gran cuerpo, ella giró su cabeza de costado, mirando esos ojos negros que tanto amaba, buscó sus labios los que enseguida se depositaron en los suyos y como siempre

se perdieron en un beso intenso, furioso; se dio vuelta y lo abrazó, mientras él tomaba su nuca y su lengua la saludaba.

—¡Cómo me calientas! Mira como estoy —susurraba él, apretando su pelvis a ella, su

miembro hinchado, palpitaba por salir.

Ella sonrió, bajó su mano y sus dedos encontraron, lo que tanto amaba, lo

apretó con

delicadeza, la pasión estaba encendida y dieron rienda suelta a esa locura que por años sentían. Cuando él se aprestaba a bajar el cierre del pantalón y ella subía su vestido, sin dejar

de besarse, escucharon la llave en la puerta de calle, se miraron, no habían reparado que era la

hora de llegada de sus hijos e hijas a su casa; rápidamente se acomodaron la ropa, el gallego

se sentó acomodándose el bulto, los dos se miraron y se largaron a reír.

—¿Quién era que pedía hijos? —
preguntó ella, sonriendo— vos, amor,
ahora hacete

cargo, bonito —Manu se arreglaba
rápido, el pelo revuelto, mientras le
regalaba una sonrisa.



CAPÍTULO 25

Y el día llegó, muy temprano todos nos
levantamos, desayunamos y di un último
vistazo a toda esa casa, donde

dejábamos los mejores y peores momentos vividos. Los mejores fueron la crianza de nuestros hijos, me acerqué al parque, mientras mis hombres terminaban de cargar en la camioneta los últimos bolsos, sentí sus risas, sus corridas, Joaquín

con su capa de súper héroe, Brunito con su pelota rompiendo los vidrios de la cocina, mis hijas peleándose, miré hacia la piscina y me pareció ver alguna escena nuestras noches de lujurias, morbo y sexo feroz.

¡Cuántos recuerdos, cuánta nostalgia! Es que, a pesar de los malos momentos, en esa

casa habían transcurrido veinte años de nuestra loca vida. Al pensar que mis neños se quedarían ahí, sentí una opresión en el pecho que me cortó la respiración. Confiaba plenamente en Joaquín, Bruno era otro cantar, liero como siempre, uno nunca sabía a qué atenerse, aunque confiaba en el carácter protector de su hermano, era tanta la responsabilidad

que depositábamos en sus hombros, que, dudési irme, pese a que mis hombres y mis hijas morían por hacerlo. Toda esa casa, cada rincón de la misma, estaba llena de recuerdos, recuerdos que jamás olvidaría, al sentir la voz del gallego llamándome, me limpié rápido las

lágrimas de mi rostro.

—Sofi, nena vamos, ¿qué haces aquí? —
preguntó, mirándome, me abracé a su
cuerpo

y supo al instante lo que mi corazón iba
a extrañar, esa casa conservaba tantos
recuerdos como años vividos en ella,
me besó la cabeza.

—Vendremos las veces que quieras, los
niños van a estar bien, no olvides que
Ramona

los tendrá bajo sus polleras y a ella la
respetan y quieren, si no quieres ir, no te
obligaré, haremos lo que tú decidas —lo
miré, le acaricié su barba de dos días,

me puse en punta de pies

y con mis manos sobre su pecho, mis labios lo besaron, tiernamente.

—Quiero ir, solo que extrañaré a mis hijos —respondí, alejándome de él.

—Mi vida, yo también, pero recuerda, que ellos ya no son niños, son adultos y quieren

estar solos —puso su cabeza de costado y me sonrió.

—Lo sé, vamos, que están apurados por ver la playa —afirmé, caminando tomada a su

mano.

—Ya verás, te va a gustar, te amo nena, no sabes cuánto —susurró en mi oído.

Dios, salí afuera y observé que mi suegra me gritaba, sonreí, íbamos todos, en cuatro

autos y la camioneta, mis hijas enloquecidas, miré a mis hijos, viendo cómo hacían chistes con el tío Frank, que era un niño más; supe que ellos iban a estar bien, sería yo, la que más

los iba a extrañar. En el viaje a nuestra nueva casa, mis hijas nos volvieron locos, ya Davy las retaba, pero el gallego estaba tan contento que las

ignoraba. Pasada la hora y media, ya todos

queríamos llegar, la autopista estaba abarrotada de autos, lo que nos impidió ir a más velocidad, cuando se descongestionó, empezamos a observar, que en el aire se sentía ese olor

tan característico del mar, lo miré al gallego y él me apretó la rodilla.

Manu empezó a contarme, sobre la casa, el diseño que tenía, mientras el brasilero

sonreía, con las preguntas de las hijas, que no paraban de hablar. Miré por el espejo retrovisor, observando cómo los autos de nuestra familia nos seguían,

hasta Ramona nos acompañaba, de repente, escucho la conversación de mis hombres sobre la compra de motos

de agua, mis hijas enloquecieron de la emoción.

—Mira amor ahí empiezan las casas sobre el mar —miré sobre mi costado y me

impactó lo bonitas que eran, enormes, todas de diferentes construcciones, una más bella que

otra.

—¿Cuánto mide el terreno? ¡Dios, son enormes! —expresé mirando por la

ventanilla,

ellos sonreían y mis hijas gritaban de la emoción.

—Cada terreno, tiene tres cuadras, para que te des una idea, la parte de atrás da directo

a la playa, quiere decir que tendrás tres cuadras de playa privada para ti sola— mis hijas abrieron grandes sus ojos.

—¡Y para nosotras! —gritó Lucía y nos largamos a reír.

—¡Por supuesto nena! Para todos, podrán andar en cuatriciclo y para el mar, papá

compro las motos de agua, ya verán que se van a divertir, todos vamos a disfrutar —afirmó,

mirando por el espejo retrovisor, sonrió al ver la cara de sus hijos que señalaban las mismas,

con admiración.

Manu, detuvo el auto frente a una magnífica propiedad, totalmente recubierta en

piedra, «exquisita» pensé.

Abrió con el control remoto el portón del garaje y estacionó su auto en la entrada, los

que nos seguían, hicieron lo mismo, mis piernas se negaban a bajar y mi corazón ya extrañaba a mis hijos, él se percató de la situación y me ayudó a bajar, me abrazó y me susurró en el oído.

—Si no te gusta o extrañas volvemos —
afirmó el gallego, Davy me tomó de la mano

mientras todos entraban en el gran garaje.

Davy, estaba emocionado, de la mano me arrastró enseguida adentro, mis ojos no

sabían dónde mirar primero, nos recibió un gran living decorado en la pared

central, con los

cuadros que pintaba mi brasilero, como hobby, pero lo hacía muy bien. Sobre otra pared un

hogar, encendido, donde el crujir de sus leños daba calor de hogar, a semejante espacio; lo

acompañaban cinco sillones de cinco cuerpos cada uno. En el centro una mesa, donde los retratos de toda la familia acompañaban la exquisita decoración de la misma, supe enseguida

que ellos lo habían hecho solos, pues sabía de su refinado gusto para hacerlo.

Me llamaron la atención dos cuadros sobre el hogar, me dirigí a allí y mis hombres

me miraban expectantes, mientras todos ya estaban recorriendo la casa. Uno era de mis hijos,

los cuatro juntos, jugando en la piscina y el otro me llenó el corazón de alegría, pues no recordaba que existía, era la foto de mis padres con mi hermano y yo muy pequeña, no aguanté las lágrimas, me tapé la boca y me largué a llorar; mis hombres me abrazaron y contuvieron como siempre, acaricié esos rostros tan queridos, con la yema de mis dedos y acercándomelos besé en los labios.

—Vamos, basta de llanto, recorramos la casa —me pidieron ellos, tomándome de las

manos.

Luego pasamos a la cocina, amplia como nos gustaba a todos, nunca queríamos

comedor, siempre preferimos una gran cocina, los muebles en algarrobo, cubrían todas sus

paredes, dos heladeras enormes, microondas, hornos, lavavajilla y plasma todo empotrados

en los mismos. Un desayunador sobre un

borde, con sus asientos bien mullidos y movibles, sobre el centro de la misma, una gran mesa de madera lustrada con sillones tapizados del mismo color que los que había en mi casa, terminaba la vista y ellos me miraban esperando mi calificación.

—¡Excelente! —exclamé mirándolos.

En realidad, era más de lo que había esperado, vi cómo se palmeaban las manos como

dos chicos y seguimos con el recorrido, mi suegro, el gallego y Frank ya estaban destapando

un vino para celebrar, a las mujeres no se las veía y a mis hijas las imaginé en la playa con

los hermanos. Pasamos a las habitaciones, tres más chicas, todas con sus respectivos baños, y

una, la nuestra, una suite enorme en cuyo baño había ducha y hasta un jacuzzi.

Tuvieron la delicadeza de comprar todos mis perfumes y cremas, que le encargaron a Marisa y que ellos

también se usaban, cada noche, porque hacía muchos años que los había acostumbrado a ella.

Todas las habitaciones tenían muebles

nuevos, «es por eso que no quisieron traer

muebles», pensé.

La casa fue elegida por ellos, lejos de las grandes aglomeraciones, a veinte

kilómetros del centro, eran diez casas esplendidas, separadas entre sí, por un gran muro de concreto, hacia los bordes de la misma; el diseño fue pensado en función de observar en todos los ambientes, la hermosa vista del mar, me paré en el dormitorio, y me quedé extasiada con semejante vista, el mar se veía imponente, el agua de color azul turquesa, se asemejaba a una bellísima postal. Su arquitectura moderna, de

líneas claramente

contemporáneas, y vistas minimalistas, resultaba exquisita, sus ambientes cálidos y

espaciosos, eran sumamente agradables, verdaderamente confortables. Toda ella proyectaba una estética, totalmente equilibrada.

Manu me abrazó y nos trasladamos a otro sector, nos detuvimos ante una puerta

corrediza, cerrada con llave, supe de antemano que ese era su lugar, el despacho. Tal como

era su costumbre, estaba totalmente revestido en madera lustrada, un escritorio con su computadora, dos sillones de cuero y atrás de este una gran biblioteca, abarrotada de libros,

muchos de los cuales eran primera edición. El gallego me miró, cerró la puerta y corrió un

mueble lleno de carpetas y papeles, atrás del cual había una puerta, la abrió y vi un cuarto más chico, con una caja fuerte y unos sillones, me llamó la atención una gran computadora, encendida, lo miré y la cerró enseguida, sonriendo, «sabía que iba hacer eso».

—Después veremos solos ese cuarto y

te explicaré —afirmó, cerrando con llave el

despacho.

—Muéstrale el gimnasio —pidió Davy sonriendo, a los tres nos gustaba pasar horas

en el mismo, solo escuchando música, mientras ejercitábamos nuestros cuerpos.

En el otro extremo la casa, estaba el gimnasio, con sus cintas para caminar, lo que yo

más amaba, sus sacos de boxeos y guantes prolijamente colgados, tres

máquinas más, una para abdominales y las otras, que no sé para qué servían y una heladera, con agua y jugos, completaban todo el espacio; les sonreí y supieron que ya tenía ganas de usarlo.

—Te espera lo mejor, mi niña; si la casa te gustó, no sabes lo que es esto — afirmó el

gallego, llevándome hacia la cocina.

Los miré desconcertada, abrieron la puerta de atrás de la misma e imaginé que detrás

estaría la playa, pero mi imaginación se quedó muy corta.

Me detuve, de la impresión, mis ojos no daban crédito a lo que veían, una gran galería

diseñada en madera rústica, con plantas colgadas por doquier, me dieron la bienvenida, sobre

un borde, rosas, alegrías del hogar y jazmines, entre otras; me deleité con su aroma, me acerqué y me agaché, los jazmines eran mi debilidad y la de mi hijo Joaquín, vivía regalándome plantas, las que los dos juntos plantábamos sobre los bordes del parque.

—Mira —me pidió el brasilero, señalándome hacia otro borde más adelante.

Caminé hasta ahí y abrí un ventanal,
donde me encontré un jardín de invierno,
todo amueblado y al fondo, separado
con un biombo de colores mi escritorio
y todos mis libros

prolijamente acomodados, sonreí, mis
hombres pensaron en todo, los abracé y
salimos a ver

la piscina. La enorme y esplendida,
piscina recubierta en su exterior de
piedras de colores que

brillaban a la luz del sol o iluminadas al
anochecer. Sobre el costado derecho,
reposeras blancas y sillones con cojines
de colores, esperaban ser estrenados,
los miré extasiada por lo

que era esa casa, agradecida a mis hombres por lo que habían trabajado, el gallego me miró.

—Sabes —susurró Davy, mirándonos a los dos —la casa está diseñada, para atrapar la

brisa de la mañana y por la disposición de sus paredes sobre el lado del follaje, hay un deck

abierto que protege de las brisas más cálidas durante el caluroso verano.

Me quede con la boca abierta mis hombres habían pensado en todo, sin dejar nada

librado al azar. Volví a entrar en ella y observé, que predominaba el blanco, impecable, que

contrastaba con algunos elementos oscuros y en tono de gris. Me pare en la cocina, admirándola, por la ventana vi cómo a esa hora, el sol jugaba a las escondidas sobre las plantas y la brisa de la tarde, entraba sin permiso en ella. Todo en ella me encantó, hasta los

más mínimos detalles, amé a esos locos más que a mi propia vida. Después de un almuerzo

que se extendió hasta muy tarde, tomamos mate, café, los hombres anduvieron con mis hijas

en los cuatriciclos y las mujeres sentadas en las reposeras hablábamos de todos los temas, posibles, hasta que ellas se levantaron y con sonrisas cómplices, me miraron.

—Vamos, que ahora te mostraremos nuestras casas —«¿qué decían?»

—¿Ahora? no quiero viajar otra vez — ellas sonrieron y mi suegro me abrazó.

—¿Tú creías que yo me iba a quedar lejos de mis hijos, argentina? Jamás, si muero

tiene que ser cerca de ellos, por eso todos compramos a unas cuadras de aquí —largó una carcajada, miré a mis

hombres, incrédula, Manu levantó sus
hombros y empezamos a

caminar por la playa.

—Pero, si hay un muro —exclamé.

—Tú camina y verás —me seguía
diciendo mi suegro, agarrado a mi
brazo, su reuma

hacía que sus piernas le fallaran.

Me abracé a él, ante la atenta mirada de
todos, sé, que esperaban mi reacción,
junto al

muro había un portón, enorme de
madera, que no había visto,ellos lo

abrieron y así pude apreciar una casa enorme de dos pisos y sobre un costado un departamento, cuya edificación

se veía que era nueva. Un jardín espectacular la rodeaba, la casa era imponente, y el departamento, recubierto totalmente de madera, que enseguida supe que pertenecía a mi suegro y que dentro, seguramente sería igual, conociendo el gusto de ellos que, como Manu,

la madera era su preferida.

—Acá lo tienes, nuestras casas, argentina —me quedé muda.

—¿Por qué no me dijeron nada? —

pregunté haciéndome la enojada.

—Quería que fuera una sorpresa y creo que te sorprendimos, ¿no?

—Me alegra que estemos todos juntos
—afirmé en los brazos de Marisa.

—¿Estás contenta ahora? Mira que eres familiara ¿eh? —me hacía cosquillas Davy.

—Sí, ahora estoy mejor, más tranquila, solo espero que mis hijos vengan los fines de

semanas —expresé intimándolos a ellos, con la mirada.

—¡Claro que vamos a venir! Y vamos a traer a Ramona —afirmó Bruno, la gallega

me abrazó y derramó unas lágrimas en mis brazos, aunque ella se quedaría con ellos, por su

propia voluntad.

La despedida fue triste, me abracé a mis hijos y por más que me resistía, lloré, ellos

me abrazaron prometiéndome que el viernes volverían, los despedimos y nos fuimos a la casa de Frank, donde Marisa nos hizo asado al horno, que Manu hacía rato le reclamaba.

Cuando volvimos a mi casa, el silencio nos invadió y aunque no dijimos nada, extrañamos a los varones, las niñas ya estaban en sus cuartos, duchándose, preparándose para

el otro día, el trayecto hacia la escuela era de dos horas, cosa que las ponía de mal humor, Manu la llevaría con el brasero y pasarían por el banco a firmar unos papeles. Nos duchamos y nos acostamos, antes el gallego recorrió toda la casa comprobando que todo estuviese completamente cerrado, colocó la alarma, como en mi casa, estaba monitoreada las

veinticuatro horas del día. Delante de mí

no se hablaba de él, pero sabía que ellos vivían pensando que podía aparecer Maxi, eso los tenía preocupados. Cuando desperté a la mañana,

me encontré sola, no sabía dónde bien me encontraba, me duché y la inspeccioné bien, en su

totalidad, me agradó más aún, tomé unos mates y me sonó el celular, era Marisa.

—¿Todo bien, nena? —me pregunto, supe al instante que Manu, le recomendó que

estuviese atenta, sonreí.

—Sí, me gusta que estemos cerca, sabés

que las iba a extrañar —después de hablar una

hora y quedar en ir a dar una vuelta a la tarde temprano por el barrio, para conocerlo, me decidí a bajar a la playa.

Caminé, hacia un lado y hacia otro, todo me resultaba hermoso, el mar azul, las olas

mojando mis pies, unas rocas hacia un costado, en el borde, servían de barrera natural, la naturaleza las había colocado ahí, para que uno aprecie su belleza. La playa era muy amplia,

con su arena completamente blanca, las olas rompían en la orilla, mojando mis

pies. Caminé

cerca del muro y vi un cuarto, cerrado con candado, fui a la cocina donde había visto unas llaves colgadas, volví y abrí, cuatro motos de aguas nuevas de colores fosforescentes, aparecieron ante mis ojos, Dios cuando las vean mis hijas, pensé, sonriendo, mi celular sonó,

era Manu.

—¿Dónde está mi mujer? ¿No la viste?

—preguntó, quise meterme en el celular y

comérmelo entero, amo a este hombre, pensé.

—Esperando a mis hombres, que me dejaron sola, estoy viendo las motas de agua, tus

hijas van a enloquecer cuando las vean
—respondí, ya entrando en la casa, estaba fresco, todavía estábamos en invierno, aunque el sol calentaba durante el día, que eran muy lindos, a

la noche, a orillas del mar, el frío se hacía sentir.

—No te quedes mucho afuera, que hace frío, a las tres llegaremos, a las niñas las traerá mi chofer, ¿quieres que lleve algo? —preguntó, cuando yo abría la heladera,

observando que estaba llena.

—No, amor hay de todo, que quieres que les haga de cenar —pregunté, cebándome un

mate.

—Después vemos, Davy quiere pescado, dice que lo va a hacer él, así que no te

preocupes, ¿te llamó Marisa? — preguntó.

—Sí, estuvimos hablando como dos horas, a la tarde vamos a recorrer el barrio, con

Marian y tu mamá —sentí que suspiró, supe que no estaba de acuerdo, lo que me

enojó sobremanera.

—Yo las acompaño, no tienen mucho para ver, son solo diez casas sobre el mar, el

centro está a veinte kilómetros —respondió.

—No importa, daremos unas vueltas, no empieces, gallego —respondí enojada.

—Está bien, ve, no van a ver nada —por supuesto que iba a ir, «no le voy a pedir permiso» pensé.

—Bueno, te corto, tengo que hacer —
sabía que le molestaba que lo dejara con
la

palabra en la boca, me sonreí.

—No te atrevas a cortarme —me gritó.

—Pues mira cómo lo hago, bonito —
respondí cortando la comunicación, me
llamó

cuatro veces más, que, por supuesto no
atendí.

Me dediqué a colgar mi ropa y ordenar
la de ellos, cuando se me ocurrió lo
llamé, no

me atendió, me reí sola, sabía que estaba muy enojado. Ir sola al mar, aunque era playa privada me dio un poco de miedo, así que me puse el bikini y me metí un rato en la pile, hasta

que me cansé de nadar, me sequé y me preparé para ir a buscar a las chicas. Me puse un vaquero, una blusa y una campera, como pude me hice una trenza y salí.

Subí a mi camioneta, enojada con el gallego, «pero, ¿quién se pensaba que era para prohibirme salir?», Dios pensé.

Cuando llegué, ya me estaban esperando, sentadas en las grandes piedras que

adornaban un espectacular jardín, las saludé y subieron sonriendo, las miré.

—¿De qué se ríen? —Ana estaba tentada.

—Porque no le avisamos a Falcao, cuando se levante de la siesta, pondrá el grito en el

cielo—respondió muerta de risa, supe enseguida a quién habían salido mis hombres.

—¿Qué les pasa a los Falcao? — pregunté en voz alta, todas se reían —el gallego me

dijo que no salga, voy a salir las veces

que quiera, él no es mi dueño —dije,
mientras ponía

música en la radio y todas cantábamos,
hasta Ana, mi suegra era un sol,
estupenda compañía.

Conducir sobre esa avenida, orillando el
mar, la brisa que jugueteaba con mi pelo
y

ese olor especial, acompañado por la
naturaleza sobre los bordes de la
autopista, hacían un

paseo mágico, todas hablábamos a la
vez. Marisa contaba las veces que Frank
repetía sus chistes, Ana que Falcao
roncaba, Miriam que el aire del mar, la

daba nuevos bríos al gallego,

en la cama; todas largamos una carcajada y Marisa que es la más caradura, me preguntó.

—¿Y tú nena? —me miro con picardía, conocía esa mirada.

—Si quieres te cuento, pero deben saber que me van a envidiar, quizás hasta odiar—

todas se miraron y abrieron sus bocas mientras yo me mataba de risa, Ana con su expresión

cándida se tapó la boca con las manos, sin dejar de observarme, la miré seria.

—¿Te cuento, Anita? —todas se mataban de risa.

—¿Estás loca? ¡Ni se te ocurra!

De repente, un bulto al costado de la calle me llama la atención, me detengo, todas me

miran asustadas, estaciono, sobre la banquina, que no se debe hacer.

—Nena, ¿qué viste? No podemos pararnos aquí, mira si nos roban —decía Ana

mirando hacia todos lados asustada.

Todas seguían con los ojos mi mirada,

que se posaba sobre un árbol, al costado de la

banquina

—¡Nena! —me gritaron todas.

—Voy a bajar, hay algo ahí —les respondí, poniendo mis pies sobre la calle.

—¡NOOOO! —gritaron al unísono, pero ya estaba debajo de la camioneta, dispuesta a

saber qué era lo que se movía, tapado por los pastos, cerca de aquel árbol; como no les quedó

alternativa todas me acompañaron,
agarradas de la mano, con miedo.

—Estás totalmente loca, mira si es un
ladrón, mejor vámonos —afirmaba
caminando

hacia atrás Ana, con los ojos grandes
como platos, Marisa y Miriam la
arrastraban para adelante, llegué
caminando despacio al lugar, me
acerqué, casi sin respirar, y con una
mano

destapé los pastos que cubrían lo que se
movía, todas observaban a través de mi
hombro, lo

que vimos nos dejó mudas.

Solo nos miró, su mirada triste, me rompió el corazón, mis amigas suspiraron,

mientras Ana se limpiaba unas lágrimas, atado al árbol, se encontraba un perro enorme, negro. De su cuello, todo lastimado, manaban gotas de sangre, me acerqué, sin escuchar los gritos desesperados de mis acompañantes, el animal daba miedo, era imponente acostado, si

lo hubiera visto parado, no me hubiera atrevido a acercarme, la mire a Marisa que gritaba que no me acerque, pero algo en mi interior me impulsó a hacerlo. Apenas me acerqué él bajó

sus orejas, «¿será en señal de obediencia, o me estará por atacar?», me arrepentí caminando

hacia atrás, estaba todo lastimado, no sabía qué hacer.

—Sofía, por favor sé que no le haces caso a nadie, nena este perro es un Rottweiler,

no lo toques mira su boca, te puede comer entera —las otras, en un acto de supervivencia, caminaban hacia atrás, ante las palabras de Marisa.

—Vámonos, nos va a devorar —gritaba espantada mi suegra— en mi casa y en

ninguna de la familia, por ninguna razón específica, nunca tuvimos uno y menos uno de estas

características, llamemos a alguien que lo asista —me pedía, Ana aferrada al brazo de Miriam.

—No, lo llevaremos a un veterinario —afirmé de modo contundente, sentí que me

observaban como si estuviera loca.

—¡Ni loca lo vas a subir a la camioneta!, ¡ni mamada!, ¡no se ocurra!

—me retó mi tía

enfurecida, las miré seria.

—¿Se van a ir caminando? —pregunté
— porque yo lo voy a llevar a un
veterinario,

no les pido permiso, si lo deajo acá se va
a morir, —Marisa abrió su boca sin
creer lo que les

decía.

—Bueno a ver, ¿cómo lo subirás?, si
antes no te arranca la mano, mira cómo
te mira

—lo observé y sentí su sufrimiento.

Me acerqué lentamente, estiré mi mano y
acaricié su gran cabeza, él otra vez bajó
sus

orejas y comprendí que no me haría daño, quería que lo sacara de allí, le saqué el collar lleno

de sangre y lo ayudé a pararse. Cuando lo vimos parados hasta yo caminé hacia atrás, era enorme, a la vez que se notaba que estaba educado, me arrodillé delante de él y con mi pañuelo le sequé la sangre de su cuello, noté su mirada, sabiendo que ya era mío.

—Vamos, nene, que te voy a llevar al médico —le dije, ante la mirada incrédula de mis acompañantes.

Abrí la puerta de la camioneta y él solito entró, sin darme ningún trabajo y supe que

no era la primera vez que subía a un vehículo. Ana y Marisa, aterrorizadas se sentaron adelante y Miriam más corajuda, atrás con el perro; yo lo miraba por el espejo retrovisor y él también me miraba.

«¿Quién sería capaz de dejar a un animalito, atado al costado de la ruta? ¡Qué mierda

de personas!» pensé, nadie hablaba. Todas iban con miedo, de repente mi celular sonó y ahora, que digo, me sonreí.

—Sofía ¿dónde estás? ya llegamos —la voz de Davy, sonaba dura.

—Voy al veterinario —había visto uno cuando llegamos, no muy alejado de ese lugar

—dile al gallego que tardaré una hora quizás dos —respondí, en un susurro, sabía que se venían los gritos, Manu agarró el celular, y al contrario de lo que yo suponía, me saludó con

una ironía.

—Hola mi vida, ¿te sientes mal que vas a un veterinario? —largó una carcajada, la

cual silenció al instante.

—No mi amor, voy porque me enteré de

unas pastillas que da para los impotentes

todas nos matábamos de risa, Ana se agarraba la panza de tanto reír, me hubiera gustado ver

su cara.

—La madre que me parió —gritó como un poseso, lo que no hizo más que aumentar

nuestras risas— ven para acá ya —me volvió a gritar.

—No, ahora no puedo, encontré un perrito chiquito todo lastimado, lo llevo a curar.

—Tú me vas a enloquecer, no lo toques, capaz está rabioso, escúchame nena, por

favor, no sabes si está enfermo, por más que sea chiquito —Ana me hacía señas con sus manos, que no era chiquito.

—Manu, está todo lastimado lo dejaron atado a un árbol, no sabes es hermoso

—le

dije, tratando de llegarle al corazón.

—Dios mío, a veces creo que me vas a matar con tus ocurrencias y tu desobediencia,

ahora vamos para allá, ¿tienes dinero encima? —me preguntó, endulzando su

VOZ.

—Sí, ven y verás que es hermoso —
respondí, sonriendo.

—Cuando el gallego vea este animal, te
mata, por haberte arriesgado a salvarlo,
estos

perros son medios asesinos —me retó
Marisa, la cara de Ana era un poema.

—No es así, ningún perro es asesino, es
según como lo críes —le repliqué,
observándola.

Llegamos a la veterinaria, era un local
enorme, su entrada completamente de

vidrios,

dejaba ver en su interior a tres personas con sus perros, con sus respectivas correas, entonces

me di cuenta que no tenía cómo agarrarlo, la miré a Miriam que tenía un cinto en su vaquero,

ella me miro dándose cuenta de mi intención.

—¡Ni lo sueñes! Este cinto vale unos cuantos dólares, ni loca se lo vas a poner al perro —la miré haciendo pucheros— no me mires no te lo voy a dar —aseguró, apretando

sus dedos al cinto, Ana la miró.

—Bueno, la madre que me parió, pero me vas a comprar uno y lo quiero igual,

¿entendiste? —me gritó, sacándoselo, apenas abrí la puerta el perro bajó y se quedó a mi lado, lo acaricié y le puse el cinto sobre mi pañuelo que tenía en su cogote lleno de sangre,

pobrecito le debe doler, pensé.

Cuando lo sujeté bien a mi mano, entramos, la cara de los presentes era de pavor, terror todos se hicieron sobre un costado, mirándolo asustados, mis amigas me miraron.

—¿Qué quieren que haga? Tiene derecho a ser atendido, como cualquiera de ellos —

dije seria, enojada, por cómo me observaban.

—Tranquila nena, nadie te dijo nada — exclamó Miriam acercándose a mi lado —no

vamos a pelearnos por un perro, que ni siquiera es tuyo —no terminó de decir eso y una mujer grande me increpó de mal modo.

—¿Cómo va a traer un perro así? ¿No ve que puede lastimar a todos? Esos perros son

asesinos —mi cara se transfiguró, fue mortal, apreté la cabeza del animal a mi pierna, que ya

la estaba mirando mal.

—¿Usted y cuántas más me van a sacar del consultorio? —amenacé, caminando hacia

ella con el perro y mirándola.

La mujer dio un salto hacia atrás y me puteó, lo que provocó la furia de Marisa, que se

le aproximó y la empujó contra la pared, Ana le gritaba que no le haga nada, Miriam y yo sonreíamos y el perro ya

empezó a ladrar, ladrido que hasta a mí me atemorizó, era grave profundo, e hizo salir al veterinario de su consultorio, alarmado.

La gente gritaba y Marisa seguía apretando a la mujer contra la pared, diciéndole que

me pida disculpas, al notar que no podía respirar, la mujer lo hizo, me sonreí, mientras veía

venir hacia mí al veterinario, con cara de pocos amigos.

—Señoritas, ¿qué sucede acá? — preguntó, era un hombre de treinta y pico, bastante

bien, sus ojos verdes escaneaban todo el lugar, tratando de saber el motivo de tantos gritos, lo miró al perro que se apretaba cada vez más a mí y me sonrió — pase que la atenderé primero

— todos aceptaron, para que me fuera enseguida.



CAPÍTULO 26

Entramos y el problema era quién lo subía a la camilla, pesaba más que yo, las miré a

mis amigas y lo miré al perro, por supuesto el veterinario no se hizo cargo, entre las tres lo

subimos.

—Acuéstate, por favor te van a revisar, ¡vamos! —le hablaba al perro, acariciándole la

gran cabeza, todos me miraban.

—¿Qué le pasó? —preguntó el médico, que no escondía el miedo que tenía de

acercársele—¿cómo se llama? —me preguntó estirando su mano y palpándole la panza, su mirada quedó ahí, inspeccionándola con detenimiento.

—No es mío, lo encontré en la autopista, atado a un árbol, por favor cúrele el cogote

está todo lastimado —me miró.

—¿Y se animó a agarrarlo, como es posible? Estos perros son de temer— afirmó,

cuando la puerta se abrió de golpe y mis hombres entraron sin pedir permiso.

—Perdón, ella es mi mujer —dijo el gallego, mirándolo serio, él y Davy se abrieron

paso entre las mujeres y sus ojos se salieron de sus orbitas cuando vieron al

lindo perrito, me

miraron, los miré.

—¡Por Dios santo! ¡Este es el perro chiquitito? Nena esto es una bestia— dijo Davy

arrimándose, Manu estaba en trance ni se acercaba, observaba cómo mi mano acariciaba su

cabeza.

—¡No lo toques! ¡Estás completamente loca! —me gritó— que lo cure el médico y

nos vamos, este perro es asesino —

afirmó mirándome.

—¡Ay Manu! ¿Lo vamos a dejar en la calle? Por favor, se va a morir solo — respondí

con ganas de llorar, el médico me miró tiernamente y a Manu se le subió la presión, lo miró

al médico amenazante, al notar su mirada.

—¿Qué quieres hacer? No podemos llevarlo, debe tener dueño —el veterinario bajó

la vista hacia el perro y nos dijo.

—Sé quién es la dueña —todos elevamos nuestros ojos a él— era una señora grande,

que vivía sola, en una casa a diez kilómetros de aquí, primero murió el marido, hace un año,

y hace unos días murió ella, amaba a esta perra, era su compañía —todas suspiramos, sé que

hasta a mis hombres les dio lástima su historia— tiene todas sus vacunas, seguramente su hijo

se quiso deshacer de ella, y hay algo más, está preñada levanté mis ojos y se los clavé como

agujas al veterinario.

—Quiere decir que es perra y va a tener perritos—Davy se arrimó y me susurró, sonriendo.

—¿Y qué quieres que tenga? ¡Claro que va a tener perritos! ¿Cuántos perros tiene esta

clase de animal? —le pregunto al médico.

—Ella ya tiene ecografías hechas, déjenme ver —se dirigió a la computadora y

observó, giró la pantalla hacia nosotros,

todos volteamos nuestra vista —tiene diez y ella se

llama Diana, fue cruzada con un perro de pedigree como ella, es un animal estupendo y joven

—afirmó.

—¡Diez perros! —gritaba, Manu— ni loco me la llevo, aunque te enojas, no me mires

así, no va entrar en mi casa, ¡ni lo sueñes! —seguía gritando el gallego, observándome, todos

se apiadaron de ella y de mí, cuando vieron que sin poder retenerlas las

lágrimas cubríanmi

rostro, Davy me abrazó y me contuvo,
ante la mirada atenta de Diana.

—Si quieren yo me hago cargo, me la
quedo yo —dijo el veterinario.

Vi como Davy le hacía señas al gallego,
sobre la pared había una publicación de

ventas de cachorros Rottweiler, el
desgraciado tenía un criadero de la
misma raza, los quería

para venderlos, Manu lo miro mal.

—¿Tú te crees que soy imbécil? —le
dijo acercándose, el médico retrocedió

cuando

vio el metro noventa de mi hombre, que lo increpaba —los quieres para venderlos, no es por

amor a los animales, saldré de acá con esta perra ahora mismo —le tiró unos billetes sobre la

camilla y me ayudó a bajarla, al segundo vimos cómo Diana, se arrimaba a él y le lamia la

mano, Ana se tapó la boca emocionada, la pobre perra le agradecía, Manu le acarició la cabeza y salimos todos del consultorio.

Marisa condujo mi camioneta con las otras mujeres y yo me fui, con mis hombres en

su coche, la miraba a la perra y su mirada era triste, «quizás extraña a su dueña» pensé.

Davy saco un folleto de su bolsillo y el gallego lo miró.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras el brasilero empezaba a leer.

Historia de Rottweiler, originario de Rottweil al sur de Alemania, mis hombres se miraron sonrientes, nunca supe por qué les gustaba tanto Alemania, en el siglo XIX como perro boyero y de

guardia. De cuerpo y mandíbulas poderosas, puede ofrecer una protección

formidable, desciende de antiguos cazadores de jabalíes, es un perro seguro de sí mismo, tranquilo, valiente, independiente y protector de su familia, largué una carcajada y mis hombres me miraron.

—Como ustedes, es un hinchapelotas —
Davy sonriente siguió leyendo.

Es duro, fuerte, poderoso, muy resistente e inteligente, aprende rápidamente, su

temperamento es fuerte y guardián por

excelencia. Su cabello, liso y lustroso, con manchas estratégicamente localizadas, cincela una hermosa figura, su naturaleza protectora, subraya el juicio, una vez que te haya aceptado como amigo, puedes estar seguro que tendrás un compañero en quien confiar, todo gracias a su orgullo alemán y tozuda resistencia, alto orgulloso, educado y valiente, vi la satisfacción en los ojos de mis hombres, Diana había encontrado un hogar.

—Mañana, la llevaremos a otro veterinario, quiero saber cómo están los cachorros.

¡Siempre ganas nena, ya tienes a tu

perra! —sonrió el gallego, mirándome por el espejo del

auto mientras entrábamos en el garaje, ante la atenta mirada de Diana, que observaba todo a

su alrededor.

—Vamos bonita baja, ven con mamá —sonreí, ella se bajó y se pegó a mi pierna, la

acaricié sabiendo que tenía una nueva amiga, entramos y Davy fue a abrirle a las mujeres que

entraban con Falcao y Frank, mi suegro al verla a mi lado se quedó mudo, pensé

que se iba a

enojar, pero fue lo contrario.

—¿De dónde sacaron este animal esplendido? —todos lo miramos, sus hijos sonreían,

él se acercó y le acarició la cabeza sin miedo, la perra le lamió la mano— cuando ustedes eran chicos quería un animal así, pero tuve miedo, ¡Dios quiero uno! —afirmó, ante la sorpresa de Ana.

—Pues lo vas a tener, porque mi perra Diana —deletreé cada palabra, mis hombres se

reían —va a tener cachorritos de primera, ¿te guardo uno?

—¿Dónde la encontraron? ¿Se llama Diana? —preguntó mirándome.

—Es el nombre que le puse y la encontramos atada a un árbol, en la autopista, toda lastimada—sonreí, mirándolo, seguro el nombre le recordaba a alguna mujer con la que salió, de mi suegro creía cualquier cosa, Diana no se alejaba de mi pierna, mis hombres contaron la historia, la que mi suegro no dejó de escuchar, muy atento.

—Bueno, yo quiero uno, hembra o macho, Marisa quiere otro y Miriam otro—las dos

lo miraron queriéndolo asesinar,
después sonrieron, quien iba a negarse a
un pedido del gran

Falcao.

—El gallego me va a matar —susurró
Miriam— pero bueno, tendremos un
perrito.

—Chiquito dijo Sofi, no nena, ¿van a ser
chiquitos? —contaba Manu
abrazándome,

mientras todos me cargaban.

El gallego, la llevó al médico, la
encontró muy bien, los cachorros
estaban todos bien,

como estaba bien educada no hacía nada adentro, el gallego mandó a hacer una ventanita bajo

la puerta de la cocina. Ella dormía en su camita, al lado de la puerta y cuando necesitaba iba

afuera a hacer sus necesidades, mis hijas chochas, la amaban, sabía el horario de su llegada,

se paraba en el gran ventanal del living, desde ahí espiaba. Diana pasó a ser un integrante más

de la familia, cuando mis hombres se iban, ella caminaba despacio hasta mi dormitorio y creyendo que yo no la veía

se acostaba a mis pies, «¡Dios amo a esta perra!» pensaba. Y

cuando ellos volvían hasta que no la acariciaban no salía de encima de ellos, después ellos la

llevaban a la playa y jugaban.

Los días pasaron y Diana estaba pronta a parir, ya le habíamos preparado un lugar en

el jardín de invierno, iba a tener diez perritos, “diez bestias” me decía el gallego riéndose.

Nos causaba gracia, cuando venían a mi casa los amigos de mis hombres a jugar

a las cartas

o por negocios, la primera que salía a recibirlos era Diana, los miraba con sus ojos negros y

su porte se erguía desafiante, orgulloso y todos se quedaban tiesos, nadie daba un paso.

—Ven nena, son malos, pero son amigos
—decía el gallego riendo, ella obedecía,

quedándose a su lado, solo así, los amigos se animaban a entrar. Era divertido ver cómo sus

amigos, de casi dos metros temían a mi

perra.

—Escúchame, gallego tú estás loco, este animal es temible —respondían con terror en

sus ojos, Davy la acariciaba y ella lamía su mano.

—Es buena, muy obediente, es de la familia, ¿no nena? —le decía el brasileiro,

acariciándola, los amigos no podían creer lo que veían, al saber que ellos llegaban, yo la llamaba y ella corría con su panza, a mi encuentro.

—Bueno ya vimos a tu perra, ahora

quiero saludar a tu mujercita —decía el más

osado, el gallego, lo miraba tirándole dardos y él se sonreía.

—Vamos a mi despacho, nena, prepara algo para tomar —me pedía, mientras pasaban

por la cocina y el amigo se le doblaba el cuello buscándome con la mirada, yo sonreía y escuchaba las puteadas del gallego.

—Ahora por hacerte el vivo y mirar a mi mujer te vas a llevar una cría —le dijo Manu, sonriendo, al amigo que lo miró incrédulo.

—¡Ni loco! Le tengo miedo —Davy largó una carcajada y afirmó.

—Nos lo debes, recuerda de los líos que te sacamos y cada tanto iremos a ver cómo lo

tratas —el pobre hombre palideció.

—Está bien no tengo un perro, me será útil para cuidarme.

Así que nos faltaban dar cuatro, entre mi suegro, Frank y Miriam, se llevan tres,

nosotros queríamos dos, uno al amigo faltaban menos, pensó mi hombre.

—¿Por qué no lo vendes? Son muy caros

estos perros —preguntó el amigo.

—No, porque no sé cómo lo trataran,
solo quiero que lo tengan conocidos —

respondió serio, observándolo.

—¿Desde cuándo te gustan los perros?,
antes te gustaban las perras —todos
largaron

unas carcajadas.

—Me estoy poniendo viejo, con la que
tengo en mi casa, me basta y me sobra—
todos

volvieron a reír, pero el amigo no se
contentó con esa respuesta quiso más.

—Pero hermano, podemos tener en casa y afuera —Davy le clavó la mirada.

—Estoy retirado, acá tengo todo lo que quiero, no vale la pena arriesgar todo, por nada —el amigo movió los hombros y empezaron a hablar de negocios, el brasilero vino a la

cocina a buscar las bebidas, se acercó de atrás y con sus brazos me tomó de la cintura, y me

besó en el cuello.

—Tiene razón el gallego, tu olor me mata, ¡Mmm qué rico! ¿qué es? —me preguntó,

ya caliente rozando su pelvis en mi trasero.

—Jazmín, sabés que me encanta, ¿tienen para mucho? Me quiero acostar temprano —

afirmé, dando vuelta mi cabeza y trezándonos en un beso furioso, él me dio vuelta y con sus

manos tomó mi cara.

—¡Dios, quiero acostarme ya! Estoy ardiendo —alcanzó a pronunciar, con su VOZ

ronca y sus gruñidos demostraban lo ansioso que estaba, bajé lentamente mis

dedos

acariciándole el bulto, los dos
estábamos prendidos fuego, cuando
entró Manu a buscar las bebidas, nos
miró sonriendo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó
burlonamente— nene, trae las bebidas,
después de

cenar hay tiempo para eso, apúrate, yo
también quiero jugar —se arrimó y me
besó en los labios, les di las bebidas y a
la hora sus amigos se habían ido.

Esa noche las nenas se quedaron en la
casa de unas amigas, la noche era
nuestra. Los

tres supimos, aun sin decirlo que esa
noche nuestros cuerpos arderían.

Cenamos, liviano, con

nuestras copas de vino en mano nos
sentamos en las reposeras bajo las
estrellas, tapados con

nuestra colcha, que Ana nos había traído
tiempo atrás. Filosofamos sobre temas
sin

importancia y por momentos nos
mantuvimos callados, solo admirando el
paisaje y la

inmensidad del mar, escuchando cómo
las olas llegaban lentamente a la arena y
las estrellas

nos saludaban. Al sentir la brisa sobre nuestros rostros nos acurrucamos aún más, unos con

otros, éramos tres brasas ardiendo, el morbo se estaba instalando y no lo íbamos a detener, al

contrario, era lo que ansiábamos, lo estábamos esperando.

—No aguanto más, nena, ponte en tu lugar —me dijo el gallego, con voz entrecortada,

me acomodé entre ellos dos y el juego comenzó.

Los ojos le brillaban en la oscuridad,

como dos luceros, sus labios buscaron
los míos

y su lengua traviesa penetró en mi boca
dispuesta a todo, nos comimos muy
suavemente, sentí

cómo Davy lamía mi cuello y se
apoderaba de mis nalgas apretándolas.
Suspiré, gemí, me mordía el lóbulo de la
oreja, mientras su glande hinchado,
trataba de entrar, me estiré un poco para
atrás, acomodándolo, el gallego ya
estaba desnudo y dentro de mí.

—¡Cómo me calientas! ¡Dios mío, nena,
me vas a matar! —gritaba con cada
embestida,

primero lentas, después feroces, Davy hacia lo mismo y yo moría de placer entre estos dos

cuerpos que me subían al cielo y me bajaban al infierno.

Éramos tres insaciables, tres locos de atar, tres almas gemelas que se unían, ya

estábamos fuera de control, todo valía, ellos lo sabían y yo también, el morbo y la lujuria eran nuestro destino. Manu, ahogo mis suspiros en su hermosa boca, la conexión entre nuestros cuerpos era intensa, los gritos de placer de Davy se expandían en la oscuridad de la

noche y con un sonido desgarrador,

Manu depositó en mí todo su semen
caliente, me miró y

me besó con todo el amor del mundo,
mientras el cuerpo de Davy,
convulsionaba a mis espaldas
eyaculando en mi interior. Dios, grité
cuando un gran orgasmo me partió en
dos, Manu siguió besándome hasta que
mi cuerpo se repuso, entre sus brazos.

Nos pusimos boca arriba y sonreímos,
nos miramos y los tres pensamos lo
mismo,

con solo mirarnos sabíamos lo que
queríamos, saltamos de las reposeras y
desnudos como

estábamos nos metimos al mar,
agarrados de las manos, como tres
adolescentes, con una sonrisa cómplice,
nos hundimos, bajo el abrumador oleaje,
nadamos hasta que nos cansamos,

tan solo con la compañía de mil
estrellas y una luna llena que nos
sonreía, por semejante locura.

Sobre unas rocas volvimos a hacer el
amor, frenéticamente, alocadamente,
sentí sus

respiraciones acelerándose y supe que
ardían nuevamente, aun en el frío de la
noche, la temperatura de nuestros
cuerpos había llegado a mil, cada cual
tomo se posición y me penetraron otra

vez. Las oleadas de placer, la lujuria se apoderó de nuestros cuerpos y una vez más, todos los músculos de mi cuerpo convulsionaron, cayendo presa de un éxtasis total,

mi corazón desbocado dio un vuelco y los tres gritamos de placer cuando terminamos a la vez. Tendidos sobre las reposeras, nos reímos de nuestra locura, nuestras respiraciones retomaron su ritmo normal y el gallego le pregunto a Davy.

—¿UNO MAS UNO?

—SON TRES —respondió él, con esa sonrisa que tanto amaba.

Nos duchamos con agua bien caliente, y mientras, comentábamos acerca de la cara de

Diana cuando nos vio meternos en el mar, estos están locos, pensaría, decía el gallego riendo,

nos acostamos acurrucados, rezando por no agarrar una pulmonía.



CAPÍTULO 27

Me desperté primero, como siempre

entre sus cuerpos y con la calefacción
mi cuerpo

ardía, me duché y me dirigí a la cocina,
me serví una taza de café, cuando mi
hijo Joaquín me

llamo.

—Sofi, ¿cómo esta mi novia? —esas
palabras me acariciaron el alma,
recordaba

cuando de pequeños los dos me decían
así.

—Hola mi amor, ¿cómo están? ¿Y tu
hermano? —pregunté.

—Todo bien, está en la empresa de publicidad, decime una cosa, mi padre, ¿no piensa

venir? Tenía que firmar unos papeles, hace una hora que lo esperamos — sonreí, si supiera, el

padre estaba extenuado, el juego de la noche anterior lo había matado.

—Está durmiendo, ¿quieres que lo llame?

—Por favor, dile que desayune tranquilo y que lo espero para almorzar y después

firmamos los papeles. ¿Cómo estás tú? Te compré algo, el viernes te lo llevo, te

amo Sofía

—«¿Es que nunca me van a decir mamá, estos críos?», pensé.

—Está bien mi vida, ya lo llamo, cuidate, besos para vos y tu hermano.

Sabía que me había comprado más plantas de jazmines, los dos éramos locos por esas

plantas, terminé mi café y los desperté a mis hombres que se levantaron sin muchas ganas.

Cuando entraron en la cocina me reí, estaban más muertos que vivos, ni hablaban, me besaron

y callados se tomaron sus cafés, me acerqué y les arreglé las corbatas, sonriendo, los dos me

miraron.

—¿Qué es lo gracioso? —me dijeron con caras de culo.

—Que mis hombres están —dije mirando hacia el cielo, Manu no me dejó terminar la

frase.

—No lo digas, ¿quieres decir viejos? —Davy casi escupe su café.

—Nunca, diría eso, están grandes —y

me agarré la panza matándome de risa.

—Mira argentina, que no estamos de humor —me respondió Davy, levantándose, me

abrazó y me besó en los labios, Manu hizo lo mismo y los acompañé hacia la puerta.

—A las seis volvemos con las nenas, no salgas amor, mira que a Diana le falta poco

para parir, vamos hoy al banco y a la empresa, para quedarnos toda a semana adentro, ven dame otro beso —me pidió estirando la mano, me acerqué y me colgué de su cuello, sus manos se

enredaron en mi cintura y nos besamos con pasión, mientras Davy sacaba el auto

del garaje— te amo —susurró, mordiéndome la barbilla, lo miré y con mis dedos acaricié esa barba que tanto amaba.

—Yo también, que tengan lindo día, galleguito —susurré, sin dejar de mirarlo—

alargué el brazo y mis dedos inquietos le acariciaron el bulto, se sonrió.

—Eres una atrevida, te amo —lo vi salir y el brasilero parado al lado del auto gritaba.

—¡Dale, deja a esa argentina! —me sonrió, tirándome un beso con la mano.

Cuando vi que el auto se marchó, me puse a acomodar todo y la miré a Diana que

estaba echada en su camita, ya no quería moverse, me arrodillé y la besé.

«Espero que no tenga ahora que estoy sola, bueno llamaré a Marisa» me hablaba sola, cuando oí ruidos en la

galería, me dio miedo, está todo cerrado, pensé, mirando hacia todos lados, me arrimé y no

vi nada, era una mañana ventosa, no me preocupe más.

Después de ordenar todo, me preparé para escribir, estoy terminando una trilogía,

cuando mis hombres se enteren se mueren, pues estoy contando nuestra vida, sin ocultar nada,

de pe a pa; sonrío sola, me van a matar, pero se enterarán cuando ya esté publicada, por supuesto les grabaré sus caras, que van a ser un poema.

Pienso ubicarme en la galería, pero observo a Diana, que me mira con esos ojos de

pollito mojado y desisto de la idea, me arrincono a su lado y me siento en el

piso, cuando de

golpe otra vez escucho ruidos, Diana ladra, me levanto rápido, me asomo con miedo, viendo

como un hombre alto, con capucha pasa por la playa, “*como perico por su casa*”. Advierto que levanta su cabeza, hacia donde estoy yo, no veo su cara a causa de su capucha, cosa que

odio, siempre los reto a mis hijos, son espantosas, aunque ellos solo se visten así, los fines de semana; tengo el mate en la mano y lo levanto en señal de saludo, son los primos de Davy,

¿quién sino va a entrar?, puteo sola,

pensando que otra vez no me avisaron que haya custodia.

Diana estaba molesta, se movía, quería levantarse, la acaricié y me quedé a su lado tranquilizándola, después de estar sentada en el piso, como dos horas, me levanté y salí a ver

el mar, que en los días soleados como hoy, lucía un azul intenso. Estaba bajando las escaleras,

cuando de pronto lo vi otra vez, el primo caminaba lentamente por la playa, observándolo todo, dirigiéndose hacia un borde del terreno, una sensación de miedo me invadió, seguí caminando, me encerré adentro, con mi perra, la vi que

se movía, Dios me tapé la cara con

las manos, ella se paró y en segundos
parió a un perrito, me quedé tiesa.

—Diana —le hablé, ella pobre, me miró
—espera que lleguen los hombres, por
favor

no me hagas esto.

Ella seguía pariendo sus cachorros uno
tras otro, los limpiaba y ellos se
acomodaban

a su lado, había leído que algunas perras
se comían la cría, me desesperé, no
quería ver cómo

los limpiaba, lo llamé a Manu apurada, el muy desgraciado no me atendió, lo llamé al brasilero, tampoco, los puteé en arameo, cuando volví a mirar ya mi perra los había tenido a

todos, me agaché y los conté, eran diez.

—Mi vida, qué bonitos son tus cachorros —exclamé, mirándola, la verdad, eran

bellísimos, ella seguía lamiéndolos, limpiándolos, con miedo me acerqué más y levanté uno,

ella me miró, moviendo su cola, supe al instante que ella jamás me lastimaría, al contrario,

me defendería. Lo bajé y lo apoyé para que tomase la teta, hice ademán de levantarme, ella me

ladró, la miré, quería que me quedara con ella. Me volví sentándome a su lado, ella apoyó su

gran cabeza sobre mis piernas, mientras sus cachorros, enormes, se alimentaban.

Así nos encontraron mis hombres al llegar, se quedaron parados mirándonos, sin

poder creer lo que sus ojos veían. Sonreí y ellos se agacharon, Diana los saludó con un movimiento de cola, que los llenó de ternura.

—Mira nada más, ¡qué bonita que es mi perra! —dijo Manu estirando su mano y

acariciando su cabezota, ellos no podían alejar sus ojos de esos hermosos y enormes cachorros

—Dime mi niña, ¿tuviste que ayudarla?
—preguntó, mi cara fue de espanto total

—¡Ni loca! Hubiera corrido a llamar a Marisa o Miriam —largaron una carcajada —

No, ella hizo toda solita, es una buena perra, ¿no nena? —le dije mirándola.

—Ahora le vamos hacer una camita más grande, ¿le avisaste a papá? —preguntó,

tomando a un cachorro en sus grandes manos.

—No, me iba a levantar, pero parece que quería que me quedara acá—dije, mirándola.

—Ella te eligió como su dueña, la salvaste, te va a ser fiel siempre — afirmó el

brasileño, ayudándome a levantar, pasó sus brazos por mi cintura y me besó, ante la atenta mirada de Diana, de repente se inclinó y le ladró, los tres nos reímos.

Los días, pasaron volando, los cachorros ya no lo eran tanto, crecían

como lo

hicieron mis hijos, por metros, cuando alcanzaron la edad suficiente los entregamos a sus dueños, nosotros nos quedamos con dos machos, mi suegro, Frank y Marian uno cada uno, y

el resto, Manu obligó a los amigos a llevarse uno cada uno. Diana, como siempre, dormía en

la cocina y los dos machos en el jardín de invierno. Se habían convertido en unas bestias de

animales, mis hombres a la tarde los sacaban a caminar hasta la casa de los padres, nadie se

acercaba, daba risa ver cómo la gente se alejaba, mis hombres orgullosos de ellos. Había días

que el gallego llevaba a Diana al banco, cuando lo veían entrar con semejante perra a su lado,

con su porte majestuoso, todos corrían hacia los costados, él sonreía, subía las escaleras con

ella como si nada, uno de esos días, cuando llegó a su despacho, la perra se puso a jugar con

Joaquín.

—Hola, mi amiga venga acá —dijo él abriendo sus brazos, tuvo que recostarse contra

la pared para que ella no lo tirara al suelo, del salto que dio, el padre lo miraba sonriendo, de pronto sonó el teléfono y Manu sentado en su sillón atendió, Joaquín salió con Diana afuera.

—Señor, hay una señorita que quiere hablar con usted —escuchó la voz de su secretaria, a través del tubo del teléfono.

—¿Tiene cita? Quizás es con Joaquín, ¿de qué quiere hablar? —preguntó revisando

unos papeles.

—No señor, me dijo con el señor Ocampo —se quedó pensativo, esperando que no

sea algunas de sus chicas de años atrás, suspiró, quería terminar con el trabajo lo más rápido

posible y volver a su casa.

—Está bien hazla pasar, dile que solo dispongo de minutos —puteó por lo bajo.

La puerta se abrió y él siguió con unos papeles en las manos, levantó la vista cuando

escuchó esa voz, que lo remontaba a tiempo atrás y que recordaba muy bien; la miró, estaba

esplendida, con algunos años más, sonrió, recordando viejos momentos vividos.

—Hola gallego, ¿cómo te trató la vida? Veo que sigues igual, siempre entre papeles

—él se recostó en su gran sillón, tocándose la barbilla y sonrió, se levantó y la abrazó, pero

ella lo besó en los labios, como años atrás.

Se repuso enseguida y la alejó de su cuerpo, sonriéndole, ella había pasado por su vida y la de Davy muchos años atrás, fue una gran amiga y un poco más, la conocían desde

jóvenes. Después supervisó por años su casa de citas, La Casona, que aún hoy existía, regentada por otra mujer, por supuesto que esto, como muchas cosas más, Sofía ignoraba.

Él se apoyó en su escritorio y la invitó a sentarse en la silla.

«¿Qué venía a pedir esa mujer? ¿Qué la motivaba a visitarlo, después de tantos años?», la miró de arriba abajo, con esa

sonrisa que ella adoraba. La encontró encantadora,

sonrió, admirando sus pechos, tanto él como el brasilerero era lo que más admiraban de ella.

«Él seguía siendo un gran seductor, aun con sus años» pensó ella, sonriéndole.

—Dime mujer, ¿qué te trae a visitarme? Estás esplendida, como siempre —él sabía lo

que una mujer quería oír, sin quererlo sacó a relucir su simpatía y su encanto, su hombría estaba a flor de piel.

—Gallego, cuando me fui —se puso

serio— me dijiste que, si alguna vez necesitaba

algo, no dudara que tú me ayudarías, ¿aún esa promesa está en pie? —le preguntó

observándolo.

Manu supo al instante que su promesa, lo haría tener problemas, pero no podía

echarse atrás, se pasó los dedos por el pelo, pensando.

—Dime, sabes que te ayudaré, ¿qué te pasa? —ya no le gustaba tanto, que hubiera

vuelto, presintió que se iba a meter en líos.

—Sabes, hace años tuve una hija —él sonrió— tiene doce años, —afirmó sin sacarle

la vista de encima, la cabeza de él, empezó a sacar cuentas, si decía que era suya, se mataba,

no quería más problemas en su vida, la miró abriendo sus ojos muy grandes, ella entendió—

No, quédate tranquilo, no es tuya, ni de ningún Falcao, sabes que siempre nos cuidamos —él

suspiró—, bueno me separé del padre hace un año y me la sacó —empezó a llorar, ante la atenta mirada del gallego, se secó las lágrimas y siguió —me echó y no quiere que la vea más.

—Manu no entendía nada.

—Pero, ¿porqué te echó? Y, ¿quién es el padre? ¿Cómo te va a sacar a la niña?
Dime

la verdad, si acudes a mí, sabes muy bien que odio las mentiras.

Ella se puso de pie, empezó a caminar por el gran despacho, ante la mirada de él, los

ojos del gallego se desviaron, aun sin quererlo, a sus pechos, tanto él como Davy tenían adoración por los senos; Sofi tenía unos limoncitos, que ellos adoraban y un traste perfecto,

duro y parado, un poco de genética y un poco de gimnasio, pensó, pero como buen macho y

desgraciado siempre deseaban lo ajeno. Se pasó la mano por la barbilla y sonrió, ella zorra

vieja lo observó y se acercó, como una gata mimosa, rodeó el escritorio y agachándose lo tomó de la corbata, atrayéndolo, hacia ella, por supuesto que él no se resistió, estiró una mano,

acariciando uno de sus senos, ella gimió y con sus dedos muy hábiles le masajeó los

testículos, cuando estaba a punto de besarlo, sonó su celular, Manu lo tanteo de arriba del escritorio sin mirarlo, pero ella se lo sacó de sus manos.

—Por favor déjalo, atiéndeme a mí, por los viejos tiempos —susurró la zorra,

mordiéndole el labio inferior, el celular seguía sonando, lo que provocó en el gallego su rápida atención, se corrió de su lado y se paró inmediatamente, se arregló la corbata y atendió.

—Sofi nena —saludo a su mujer,

sonriendo, sabía que ella tenía un sexto sentido —

todo bien, ¿qué haces? —ya enojada respondió.

—¿En qué andas bonito, que no me has llamado? Quiero pensar que, trabajando, ¿no?

¿Dónde está Davy? Lo llamo y no me atiende —supo al instante de su enojo, agradeció su llamada, él suspiró.

—Trabajando, Davy tenía que ir a cobrar a unos morosos, todo bien a la seis

llegamos, a las nenas las pasa a buscar

mi chofer, ¿quieres que llevemos algo, amor? —

respondió mimoso, mientras la zorra de atrás le acariciaba la espalda, haciéndolo sentir más

que nervioso, pero Sofi, que siempre tuvo algo de bruja, presentía que algo ocurría.

—No quiero nada, me voy al supermercado, sola, ¡hagan su vida! —le gritó, esas

palabras lo volvieron a la realidad al gallego al instante, se alejó de la zorra y habló con dureza.

—No vas a ningún lado, espera que yo llegue, ¿entendiste? —afirmó, la mujer se

sentó en su sillón, haciéndolo girar, él le clavó la mirada intimándola a levantarse, cosa que

hizo al instante —escucha nena, no te enojés, ya salgo y vamos juntos.

Sabía que Sofi atraía las miradas de todos, aún era una belleza de mujer y siempre tuvo miedo que se enamorara de otro, después de convencerla con arrumacos colgó, la zorra

percibió el cambio de él, se notaba que amaba a esa mujer, igualmente insistió,

se arrimó y

colgó sus brazos en su cuello,
rápidamente él se los sacó y se alejó.

—Bueno, a ver o me cuentas o me voy,
tengo cosas que hacer —le advirtió.

—No puedo creer lo que has cambiado,
¿tanto la amas, a esa mujer? —preguntó

Manu, se pasó las manos por su hermoso
rostro y suspiró.

—Más que a la vida misma, es todo lo
que quiero, ella y mis hijos son lo mejor
que la

vida me dio, si no hablas me voy —le

anunció de repente.

La zorra sintió por esa mujer, una gran envidia, con solo veintidós años, había

conquistado el corazón del gran Falcao y el de Davy, pues sospechaba que él también la amaba; se había adueñado de dos hombres muy deseados por muchas mujeres, que por años

se los habían disputado, se sentó en la silla enfrente de él y empezó en su relato.

—Quiero recuperar a mi hija, ¿me puedes ayudar? Te voy a pagar —la sonrisa de

lado, que mostró, le aseguró que no quería dinero.

—¿Quién es el padre? —volvió a preguntar.

—El polaco —expresó con miedo, Manu largó una carcajada y la miró serio.

—¡Ni loco! Él es mi amigo, sabrá Dios qué mierda le hiciste, vete estoy ocupado, no

me voy a pelear con él y menos por ti — la miró con esa mirada que ella conocía muy bien,

de arrogancia y desprecio, el gallego

sacaba a relucir su lado oscuro.

—Yo sé muchas cosas, que no conviene que salgan a la luz, sé cosas de ustedes y de él

—esas palabras se escucharon como latigazos en el aire, Manu se enfureció, la arrinconó contra la pared y con su mano la agarró de la barbilla, su mirada era lava hirviente que la perforaba.

—Fue un chiste, por favor gallego, jamás abriría la boca —suplicó, la soltó y le abrió

la puerta, para que se fuera.

—Quiero que te vayas y no vuelvas

nunca más, si lo haces atente a las consecuencias

—la zorra lo sujetó del brazo, mirándolo a los ojos.

—Por favor, ayúdame habla con él, hazlo por mi hija —observó cómo sus ojos se le

llenaron de lágrimas.

—No te prometo nada, hablaré con él, ahora vete —la vio marcharse, salió al pasillo y

le dijo a la secretaria que esa mujer, tenía prohibida la entrada al banco, tomó el celular y marcó el teléfono de su

amigo, mientras guardaba unos documentos, importantes en la caja fuerte.

—Polaco, ¿cómo andas? —hacía meses que no se veían, su amistad databa de años,

años de jóvenes, de correrías, de putas y noches sin dormir, el amigo se rio.

—Manuel Ocampo, que te parió amigo, ¿cuánto hace que no salimos? —largó una

larga carcajada.

—Ya estamos viejos—respondió—

escúchame tengo que hablar contigo —
su tono de

voz cambió.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas algo? Sabes
que para ti lo que desees —respondió el
amigo.

—No, el problema es tuyo, vino tu
mujer, me pidió que intercediera contigo
por la

hija —el silencio del otro lado de la
línea le aseguró al gallego que se estaba
desatando una

tormenta.

—Esa hija de puta, ¿qué mierda te dijo?
Ella es mi hija —el gallego se quedó
helado,

sabía que la zorra no decía la verdad —
ella es mi hija, mi mujer murió hace dos
años, al año

la conocí a ella, no tenía dónde ir, le di
lugar en mi casa, ya sabes y
compartimos cama de vez

en cuando, pero yo siempre me preocupé
por mi niña, es lo que más quiero. Mira
ella me robó una noche y se fue, lo que
quiere es plata, ya sabes para que cierre
su puta boca, sabes

los negocios que tengo —el gallego lo

interrumpió.

—Sí, a mí me amenazo, casi la estrangulo, es una zorra, ¿cómo mierda la llevaste a

vivir contigo? Todos la conocemos.

—Encima que la mantuve y pagué sus vicios, la muy puta me engañó y no puedes

imaginar con quién —Manu pensó— salió con Frank, no le echo la culpa a él, ella es muy zorra. Ya sabes, hablé con él, me dijo que también a él le había robado, ¿no lo sabías? —

Manu quedó desconcertado, ya quería

hablar con su hermano.

—Mira, ya le prohibí venir aquí, no quiero problemas, en cuanto a ti y a mi hermano,

son unos imbéciles por dejarse embaucar por ella, ya hablaré con él — después de prometer

verse, cortó la comunicación, enseguida llamó a Frank, obligándolo a que venga al banco enseguida.

Cuando lo tuvo enfrente lo puteó, le dijo de todo, Frank bajó la cabeza y escuchó lo

que su hermano le decía, entró Davy con

los hijos y al verlo tan furioso a Manu, salieron espantados del despacho, cuando se cansó de hablar, lo dejó defenderse.

—Tienes razón en todo, pero sabes que la carne es débil, no me robó, me pidió prestado—Manu se rio en su cara.

—¡Es lo mismo, idiota! ¿No la conoces? Te hubieras acostado con otra, sabes lo que

va a pasar, si se entera Marisa ¿no? —le gritó apuntándolo con el dedo— prometimos nada de

putas.

—No se va a enterar, solo fue unos días
—el gallego no salía de su asombro, se

acercó más al hermano y le gritó de frente, intimidándolo— imbécil, con más razón, tu cogida te salió cara, pareces un pendejo eso déjalo para los chicos. ¿Porqué mierda no fuiste

a la casona? Elegías a cualquiera y te salía gratis, ¡idiota! —gritó desahogado, el gallego los

conocía muy bien a todos, caminó a su alrededor, pensando y lo miró a los ojos, supo al instante que Davy también estaba metido en eso. Puso las manos en los bolsillos y gritó su nombre, sabía que el brasilero estaba atrás de la puerta,

entró lentamente, mirándolo a Frank

que bajó la cabeza, la mirada rabiosa del gallego los escrutaba a los dos.

—Dime que tú, no estás metido en esto —gritó, sin dejar de observarlos ojazos grises

del brasileiro, que se lo confirmaron —son dos idiotas sin sesos.

El gallego inspiró y los dos supieron que se venía una avalancha de insultos, les dijo

todo lo que se le vino a la mente, se sentó en su sillón y por un segundo reflexionó, lo que

por momentos atrás estaba dispuesto a hacer y se calmó, «qué desgraciados eran la mayoría de

los hombres, teniéndolo todo en su hogar y arriesgar todo eso por una puta» pensó, se pasó las manos por la cara y los miró.

—Perdón, creo que me pasé —dijo, sin sacarles la vista de encima, los dos lo

respetaban, desde que el padre lo dejó a cargo de todos los negocios, sabían que él mandaba,

Davy tomó la palabra.

—Escucha Manu, tienes razón, fuimos

unos imbéciles, dime ¿qué hacía acá? —
el

gallego cambiósu mirada reprobatoria y
lo miró con ternura, escondidos tras esa
pregunta,

se encontraba los celos que sentían.

—Vino a que la ayude, dice que el
polaco retiene a su hija, ahora bien,
termino de hablar con él y me dice que
ella le robó y que esa niña es de él. No
quiero más problemas en

mi vida así que, esto se queda acá, no la
ayudaré, lo que menos quiero es
enfrentarme a ese

loco de mierda, y quiero que ustedes, se alejen de ella, saben que es capaz de cualquier cosa,

me amenazó, diciéndome que sabe cosas nuestras y ustedes saben que es así. Si abre su boca

tendremos problemas, lo que me enoja sobremanera es, ¿por qué ella? ¿Por qué no fueron ya

saben dónde? —los dos lo miraron— Bueno, vamos que mi mujer está loca, intuye que algo

pasa —los tres después de acomodar unos papeles salieron cerrando la puerta.

En el pasillo, Frank iba haciendo bromas cuando vieron la figura del polaco, ir

directo hacia ellos, con dos custodios, el gallego se adelantó y los hermanos se quedaron atrás, las sonrisas se desvanecieron y los hermanos lo observaron con resquemor.

—¡Mi amigo! —gritó el polaco abrazando al gallego, dándole unas palmadas en la

espalda, quien estaba alerta, ante la mirada seria de todos los presentes, Manu se alejó y sonrió. Supo al instante que estaba buscando pelea, los miro de costado a los hermanos, que

captaron su pensamiento, pero el gallego fue más vivo.

—¡Qué casualidad! Justo íbamos a verte
—el polaco se quedó desconcertado—
mi

hermano Frank quería ir a pedirte
disculpas, ¿no es así hermano? —repitió
apretándole el brazo.

—Sí —respondió, mirando al visitante,
que lo observaba, con rabia— estuve
mal

discúlpame —pronuncio Frank, Davy se
dio cuenta que iba a decir como siempre
algo más,

él tenía esa cualidad, siempre su boca se abría de más— me agarró con la guardia baja, de otra manera no la hubiera cogido, pues no vale la pena —el gallego se dio vuelta clavándole

la mirada, lo quería matar.

El polaco se le tiró encima y los custodios iban a sacar un arma, cuando el polaco sintió en la nuca el hierro frío del revólver del gallego apuntándole en la sien, soltó a Frank y levantó las manos, los custodios retrocedieron y Manu lo tomó del cuello.

—Sabes que es norma entre nosotros, no tocar a la familia, si le pones un dedo

encima, tu hija quedara huérfana, ¿qué me dices? —le susurróal oído.

—Si yo hubiera tocado a tu mujer, ¿qué hubieras hecho? —preguntó, observando al

gallego que guardaba su arma y se arreglaba la ropa, le sonrió de costado y le puso una mano

en el hombro.

—Ya estarías muerto y enterrado, pero no confundas las cosas, tu mujer es una puta —

le dijo deletreando cada silaba— y la mía una señora ¿o me lo vas a

desmentir? —el polaco

se arreglaba el pelo, sin dejar de mirarlo.

En su juventud habían sido buenos amigos de correrías y de negocios, siempre supo

que el gallego a nada le temía y en ese momento se lo terminaba de demostrar, no quería pelear con él, pues aparte de respetarlo, todos sabían que era temible, cuando se enojaba.

—Bueno, acá no pasó nada —decía, clavándole la mirada a Frank —me voy por

donde vine, contigo no hay
resentimiento, no quiero perder tu
amistad —afirmó estirando la

mano, Manu se la apretó más de lo
debido y lo miró a la cara, sin
soltársela.

—Acá queda todo, no te metas con mi
familia y todo seguirá bien, pero si me
entero

que alguien les hace un rasguño, iré por
ti, no te quepa ninguna duda —él asintió
y se retiró

con la custodia, los hermanos Falcao se
quedaron parados, observándolos irse,
Manu se dio

vuelta y clavó la vista en sus hermanos.

—Esto es lo que consiguieron, poner a la familia en peligro, son unos imbéciles

—
afirmaba, caminando hacia la salida, el mal humor se apoderaba de él, solo pensar que su familia podía estar en peligro, lo enloqueció, todo el trayecto a su casa lo hizo en silencio,

meditando, evaluando las consecuencias de la situación, Frank iba en su coche y Davy con él,

solo miraba por la ventanilla, hasta que sintió la mano de Manu tocarle el hombro mientras

manejaba, lo miró.

—Escúchame, tenemos que estar
atentos, sabes que este desgraciado es
capaz de

cualquier cosa, pondremos custodia otra
vez, pero Sofi no debe enterarse, entre
Maxi, loco de

mierda —gritó y con sus manos golpeó
el volante— que anda suelto, quién sabe
dónde, queriendo a nuestra mujer y
ahora éste —lo miró al brasilero—
porque no te creas que se va

a quedar de brazos cruzados, ya estará
planeando su venganza. A veces creo
que merecemos

todo esto, por todo lo malo que hicimos
en el pasado, vivo pensando que le
puede pasar algo

malo a Sofi y te juro que si es así, me
mato —Davy le apretó la pierna, en
señal de consuel —

ella es lo mejor que tuvimos en nuestra
vida de mierda, gracias a ella salimos
de la oscuridad

que nos revolcábamos, ella es la vida,
ella es mi vida —al gallego duro,
arrogante, incommovible se le llenaron
los ojos de lágrimas, se las limpio con
la mano, mientras se abría el gran portón
del garaje, se miraron y bajaron,
sabiendo que ahora se enfrentaban a una

argentina rabiosa por su tardanza,
sonrieron y entraron.

No se escuchaba ningún ruido, solo la
melodía de una música suave, pasaron
por la

gran cocina y entraron en el living, ahí
tirada en el sillón grande, Sofi se
encontraba recostada con un libro sobre
el pecho, durmiendo plácidamente. A sus
pies Roki, como

siempre cuidándola, los miró moviendo
su cola, se quitaron los sacos y se
sentaron enfrente

de ella observándola, los dos pensaron
lo mismo, «¡Qué bella es mi mujer!»

ella abrió los ojos y los miró seria, mientras enderezaba su cuerpo y se paraba.

—¡Era hora! ¿Dónde mierda, estaban?

—los dos se largaron a reír, ante sus palabras,

era bella pero muy mal hablaba, aunque eso también les gustaba— no se rían, ¿dónde están

mis hijas? —preguntó y los dos se tiraron encima de ella y la besaron hasta que el mal humor

se le pasó y el calor de los cuerpos anunciaba que el juego comenzaba otra vez.

—Me van a volver loca, ¡déjenme! —
Sofi luchaba sin muchas ganas, entre sus
brazos,

se dio por vencida y se dejó amar, como
solo ellos lo hacían, en minutos fueron
un entrevero

de manos y piernas, sus bocas ansiosas y
sus lenguas ardientes recorrieron cada
palmo de sus

cuerpos. Como siempre, se amaron con
lujuria y los gritos y gemidos llenaron el
gran espacio, el morbo se instaló,
dejando paso a la locura irrefrenable,
que los envolvía y la pasión de esos
cuerpos y se entregaron al amor. Todo
era válido, eran tres animales en celo,

deleitándose, besándose, penetrándose,
así eran ellos tres locos amándose.
Como siempre después de una hora
intensa de amor, cayeron en ese gran
sillón, sus respiraciones

entrecortadas, sus cuerpos aun
temblando y la sensación de sentirse
satisfechos por el sexo compartido, los
tres se abrazaron y desnudos
descansaban sonrientes. De pronto
escucharon

una bocina, enseguida se miraron,
recordando que el chofer traía a las
chicas de la escuela, se

pararon y corrieron a buscar sus ropas,
desparramadas por todo el living, los

hombres entraron corriendo en el dormitorio y ella las recibió, no sin antes arreglarse el pelo.



CAPÍTULO 28

Mis hombres se perdieron en el dormitorio, imaginé que se habían dormido, atendí a

mis hijas y les revisé unas carpetas, después se metieron en la pileta y preparé la cena. A las

nueve de la noche desperté a mis
hombres que estaban más cansados de lo
que se acostaron,

cenamos y todos a dormir, claro ellos
habían dormido tanto que se quedaron en
el despacho

trabajando.

—Voy a leer un rato y me voy a dormir
—los dos me miraron.

—¿Ya te vas a dormir? —les clavé mis
ojos, «¡serán desgraciados!» los dos

adivinaron mi intención y largaron una
sonora carcajada.

—Lo sé mi niña, ve a dormir, mañana yo
llevaré las nenas a la escuela —los dos
me

besaron en los labios y cuando me
estaba yendo, tomando unos sorbos del
té que llevaba a la

habitación, Manu me gritó.

—Cuando terminamos te despertamos
—me di vuelta hecha una fiera.

—¡Ni lo sueñes! ¿Están locos? Quiero
dormir —el brasilero se largó a reír y
Manume

siguió al dormitorio, tomó con sus
grandes manos mi cintura y sus caderas

se movieron, refregándose en mí, sonreí.

—Te amo, descansa mi niña, yo velaré tus sueños.

«Dios cuando me hablaba así me derretía, desgraciado, sabía lo que me gustaba»

pensé

—Sabes, ya estamos acá y mi niña no ha puesto fecha —casi me atraganto con el té, él

sonrió— este gallego no se olvida lo que prometiste, ¿recuerdas? —susurraba en mi oído, mientras su lengua jugueteaba en el lóbulo de mi oreja—

¿Cuándo? ¿La semana que viene?

—preguntó ya ardiente, sentía como su glande palpitaba sobre mi traste y en un arranque de

locura le dije que sí.

Me dio vuelta en un segundo comiéndome literalmente la boca, volcamos todo el té,

no dejaba de besarme y agradecerme, mi bruja que apareció de pronto me gritó “Loca, ¿estás

segura?” La empujé y me abandoné en los brazos de ese gallego que me calentaba como nadie.

—Sí, la semana que viene, nos casamos
—afirmé, acariciando esa barba, que
hacía

cosquillas cada vez que se metía en mi
sexo, él me miró.

—Te amo, siempre será así, mañana te
traigo el anillo.

—No, basta de anillos, ya tengo —
respondí, riendo.

—Estás loca, entraron unos hermosos, el
más lindo será para mi mujer.

—¿Y Davy? —amaba a ese brasilero
también, él era como decía Manu,
nuestro niño

grande, un poco descarriado, sonreí, sabiendo que en cualquier momento me volvería a engañar, lo amaba igual.

—El será el padrino, ya lo hablamos, igualmente, hasta que nos muramos serás de los

dos —la palabra muerte siempre me traía malos recuerdos, el más terrible el del accidente automovilístico de mis padres y hermano, como adivinando mis pensamientos, tomó mi

rostro entre sus manos y me besó la nariz— perdón ya sé que no te gusta que hable así, ve,

duerme amor, más tarde nos acostaremos

—me trajo otro té, que tomé, mientras
leía mi libro

y abrazándome a la almohada me dormí
profundamente.

Cuando se acostaron me desperté, se
acomodaron en sus lugares y abrazados
nos

estábamos quedando dormidos, cuando
de pronto, un aullido estremecedor nos
hizo saltar de

la cama, los tres nos miramos y supimos
al instante que a algún perro le había
sucedido algo.

Mis hombres saltaron de la cama, yo

buscaba mi bata, todos salimos en bata y descalzos, miramos y enseguida Diana empezó a ladrar y corrió afuera, directo al mar. Bajamos de dos

en dos las escaleras y corrimos, sin sentir el frío, ni el viento que nos despeinaba, llegamos

hasta donde Diana se había parado y olfateaba, en la oscuridad de una noche sin luna, casi nada se veía, Manu se tropezó con algo y se agachó, Roki agonizaba a nuestros pies con un

cuchillo clavado en su garganta, mi grito los estremeció y Davy, corrió a prender las luces

traseras de la casa que iluminaban parte de la orilla del mar. Manu le pegó el grito y encendió

una alarma que comunicaba con las casas de mi suegro, Marisa y Miriam, miró hacia todos

lados, tomó al perro entre sus brazos y subimos rápido la escalera. Cerramos todo y observamos cómo el gallego, luchaba con Roki, con una toalla para detener la sangre que salía a borbotones por su cogote, Davy y yo no atinábamos a nada, se nos caían las lágrimas,

mi perro se desangraba poco a poco, ante nuestras miradas, y no podíamos hacer nada.

—Corre, llama al veterinario, que venga ya —gritó Manu, apretándole la herida, pero

a los minutos nuestro amigo, murió, vi a mis hombres llorar habíamos perdido a un

integrante de nuestra familia.

El aullido de Diana, nos conmovió a todos, la abracé y me largué a llorar, mis

hombres lo taparon y Manu desesperado salió afuera y pegó un grito. Después de unos segundos, entró y no dejaba de observar el perro muerto tapado en el suelo del jardín de invierno, me abracé a él y lloramos juntos.

—Pero, ¿cómo? ¿No estaban cuidándonos los alemanes? —pregunté mirándolos,

ellos clavaron los ojos en mí, aterrados.

—No, todavía no les avisé, dime ¿Porquéme preguntas eso? —entonces comprendí,

que tendría que haberles avisado, me tapé la cara con las dos manos.

—Hace una semana, vi a un hombre caminar por la playa, iba con una capucha pensé

que eran ellos, por eso no les dije nada, después hace dos días, lo volví a ver,

salí —los ojos

del gallego, se habían puesto como platos— hasta levanté el mate saludándolo, él me saludó

con la mano, aunque no le vi la cara por la capucha —Davy se enloqueció y me gritó.

—La madre que me parió, ¿cómo mierda no dijiste nada? Era él —gritó mirando al

gallego— fue él quien mato al perro, hace días que se pasea por nuestra casa y tú —me señalo con el dedo en frente de mi cara— no eres capaz de decir nada —gritaba y se tiraba

del pelo, estaba fuera de sí.

—Basta ella no tiene la culpa —me defendió el gallego— nunca le decimos nada,

¿cómo iba a saberlo? —reaccioné y me fui encima del brasilero queriendo matarlo, Manu me sujetó.

—Imbécil, a mí no me grites, si nunca me cuentan nada —le grité, me quiso agarrar,

pero yo me corrí, furiosa, refugiándome en los brazos del gallego, que me abrazó mientras

meditaba qué pasos a seguir.

Hasta que sentimos los ladridos del otro perro, Diana quiso salir furiosa, pero
Manu

la sostuvo con fuerza del collar, prohibiéndoselo. Todos, miramos hacia afuera con miedo, las luces estaban prendidas, pero nada se veía, solo las olas golpeando furiosas contra la orilla y el viento moviendo las plantas colgadas fuera del jardín de invierno. Mis hombres agudizaron la vista y yo seguí sus miradas, algo sobre las rocas llamó poderosamente su atención, aun agarrando a Diana entraron en el dormitorio y supe que irían a

buscar sus armas, salieron que se los llevaba el diablo, yo los iba a seguir cuando el grito de Manu me

paralizó de inmediato.

—Enciérrate y cierra la puerta del cuarto de las niñas, vuelve a llamar a Frank, ¡ya! —

me grito, mis piernas subieron corriendolas escaleras y cerré con llave el cuarto de mis hijas,

mi mano sujetaba fuerte el collar de Diana que luchaba para que la soltara.

Cuando bajé corriendo, como alma que ve un fantasma. mis hombres se

encontraban

estáticos, sus ojos abiertos como platos, observaban un hombre alto, en una noche fría y oscura, abierto de piernas, con los brazos caídos al costado del cuerpo, solo observándonos.

A través del gran ventanal, los tres estábamos tiesos, ante semejante sorpresa, ante un desquiciado, Davy empujó a Manu y salió corriendo, sin darle tiempo a detenerlo, bajó la escalera y se paró frente a él. Su dedo índice se levantó en el aire llamándolo, ya afuera en el

borde de la escalera, apretando a Diana a mi pierna, el gallego y yo no

dejábamos de sorprendernos por el atrevimiento del desgraciado, de pronto se sacó la capucha y apreció a

un Maxi, más vivo que nunca, desafiante, sus ojos como la última vez me confirmaron, que

volvía por venganza. Sé que me miro de reojo, el gallego me observó, plantó sus ojos en Davy y los dos se miraron con fiereza.

—Davy —gritó Manu con desesperación, agarrándose del barandal con sus dedos,

apretándolos hasta que sus nudillos, blanquearon, puteó, pero el brasilero lo

ignoró, estaba atento a los movimientos de Maxi.

Davy ya estaba enfrentado a un adversario, quizás más duro de lo que ellos suponían,

mi cuerpo temblaba de frío, mis pies se estaban congelando, lo observé al gallego y lo vi ardiendo, sus piernas querían bajar la escalera y enfrentar al que osó poner un pie en su propiedad, se pasaba la mano por la cara y pegó un grito cuando observó que Maxi, sacaba

un cuchillo enorme de entre sus ropas, Davy salto hacia atrás, en señal defensiva. El gallego

no se pudo contener y bajó lentamente las escaleras, a pesar de mis gritos, se dio vuelta y me

miró.

—Hazme caso, quédate ahí, no te acerques, vuelve a llamar a Frank, observa sobre las

rocas —susurró, mientras bajaba ubicándose a un costado, no entendí nada, levanté mi rostro

y observé a dos personas apuntándoles, sobre las rocas, desgraciado, sabía que no se hubiera

atrevido a desafiarlos él solo,

—¿Quiénes serán? —me pregunté en voz baja, mientras luchaba con la fuerza de mi

perra, por soltarse, ella me pedía con sus ojos negros mirándome que la suelte, pero supuse

que no era el momento indicado.

Lo maldije a Frank, por no acudir a nuestro llamado sin hacer caso a los gritos del gallego que me indicaba que me quedara ahí, bajé las escaleras, mi brasilero estaba en peligro. Lo miró a Maxi y le gritó, poniéndose en guardia.

—Suelta ese cuchillo, ven pelea a lo hombre —gritaba Davy, mis piernas se

tambalearon, Manu se acercó y me sostuvo de la cintura, Maxi soltó una risa sarcástica y de

reajo lo miró al gallego.

—No te quiero a ti, lo quiero a él — afirmó, desafiándolo a Manu.

Ante un descuido del brasilero, Maxi estiró la mano que empuñaba su cuchillo y lo

cortó en los brazos, Davy los sacudió y la sangre caía a gotas sobre la arena blanca a sus pies, grité con todas mis fuerzas puteando al desgraciado, que me miró y se sonrió. De pronto al

verse sangrado, Davy le asestó un golpe de puño en medio de la mandíbula, que lo hizo trastabillar, pero no cayó, el gallego no aguantó más y se acercó, lo empujó al brasilero y le

susurró antes que se aleje.

—Ve y quédate con ella, sobre las rocas hay dos más apuntándonos, cuando te haga

seña suelta a Diana, el brasilero saltó a mi lado, cubriéndome con su cuerpo, agarró a Diana

por el collar y la acercó a su pierna se agachó y le habló, la perra se tranquilizó, aunque estaba atenta a la

pelea.

—Por favor, nena no te muevas de atrás de mí —me susurró, mirándome de reojo,

mientras observaba a los dos hombres sobre la roca mirándonos, todo era de terror, ya no sentía frío, la rabia me dominaba y el miedo me paralizaba, creí morir, suponiendo que a mis

hombres los mataban.

—Aquí me tienes, eres un niño o una niña —le gritaba Manu, provocándolo, la

mirada asesina del desgraciado, me hizo

temblar, seguía los movimientos de
Manu, que se le

acercaba sin temerle, eso hizo que se
descontrolara, los dos caminaban en
ronda,

provocándose, pero el gallego no le
tenía miedo, él avanzaba y el otro
retrocedía. Sabía que

si se enfrentaban a golpes de puños el
gallego le daría la paliza de su vida.

—Vamos, basta de juegos, ven, —
gritaba Manu, sin dejar de observarlo—
quieres

pelear yo te daré pelea, te arrancaré el

corazón con mis propias manos, no tienes idea de lo

que soy capaz —ese era el Manu que nunca conocí, su mirada era aterradora, sus músculos se

tensaron, se paró derecho y avanzó como una aplanadora hacia él, lo miré a Maxi,

comprendiendo que sintió miedo en un instante, Manu alargó sus puños hacia él y le asesto

dos piñas impresionantes sobre la cara, Maxi cayó y se levantó tambaleándose, escupió sangre y se volvió a parar frente a él— Vamos, ¿qué esperas?, ¿no querías

pelea? Me vengaré

de la muerte de mi perro y el descarado de
desear a mi mujer, vamos infeliz, pelea
—gritaba un

gallego envenenado, por la rabia.

—¿Vos te crees que llegué hasta acá,
para perder? Esta vez ella se viene
conmigo, hice

de todo para ello y me la llevo, tengo
varias muertes en mi conciencia, dos
más no cuentan —

declaró Maxi, con sangre en los labios,
mientras escupía de costado.

«¿Qué muertes?» No puede ser, pensé en mis padres, no sé por qué y mis ojos se

inundaron de lágrimas, como leyendo mis pensamientos, me miró, salí de atrás de Davy y le

grité.

—Decime, que esas muertes a que te referís, no son mis padres —sonrió, y supe al

instante que los había matado; «me acosté con el verdugo de mi familia», pensé y caí de rodillas, llorando.

Ante esta situación Maxi se descuidó y me miró quizás con compasión, el

gallego y

Davy me observaban y el muy hipócrita, ladeó sus labios y me respondió.

—¿Qué querías que hiciera?, le hablé de mil maneras distintas a tu padre, le confesé

que te amaba, que te cuidaría, pero él se rio en mi cara, imbécil —gritó— diciéndome que no

me quería para su hija, que era poca cosa, ellos quisieron alejarme de vos y yo no lo iba a

permitir.

Sentí una sensación de vacío, quise arrancarle los ojos con mis manos, cómo pudo

hacer eso, siempre estuvo loco. A pesar, de no querer la violencia, deseé con todo mi corazón

que Manu le diera su merecido, me paré con la ayuda del brasilero, que no dejaba de sangrar

y me abracé a su cintura.

—Davy, por favor hagamos algo lo van a matar al gallego —susurré, viendo cómo

ese loco estaba dispuesto a todo.

—Mira al mar, cerca de las rocas —me pidió— ya están aquí, mi hermano y el marido

de Miriam, hijo de puta, aunque se lleve a uno de nosotros, pero esta vez no sale vivo —lo

miré, «está loco, qué dice, yo no quiero que ellos mueran»,

Miré hacia el mar y divisé, dos motos de agua, paradas y cómo dos hombres saltaban,

internándose en un mar bravío a esa hora, solo veía dos cabezas y las largas brazadas, ya casi

estaban sobre los hombres. De un golpe certero los tiraron al mar y de pronto, no se vio más

movimiento que las olas. Vamos a morir todos, imaginé, pensando en mis dos hijas, Davy seguía atento la pelea y yo temblaba, mirando el mar, cuando vi sobre la playa los cuerpos de

dos hombres, Frank y el gallego saliendo del mar, extrajeron sus armas y se acercaron hasta

nosotros, suspiré aliviada, Maxi los miró de reojo, Manu se le tiro encima y lo aplastó con su

metro noventa. Rodaron sobre la arena,

Manu levantó la mano, Davy soltó a Diana, que enfurecida tomó velocidad y se tiró encima de Maxi, que gritaba como un chanco.

El portón se abrió de golpe y mi suegro apareció en cuadriciclo con sus tres perros y

el nuestro que faltaba, todos se fueron sobre el cuerpo de Maxi, que Diana ya estaba destrozando. Todos corrimos, hacia el gallego, él se sostenía el pecho, con las dos manos, lo

miré, al verlo con sangre, empecé a los gritos, él me miró y sonrió, antes de desplomarse en

la arena alcanzo a balbucear.

—TE AMO, SOFI.

Mi suegro pobre, se bajó como pudo del cuatriciclo y alcancé a divisar que Marisa y

mi amiga Miriam corrían a nuestro encuentro, todos gritábamos y llorábamos a la vez, miré

de reojo y vi que el marido de Miriam se internó en mi casa, al segundo estaba a nuestro lado

con tres policías y el comisario amigo de mis hombres. Este se acercó y lo miró al gallego

que ya está desvanecido, le tocó la cara y le habló.

—Vamos hermano no me hagas esto, salimos de muchas, esto no te va a vencer —le

gritaba, corriéndole el pelo de la cara, Manu ya no respondía, tenía el pecho lleno de sangre,

Falcao gritaba que lo llevemos al médico.

El comisario y Davy lo alzaron y cómo pudieron, lo metieron en el auto, nosotros lo

seguimos con mi camioneta, Miriam se

quedó cuidando a mis hijas, que dormían sin

enterarse de nada, cuando lo bajamos era tanto el griterío que, al segundo, diez médicos llegaron con una camilla. Yo era un mar de lágrimas, Davy y yo estábamos con pijamas, pantuflas y una campera que nos tiró sobre los hombros mi amiga Miriam al salir. A él se lo

llevaron para curarle los brazos que tenía cortados, mi suegro se acercó y me abrazó y nos

quedamos sentados los dos llorando. Pasó una hora y nada se sabía, Marisa había ido a mi casa y nos trajo ropa. En un ataque de locura el brasilero se paró

y golpeó la gran puerta, cuando vio que nadie, respondía, la pateó y entró, Frank y el gallego entraron con él, se escucharon gritos, y eso nos destrozó el corazón, el brasilero salió llorando y mi suegro casi

se muere, lo tuvo que asistir un médico porque se había desmayado, todos pensamos lo peor,

Marisa me apretó a su cuerpo y me daba ánimo, me acerqué a Davy y nos abrazamos.

—Está mal, Sofi, está mal —lloraba, abrazándome— no quiero que se muera, Dios —

gritaba, lo abracé y le recé a mi virgencita de Lujan, a la que siempre le pedía, sabía que ella me iba a escuchar.

Mi suegro se repuso y a la fuerza, Marisa y Frank lo llevaron a la casa, con la promesa que cada hora lo tendríamos informado, de las novedades. A las tres horas recién salió un médico, su mirada decía lo grave de la situación, todos nos aproximamos, Frank tenía un ataque de llanto que Marisa no podía calmarlo, al dejar a mi suegro, volvieron, volando al hospital.

—No quiero mentirles, está grave — esas palabras calaron en nuestros corazones,

destrozando la poca razón y esperanza que teníamos, todos nos abrazábamos, callados, el marido de Miriam habló.

—Pero hay posibilidades, ¿no? ¿Se va a reponer? —dijo con temor a la respuesta, el

médico lo miró, serio y comprendimos lo grave de la situación.

—No lo sabemos, recemos por que así sea, tiene comprometido un vaso y una arteria,

el cuchillo le rozó el corazón, su condición es delicada —Davy reaccionó.

—Me lo llevo a un hospital de alta complejidad, quizás ahí —el médico no lo dejó

terminar de hablar.

—Solo bajo su responsabilidad, moverlo en este estado es matarlo —lo miré de reojo

y vi cómo mis suegros entraban al hospital, sabía que no iban a poder quedarse esperando en

su casa, se acercaron y escucharon la explicación que el médico nos daba.

—No hijo, déjalo acá, él es fuerte, se salvará —el médico extendió su mano y

lo

saludó muy atento a mi suegro, todos lo miramos— él es un gran médico, hijo de un buen amigo, sé que hará todo lo que esté a su alcance para salvarlo, ¿no es así? —preguntó, sin dejar de observarlo y entendí, como siempre el gran Falcao, ponía presión en esa afirmación,

el pobre médico sonrió de costado.

—Señor Falcao, si no lo hago mi padre mismo me mataría, se lo que lo quiere a usted,

siempre me habló muy bien de su amigo —no sé si fueron esas palabras, pero algo nos tranquilizó, todos nos sentamos,

cada uno encerrado en sus propios pensamientos, me alejé de Davy y me abracé con mi suegro, otra vez.

—Sabes, menina, si mi hijo se muere yo me mato, no quiero vivir más —dijo

suavemente, le sequé las lágrimas y lo abracé más fuerte, el gran Falcao pensó, lo miré, estaba viejo, pero el amor por sus hijos y su familia seguía intacto, Davy se acercó y me besó

en la cabeza.

—Tomen, un café caliente —nos los dio, con manos temblorosas y los ojos llenos de

lágrimas.

—Se repondrá, mi amor, se fuerte por él y por mí —le pedí a Davy.

A la seis de la mañana, vimos entrar con gran estruendo a mis hijos, corriendo por el

pasillo, desesperados se abrazaron a mí y a Davy, lloraban como dos críos, tratamos de calmarlos y darles ánimo, ánimo que ni nosotros teníamos. Las horas pasaban y el gallego estaba peor, después que lo operaron tuvo una hemorragia, esperaron unas horas y lo volvieron a operar, yo no paraba de rezar, mi virgen estaría ocupada, pensé, le imploré, le supliqué que no se lo

llevara, que me lo dejara un tiempo más.

Mi amor, mi gallego querido, el que me había curado el corazón, el que me cuidaba y

me celaba, el que me hacía feliz en todo orden de la vida, estábamos destrozados, nadie imaginó toda esta desgracia, si yo les hubiera avisado que había visto a alguien, quizás, hubieran tomado más recaudo, cuando ya la luz del día despuntaba, apareció nuevamente el

médico, todos nos paramos y Joaquín lo enfrentó.

—Soy el hijo, ¿cómo está mi papá? —en

ese momento mi mundo se paró, mi corazón

se detuvo y las lágrimas brotaban sin control.

Davy me apretó a su cuerpo, mientras se mordía los labios, los ojos grises de mi

suegro, se volvieron oscuros y con mis dedos apreté a mi virgencita que la sostenía en mi cuello, vimos la cara del médico esbozar una pequeña sonrisa y a todos, nos volvió el alma al

cuerpo.

—Se va recuperar, tranquilos, hay que esperar, pero es fuerte, se repondrá —

todos

nos abrazamos inundando el pasillo de lágrimas, mi hijo se sentó y se tapó la cara con las manos, nombraba al padre y gritaba, Davy lo paró y lo abrazó.

—No llores, ahijado él va estar bien, por favor no llores —le pedía, mientras él

también lo hacía.

Se lo llevó a un costado y los dos se quedaron hablando, secándose las lágrimas,

después Joaquín vino a mi lado y me besó la cabeza.

—Sofi, tu marido me va a matar —dijo
sonriendo, le acaricié ese rostro
hermoso y lo

besé en la mejilla, Bruno se unió a
nosotros y los tres no nos separamos
hasta que, a las dos

de tarde, nos dejaron pasar a verlo.

—Todo, va a estar bien, mi hombre es
fuerte, si se muere, lo revivo y lo mato
otra vez

—esa ocurrencia hizo reír a todos, y le
arranqué una sonrisa a mi suegro, me
arrimé a su lado y lo besé.

—Escúchame, entra primero a verlo y

quiero que te vayas a descansar, no
quiero un

no, tienes que estar fuerte para él —
Falcao me miró y sus ojos grises me
fulminaron.

—Mira Sofi, yo no soy tus hombres a mí
no me mandas —todos nos miraron con

miedo, por su contestación, como
siempre, era la única que le hacía frente
— pero bueno, tienes razón —suspiré—
dormiré un rato y volveré, pero porque
yo quiero, no porque tú me

mandas—todos rieron y lo besé en la
frente.

—Te quiero suegro, andá porque vos querés —sonreí y Frank lo llevó con mi suegra,

también fue Marisa que después volvería con mis hijas, que seguro estarían locas, con el padre internado.

Entramos a la habitación, en completo silencio, mi gallego querido, mi amor, mi

hombre, yacía en esa cama, tapado con la sábana hasta la cintura, con un gran vendaje en el

pecho, los brazos tendidos al costado del cuerpo, en uno de ellos con suero, lo miré, me paré

al lado de la cama; observé al hombre que amaba con todo mi corazón, estaba dormido, su

respiración pausada, revelaba que estaba bien, Davy se acercó del otro lado de la cama y tomó su mano. Mi mano, paseo por su frente acariciándola, él se movió y abrió esos luceros

que amaba, nos miró a los dos y sonrió.

—No hables, amor acá estamos, con vos, te amamos, solo descansa —le pedí.

—Davy —susurró, algo cansado, clavándole la vista.

—No te esfuerces, te pondrás bien, acá nos quedaremos —respondió el brasileiro.

—Nene, si me pasa algo —Davy le tapó los labios con un dedo, pero el muy terco,

siguió hablando— cuida de Sofi y nuestros hijos, promételo —a esas alturas, yo lloraba como una loca, rezando para que sanara, sin él nosotros dos moriríamos de amor—

promételo —insistió.

—Solo te diré algo, tú no vas a morir, ¿escuchaste?, todo saldrá bien —gritó— si tú

mueres, nosotros, ¿qué haríamos sin ti?
—respondió el brasilero, limpiándose
las lágrimas—

déjate de joder, duerme para que te
repongas rápido y podamos llevarte a
casa —él me miró

y me limpió una lágrima.

—Sofi, ¿te dije cuánto te amo? —me
preguntó, acariciándome la mejilla, me
incliné y

suavemente lo besé en los labios—
bésame otra vez —me pidió, lo besé y
se quedó tranquilo.

—Manu, duerme, no nos iremos de tu

lado, el médico dice que estás mejor,
por favor

hacé caso —mis dedos recorrieron ese
hermoso rostro.

—¿Dónde están mis hijos? quiero verlos
—nos miramos con Davy —después me

duermo —ordenó como era su
costumbre.

Los chicos pasaron primero y después
las nenas que ya las había traído Marisa
y

como era de imaginar, todos salieron
con lágrimas en los ojos.

—Sofi, papá se pondrá bien, ¿no? —me preguntaba Joaquín, ante la atenta mirada de

mis hijas, Zoe y Marisa.

—Claro que sí, hijo —lo abracé— él es fuerte, ya verás, no se hagan problema.

—

acaricié a mis hijas, Emily era un mar de llanto, Lucía parecía más fuerte, aunque estaba blanca como el papel.

Davy los llevo a un restaurant cercano y yo entré otra vez a verlo, mientras Marisa esperaba a mis suegros; ya eran las siete de la tarde, cuando entré, él estaba despierto, me miró y me sonrió.

—¿Se fueron los chicos? —me estiró la mano y me senté en la cama con todo

cuidado, lo acaricié y lo besé en los labios, justo cuando llegaba el médico, que nos miró y

levantó sus ojos al cielo.

—Bueno, veo que el enfermo está bien, vamos a revisarlo, Falcao —miró los papeles

que tenía en la mano y volvió a preguntar— ¿Falcao u Ocampo? mi hombre se rio bajito.

—Me llamo, Ocampo Falcao —el médico seguía sin entender— es largo

de explicar,

pero Falcao es mi padre —afirmó orgulloso, fanfarrón, pensé.

—Bueno, si la señora nos deja solos, lo revisaré y si lo encuentro bien, mañana se irá

a su casa, ¿qué le parece? —pregunto mirándolo.

—Bien, ¿me podre ir hoy? —estaba ansioso, le hice seña con el dedo que no, quería

que saliera bien recuperado, no quería sustos, aunque él no pensaba lo mismo, volvió a insistir— me quiero ir ahora —

no fue un pedido, fue una orden, el médico se rio.

—Mire, Falcao sé que está acostumbrado a mandar, pero acá el que manda soy yo—

me largué a reír y Manu me observo rabioso.

Lo revisó, y le firmó el alta para el día siguiente, cuando se retiró, el gallego tomó mi

mano, me senté en la cama y buscó mis labios.

—Para, me vas a calentar, mañana estaremos en casa —afirmé,

mordiéndole la

barbilla, siguió con su mano en mis pechos y su lengua se metió una y otra vez en mi boca—

Manu, basta —grité cuando de pronto una enfermera grande y pesada, entró y su voz chillona

nos hizo estremecer.

—¿Qué pasa, acá? Vamos afuera señora, voy a bañar al señor —miró una carpeta —

Falcao —lo miré a Manu que se enderezó y me miró.

—No quiero que nadie me bañe, a no ser que sea mi señora —respondió, serio,

arrugando su frente, la mujer lo miró mal, se acercó, él se tapó más, con recelo y yo le hice

frente.

—No, déjelo, yo me ocuparé —la desafié, aunque su sola presencia me intimidó.

—Está bien, haga lo que le plazca, pero esto lo comunicaré —expresó con disgusto,

mi gallego abrió su boca, sabiendo

cómo iba a reaccionar, lo sujeté del brazo, pero su boca

ya se había abierto.

—Dígaselo a quien quiera escucharlo, ahora déjeme solo, ya —le gritó, la mujer

ofendida se retiró puteando —cuando cerró la puerta de un golpe rotundo, lo miré al gallego.

—¿Estás loco? ¿Qué haces? Nos van a echar —dije retirándome de su lado, le dioun

ataque, se sentó en la cama, tuve que correr a su lado, pues casi se desvanece,

se paró y empezó a cambiarse, lo miré atónica, no podía creer lo que mis ojos veían, en un minuto se cambió.

—Vamos, no aguanto más, mañana contrato una enfermera para que me cure la

herida, si me quedo un minuto más, enloqueceré. —Me tomó del brazo y salimos despacio,

nos chocamos con Davy que, al verlo vestido, abrió sus ojos en demasía y me preguntó.

—Pero, ¿cuándo le dieron el alta? el

médico dijo mañana —nos interrogó, el gallego

le sonrió.

—Nadie, yo me di el alta, vamos a casa, o me llevas o me voy solo —el brasileiro le

dijo de todo, pero lo agarró del brazo y cuando llegamos a pasos de la salida nos detuvo un

médico, que lo observo de arriba abajo.

—¿Dónde van? Muéstreme la orden de salida, el alta —pidió, interponiéndose en

nuestro camino, con Davy lo miramos al gallego, ¿y ahora? pensamos, unos hombres de seguridad, nos miraron mal, acercándose, el gallego se paró derecho y le respondió, como lo

haría con un enemigo, vi sus muslos tensarse y apretar los dientes, supe que estábamos en problema, Davy se paró a su lado.

—Yo me hago responsable, ¿dónde tengo que firmar? —intervino el brasilero, con

autoridad, todos lo miraron, mis hombres se habían vuelto locos.

—Llamaré al médico y veremos —

respondió uno de los hombres, serio.

—Llame a quien quiera, yo me voy con su autorización o sin ella. —los de seguridad

se retiraron a hacia un costado y lo miré a Manu.

—Por favor, espera a mañana, mira si te sientes mal —me besó la cabeza mientras me

susurraba.

—Me voy, todo estará bien, no te preocupes —a los dos minutos apareció el médico

que lo atendía y le sonrió.

—Es duro este hombre, Dios mío, firme estos papeles y retírese si es eso lo que

quiere, bajo su responsabilidad —
expresó el médico, el brasilero y Manu firmaron y nos dirigimos a casa, en el auto empezó la discusión, Davy le dijo que era un imbécil y Manu se

reía, lo que sacaba de sus casillas al brasilero, que seguía hablando solo.

Cuando bajamos del auto en el garaje, empezaron otra vez los gritos del brasilero,

que le reclamaba que estaba loco, por

irse de ese modo del hospital, el gallego no contestaba,

me pareció raro, cuando puso un pie dentro del jardín de invierno, Diana vino corriendo y lo

quiso saltar, Davy le gritaba para que no lo tocara y yo a los gritos para que no la eche. Nos

quedamos discutiendo en la cocina, mientras Manu se fue al dormitorio, entró Marisa y alarmada nos preguntó por él, nos miramos con Davy y corrimos al dormitorio, el gallego

se había sacado la ropa y se había acostado, supe que algo no andaba bien,

los dos nos sentamos a su lado y le preguntamos.

—Por favor, dime que no te duele nada

—Manu nos miró y sonrió.

—Acá me pondré bien, nada me duele, voy a dormir un rato.

—¿Qué pasó? Díganme que no se escaparon del hospital, al gallego no se lo ve muy

bien —expresó Marisa, justo cuando mi suegro entraba asustado.

—¿Dónde está mi hijo? Davy, ¿qué pasó? —pregunto Falcao, preocupado.

—Tu hijito se vino, sin permiso, no pudimos pararlo, se acostó, y sé que no se siente

bien —respondió Davy,

—¡Mierda! —gritó mi suegro enojado.

Él se dirigió a la habitación de mi gallego y estuvieron hablando una hora, cuando salió me miró.

—Ve que tu hombre quiere hablar con los dos —nos miró a mí y a Davy— y les debo

decir que enloqueció.



CAPÍTULO 29

Nos miramos con el brasilero y
corrimos al dormitorio, entramos
despacio, sin saber

a qué atenernos, los dos agarrados del
brazo, lo miramos, viendo cómo nos
sonreía, nos sentamos en la cama.

—El sábado nos casamos —nos
quedamos helados, está jodiendo o en
verdad había

enloquecido, como dijo el padre, no le contestamos, solo lo observamos— ¿no me

escucharon? Vayan preparándose porque el sábado tiramos la casa por la ventana, serás mi mujer —lo miró a Davy— o mejor dicho para nosotros, la mujer de los dos, con papeles.

—¿Te volviste loco o los remedios que te dieron te perturbaron el cerebro? —

respondió Davy sonriendo.

—Estoy en mi mejor momento, Sofi, ¿no quieres casarte? —pregunto mirándome.

—Sí, claro que quiero, pero, ¿no

tendrías que reponerte antes de eso? Hay tiempo y por curiosidad, ¿cuándo lo quieres hacer?, ¿este sábado? — pregunté ya! verlo sonreír, imaginé que sí.

—El sábado, este sábado, ya está decidido, todos colaboraremos para que salga todo

bien, los chicos nos ayudarán, solo la familia y pocos amigos —sonreí, cada vez que decía

eso, éramos una multitud, Davy se paró, se acomodó el pelo y lo miró.

—No se puede en dos días, armar un casamiento, estás delirando, dejémoslo

para más

adelante —el gallego se sentó en la cama, desafiándolo con esa mirada tan suya y la arrogancia que siempre lo acompañaba.

—Te dije que sí, se puede, siéntense que vamos hablar del tema —los dos nos

miramos abriendo la boca, sabiendo que se iba a realizar de cualquier modo, nos habló de la

organización, ya lo tenía todo planeado, el desgraciado, como siempre, sin consultarme absolutamente nada.

Toda la familia se revolucionó ante

semejante noticia, todos tenían una tarea a

realizar, mis hijas enloquecidas, corrían de un lado a otro sin hacer nada, entorpeciendo el trabajo de los demás; mis hijos se ocuparon de las luces, trajeron a gente de la empresa de publicidad para iluminar toda la playa, las plantas, ni las rocas se salvaron. Diana andaba atrás de mí, mirando todo, desconcertada, sabía que algo pasaba.

Esta vez no me iba a escapar, esta vez, según ellos, sería la mujer de Falcao, de uno o

de dos. «Dios que locos estábamos los tres, locos de amor, de pasión, locos de

la cabeza, pero

éramos felices», teníamos una familia enorme, como siempre quise, cinco hijos hermosos, pues a Zoe, ya la había adoptado y ella a mí, de la madre no supimos nada más, y ella tampoco la quería ver. Zoe se había convertido en una auténtica Falcao, de un instituto que el

padre le había dado, ya tenía cinco, con muy buenas profesoras, ella las administraba a las mil maravillas y cuando algo se le escapaba de las manos, recurría a su hermano Joaquín, que

de números era un campeón. Todos los

hermanos se querían y se cuidaban entre sí, todos estaban pendientes de las más chicas, que eran más que revoltosas, Lucía era de temer, seguía

con sus prácticas de box y se estaba perfeccionando en todos los bailes posibles. Emily era la

dulce, la soñadora, la romántica, vivía leyendo, una criatura dócil, adorable, mientras la hermana era un cascabel. Brunito, seguía intentado seducir a Candy, se había propuesto reconquistarla, y ella aprovechaba para vengarse de todas las infidelidades que él cometió; pero como la brujita que era, sabía que iban a terminar juntos, eran tal

para cual. Por Dios ya

me veía con nietos, pero ¿cuándo pasaron tantos años?

Todo transcurrió tan rápido, pensaba, mirando a todos correr de acá para allá con los

preparativos, observaba a mis suegros, más lentos en su caminar, a mi querida Ramona, ya no

corría, su andar era pausado y a mis hijos enormes, ya hombres; Brunito sería como el padre,

un niño grande siempre, pero Joaquín era mi gallego, hasta la forma de

caminar, de observar,

cuando se paraba derecho, con las manos en los bolsillos y sus piernas abiertas, era Manu.

Sin dudas, exudaba autoridad por todos sus poros, inteligente y aun así todos sabíamos que su

corazón estaba roto, aquella mujercita, lo había marcado, para siempre, de lunes a viernes trabajaba en el banco, salía con su hermano el viernes a la noche, y a la madrugada se venían

directo a mi casa de la playa, hasta el domingo a la noche que volvían a su casa. Nunca más

tuvo nada serio con nadie, su pobre corazón estaba cerrado al amor. Lo observé que cuchicheaba con el padre, sin saber que yo los miraba, no me acerque, pensé que hablaban de

mujeres, o peor aún, de putas, maldije para mis adentros. Después escuché que el gallego lo

estaba aconsejando.

Y llegó el día, que quise evitar toda mi loca vida, ya no puedo escapar estoy entre dos

hombres que amo más allá de todo, estoy entregada, absolutamente enamorada de mi

brasileño y de mi gallego, no tengo escapatoria y no la quiero tener, mañana nos casamos, ni

yo me lo creo.

Todo listo, todo preparado, al gallego no se le escapó ningún detalle, la casa y la playa adornada, flores blancas por doquier, Ramona y Ana llorisquean por los rincones, Marisa y Miriam revisando que todo este perfecto, mi suegro atrás de ellas, como siempre dando órdenes; mis hijas con amigos acomodando los centros de mesa, mis hijos varones siguen poniendo luces y mis hombres muy nerviosos, ¡más que yo!

Estoy parada observando, mis hombres

me miran a la distancia guiñándome un ojo y

yo les tiro un besito. Ellos, a pesar de los años, siguen estando espléndidos, siguen con su rutina de gimnasia y comen lo más sano posible, vienen a mi memoria tiempos vividos y si

alguien me preguntara si soy feliz, gritaría a los cuatro vientos que soy muy feliz, si hubiera

otra vida después de esta, los volvería a elegir, con sus defectos y virtudes, con sus cabreos y sus mimos, no podría vivir sin ellos, concebimos cuatro hijos hermosos, que son nuestro orgullo.

Lucía y Brunito, siempre serán nuestro dolor de cabeza, pero Emily y Joaquín,

seguramente llevarán adelante los negocios de la familia. Son responsables, se hacen respetar,

tienen mucho carácter, no hay duda alguna, ellos seguirán los pasos de sus padres. Emily sigue siendo una dulce total, pero es también muy aplicada en todo lo que emprende y Joaquín ya nos ha demostrado que puede llevar adelante el banco, haciendo negocios

millonarios, sin necesidad de la presencia del padre, al gallego se le cae la baba por el hijo,

lo mira con admiración, el único defecto que tiene es que no cree en el amor, su corazón según él, está vacío, dañado por esa mujercita que lo marcó, cuando aún era muy joven. Pido

a Dios que conozca a alguien que lo enamore y le haga creer otra vez en el amor, el amor verdadero, el que dura toda una vida. Mientras divago con mis pensamientos, se acercan mis

hombres, pasándome las manos por mi cintura me besan en las mejillas, los observo

sabiendo que algo me tienen que decir.

—¿Qué pasa? —Giro mi cabeza a

ambos lados, mirándolos, ellos se sonríen.

—Escúchame Sofi —empieza a decir el gallego, sabiendo que se avecina un problema.

—¿Qué pasa? Dime cual es el problema, respondo.

—Mira hermosa, sabes que vamos a ir a la India —afirma Davy— pero después, esperaremos un mes, ya estoy enojada, habían prometido que nos iríamos enseguida que nos

casáramos, ellos observan mi cara, el

gallego, me pone a su frente y pasa a explicarme.

—Sabes muy bien que tu hijo, nuestro hijo, hace meses que no se toma un día libre, el

trabajo del banco lo está dejando exhausto, le pedí que se tomará un mes de vacaciones, aunque no quiso, lo obligué, no quiero que se enferme de los nervios, cuando él vuelva nos

vamos nosotros, con las chicas, mi padre, Ana, Marisa y Frank, el gallego y Miriam con Bruno a la cabeza se quedarán a cargo de todo, ¿sí? —me pregunta besándome la punta de la

nariz, el brasilero está a mi lado esperando mi respuesta.

—Pobrecito, mi hijo, porque no lo habías dicho, no vamos nada dejemos que él

descanse tranquilo, después iremos — respondo los dos se largan a reír, sorprendiéndome.

—No, nena, vamos a ir, nosotros estamos más cansado que él, solo se irá un mes,

cuando venga nos iremos nosotros — exclama Davy.

—Bueno como ustedes digan y dónde va

a ir —pregunto, mientras observo que se va

acercando Marisa y Miriam.

—A Argentina, alquiló una estancia, ahí estará tranquilo, relajándose y olvidándose

por un mes del banco —mi boca se abre y no puedo creer que se vaya a mi país.

—¡Ah no! Yo quiero ir, no lo voy a molestar —indico, ya mi tía y Miriam están

sonrientes al escuchar nombrar a nuestro país, se acercan sus maridos y empieza una discusión.

—No empieces Sofi, tú no puedes ir y ustedes tampoco —afirma el gallego, serio —

Frank que escuchó la conversación la mira a Marisa.

—Nosotros después iremos, Marisa, no empieces a joder mujer —ella lo mira con

mala cara, asintiendo con la cabeza.

—Dime, ¿con quién va?, si Bruno se queda acá, me imagino que no irá solo, ¿no?

—No va con una mujer, si eso quieres saber, solo ira con el gallego el novio de

Mía

—responde. Sé que es grande pero tan lejos, pienso, el gallego que siempre adivina mis pensamientos se sonríe.

—Va a estar bien, Sofi nuestro hijo es un hombre, por favor deja de preocuparte
—el

brasileño me toma la mano y me besa.

—Vamos que un mes pasa rápido, cuando él regrese nos vamos todos nosotros, ¿sí?

—pregunta con mimo.

—Sí, está bien, pero me da miedo, es

muy lejos, nunca se alejó tanto de nosotros—

Manu me hace cosquillas y la conversación queda ahí.

Mientras todos están ocupados, lo veo a Joaquín parado tomando un vaso de agua me

acercó de atrás y lo abrazo muy fuerte, él se sorprende, se da vuelta y me abraza.

—¿Qué le pasa a mi novia? No me digas que con todo lo que trabajamos te

arrepentiste de casarte, porque a mi padre le da un ataque —dice largando

una carcajada y besándome la cabeza.

—¿Por qué te vas tan lejos? Mira si te pasa algo —él me observa serio.

—A ver Sofía, ¿no crees que ya estoy grande? Deja de preocuparte, solo serán unos

días, todos los días te llamaré por teléfono, hablaremos por Skype, vamos, dame un beso—

pide abrazándome fuerte.

«¿Cuándo crecieron tanto mis hijos? Lo observo callada y sí ya es un hombre, un hermoso hombre, igual al padre» pienso.

Bruno se acerca y me saca de los brazos del hermano, con su metro noventa me alza y

yo empiezo a los gritos, los padres nos observan matándose de risa.

A la noche todos nos vamos a cenar al resto, cuando nos ven llegar los empleados se

desviven por atender bien a los dueños, mis hombres, después de una rica cena y reírnos como siempre de los chistes de Frank y el marido de Miriam, se apagan todas las luces y se

enciende una pantalla gigante, todos nos miramos, mis hombres sonrían, “esto es

cosa de ellos” pienso. Me tapo la cara con las manos y sonrío, empiezan a pasar imágenes de toda nuestra loca vida, cumpleaños, bautismos, los primeros pasos de mis hijos, las fiestas de fin

de año, todos juntos, las risas de todos jugando en la pileta, Dios mío, no pueden haberlo hecho mejor, lo que más me emociona es la foto de mis padres, da la impresión que ellos estaban ahí, mis lágrimas inundaron mi rostro y Marisa, corrió a abrazarme.

«¡Qué lindo hubiera sido que ellos vieran a sus nietos!» pensé.

Después de unos minutos y que todos

nos secásemos las lágrimas, las luces se encendieron y mis hombres besaron mis mejillas, Manu se levantó y todos lo miramos con

curiosidad, me arregló el pelo con sumo cuidado y se arrodilló a mis pies, casi me muero de

la emoción, sacó una cajita blanca del bolsillo de su pantalón de vestir y me preguntó lo que

toda mujer quiere escuchar.

—Eres y serás el amor de mi vida, te querré hasta que Dios lo permita, dime

argentina, ¿quieres casarte conmigo?

Entre aplausos y silbidos solo asentí con mi cabeza, pues mi boca se había paralizado,

se puso de pie y levantándome de la silla, besó mis labios, suavemente. Lo primero que hice a

los segundos, fue abrazarme con Davy quien me susurró al oído.

—Serás por siempre nuestra mujer, el amor de nuestras vidas, solo los tres

¿recuerdas? —pronunció, mientras yo secaba una lágrima de ese hermoso rostro, de mi

brasileño querido, el que me hizo sufrir,
el que amaré siempre, hasta morir, mi
niño grande,

mi otro amor, pensé.

Esa noche nuestra última noche de
solteros, en nuestra habitación en
nuestro refugio,

nos amamos sin prisa, pero sin pausa,
con todo el amor del mundo, recorrimos
con nuestros

labios todas nuestras partes íntimas,
nuestros deseos y todos nuestros
sentimientos vieron la

luz, el morbo y la lujuria llenaron el

espacio y una vez más nos rendimos a los brazos del placer. Nos declaramos amor eterno como cada noche de nuestra loca vidas, fuimos como siempre, tres animales en celo desgarrándonos la piel, amándonos más allá de todo, sin miramientos, rozando el peligro, seguros que así, seguiría siendo hasta el final. Luego de amarnos por horas, nos acurrucamos como hace veinte años lo venimos haciendo y nos

dormimos con las piernas entrelazadas y olor a sexo, llenos de felicidad y plenitud, sabiendo

que ya nada ni nadie nos separará, que nuestro amor a través de los años se

haafianzado y cada día que pasa es más fuerte. Lo de la ceremonia solo será una fiesta más, solo eso, en ese

preciso momento, fuimos conscientes que más allá de todo, los tres siempre seremos uno, y

“UNO MAS UNO SON TRES”

FIN

Lo que más me gusta de tu cuerpo es el sexo



Lo que más me gusta de tu sexo es la boca

Lo que más me gusta de tu boca es la lengua

Lo que más me gusta de tu lengua es la palabra

JULIO CORTÁZAR

Document Outline

- [AGRADECIMIENTOS:](#)
- [CAPITULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)

- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [CAPÍTULO 26](#)
- [CAPÍTULO 27](#)
- [CAPÍTULO 28](#)
- [CAPÍTULO 29](#)